

# Malditas las rosas

---

*Sofía Ortega*



# Malditas las rosas

Sofía Ortega

Título: Malditas las rosas  
Copyright © 2018 Sofía Ortega Medina  
Diseño de portada: Sofía Ortega  
1ª edición  
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781980797937

*“Andábamos sin buscarnos,  
pero sabiendo que andábamos para encontrarnos”,  
Julio Cortazar*

*A todos los que creen en los flechazos...*

# 1

—¡Despierta, dormilona! —le gritó a su mejor amiga.

Eran las cinco de la madrugada del primer jueves de julio.

Helena había encontrado una oferta buenísima en vuelos y hoteles para tres noches en Formentera, además de seleccionar restaurantes, lugares de copas, terrazas para bailar toda la noche y de reservar un paseo con fiesta en un barco. Así había organizado la despedida de soltera de su mejor amiga, Carlota, o Carlo. Todas se habían tomado esa semana de vacaciones y llevaban once meses ahorrando... ¡para la boda del año!

Carlota era guapa, buena, sofisticada y leal. Francisco, su novio, Fran para el círculo más íntimo, era la pareja perfecta a la que cualquier persona se giraría para admirar. Su atractivo y el amor que le demostraba lo convertía en un príncipe azul sin desteñir. Su amiga era afortunada y se merecía lo mejor, por eso se había esmerado tanto en la despedida.

Eran un grupo de seis que tenían la misma edad, veintisiete años, y vivían y trabajaban en Madrid: Helena, Carlota, Blanca, Carmen, estas cuatro, amigas desde el instituto, y Elisa y Lucía, desde la universidad, aunque no habían estudiado lo mismo, cada una se dedicaba a una profesión diferente. Elisa y Lucía, en cuanto a la ropa se refería, eran bastante atrevidas, siempre estaban pidiendo guerra y eran fáciles para los hombres de una sola noche; por ello, obvio, seguían solteras y sin compromiso.

Ella tampoco tenía novio, se consideraba de la vieja escuela. Prefería encontrar al príncipe azul del tipo de Carlota, el eterno personaje de las novelas románticas, un auténtico caballero. Un físico deslumbrante no pedía, solo alguien que la amara en cuerpo y alma. Quizás estaba en Formentera esperándola, pero lo dudaba. Esos príncipes no existían para mujeres como

Hele, tímida y discreta en exceso.

—¡Venga!

Carlo, al fin, pegó un brinco en la cama y gritó. Sus rubios cabellos hasta los hombros, que solía peinarse siempre lisos, estaban en desbarajuste por todo su rostro debido al susto. Helena sonrió con picardía apoyada en la pared, cruzada de brazos.

Había ido en taxi a casa de su amiga, un piso pequeño situado en pleno barrio de Salamanca. Se había deslizado cuidadosamente en el interior del apartamento cual ladrona gracias al juego de llaves de repuesto que tenía. En la entrada, escondido bajo la mesa del recibidor, estaba el equipaje que le había pedido a Fran que hiciera en secreto para que fuera sorpresa.

—¿Quieres que me muera de un infarto tan joven? —le preguntó Carlo, con la mano en el pecho, recuperando la normalidad en su respiración.

—Dúchate y vístete. Ya.

Carlota, entonces, lo comprendió todo y sus bonitos ojos verdes chispearon de felicidad.

—Dime dónde, por favor —le suplicó de rodillas en el colchón.

—¡Venga, señorita! —le apremió ella, apagando la música.

Dos horas más tarde, entraban en Barajas, donde las esperaban las demás con cara de mal genio por haber dormido poco, aunque al verlas chillaron de alegría, corrieron y se dieron un abrazo de oso. Qué diferentes eran todas física y psicológicamente... Pero se adoraban, aunque unas más que otras.

Impacientes, estuvieron el vuelo entero sin parar de hablar, menos Helena, porque tenía pánico a volar, y su palidez y su mutismo la acompañaron hasta que el avión aterrizó en Formentera. Solo en ese momento expulsó el aire que había retenido durante el vuelo. Un empleado del hotel las recogió a la salida del aeropuerto.



El hotel... ¡Maravilloso! ¡Un paraíso! Se situaba en una cala preciosa y las habitaciones ofrecían las vistas del mar azul verdoso que rodeaba la isla, así estaba descrito en internet y así lo comprobaron en persona. Era pequeño y muy coqueto, de color blanco inmaculado con toques de azul, tanto en el exterior como en el interior, y con detalles náuticos. Esperaba que todo saliera

a la perfección y que su amiga quedara tan embriagada que nunca olvidara el viaje.

—Helena, espabila —la regañó Elisa, antes de empujarla por haberse rezagado para darle una pequeña propina al chófer.

Elisa era una pelirroja teñida preocupadísima por su imagen. Se ejercitaba en el gimnasio a diario y apenas comía para no engordar, su talla treinta y cuatro lo confirmaba. Igual sucedía en el caso de Lucía, de pelo negro, también teñido, y rizado. Ambas parecían gemelas en cuanto a que poseían los ojos del color del cielo encapotado y se movían como si fueran Zipi y Zape. Se pintaban y se arreglaban a su manera de pidiendo guerra, pero eran muy guapas. Lástima que su interior no compitiese con su exterior...

—Ya voy —masculló Helena mientras rezaba una plegaria para que aquellas dos brujas la dejaran tranquila, al menos, los tres días de la despedida—. ¡Espera! —le pidió a Elisa cuando tiró de su brazo de manera brusca para apresurarla—, que se me cae la ma... —no pudo terminar la frase. La maleta cayó al suelo, con tan mala suerte que se abrió.

—¡Qué torpe, madre mía! —exclamó Lucía entre carcajadas sonoras, demasiado sonoras, tanto como para alertar a los desconocidos de su alrededor.

Helena respiró hondo. Sus mejillas se arrebolaron por la vergüenza. Con una rapidez pasmosa, comenzó a recoger la ropa que se había repartido por el suelo sin remedio, incluida su ropa interior. ¡Malditas brujas!



Martín Echevarría, apodado Eche por sus amigos, escuchó el ruido y las voces que provenían de la puerta de entrada acristalada del hotel. Dirigió los ojos hacia esa dirección. Una chica, vestida con una camiseta de estilo marinero a rayas horizontales azules y blancas, un pantaloncito corto blanco y un sombrero borsalino cubriendo su cabeza, se hallaba arrodillada en el suelo junto a un montón de ropa en desorden frente a una maleta abierta. No podía verle la cara, pero no dudó un segundo en acudir en su auxilio. La situación era más que incómoda y embarazosa. Pobrecilla, pensó.

—Déjame ayudarte —le solicitó él al acercarse.

—Gracias, ya puedo yo sola —respondió ella de forma brusca,

dedicándose a cerrar el pesado equipaje.

Helena estaba tan enfadada y tan abochornada que inhalaba aire como un toro a punto de embestir. Intentó, de malas maneras, cumplir su objetivo, pero rajó la cremallera. Eso no era, ni por asomo, un buen comienzo. Y que ni siquiera Elisa o Lucía la ayudaran...

—No me supone ningún esfuerzo, de verdad —insistió Martín, que se agachó, a pesar del rechazo recibido—. Permíteme, por favor.

Ella, sin levantar la mirada por la humillación que todavía experimentaba, se sentó en el suelo, despatarrada, y esperó a que el desconocido la auxiliara. Y eso hizo él, despacio y con aplomo, con manos tranquilas.

—Ya está —anunció Martín al terminar la grandiosa hazaña, e incluso había arreglado la cremallera. Se puso en pie y alargó una mano para ayudarla.

Entonces, Hele alzó los ojos. La timidez la invadió, su rostro ardió todavía más y su corazón se disparó.

—Gracias —musitó ella al aceptar el gesto para levantarse del suelo.

Se contemplaron por primera vez a la cara.

No era guapo, pensó Helena, pero llamó irremediablemente su atención, tal vez por esos hoyuelos que parecían querer volverla loca... O por su increíble altura, más de una cabeza le sacaba... O por ese brillante cabello oscuro, abundante y algo revuelto que incitaba a tocarlo para comprobar si era tan suave como parecía... O por esos ojos castaños y profundos enfrascados en largas pestañas que la estudiaban, a su vez, con intensidad... O por esos labios no muy gruesos, perfectos, que se había humedecido antes de sonreír de nuevo... ¡Y qué sonrisa! Y su cuerpo esbelto, de porte elegante, erguido... Vestía un polo blanco que se ajustaba a sus hombros con naturalidad, unas bermudas color caqui y unas *Converse* blancas algo desgastadas. Emanaba confianza y poder. Tenía más de treinta años, eso seguro, aunque cualquiera al lado de ella lo aparentaba, pues Helena tenía cara de niña.

A Martín también se le aceleró el corazón al verla al fin. Parecía un ángel que acabase de caer del mismísimo cielo solo para regalarle la mejor vista de su vida: ella. No podía existir una criatura tan bonita, creyó convencido. Poseía rasgos delicados y extremadamente femeninos: una nariz pequeña, unos labios finos, pero perfilados con naturalidad y exquisitez, unas infinitas y rizadas pestañas que sombreaban unos sublimes ojos marrones muy

claros con motas verdosas, unos pómulos altos y redondeados que, en ese momento, se estaban sonrojando más por instantes. Un rostro que irradiaba pureza, dulzura y un albor cegador. Y su cuerpo, con unas curvas de ensueño para perderse en ellas, lo aturdió sin contención.

Dios... Era preciosa. Él conocía y se relacionaba con mujeres guapísimas, muy maquilladas y de cuerpos de modelo. Esa desconocida no era llamativa en absoluto, tenía los hombros encogidos y una expresión de deliciosa inocencia, dos gestos que transmitían sencillez y humildad, nada que ver con nadie con quien se hubiera topado hasta ahora. Y aquella novedad resultaba más que alentadora, sobre todo porque el contacto de su mano lo estaba abrasando. No quería dejar de tocarla ni alejarse, era tan suave y olía tan bien a rosas frescas recién cortadas... ¿Estaba loco? ¿Desde cuándo sentía algo así?, ¿y desde cuándo por una extraña?

—¿Estás...? —empezó Martín, interesado por su bienestar.

—Vaya, vaya... —los interrumpió Elisa, situándose entre ellos para romper así la invisible atracción que estaban sintiendo los dos y separarlos a la fuerza—. ¿No nos presentas? —preguntó, presumida, dándole la espalda a Hele y meciendo su generoso escote hacia el desconocido gracias a la indecente camiseta amarilla que se había puesto.

—Es demasiado hombre para ti, sabes que te hacemos un favor —añadió la bruja morena.

Helena agachó la cabeza, agarró su maleta y se dirigió a la recepción del hotel, tan roja como un tomate recién asado. Lucía estaba en lo cierto, aunque había sobrado que fuera tan poco sutil; seguro que aquel extraño había escuchado el comentario, como hacían todos los que ella conocía. Esas dos brujas siempre le espantaban sus posibles ligues.

Él, por su parte, acostumbrado a mantener controladas sus emociones, se dio la vuelta y huyó de esas dos golfas, porque eso eran, lo llevaban tatuado en la frente. ¿Y cómo consentía ese ángel que la trataran así? Desde luego, a Martín no lo iban a tocar.

—¡Ey, Eche!, ¿va todo bien? —le preguntó Pablo, uno de sus amigos, entregándole la llave de su habitación—. Traes una cara...

—Sí, no te preocupes —sonrió y se marcharon hacia los ascensores.

Estaban de despedida, en honor a Daniel, se casaba en octubre en Logroño, de donde eran todos. Los cinco mejores amigos del novio, Pablo, Lucas, Álvaro, Raúl y Martín, que se conocían desde el parvulario, le habían

organizado un viaje a Formentera de tres días, nada ostentoso, simplemente deseaban descansar y recordar viejos tiempos, pues hacía mucho que no coincidían los seis y pensaban aprovecharlo. Eran unas merecidas, aunque cortas, vacaciones. Sus respectivos trabajos les impedían reunirse más a menudo.

Martín telefoneó a su madre para avisarle de que habían llegado. Después, se cambió la ropa que llevaba por el bañador y se fue con sus amigos a la playa. Un baño en su isla favorita era justo lo que él necesitaba para enfriarse tras el encuentro con esa criatura divina que parecía no querer salir de su cabeza ni de su cuerpo. Todavía le quemaba la mano...



Las seis amigas reservaron cuatro hamacas para descansar en primera línea, a la orilla del mar; Helena y Carmen prefirieron quedarse en las toallas, directamente sobre la arena.

—Anímate, anda —le dijo Carmen, codeándola con cariño. Sus risueños ojos azules, su piel de alabastro y su claro tono de pelo, más oscuro que el de Carlota, la convertían en una chica tan dulce como lo era su carácter. Parecía extranjera en lugar de española—. Desde que te has cruzado con ese caballero andante no has abierto la boca.

—Estoy harta de Elisa y de Lucía —suspiró Helena, que jugueteaba con los pies en la ardiente, suave y fina arena mientras recordaba el incidente.

—No permitas que te arruinen el viaje —esperó unos segundos callada y seria y agregó—: Parece que ese chico se aloja en el hotel, a lo mejor lo vuelves a ver —apretó su mano y sonrió—. ¿Un baño? —elevó una ceja con picardía—. Eso siempre te anima.

—¿Una carrera? —sugirió ella antes de quitarse su sencillo, pero bonito, vestido blanco vaporoso. Se soltó la coleta que se había hecho y gritó —: ¡A la boya y volvemos! —salió escopeteada hacia el agua, entre carcajadas, con las demás persiguiéndola.

El baño les sentó de maravilla. Tras la carrera, jugaron un rato en el agua como niñas pequeñas, emocionadas, que no paraban de lanzar bromas sobre la boda a la futura novia. Se secaron al agradable sol y le pidieron unas cervezas a uno de los camareros del hotel encargado de los huéspedes en la

playa.

Justo cuando cerró los ojos, algo le golpeó el pie. Levantó la cabeza y descubrió una pelota pequeña de goma. Se incorporó de rodillas y esperó a ver si el propietario hacía acto de presencia. Una sombra a su derecha la obligó a mirar en esa dirección.

El desconocido de antes...

—Nos volvemos a encontrar —anunció Martín, sonriendo. Se acuclilló. Sujetaba una paleta en las manos.

Él no pudo esconder la alegría que le sobrevino al verla, como tampoco evitar contemplarla con admiración. Si con ropa le pareció una belleza inmaculada, con ese bikini blanco que resaltaba su piel de porcelana le robó el aliento, y creyó que se fundía con la arena. Su inocente y sincera expresión, ruborizada como antes, lo llenó de un egoísmo que jamás había experimentado hacia ninguna mujer. La quería, pero era más que deseo físico, y no supo cómo definir la sensación de posesión que invadió cada terminación nerviosa de su ser. Jamás había creído en los flechazos... Hasta ahora.

A Helena se le cortó la respiración al verlo con su bañador azul marino, nada más. Poseía unos músculos no demasiado marcados, se apreciaba el contorno, y su vientre era plano, no tableado. Era el hombre más interesante que había visto, y eso que estaban en la playa rodeadas de hombres con el torso al descubierto. No era guapo, pero sí atractivo hasta el punto de derretirla, y no por el calor de la isla. Permaneció seria y le tendió la pelota. Las dos brujas no tardarían en aparecer, pensó para sus adentros.

—Hola, caballero andante de mi amiga —le saludó Carmen.

Helena deseó que la tragara la tierra. Rezó para que él se hubiera quedado sordo en ese instante, pero sus plegarias no fueron escuchadas.

—Hola, amiga de mi damisela en apuros —contestó el desconocido, muy simpático.

No había flirteo y eso le alegró. Se dieron dos besos.

—¿Te hospedas aquí? —le preguntó su amiga.

—Sí, estamos en la despedida de soltero de un amigo. Llegamos esta mañana, justo antes que vosotras —asintió.

—¡Eche! —gritó alguien.

—Nosotras también estamos aquí de despedida —señaló Carmen—. ¡Qué casualidad!

Martín se alarmó al instante por tal revelación.

—Espero que no sea la tuya —pronunció él en un tono áspero, obligándose a sonreír a ese precioso ángel que se puso más colorado que nunca.

—¡Eche! —repitieron de nuevo varias voces al unísono.

—No es la mía —contestó ella con los ojos clavados en la arena.

El interior de Martín estalló de júbilo. Amplió la sonrisa.

—¡Tú otra vez! —exclamó Lucía, que se unió, sin ser invitada, con su provocativo bikini rojo de braguita brasileña.

Él cambió su expresión, algo que Helena no pasó por alto.

—¡ECHEVARRÍA!

Martín se puso en pie.

—Pasadlo muy bien —añadió, y se alejó corriendo hacia sus amigos. Hubiera preferido quedarse con ella, pero tuvo que aparecer esa chica para estropearlo.

Helena no lo perdió de vista y, para su desgracia, tampoco las dos brujas. Él y sus amigos estaban muy cerca, apenas a unos metros. Elisa y Lucía no desperdiciaron la oportunidad y decidieron nadar toda la tarde junto a ese grupo de hombres y relacionarse con ellos, sobre todo incordiando a su caballero andante. Carmen, Blanca, Carlota y ella las ignoraron y disfrutaron del sol, en un embrujador silencio roto solo por las olas al romper en la orilla. Era casi perfecto. Casi.

Martín, por su parte, se enfadó. Mucho. Pero no lo demostró. Esas golfas no lo dejaban en paz y, lo que era peor aún, habían ahuyentado a su ángel, porque no se acercaba a él si las otras lo rondaban.

—Te ha dado fuerte, ¿eh, Eche? —comentó Álvaro, el rubio del grupo, los demás eran de pelo castaño oscuro o negro. Se sentó en la arena, recién salido del mar—. Se te nota demasiado —sonrió con travesura, sacudiéndose el pelo con una mano.

—No sé a qué te refieres —contestó él, que se encogió de hombros para fingir indiferencia.

—Vamos, Eche, que Lucía y Elisa están buenísimas y está más claro que el agua lo fáciles que son y lo mucho que tú les gustas, aunque se nos acerquen a todos, pero tú solo tienes ojos para otra —señaló con la cabeza a la chica desconocida—. No está mal, todo hay que decirlo.

¿Que no estaba mal? Gruñó, pero se guardó sus pensamientos.

—¿Por qué no hablas con ella? —le sugirió su amigo—. Yo, encantado,

me ofrezco a distraer a Lucía y a Elisa.

Giró el rostro y descubrió a su ángel mirándolo. Automáticamente, ella se sonrojó por haber sido pillada y desvió los ojos en dirección contraria. Álvaro se rio, también lo había visto.

—Le gustas, Eche —le confirmó su amigo—. Son tres días. No seas idiota y lánzate. Te aseguro que no te rechazará. Lo sé, hazme caso. Todavía te sigue faltando iniciativa en cuestión de tías, ¿eh? —le golpeó el hombro entre risas.

—No lo haré —ignoró su último comentario—. Ella no es como Lucía y Elisa.

—Eso lo ve hasta un ciego —se incorporó—. Y tú tampoco eres como yo. Yo me lío con tías como Lucía y Elisa todas las semanas, ¿me entiendes?

Martín asintió. Álvaro no era presuntuoso y nunca hablaba de sus conquistas, más de las que pudiera contar porque era todo un casanova, pero decía la verdad. Su rubio amigo no era de finales felices eternos, sino efímeros, que duraban una noche, como mucho, nada más. Él, por el contrario, se había acostado con alguna mujer, ni de lejos se acercaba al número de conquistas de Álvaro, pero siempre más de una vez con cada una, con la intención de dar una oportunidad a una posible relación; aunque resultaban un fracaso, ninguna había merecido la pena, ni siquiera su ex novia, Laura.

Observó a aquel ángel, que se había puesto el vestido a juego con el bikini y el sombrero borsalino. Se acercó sola a la orilla y contempló el horizonte, por donde se estaba escondiendo el sol. Estuvo tentado de aproximarse. No lo hizo. Recogió su toalla, como el resto de su grupo, y subieron a sus habitaciones.



Esa misma noche, al arreglarse para salir a cenar, Hele descubrió que las pecas veraniegas estaban surgiendo en sus mejillas como una odiosa plaga, la misma de cada año. Le disgustaban mucho porque parecía más niña aún.

—¡Qué envidia me das! —confesó Carlota, abrazándola por los hombros—. Tus ojos y tu pelo son mágicos —sonrió—. Apenas un ratito y se te aclaran una barbaridad. Eres preciosa, Hele, ¿cuándo te darás cuenta?

—Venga, que llegaremos tarde —la apremió. Odiaba que la halagaran,

aunque se lo agradecía. Gracias a esos detalles se olvidaba de las dos brujas.

Cenaron en un restaurante muy bonito, lleno de gente y con unas vistas increíbles de la luna sobre el agua marina. Hablaron de la boda, del vestido de novia, de los regalos y de la luna de miel entre risas y bromas. Luego, fueron a una de las terrazas de copas que había reservado ella para la despedida, le entregaron unos tickets al encargado y las acomodaron en unos sofás blancos al aire libre en la zona VIP. Bailaron hasta que sus pies enfundados en sandalias de tacón no pudieron soportar más actividad. Se desplomaron en los asientos unos minutos y decidieron regresar al hotel.

Sin embargo, Helena, que se consideraba un búho más que una persona normal, se encaminó hacia la playa. Se descalzó al pisar la arena y se acercó a la orilla. Se sentó y se abrazó las piernas. Agradeció la suave brisa del mar que le erizó la piel. Cerró los ojos y suspiró, feliz. Aquella calma era embrujadora. Inhaló el olor del mar, dichosa por las minivacaciones; le encantaba la playa aunque solo la visitara unos pocos días al año.

—Vas a coger frío si te descuidas —le avisó una voz masculina muy familiar.

Ella se giró de golpe, asustada, y se topó con el atractivo extraño que había conocido esa mañana. No identificó su rostro porque estaban a oscuras, pero sí su silueta y su voz. Aquel hombre era inconfundible...

—¿Sabías que era yo? —quiso saber Hele, desconcertada y, a la vez, ilusionada por que hubiera ido a buscarla.

Martín sonrió y afirmó con la cabeza.

—¿Puedo? —le preguntó él para acomodarse a su lado. Ella asintió, muy seria—. No hemos salido porque el novio ha bebido más de la cuenta en la cena y los otros decidieron hacer una pequeña fiesta en mi habitación —estiró las piernas—. Dos amigas tuyas acaban de unirse, las otras se han ido a dormir —la observó con intensidad—. Me escapé cuando dijeron que te habías ido a la playa.

—Seguro que dijeron más cosas... —murmuró Hele, agachando la cabeza.

—Llevo todo el día intentando adivinar tu nombre —apoyó las palmas abiertas a su espalda. La camisa, remangada en los codos, se tensó por el movimiento, acelerándole el pulso a ella a una velocidad alarmante.

—A ver, prueba —Helena alzó las cejas y se recostó también hacia atrás, más relajada.

—No sé... —musitó Martín—. Dame una pista.

—Tiene que ver con la mitología —sonrió.

Él permaneció unos segundos callado. Incorporó el torso.

—Helena de Troya, la hija más hermosa de Zeus, que fue raptada por Teseo, precisamente, por su indescriptible belleza.

—¡Ya lo sabías! —exclamó ella—. ¡Me has engañado!

Martín emitió una sonora carcajada que le acrecentó el ritmo de los latidos de su corazón.

—Me declaro culpable, Helena. Me lo ha dicho tu amiga Carmen hace un momento, antes de irse a dormir —levantó las manos en son de paz.

—¿Y tú?

—Te daré una pista —le guiñó el ojo—. Mi nombre se utiliza también de apellido.

Ese ángel tan delicado arrugó su frente y sus labios, pensativa, unos segundos.

—Solo se me ocurre *Martín* —pronunció Hele en un susurro.

Había una distancia prudente entre ellos, pero, aunque ambos sentían que les faltaba el aire, ninguno lo transmitió.

—Sí, Martín, como mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo... Provengo de una familia muy tradicional —empleó un tono carente de alegría.

—Bueno —se encogió ella de hombros—, soy la única Helena en la mía, si te sirve de consuelo; la solitaria Helena... —suspiró con pesar.

—La única Helena de Troya, querrás decir. Deberías estar orgullosa de tu nombre, es muy bonito y está cargado de historia —flexionó las rodillas—. ¿Te gusta la Historia?

—Soy profesora de Historia Antigua en la universidad. Me encanta el mundo antiguo —confesó con una sonrisa tímida—. Digamos que soy un poco friki.

—Pues me encantaría verte dar clases alguna vez. Eres muy tímida, aunque tienes tu genio, que se lo digan a tu maleta, ¿no crees? —bromeó Martín.

—¡Oye! —se quejó, dándole un golpecito en el hombro—. Perdón por lo de esta mañana. Elisa y Lucía... —frunció el ceño—. En fin, me ponen un poco nerviosa.

—No te preocupes. Esas dos amigas que tienes son bastante... —carraspeó, serio—. ¿Por qué permites que te traten así?

Silencio.

¿Acaso era tan evidente?, se cuestionó Helena.

—Perdona —se retractó él enseguida—, no debí decir eso.

—Tranquilo. No merece la pena —una fresca ola le acarició los dedos de los pies. Sintió un escalofrío—. Simplemente, no soy como ellas, ya lo he aceptado.

—Claro —bufó—, porque eres mucho mejor.

Por esa respuesta, sus ojos chocaron con los de él, que no perdió detalle de los últimos reflejos de la luna en los de ella; brillaban en demasía, atrapándolo en un halo de fascinación. No obstante, empezaba a amanecer y la tenue luz existente parecía querer romper el hechizo que sufría también Hele.

—¿Qué te pasó con ellas? —quiso saber Martín, en bajo.

—Nada —arqueó las cejas—. No se le puede gustar a todo el mundo —sonrió sin humor—. Nunca ha habido *feeling* entre ellas y yo.

—Envidia... —musitó él, convencido.

Ella se incorporó. No se sentía cómoda hablando de Elisa y de Lucía. ¿Envidia? Eso era lo que pensaban Carlota, Carmen y Blanca, que por envidia hacia Hele se portaban tan mal. Nunca lo sabría, porque nunca se lo preguntaría.

—Será mejor que me vaya, Martín, es muy tarde.

Él la imitó.

—Te acompaño —se ofreció, metiendo las manos en los bolsillos de sus bermudas. Caminaron hacia el hotel—. Me gustaría verte mañana, bueno, hoy, que ya es casi de día —sonrió.

Llegaron a la habitación de Helena, una planta inferior a la suya.

—Por la mañana, estaremos en la playa —le explicó ella— y, por la tarde, tenemos concertado un paseo con fiesta en un catamarán, creo que dura un par de horas.

—Nosotros también, a lo mejor tengo suerte y coincidimos en el mismo catamarán.

Él no quiso evitarlo... Le elevó la barbilla y estudió su cara, que mostraba cansancio y unas diminutas pecas que no había apreciado hasta el momento. Se fijó en su mirada, muchísimo más verde. En efecto, era Helena de Troya, capaz de causar una guerra por su belleza.

—Tienes pecas —murmuró Martín, ronco y tan excitado que no se reconocía.

Helena suspiró de forma irregular y observó sus labios sin poder evitarlo. Él carraspeó, ocultando así un jadeo, pues sabía que ese ángel quería ser besado por el propio Martín, el anhelo era masticable... en ambos. Dirigió los ojos a su boca entreabierta. Las ganas de besarla le dificultaron la entrada de oxígeno, pero ella merecía ser conquistada con ternura y dedicación, no con lujuria.

—Me salen cuando me da el sol, son molestas —gruñó Hele, enfadada consigo misma porque sus sentimientos la estaban delatando, a juzgar por lo calientes que tenía las mejillas.

—No son molestas, son preciosas —la soltó y se irguió—. Hasta dentro de unas horas, espero, Helena de Troya —y se marchó porque, si no, la raptaría como había hecho Teseo.

Helena entró en el cuarto y se desplomó en el suelo. ¡Le temblaba el cuerpo! Despertó a Carlota, loca de emoción, para contarle el encuentro con su caballero andante. Estuvieron charlando un buen rato.

—Debo prevenirte, Hele —apuntó su amiga. Respiró hondo, tomándola de las manos. Estaban sentadas en las dos sillas de mimbre de la terraza de la habitación—. Elisa y Lucía seguramente os estorben, conociéndolas como las conozco, y mi consejo es que las ignores en cuestión de Martín, ¿vale? Siempre sufres por su culpa.

Carlota tenía razón, pero ella prefería apartarse cuando las dos brujas estorbaban para, así, evitar ridiculizarse, mucho más ante un hombre como Martín.

Al día siguiente, se despertaron antes de comer. No desayunaron, era tardísimo, y se fueron a la playa del hotel muy contentas, a pesar de la falta de sueño.

En cuanto el caballero andante la vio, le guiñó un ojo, se acercó a ellas y se interesó enseguida por la novia y por la despedida de soltera. Martín era muy atento, cortés, paciente y cada día más guapo...

Se unieron los dos grupos, disfrutaron de unas cervezas en un chiringuito y aprovecharon para llenar sus estómagos con algo de picoteo. Se lo pasaron muy bien, se rieron mucho, se divertieron como si se conocieran desde siempre, la confianza resultó más que buena. Los coqueteos de las dos brujas eran descaradísimos, pero él parecía ignorarlas.

Por la tarde, para alegría, sobre todo de los solteros oficiales, Martín negoció, con una facilidad admirable, con el dueño del catamarán el poder ir

juntas las dos despedidas, aunque tenían contratados distintos pasajes.

—¡Eche! ¡Eche! ¡Eche! —lo vitorearon sus amigos una vez subieron al barco.

Los demás se carcajearon. La música y el catamarán se pusieron en marcha, arrancando gritos de júbilo entre los presentes.

—Te invito a tu primer cóctel, Helena de Troya —le dijo Martín cuando se aproximó a ella, que estaba apoyada en la pequeña barra esperando a que le atendiera el camarero.

—Y yo te invito al segundo —le sonrió y se mordió el labio inferior, pero rápidamente se tornó serio porque los ojos de Martín se oscurecieron al fijarse en su gesto—. ¿Te pasa algo?

Él meneó la cabeza, intentando despertarse del trance en que se había sumido, sin éxito. Se pegó más a Helena, aprovechando los movimientos del catamarán sobre el mar, necesitaba una excusa para tocarla.

—Y al tercero, yo —bromeó Martín—, total, ya hemos pagado todo con los tickets, Pecas.

—¿Pecas? —se echó a reír—. Creía que era Helena de Troya.

—Es que cada vez me gustan más tus pecas.

Aquello no se lo esperaba y entreabrió los labios en un acto reflejo, conteniendo el aliento. En ese momento, el barco saltó más de la cuenta y ella se desequilibró y se agarró a Martín, y este, a su vez, la sostuvo del brazo. La distancia era tan mínima que él no lo aguantó más... Se olvidó de todo, se inclinó despacio, sin sonreír, con los ojos clavados en la boca de Helena, cuyo corazón frenó en seco al adivinar sus intenciones. ¡La iba a besar!

Pero...

—¡Ay! —exclamó de pronto ella, sintiendo el vestido y la parte de arriba del bikini mojados, de repente.

—Perdona, Helenita.

Elisa la había empujado justo en ese microsegundo. ¡Maldita bruja! Y Helena se había manchado el vestido con un vaso de cerveza que había en la barra.

—Deberías ir a limpiarte; apestas, cariño —le avisó Elisa, sonriendo con malicia.

A Hele le pareció escuchar un gruñido proveniente de Martín, pero lo desestimó; obedeció, a regañadientes, para no parecer más patética delante de él y bajó unas escaleritas que conducían a las cabinas, una de ellas era el

servicio de señoras. Arregló como pudo el estropicio, aunque le quedó un cerco amarillento mojado en el pecho con agua y jabón.

Martín se enfadó, no solo por la interrupción, sino por las malas tretas de esa golfa.

—Elisa, ¿verdad? —afirmó él con frialdad.

—Sí —sonrió. Se humedeció los labios y posó una mano en su hombro—. Recuerdas mi nombre.

—Creía que Helena era tu amiga.

—Lo es —parpadeó, confusa—. ¿A qué viene la pregunta?

—Es sencillo, Elisa —enarcó una ceja, amenazador—. Me gusta Helena y eso lo sabemos todos los que estamos en este barco, ¿me equivoco? Te incluyo a ti.

La golfa se ruborizó, desviando la mirada con vergüenza, aunque se irguió, sacando pecho.

—Ni tú ni ninguna otra me interesáis —continuó Martín en un tono bajo pero afilado—, solo ella. Y me interesa mucho. Es tu amiga, ¿no? Pues respétala. No te lo diré más veces.

Pero Elisa no respondió como suponía él...

Helena regresó a cubierta justo en ese instante.

Y todo se volvió negro.

Elisa y Martín se estaban besando...

## 2

Helena no se lo podía creer... Solo los vio un segundo escaso porque salió huyendo, notando cómo se le cerraban los pulmones. Bajó la escalinata corriendo y se metió en una de las cabinas del catamarán. ¡Cómo había sido tan tonta! Se había hecho ilusiones por un hombre, en su opinión, demasiado bueno para ella y, encima, con las dos brujas merodeando a su alrededor, incordiando como moscas, un completo fracaso desde el principio. Pero había sentido cierta complicidad con Martín... ¿O había sido producto de su enorme e idealista imaginación? Debía cortar por lo sano, no flaquear, demostrar indiferencia e ignorar a ese príncipe azul desteñido. ¿Que le gustaba Elisa? Perfecto, pues que se la quedara, toda suya.

Muy erguida, subió a cubierta y se reunió con Blanca, Carmen y Carlota. Estaban en una red por encima del agua, red en la que algunos saltaban y otros bailaban con diversión, como sus amigas.

—Creía que te habíamos perdido —le comentó su mejor amiga. Le apretó la mano y le sonrió con dulzura.

—Me manché el vestido —les mostró el estropicio—. Fui a limpiarme un poco, pero nada, no sale —añadió, algo chafada.

—Ven conmigo —le dijo Blanca, la más terca y taimada, una morena de ojos marrón chocolate, la más bajita y gordita del grupo, indicándole que la siguiera—. Conozco un remedio buenísimo a base de limón —se dirigieron hacia la barra a por el limón.

Martín, hecho una furia, se cruzó en su camino. Acababa de quitarse de encima a la zorra de Elisa, porque eso era, ya no le bastaba llamarla golfa. Se había arrojado a su cuello sin previo aviso al ver a Helena aproximarse a ellos unos minutos antes. Álvaro se había dado cuenta, había agarrado a Elisa

y la había alejado de él al fijarse en la rabia que aún lo corroía.

—Helena... —pronunció Martín cuando su hiriente mirada lo atravesó.

Un pinchazo se anidó en el estómago de Hele. Arrugó la frente ante la oleada de celos que experimentó al recordar la escena del beso y se alejó en dirección contraria. Se olvidó de Blanca, bajó de nuevo los escalones y se encerró en el primer camarote.

—Helena —él había ido tras ella. Golpeó la puerta con insistencia—. Helena —repitió.

No contestó.

—Por favor, ábreme —insistió.

Pero no se movió.

—Sé lo que has visto —le dijo Martín, más calmado, pero no por ello tranquilo—. Te prometo que me ha pillado desprevenido. Por favor, ábreme y déjame explicártelo —su voz era paciente.

—No me debes ninguna explicación —se aproximó a la puerta, donde recostó la espalda y se deslizó hacia el suelo—. No estoy aquí por ti, tengo que limpiar mi vestido, así que no pienses otras cosas. Tú y Elisa podéis hacer lo que queráis —suspiró—. Ni siquiera nos conocemos.

Él se mordió la lengua y apretó los puños para controlarse. Insistió, casi le suplicó...

—Por favor, Helena, grítame si quieres, pero hazlo a la cara, no te escondas detrás de una puerta, no huyas de mí...

Ella ahogó una exclamación. ¿Qué se creía?, pensó, iracunda. Se incorporó y abrió con brusquedad. Martín estaba apoyado en el marco, con su atractivo rostro crispado, grave, confuso.

—He dicho que no me debes ninguna explicación, Martín, no nos conocemos de nada —simuló indiferencia y elevó el mentón, orgullosa—. Puedes liarle con quien quieras.

—Si todo eso es cierto —susurró, con la mirada perdida en sus propias *Converse* —, ¿por qué estamos discutiendo?

Eso le dolió. Tragó el nudo de la garganta y le esquivó para salir de allí, mientras murmuraba palabras rabiosas contra él.

Martín la agarró del brazo al pisar ella el primer escalón y la obligó a mirarlo.

—No lo he dicho con mala intención —se disculpó él en un tono áspero—. Creo que entre tú y yo hay algo, Helena, no sé el qué, pero así lo siento

desde que te vi ayer por primera vez —sus ojos se habían oscurecido y respiraba con fuerza—. Y sé que tú lo sientes igual porque ahora mismo te estoy tocando y estás temblando, y de miedo no es. Y, por si te lo preguntas —sus pómulos se tiñeron de un rubor infantil—, a mí me pasa lo mismo.

Era verdad... Su contacto le estaba calcinando la piel, pero no podía permitir que jugase con ella. Debía ser fuerte.

—Poco has sentido para tener luego a Elisa entre tus brazos —le reprochó Hele, avergonzada por haber admitido abiertamente los celos. Se soltó y huyó.

—¡Joder! —Martín, crispado, golpeó la pared con el puño en un arrebatado de impotencia.

—¿Estás bien? —le preguntó Álvaro, descendiendo la escalinata.

—¿Cómo demonios se puede perder algo que nunca ha sido tuyo? —pronunció en un susurro trémulo—. Todo por culpa de esa zorra...

Su amigo sonrió sin humor.

—Será mejor que volvamos, Eche —le palmeó la espalda—. Anímate, anda. Se solucionará.

—Sí, será mejor que volvamos —suspiró con pesar.

Arriba, en la red, Helena se frotó la cara para despejarse e intentó disfrutar del resto del paseo en catamarán. Fracasó, por supuesto. Lucía y Elisa no se separaban de los amigos de Martín, ni del propio Martín, quien, en lugar de entretenerse con los demás, deseaba estar en otra parte, más concretamente a solas con su ángel, no importaba el lugar. El ambiente se saturó y se concentró de malas vibraciones.

Y la situación empeoró por la noche.

Hele, después de arreglarse para ir a otro restaurante a cenar, se enteró, ya en la recepción del hotel, de que las brujas habían cancelado la reserva para unirse, todas, a una fantástica y lujosa terraza con el escuadrón de solteros.

Ni hablar, pensó.

—No me encuentro muy bien —alegó, tocándose la tripa—. ¿Os importa que me quede en la habitación esta noche? Prometo estar perfecta mañana.

Los dos grupos la observaron, expectantes.

—¿De verdad? —la interrogó Carlota, alzando las cejas. No la creía, la conocía mejor que a ninguna y sabía cuándo mentía, pero asintió—. Está bien. Relájate y descansa que ayer, a lo tonto, no dormiste casi nada —le guiñó un

ojo, cómplice.

Helena sonrió, aunque la alegría no alcanzó sus ojos, se disculpó con los presentes y regresó a su cuarto, ignorando deliberadamente a Martín, ni siquiera lo miró. Él sí lo hizo, de hecho, Pablo tuvo que empujarlo para que se moviera y reaccionara. Hubiera corrido en su dirección y la hubiera consolado, pues su clara mirada estaba abatida y Martín era consciente de la causa. Y se culpó, pero nada más podía hacer excepto olvidarse de ese ángel que lo había saqueado por entero.

En la habitación, Hele se cambió la ropa por unos *shorts* vaqueros blancos, una camiseta de manga corta blanca y sus *Converse* de rayas marineras rojas y sin cordones. Salió a la calle y se perdió por el paseo marítimo. Se compró un helado de frambuesa en cucurucho que le supo a gloria bendita y se lo comió paseando junto al mar.

Vio impresionantes figuras de arena, gente practicando malabarismos para ganarse un dinero y parejas jóvenes disfrutando con sus hijos pequeños por el paseo. Se detuvo en un mirador y apoyó los brazos en la barandilla. Recordó lo ocurrido en el catamarán y suspiró, disgustada.

—¡Hola!

Esa exclamación la asustó y soltó un gritito.

—Por Dios... —pronunció ella al darse la vuelta y ver a las dos despedidas de solteros, que ya no vestían de manera elegante, sino informal.

—Sabíamos que no estabas enferma, así que decidimos hacerte compañía —le informó Carmen, que se colgó de su brazo y la besó en la mejilla—. Tenemos aún la noche de mañana para ahogarnos en fiestas, no pasa nada por un poco de tranquilidad hoy. Y los futuros casados están de acuerdo.

Corrieron hacia la orilla, menos Helena, Blanca, Carlota y Carmen, que permanecieron rezagadas, y Martín, algo alejado de todos, alicaído, aunque con las dos brujas pisándole los talones, aumentando así su negro humor.

—Sabemos lo que ha pasado —señaló Carlo, muy seria—. Elisa se ha regodeado un buen rato contándonos lo del beso.

—Tonterías —desestimó ella, encogiéndose de hombros—. Ni siquiera lo conozco y no me debe nada.

—Elisa y Lucía, sí —afirmó Blanca, enfadada—, se supone que son tus amigas. No entiendo por qué siempre te hacen lo mismo.

—Y está claro que le gustas a Martín —añadió Carmen, propinándole un empujoncito.

—Por eso se ha besado con Elisa. Claro, claro... —ironizó Hele con los ojos clavados en la arena—. Aunque... —se detuvo.

Las tres la imitaron. Les relató la discusión del camarote. Sus amigas sonrieron.

—Deberías darle una oportunidad, es evidente que él no está interesado en Lucía ni en Elisa —le aconsejó Carlota—. Creo que te has precipitado en desilusionarte.

—Estoy con Carlo —convino Blanca, asintiendo—, deberías darle una oportunidad. Todas conocemos a Elisa, a malas tretas en cuestión de hombres solo la gana Lucía.

¿Y si sus amigas tenían razón? Por intentarlo no pasaba nada, ¿no?

Helena lo buscó con la mirada y lo encontró sentado en unas rocas. Se había quitado el polo y las zapatillas. Los demás estaban bañándose y salpicando a las dos brujas. Elisa y Lucía, encantadas, desde luego, se habían convertido en el centro de atención de cinco hombres solteros.

Martín, lejos de los demás, se zambulló en el agua en ese momento y se perdió detrás de las rocas.

—¿A qué esperas, Hele? —la instó Carmen con una sonrisa.

No necesitó más ánimos para ir con él. En ropa interior se metió en el mar y, procurando que las dos brujas no se dieran cuenta, rodeó despacio las rocas. Apenas había luz, salvo los reflejos parpadeantes de la redonda luna en el agua, y...

—¡Ay! —exclamó ella al notar un roce suave en las piernas.

Le inspiraba respeto el mar, sobre todo si existía tanta calma y profundidad misteriosa a su alrededor, como era el caso. Fue a girarse para regresar a la orilla, pero, de nuevo, notó algo... Algo que la agarró de los tobillos y tiró hasta sumergirla entera: unas manos grandes.

—Ven —le pidió Martín cuando ambos emergieron a la superficie—, conozco una cueva que te gustará.

Sin dudar, nadó junto a él. Embelesada, aunque procurando no demostrarlo, no se percató de la entrada de la cueva hasta que se golpeó en los pies con un banco de arena. Se levantó. El agua salada le alcanzaba las caderas. Su caballero andante le ofreció una mano, que aceptó, y anduvieron hasta el final, donde la luz del cielo despejado atravesaba un hueco circular en el techo y bañaba de plata lo que parecía una pequeña charca. Allí el mar les cubría solo los tobillos, nada más.

Se sentaron con los dedos entrelazados y respiraron hondo.

Martín no podía estar más acelerado. Había ido a buscarlo... ¿Eso significaba que le había perdonado? Por si acaso, prefirió no comentar nada, mucho menos quiso recordar lo del catamarán, no fuera a huir de él otra vez.

Helena suspiró, extasiada.

—Esto es precioso, Martín, pero no sabría regresar.

—Llevo veraneando en Formentera desde que nací. Mi familia tiene una casa aquí y me conozco la isla como la palma de mi mano. Esta playa es mi favorita, precisamente por esta cueva —la contempló con los ojos resplandecientes—. Me alegro mucho de que te guste —sonrió.

Hele, nerviosa por las emociones que estaba empezando a sentir con una fuerza insólita, se apartó y decidió explorar el lugar. Se retorció sin parar las manos en el regazo.

Martín, preocupado, la siguió y le sujetó el brazo.

—Estás temblando, ¿quieres volver? —le sugirió, muy atento.

Aunque hacía un inmenso calor que hasta la mareó un poco, ella asintió como una cobarde.

No volvieron a hablar, pero se mantuvieron cerca el uno del otro. Martín le ofreció su polo para que se cubriera por si tenía frío al volver con sus amigos. Helena lo aceptó con una sonrisa tan dulce que le obligó a morderse la lengua para no gemir...

—Gracias, Martín —le dijo Hele mientras se colocaba la prenda por la cabeza—, aunque te la voy a mojar.

—No me importa. Ya se secará.

Ambos sonrieron y, durante esos segundos, el tiempo y el espacio se desvanecieron.

De regreso al hotel, antes de abandonar la playa, ella le devolvió el polo y se puso su ropa. Él se ajustó la prenda. Entonces, un aroma a rosas inundó sus sentidos. Jamás la echaría a lavar...

A la mañana siguiente, después del desayuno, se encontraron los dos grupos en la playa. Los chicos habían comprado embutido, pan y cervezas para almorzar, que guardaban en una nevera portátil. Las invitaron y ellas aceptaron, gustosas. Contaban, además, con un balón de voleibol. Tomaron el sol, se bañaron, charlaron y bromearon. Habían congeniado, a pesar de la diferencia de edad, ellos tenían treinta y seis años.

Comieron sobre las toallas, se dieron un buen chapuzón. El dueño de un

chiringuito les indicó una zona libre de gente, donde había una red para practicar ese deporte, y decidieron echar un partido.

Jugaron chicos contra chicas. Resultó un completo desastre para ellas. Elisa y Lucía fingieron, repetidas e infinitas veces, torcerse algún dedo para flirtear más si cabía con la excusa de que las ayudaran. Así no había manera, claro, y ellos eran muy buenos.

A Martín se le ocurrió mezclar los equipos. Fue cuando en verdad gozaron y se divertieron. Para regocijo de Hele, las dos brujas fueron las últimas en ser elegidas.

—Vamos a hacerlo más interesante —propuso Pablo antes de sacar—. Los que pierdan, tendrán que tirarse desde esa roca al mar —señaló la roca en cuestión, a la derecha.

Helena desorbitó los ojos. No tenía miedo a las alturas, pero esa roca era demasiado alta. Blanca, Carmen y Carlota se desternillaron de risa ante su reacción. Su caballero andante se fijó también y se acercó a ella. Por suerte para los dos, estaban en el mismo equipo, gracias a Álvaro, que los había seleccionado a ambos a posta para que estuvieran juntos.

—Si perdemos, no hace falta que te tires —le susurró Martín al oído—. Me tiro yo dos veces por ti.

—No tengo vértigo —pronunció Hele, orgullosa—, pero ¿no hay otra roca de menos altura?

Él sonrió.

—Nos tiraremos juntos, si quieres. Eso si perdemos, que aún está por ver —le guiñó un ojo para que se relajara.

—¿Me lo prometes? —dijo ella, que había palidecido.

Martín la tomó de la mano y se la apretó.

—Te lo prometo. Eres mi damisela en apuros, ¿no?

Helena le dedicó una sonrisa celestial y asintió, dejándolo estremecido en la arena.

Comenzaron el partido.

Y perdieron.

A él no le extrañó. Excepto por las dos golfas, en el equipo contrario eran muy buenos y, aunque no ganaron con mucha diferencia, se merecieron el resultado.

—Ay, madre... —suspiró Hele, de pronto muy nerviosa.

—Vamos —la instó él, enlazando los dedos con los suyos, aprovechando

una mínima oportunidad para tocarla, era superior a su autocontrol no hacerlo...

Los demás corrieron hacia la roca, a la que se subía gracias a un estrecho sendero de arena. Más chicos y chicas disfrutaban tirándose. La altura, en efecto, era considerable.

—No tienes que hacerlo —le aseguró Martín, que se preocupó al notar cómo temblaba.

—Estoy bien. Es solo porque es la primera vez.

Se reunieron con su equipo. Los que habían ganado los esperaban abajo en la orilla, enfocándolos con las cámaras de los móviles para inmortalizar el momento. Carlota se lanzó con el grito de Jerónimo, seguida por Blanca, después por Raúl y, a continuación, por Álvaro. Por último, Helena y él se acomodaron en el borde, en posición.

—¿Preparada?

—¡No!

Martín emitió una carcajada. Parecía más pequeña aún por el miedo. Acortó la distancia y la alzó en brazos como una verdadera damisela en apuros. Se maravilló por lo cálida y tierna que era. Ella se aferró a su cuello, escondió la cara en el hueco de su hombro y cerró los ojos. La sensación fue tan placentera para ambos, y tan inesperada, encajaban a la perfección, que se paralizaron un segundo.

—Martín...

Él la miró, con el corazón a punto de explotar.

—Dime, Helena.

—No me sueltes, por favor...

Martín quiso gritarle que jamás lo haría, pero se contuvo.

—¡Venga, que nos dan las uvas aquí! —vociferaron desde abajo.

Helena respiró hondo y asintió. Él cogió impulso y se lanzó al mar.

Y no la soltó al introducirse en el agua, sino que la sacó a la superficie con rapidez y rodeó su cintura, pegándola a su cuerpo. Esas curvas lograrían reducirlo a cenizas antes de que terminase el viaje, era exquisita...

—¿Estás bien?

—¡Sí! —exclamó ella, dominada por la adrenalina—. ¡Otra vez, venga!

Martín se contagió y se echó a reír.

Y eso hicieron hasta el ocaso. Los doce amigos se lanzaron una y otra vez; los chicos, haciendo piruetas y volteretas en el aire y las chicas,

chillando.

El caballero andante y su damisela en apuros no intercambiaron más palabras y tampoco se tiraron juntos de nuevo, pero no se quitaron los ojos de encima: estuvieron pendientes el uno del otro, con miradas que escondían promesas que todavía no estaban preparados para afrontar, pero promesas, al fin y al cabo...



Hele, tras ducharse, preparó su vestido azul de noche, ajustado y con escote en la espalda; mientras, tarareaba su canción favorita, Super trouper, de Mamma Mia. Carlota la buscó en la aplicación de YouTube de su *iPhone* y, entre carcajadas, saltaron sobre las camas al son de la música como dos adolescentes. Blanca y Carmen, que las oyeron, porque los cuartos eran contiguos, se unieron a ellas todavía en ropa interior. Las cuatro bailaron y cantaron a voces hasta caerse en los colchones de la risa.

Cuando terminó la canción, oyeron ovaciones provenientes del piso superior. Se asomaron a la terraza y hacia arriba.

—¡Esta noche os invitamos a un karaoke! —les dijo Álvaro, mirándolas con diversión desde su barandilla, aún en bañador—, ¡pero solo si prometéis salir así vestidas! —se giró—. ¡Eche, ven, corre! ¡Está tu damisela muy elegante ahora mismo! ¡Las demás están cogidas, una lástima! —les guiñó el ojo como un auténtico tunante.

Ellas se escondieron en la habitación al percatarse de que estaban en braguitas y sujetador, soltando carcajadas. Sin embargo, Blanca, Carmen y Carlota sujetaron a Hele por los brazos y la arrastraron de vuelta a la terraza.

—¡No! ¡Parad! —protestó Hele.

Pero la ignoraron y la dejaron encerrada en la terraza, echando el pestillo por dentro. Helena se enfadó y colocó los puños en la cintura.

—¡Dejadme entrar ahora mismo! ¡No es gracioso, maldita sea! ¿Y si me ve alguien?

—¡No! —le contestaron al unísono, desternillándose—. ¡Que te rescate tu caballero andante!

—Oh... —pronunció en un hilo. Recordó que su caballero andante estaba justo encima. Dirigió los ojos hacia arriba en un acto reflejo y descubrió a

Martín, con el pelo húmedo y alborotado, vestido solo con unos calzoncillos negros de seda, que la observaba como si estuviera hipnotizado, con los labios ligeramente abiertos—. Martín... —se cubrió la boca con una mano y con la otra aporreó la puerta—. ¡Dejadme entrar ya!

Martín despertó del trance y apretó la barandilla hasta dolerle las palmas. La noche anterior la había visto en ropa interior sencilla, blanca, lisa y de algodón, se habían bañado juntos, pero ahora... Lo que se presentaba ante él no era blanco, ni sencillo, ni liso, ni de algodón. El conjunto de Helena era azul oscuro, de encaje y con algunas transparencias en el sujetador, dispuestas de forma estratégica para alterar al más santo de los hombres.

¡Era un pecado verla así y no poder hacer nada! Saltaría a su habitación, la tomaría entre sus brazos y la besaría sin parar por todo el cuerpo hasta que le suplicase más, y solo entonces se la llevaría a la cueva de la playa y le haría el amor bajo las estrellas, la veneraría con la luna como único testigo.

Entonces, Helena de Troya desapareció en el interior de la habitación. Menos mal, pensó él, cubierto de sudor por el esfuerzo de reprimirse. Hubiera sido capaz de raptarla si hubiera permanecido un segundo más en la terraza. ¿En qué momento se le había ocurrido hacer caso a Álvaro y asomarse?

Hele, por su parte, estaba tan enfadada con sus amigas que se metió en el baño de un portazo.

—Anda, sal y perdónanos —la instó Carlo a través de la madera—, ha sido una broma sin mala intención.

Ella abrió a regañadientes. Sus amigas la besaron en la cara con cariño como disculpa y todo volvió a la normalidad. Se vistió, se calzó las sandalias de tacón alto y se peinó los cabellos en una coleta alta, tirante y lisa, para lucir su media espalda al aire.

Al salir de la habitación, ya arregladas, pisó mal y se torció el tobillo.

—Ay... Adelántate, Carlo —le pidió Helena—. Voy a cambiarme, no tardo.

Carlota asintió y la dejó sola. Ella se quitó los tacones y se frotó el dolor con un pequeño masaje. Eligió unas sandalias planas de piedras transparentes que parpadeaban con las luces, sus favoritas y las más cómodas que había traído consigo. Prefería ir alta, ya que sus nuevos amigos medían más de metro noventa y se sentía diminuta a su lado, pero su pie se había resentido. Agarró el bolso de mano y se dirigió a la recepción, donde la esperaban todos.

En cuanto llegó, varios desconocidos silbaron en su dirección. A Martín

se le cruzó el semblante, furioso y nervioso, igual que a Elisa y a Lucía, aunque la mirada de las dos brujas contenía veneno. Él también expulsó veneno, pero hacia los inútiles neandertales que contemplaban a su ángel con lujuria y avaricia como machos en celo. Helena lo interpretó mal, creyó que Martín se había enfadado, por lo que agachó la cabeza, hundió los hombros y caminó deprisa hacia sus amigas.

Eligieron un restaurante al azar del paseo marítimo y cenaron una mariscada muy sabrosa. Siguieron con las bromas, con las risas y con las conversaciones ingeniosas, menos Martín y Helena, demasiado callados y pensativos ambos, evitándose.

Luego, se decantaron por una discoteca famosa y lujosa. Estaba decorada con palmeras enormes, carecía de techo y David Guetta inundaba cada rincón. Martín Echevarría negoció el mejor reservado del local con el dueño, al que conocía, a juzgar por el abrazo que compartieron como saludo. El reservado estaba más alto que el resto y contenía elegantes camas balinesas con doseles recorridos y unas vistas increíbles al mar. Les sirvieron dos botellas de champán a cuenta de la casa. Las seis amigas se quedaron impresionadas por el poder de ese hombre, ¿tan importante era? Y en ese ambiente, al igual que con el catamarán, se movía con tanta seguridad que resultaba intimidante, en especial, para una chica corriente como se consideraba Helena.

En un momento, Hele necesitó ir al baño y, como las demás estaban ocupadas charlando, decidió ir sola. Tuvo que atravesar la marea de personas que bailaban y saltaban al ritmo de la música dance porque los servicios se hallaban en la otra punta. Esperó la cola que duró media hora larga y, cuando hubo terminado, salió para deshacer el camino hecho y regresar al reservado.

Y el viajecito se truncó...

Alguien la agarró de la cintura con brusquedad y la giró en la pista central, chocándola con un cuerpo robusto que apestaba a alcohol. Intentó escapar, pero el tipo la sujetaba a cada segundo con más ímpetu. Agobiada, le pidió que la dejara en paz. El desconocido se rio en su cara e intentó besarla.

—¡No! —gritó ella, girando el rostro y empujándolo en el pecho, en vano, parecía un muro que no se inmutaba—. Por favor...

Comenzó a manosearla, incluso le subió el vestido, ya corto de por sí. Sin embargo, de repente, el borracho voló hacia atrás y Helena quedó libre. Aturdida un instante, no supo lo que había sucedido hasta que descubrió a Martín observando al borracho con tal ira que ella se asustó. Se recompuso la

ropa y lo agarró de la mano para tranquilizarlo.

—Vámonos —le pidió Hele al oído, todavía temblando—. Venga — insistió porque no reaccionaba—. ¡Martín!

Le costó obedecerla, porque lo que él quería era machacar a ese gusano que había intentado propasarse con su ángel. Y si no lo mataba en ese momento era porque ella estaba tirando de su brazo...

Se movieron al fin, pero, justo al darse la vuelta, el baboso, rabioso por la interrupción, lo golpeó con fuerza en el hombro, obligándolos a separarse.

—¡No! —exclamó ella, interponiéndose entre ambos—. Martín, mírame. No tiene importancia, no merece la pena, por favor... ¡Martín!

Los ojos castaños de Martín destilaban fuego.

—Me preocupe, no volvías —declaró él en un tono ronco. Apretaba los puños a los costados de su rígido cuerpo—. No mereces que nadie te trate así —rechinó los dientes.

Martín fue a enfrentarse al desconocido, avanzó con claro propósito de romperle la nariz. Estaba tan furioso que no se reconocía a sí mismo, y tampoco quería controlarse porque ese borracho necesitaba aprender modales. Nadie tocaba a Helena, mucho menos de ese modo tan lascivo.

Entonces, a Hele se le ocurrió la cosa más estúpida para evitar una pelea... Se puso de puntillas, entrelazó los dedos en la nuca de Martín y lo besó en los labios con cierta timidez, aunque decidida. La respuesta de él devoró su pudor... La abrazó por la cintura y le devolvió el beso con tanta dulzura y lentitud que ella empezó a fundirse. Martín, alucinado y dichoso, le acarició los labios con los suyos, los atrapó y los succionó con candente ternura.

Deliciosa... Exquisita...

Por desgracia, fue un beso muy corto, aunque duró lo suficiente como para que el gusanoapestoso aceptara la derrota y se marchara.

Martín Echevarría, por primera vez en su vida, no encontró palabras ni supo qué hacer. Ambos, impactados y acelerados por igual, confusos también, permanecieron en trance, contemplándose con los ojos vidriosos por el deseo, hasta que una conocida y antigua canción de Rhianna provocó gritos entusiastas en la gente a su alrededor y despertaron de la ensoñación.

Helena fue a apartarse, pero él no se lo permitió. ¡Ni en sueños la soltaba!, pensó Martín. Y bailaron pegados, caderas contra caderas, entre la multitud, sin apartar la mirada del otro, sin separarse un milímetro y con los

alientos discontinuos entremezclándose por la cercanía. Fueron los minutos más excitantes que ella había vivido en sus veintisiete años. Cerró los párpados y rezó para que aquello no terminara en Formentera. ¿Quizás sí existía un príncipe azul para Hele? Ojalá fuera Martín...

Volvieron al reservado. Permanecieron juntos. No se tocaron, tampoco hablaron del beso, de nada, en realidad. Sin embargo, al salir de la discoteca, él enlazó la mano con la suya y la protegió con su cuerpo hasta llegar a la calle. Helena experimentó de nuevo ese calor protector y anheló abandonarse otra vez a sus labios, pero abandonarse el resto de su vida...

Martín paró, alejándose de los demás. La observó antes de continuar hacia la parada de taxis. La tomó por la nuca con suavidad, se inclinó y la besó con delicadeza apenas un par de segundos. Posó los labios sobre los suyos, resbaladizos, tiernos, divinos... Su ángel suspiró, entrecortada, aferrada a sus brazos. Se estremecieron.

—¿Venís o qué?

Se separaron al oír a Álvaro.

—Martín... —comenzó ella.

Él le sonrió y la besó en la punta de la nariz. Su corazón se había precipitado al cielo hacía ya un rato, sin posibilidad de retorno.

—Dime, Helena de Troya.

Pero Helena no dijo más.

Al amanecer, para festejar el final de las dos despedidas de solteros, decidieron zambullirse en el mar. En ropa interior, se metieron en las cristalinas aguas de la isla.

Cuando se despidieron, se desearon lo mejor para las dos futuras bodas y, encantados, algunos se intercambiaron los móviles para mantener el contacto y enviarse las fotos del viaje.

Hele, sin poder aguantar esa situación, pues jamás volvería a ver a Martín, corrió hacia su habitación sin decirle adiós y se encerró en el baño. Carlota, Blanca y Carmen la consolaron en silencio y ella, como una boba, dejó que las lágrimas descendieran por su rostro en silencio. ¿Era posible enamorarse en tres días?

Esa misma pregunta también revoloteó en la mente de él, que se quedó hundido, aunque no lo demostró, al ver a Helena huir hacia el hotel. La intención de Martín había sido quedarse a solas con ella, acompañarla a su cuarto cuando todos se fueran y pedirle su teléfono, preguntarle de dónde era,

ese tipo de cosas que no había hecho en esos tres días. Pero se sintió un estúpido. ¿Y si se había hecho ilusiones en vano? Que saliera huyendo no era muy alentador...

No la buscó. Lo mejor era olvidarla y centrarse en su propia vida, como había hecho hasta ahora.



El vuelo a Madrid fue el más largo de la vida de Hele y el regreso a casa le produjo una inquietante sensación de pesar y de arrepentimiento por no haberle pedido su teléfono o cualquier otro dato para continuar hablando. Ni siquiera sabía dónde vivía.

Esa noche, Carlota se quedó a dormir con ella para animarla.

—Soy una idiota —musitó Helena.

—No lo eres, Hele —se tumbó boca arriba en la cama—. Es lógico que te hayas ilusionado. Yo lo estaría en tu situación, más después de cómo se ha portado contigo y del beso en la discoteca.

—Ya no importa —suspiró—. El viaje ha terminado y Martín se ha ido. No hay más que hablar.

—Si al menos supiéramos dónde vive... Lo que sí sabemos es su apellido: Echevarría. Internet es un gran buscador —también suspiró—. Elisa y Lucía tienen el móvil de Álvaro y de Raúl...

—Claro, y lo busco en *Facebook* como una loca obsesionada, o, mejor, les pido el móvil de sus amigos, encima, a Elisa y a Lucía, nada menos que a ellas —chasqueó la lengua.

—Ya —realizó un mohín—, ha sido una estupidez lo de Elisa y Lucía, pero lo de *Facebook* ...

—Que no, Carlota. Además, él podía haberme pedido mi número de móvil, ¿no?

—Huiste, guapa —la regañó su amiga con las cejas levantadas—. Saliste corriendo cuando nos estábamos despidiendo de ellos —se sentó con las piernas flexionadas debajo del trasero—. Os besasteis y luego te largaste como lo haría una niña pequeña asustada. Martín pudo interpretar eso como lo que pareció.

Carlota tenía razón. Había sido una reacción infantil. Lo había

estropeado todo y ya no había solución.

### 3

El mes que precedió a la boda de Carlota fue un completo frenesí. Por las mañanas, muy temprano, Helena acudía a la universidad para corregir exámenes y preparar su plan de estudios del siguiente curso académico, además de reunirse con la decana y con sus compañeros para organizarlo todo como cada año. Por las tardes, su mejor amiga la secuestraba, casi literalmente, para que la ayudara con los últimos preparativos de la boda, que sería el primer sábado de agosto, el mes de vacaciones de Hele en la universidad, perfecto para disfrutar del gran día sin preocupaciones laborales. Y los sábados, las cinco damas de honor se hacían las pruebas de sus vestidos, diferentes solo en el estilo. Eran los cinco de color gris perla, preciosos, a juego con los complementos de la novia.

—Aquí tiene —le indicó la modista a Helena, tendiéndole su traje cubierto por una funda de tela blanca—. Enhorabuena por la boda —añadió hacia Carlota con una sonrisa amable.

—Gracias —asintió la novia con una felicidad radiante en su hermoso rostro.

Hele cogió el vestido y salieron a la calle. Tomaron un taxi y se fueron a su apartamento, en el barrio de Chamberí.

—Sé que no quieres hablar de ello —empezó Carlo al entrar en el piso —, pero ya no puedo seguir viéndote así.

Atravesaron el pasillo en forma de L. Su habitación estaba al fondo a la derecha, la estancia más escondida. Helena colgó la funda en su armario, a la izquierda de la puerta, abrió el balcón, enfrente, para que entrara la suave brisa veraniega que se respiraba a esas horas, casi en el crepúsculo, y se sentó en el borde de la cama con los hombros caídos.

Vivía de alquiler, pero los muebles eran suyos, así lo había preferido. Toda la casa era en tonos blancos y beis, aportando luminosidad y amplitud, cosa que agradecía porque el piso tenía sesenta metros cuadrados, pequeño pero acogedor, con un dormitorio, un baño completo al otro lado del pasillo, una cocina bien equipada y un salón, enfrente de la cocina. Las ventanas constituían el mayor tesoro de la vivienda porque eran muy anchas y ocupaban la mitad superior de las paredes, además de contener salientes donde colocar macetas. Adoraba las flores, en especial las rosas de todos los colores.

—Desde que volvimos de Formentera no sonríes, Hele —se lamentó su amiga—. Tampoco sonreíste en la fiesta el fin de semana pasado.

Carlota y Francisco habían organizado una fiesta previa a la boda la semana anterior, con a los familiares y amigos más íntimos. Había sido divertida y muy emotiva, pero Helena apenas había prestado atención a nada.

—Sí sonrío, Carlo. Lo hice en tu fiesta —mintió ella en un susurro. Sus ojos no se desviaban de sus sandalias planas.

—No —la cogió por los hombros y la obligó a mirarla—. Elisa y Lucía...

—¡Ni hablar! —exclamó Hele, incorporándose.

Sabía que las dos brujas tenían los teléfonos de los amigos solteros de Martín. Era muy sencillo conseguir el de Álvaro y pedirle el que le interesaba. El problema era que él también podía haberse molestado en obtener su teléfono, y era más que evidente que no lo había hecho.

—Jamás les pediré algo así, mucho menos después de ser testigo de sus tretas para quitármelo —se cruzó de brazos—. Y nunca fue mío... Es patético sentirme así —se encogió de hombros. En tres días se había enamorado de un desconocido. Ridículo. Los flechazos solo existían en la ficción—. El mundo real no es un cuento de hadas. Formentera ya pasó. Y no quiero seguir hablando de algo que duró tres días. Se acabó. No hay más y no lo habrá.

—Llevas desde entonces callada y seria —se preocupó su amiga, que chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Al menos, me consuela ese dicho de que de una boda sale otra —le guiñó un ojo—. Mañana encontrarás a tu príncipe azul, ya verás.

—Lo siento —se disculpó, compungida, y la abrazó. Se tragó el nudo de la garganta y le besó la mejilla—. ¡Mañana es tu gran día! —fingió entusiasmo y le sacó una risita a la futura novia—. Vete ya y relájate con un baño bien cargado de espuma. A primera hora nos veremos en tu casa —la acompañó a

la puerta.

—¿No prefieres que me quede un ratito más?

Si hacía eso, Martín sería el centro de la conversación. Mejor que no.

—Estoy bien, pesada —canturreó Hele, empujándola.

Su amiga la abrazó y se marchó.

Esa noche ni siquiera cenó. Pensó en su caballero andante y, por primera vez, creyó convencida que en Formentera había vivido un maravilloso sueño, intenso, muy intenso, pero un sueño, al fin y al cabo. Y, como decía Calderón de la Barca: *los sueños, sueños son*.

Se tumbó en la cama, aferrada a la almohada como si se tratase de su salvavidas, cerró los párpados y decidió olvidarlo. Hacía un mes del viaje, tiempo más que suficiente como para que ella despertase de una vez en la tierra.



Eran las nueve en punto del gran día cuando Carmen tocó el telefonillo. Helena se colgó la funda del vestido en el brazo y en el hombro contrario, la pequeña bolsa de equipaje donde había guardado su neceser y algunas cosas de utilidad.

Manuel, el novio de su amiga, que se había ofrecido encantado de chófer, fue a su encuentro al verla salir del portal y le dio dos besos en la mejilla. Tenía el pelo castaño y abundante, como el de un león, los ojos como la miel y una amable sonrisa perenne en su rostro; era fuerte de aspecto y apenas unos centímetros más alto que Carmen. Transmitía bondad en estado puro.

—¿Qué tal, Hele? —le saludó Manuel—. ¿Preparadas para el gran día, chicas?

Las dos amigas saltaron en el suelo, locas de emoción, como respuesta y se metieron en el coche. Recogieron a Blanca y continuaron hasta el impresionante apartamento de la familia de Carlota, en La Castellana. Se despidieron de Manuel y esperaron a Elisa y a Lucía en la recepción del edificio; para no variar, llegaron tarde. Blanca las regañó, muy severa, pero no sirvió de nada porque ellas la ignoraron.

Y, por fin, subieron a la undécima planta, la última. Solo existía un piso por planta, de casi cuatrocientos metros cuadrados. El padre de Carlo, Juan

Gabriel, era un reputado empresario de telecomunicaciones, exitoso tanto a nivel nacional como internacional, y rico de cuna también. Los amigos de aquella familia eran millonarios y famosos, snobs estirados, pero Juan Gabriel, no. Él era uno de los hombres más buenos, sencillos y humildes que había conocido Hele, al igual que la esposa de este, la madre de su mejor amiga, Amelia, una adorable y bellísima mujer dedicada a labores de beneficencia.

Las siguientes horas volaron entre risas y chillidos propios de niñas pequeñas, emocionadas por el acontecimiento. Carlota era la primera del grupo que se casaba.

Después de maquillajes, manicuras, pedicuras, peinados, carcajadas, nervios y muchas lágrimas, el equipo que había contratado Amelia para las seis amigas, que incluía una estilista para cada dama de honor, las ayudó con los vestidos y hasta con las sandalias y las joyas.

Ella no pudo evitar recordar a Martín. Se acercó a una de las ventanas y pensó en él. Carmen y Blanca la abrazaron por detrás, adivinando lo que le sucedía. Helena sonrió y borró cualquier rastro de tristeza. El gran día era de Carlota, el más importante de su vida, así que respiró hondo y se centró en su amiga.

Las cinco estaban guapísimas. Los trajes de seda gris perla ocultaban sus pies y poseían una cola casi imperceptible. El de Hele era de estilo griego, con un hombro al aire, un ancho cinturón de pedrería por debajo del pecho drapeado, cosido al vestido, que acentuaba su pronunciada curva, y una raja hasta la mitad del muslo que se abría al caminar. Sus sandalias eran de tiras finas y brillantes hasta el tobillo, de color plata y de tacón altísimo, muy elegantes y escandalosamente bonitas, exactas a las de sus amigas, lo único que llevaban igual.

En cuanto a sus cabellos, se los habían recogido en una trenza de espiga deshecha. Una corona de perlas muy discretas y pequeñas le coronaba la cabeza. Los discretos pendientes de diamantes de su abuela, su única reliquia familiar, y una sencilla pulsera de oro blanco que le había prestado su madre, remataban su atuendo.

Blanca y Carmen no se quedaban rezagadas en cuanto a su aspecto. Elisa y Lucía, en cambio, dejaban claro que no importaba que la tela o los complementos fueran exquisitos, iban pidiendo guerra, atractivas, a su manera.

Y la novia...

Se reunieron con Carlota cinco minutos antes de salir a la calle. Más lágrimas derramaron las seis amigas. Se dieron un abrazo de oso. Helena sintió que el corazón se le escaparía del pecho en cualquier instante. No pudo pronunciar palabra de lo maravillosa que estaba Carlo. El vestido en la percha podía resultar sencillo, pero en su amiga la imagen era impresionante.

—Te quiero muchísimo... Te mereces todo esto y más —le susurró Hele al oído al abrazarla, antes de que se montase en el coche junto al padrino.

Dos Audi A8 transportaron a las damas de honor y a la madre de la novia hasta el lugar donde se realizarían la ceremonia y el banquete: una magnífica finca, con una pequeña iglesia, a las afueras de Madrid.

Alrededor de setecientos invitados, entre ellos políticos, actores, dueños de revistas de moda o periódicos deportivos, delegados y directores de bancos, ocuparon los asientos a la espera del paseillo. Las amigas, a petición de la novia, caminarían hasta el altar, una a una, después de Fran y la madrina, menos Helena, que se encargaría de ir colocando la cola y la mantilla de Carlota en su paseo hacia el altar.

Llegó el momento. Varios violines comenzaron la canción de entrada de la novia. Carlota la abrazó con fuerza un segundo y, seguidamente, se colgó del brazo de su padre. Juan Gabriel parpadeó en repetidas ocasiones para ahuyentar la emoción de sus ojos.

La ceremonia fue conmovedora, los novios se emocionaron, los invitados rieron alguna vez por las ocurrencias del sacerdote en el sermón. Helena sintió una punzada en el estómago en el intercambio de los anillos, ¿existía un príncipe azul también para ella?

Fran, físicamente, era muy atractivo: alto, de complexión fuerte, moreno, de cálidos ojos oscuros; tenía un puesto de trabajo por el cual muchos matarían, era ingeniero de Caminos y jefe de departamento de una de las mejores empresas de construcción del país y estaba pendiente de un nuevo ascenso; y psicológicamente, se desvivía por Carlota, la anteponía a todo, además de tener un buen sentido del humor, saber animar, ser un amigo leal, conversar de cualquier cosa y poseer una educación intachable. El perfecto y único príncipe azul. Lo tenía todo. Y su amiga se lo merecía.

Después del arroz, de los pétalos y de las felicitaciones, se dirigieron al cóctel. Se unieron a los amigos del novio, que no eran pocos, y tomaron una copa de vino rosado espumoso que les ofreció un camarero, su favorito. Las dos brujas comenzaron a flirtear con los amigos del novio; la mayoría eran

solteros, solo cuatro tenían pareja. A algunos los conocían. Había dos grupos: los del colegio mayor donde había vivido Fran los primeros años de universidad, pues era de León, y sus amigos de la infancia.

Helena se sintió incómoda durante gran parte del aperitivo, tenía un presentimiento que le aprisionaba el pecho. En más de una ocasión giró el rostro, pero no identificó a nadie, había mucha gente. La sensación continuó acelerándole el pulso.

—¿Sois todos de León? —le preguntó Manuel a Miguel, que pertenecía al grupo del colegio mayor del novio.

—Nosotros, sí. Faltan dos que son de Logroño, dos hermanos, Pedro y Martín.

Automáticamente, Hele contuvo el aliento.

Martín... ¡Tenía que llamarse así! El destino estaba jugando a su costa.

Carmen y Blanca, preocupadas, se fijaron en ella.

No, no, no... Era una casualidad, segurísimo. Setecientos invitados, ¡por favor!, Martín era un nombre muy común.

—¿Has dicho Pedro y Martín? —se interesó Elisa con el ceño fruncido, pensativa.

—Sí —asintió Miguel.

—¿Y de Logroño? —insistió Lucía.

—Así es.

Las dos brujas ahogaron una exclamación que puso más nerviosa a Hele.

—No los habéis visto todavía —les explicó el amigo de Francisco— porque a la fiesta previa a la boda que hicieron Carlota y Fran la semana pasada no pudieron ir. Deberían estar aquí ya —echó una ojeada a su reloj de pulsera—. El avión aterrizó hace casi una hora.

—Sí —añadió otro chico—. Por allí viene Pedro —señaló con la cabeza a un joven bastante guapo, de cabello abundante y castaño, que caminaba sonriente hacia los novios.

Esa sonrisa...

Un pinchazo le provocó náuseas a Helena. La sonrisa de Pedro le recordaba tanto a...

—¿Estás bien? —le susurró Carmen al oído.

Blanca se les unió. Ambas enfocaron la vista a un punto detrás de ella. Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de sus amigas.

—Sí —murmuró Hele, muy seria—. Creo... Creo que iré al...

—¡Martín! —le llamó Miguel, agitando una mano.

—Al baño —terminó ella, y salió escopeteada sin mirar al supuesto Martín, sin cerciorarse siquiera de si era él o no.

¿Y si lo era? Rememoró las palabras de su mejor amiga: *mañana encontrarás a tu príncipe azul*. Resopló, enfadada consigo misma. Era ridículo que eso sucediera. Se encerró en el único servicio que había libre. Se sentó en la taza del retrete e inhaló aire infinitas veces hasta que consiguió ralentizar el enfebrecido ritmo de su corazón. Metió la cabeza entre las piernas un par de minutos. Tenía el estómago revuelto.

—Esto es absurdo —pronunció en voz alta—. No es el único Martín del mundo, ¡por Dios! —colocó las manos en las mejillas. Las notó ardientes—. Ya basta. Se acabó. ¡Solo fueron tres días!

Se incorporó y se acercó al espejo horizontal que había encima de los lavabos.

Si tan solo pudiera verlo una vez más... Solo para cerciorarse de que Formentera no había sido un sueño. ¡Se negaba a creerlo! A pesar de que así lo había deseado el último mes... Aquella complicidad... Aquel beso...

Levantó la barbilla y salió al exterior. Sin embargo, sus pies se clavaron en el césped, no por los tacones, sino por la silueta de un hombre, de espaldas a Helena, que hablaba con Carmen y con Blanca en ese momento. Las dos brujas, junto a esos tres, se mordían el labio inferior con descaro y sacaban pecho con excesiva coquetería.

Una silueta inconfundible hasta en la oscuridad de una playa de noche...



Martín alucinó al llegar a la finca para asistir a la boda de su amigo Francisco. Ver a Carmen y a Blanca lo dejó mudo. Buscó con la mirada a la novia, y descubrió que se trataba de la misma Carlota que había conocido en Formentera. Y Helena...

—¿Dónde está? —les preguntó a Carmen y a Blanca, ignorando a las golfas, menudas pesadas.

—Justo ahí —Blanca apuntó con la mano a su espalda.

—¡Helena! —la llamó Carmen, agitando el brazo en el aire.

Él se volvió por instinto. Su corazón frenó en seco. No podía creerse que

el destino le sonriera de aquella manera, pues había sido el destino el que había puesto en su vida de nuevo a su damisela en apuros y no iba a desaprovechar la oportunidad en esta ocasión. No se le escaparía de nuevo, aunque antes debía cerciorarse de que ella se sentía igual porque, recordó con cierto dolor, Helena había huido antes de poder decirse hasta pronto.

Los nervios atenazaron a Martín. La inseguridad se adueñó de él. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si ella había olvidado esos tres días, los besos que habían compartido, y la magia que Martín había creído vivir había sido solo en su cabeza?

Y Hele, que a lo lejos había oído perfectamente cómo sus amigas la llamaban, agachó la cabeza y se mezcló entre la muchedumbre de invitados en dirección contraria. Necesitaba huir de allí. ¿Sería él de verdad o estaba siendo inmadura... otra vez? En cuanto a Martín Echevarría se refería, la madurez en ella se esfumaba.

En apenas cuarto de hora, se bebió dos copas de vino. No estaba acostumbrada a beber y no había probado bocado, por lo que empezó a notarse demasiado ligera y, mientras charlaba con algunos conocidos de Carlota, sonrió sin percatarse de que lo hacía. Pronto dejó de pensar y se centró en la boda. Charló sobre trivialidades hasta que los camareros les fueron indicando el lugar de la cena, dentro de una carpa blanca de ensueño.

Se dirigió al baño para refrescarse. Suspiró varias veces y se mojó la nuca. Al salir al césped, no había nadie. Intentó correr, pero los tacones clavándose en la hierba se lo impidieron. Al doblar una curva, por poco se cayó, pero unos brazos fuertes la sujetaron a tiempo por la cintura y la estabilizaron.

—¡Qué torpe! —se disculpó ella. Alzó la vista hacia su salvador—. Gra... —cerró la boca, de repente. Se soltó con cuidado—. Martín.

—Me alegra saber que todavía sigo siendo tu caballero andante —pronunció él, dedicándole esa sonrisa tranquilizadora y mostrando esos hoyuelos que tanto había extrañado, aunque un brillo de tristeza casi imperceptible dominaba sus profundos ojos castaños.

Ahí estaba el culpable de sus desvelos y de sus inquietudes. Lo observó un buen rato. Le dolió darse cuenta de lo atractivo que estaba, de lo atractivo que era... Vestía un entallado traje gris muy oscuro, casi negro, camisa blanca de cuello italiano y corbata gris clara y fina con diminutos lunares blancos.

Él sintió su pecho estallar al fin. Helena estaba espectacular, más

hermosa que como la había invocado en su mente en el último mes. Nadie se podía comparar con ella. Preciosa...

—Estás... —comenzó Martín, cuya mirada se incendió al repasarla de los pies a la cabeza.

Pero Hele no le permitió terminar, giró sobre sus talones y salió disparada hacia la carpa.

Sí. Martín Echevarría, ese Martín hermano de Pedro, era su Martín. Formentera no había sido un sueño. Y aquel hecho la asustó todavía más.

—Por favor, espera —le pidió él, interponiéndose en su camino. Introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y suspiró—. Llevo semanas queriendo contactar contigo, pero...

—No me debes ninguna explicación. Ahora, si me disculpas...

Martín arrugó la frente. No le sorprendió no recibir aplausos, pero esa reacción sí que no se la esperaba.

—¿Por qué estás tan enfadada? —quiso saber él en voz baja. Su tono transmitía un deje de tormento, el que había padecido en los últimos treinta días por no verla.

—No es... —en ese instante, a lo lejos, sonó Mecano. Los nervios la inundaron—. Debería estar allí, Carlo me pidió que estuviera pendiente de ella —se retorció los dedos en el regazo—. Es su boda, ella es mi mejor amiga, me voy a perder su entrada y no...

—Entonces, vamos —la tomó de la mano con expresión grave y la obligó a andar rápido, algo difícil por los tacones y la hierba, pero no imposible. La guio por las cocinas de la carpa, la parte contraria a la entrada de los novios—. Está todo el mundo de pie, no hay peligro —le besó los nudillos, incapaz de resistirse, y desapareció de su vista, muy a su pesar y obligándose a hacerlo.

Helena se tapó la boca entreabierta con dedos temblorosos y el corazón trepidando sin control. En cuanto la gente aplaudió, despertó del trance. Acudió a Carlota cuando los novios se sentaron en sus respectivos silloncitos individuales de mimbre. Entre Amelia y ella le quitaron la mantilla con cuidado. Las tres se abrazaron, emocionadas. Un montón de flashes las rodearon y rieron avergonzadas.

La cena transcurrió... bueno, digamos que no fue la mejor de su vida, por desgracia.

Compartieron mesa las cinco amigas, Manu y Jorge, el novio de Blanca,

de pelo moreno, ojos negros, muy alto y delgado y una de las personas más tímidas que Hele había conocido, pero de carácter más que pacífico. Sin embargo, justo al lado, se encontraban los amigos del colegio mayor de Fran, es decir, Martín, Pedro, Miguel y cinco más. Martín, en concreto, se había acomodado enfrente de ella y estuvo todo el banquete observándola con una mirada tan seria y enigmática que le arrancó suspiros sin cesar. ¿Eso era bueno o no?, se cuestionó Hele. No lo sabía. Lo malo, en cambio...

—¡A quién se le ocurre hacerse una trenza! —exclamó Elisa con prepotencia—. Eso fue la moda del año pasado, Helenita —emitió una carcajada maliciosa—. Parece una cría, ¿verdad, Lu? Una auténtica cría.

—O esa corona en la cabeza... —agregó Lucía en un tono lo suficientemente alto como para que la otra mesa lo escuchara—. Quien tiene que llamar la atención hoy es Carlota, bonita. Me da tanta pena el ridículo que haces siempre...

Blanca y Carmen las mandaron callar enseguida, muy enfadadas por su dichosa manía de meterse con ella sin motivo ninguno. Helena no pudo replicar o defenderse, se estaba agobiando, desesperando, no le salían las palabras.

—No me extraña que Martín ni siquiera se haya dignado a hablarte —le provocó la bruja pelirroja con una sonrisa—, ¿creías que iba a preferir a una mojigata como lo eres tú? ¡Por favor, Helena! —bufó con dramatismo—. Deberías empezar a guardar las muñecas y los cuentos de hadas, ya va siendo hora, ¿no crees? Madura.

—Como ya te dije —continuó la bruja morena, moviendo su copa de vino antes de dar un trago sin pizca de elegancia—, es demasiado hombre para ti. Aterriza, guapa.

Los amigos de Francisco se rieron y Hele no lo soportó más... Se levantó y huyó al servicio, en la otra punta de la carpa. Se encerró en un baño y lloró. Se deslizó hacia el suelo. La impotencia la consumió. ¡Cómo era capaz de considerarlas amigas! ¡Malditas fueran!

Por su parte, Martín golpeó la mesa con el puño en un arrebato, causando que sus amigos cortaran las carcajadas al instante. Se incorporó, se abrochó la chaqueta con rabia contenida y se aproximó a las dos golfas.

—La envidia es muy mala —sentenció él, erguido y sin molestarse en inclinarse por educación, no se lo merecían—. Me dais lástima. No le llegáis ni a la suela del zapato y os empeñáis en no asumirlo, pero la vida ya se

encargará de que lo hagáis y, si no, ya lo haré yo, tenedlo por seguro, porque no habrá una más, al menos en mi presencia o que me entere.

Elisa y Lucía enrojecieron y gruñeron. Carmen y Blanca sonrieron con satisfacción.

—No eres nadie para tratarnos así —murmuró la pelirroja, que se puso en pie, crispada.

—¿Y vosotras sí lo sois para tratar mal a Helena, que se supone que es vuestra amiga?

Las dos golfas no contestaron, sofocadas por la reprimenda.

Martín no esperó más y se encaminó hacia el servicio de señoras. Escuchó sollozos agudos. Abrió la primera puerta.

Helena ahogó una exclamación. Su rostro estaba bañado en lágrimas.

—Martín... Esto... —balbuceó al verlo allí—. Es el baño de chicas, no puedes estar aquí...

Fue Hele a levantarse, pero él no se lo permitió. Se encerró con ella. Helena se abrazó las piernas para permitirle más espacio. Martín se acomodó en la pared de enfrente y se estiró cuan largo era, reprimiendo las inmensas ganas de estrangular a las dos golfas por hacer sufrir a su ángel de esa manera gratuita. Las piernas de ambos se pegaron. La corriente eléctrica se hizo un hueco en el espacio.

—Estás increíble, Helena. La trenza y la corona van contigo y ellas lo saben —la contempló con fijeza, los ojos ensombrecidos—. Eres preciosa —recostó la cabeza hacia atrás— y estás impresionante hoy.

Ella se quedó sin respiración ante tal confesión.

—Llevo semanas pensando en ti —declaró él en un tono áspero y bajo—, semanas recordando Formentera. ¿Estoy loco? —se revolvió el pelo, resoplando. Respiró hondo. Se lanzó de lleno; fuera rechazado o no, necesitaba aclarar las cosas—. Al día siguiente del viaje, tuve que volar a Logroño. Mi padre sufrió un infarto.

El pecho de Helena se encarceló en un puño cruel al pensar en lo que Martín había debido de padecer.

—Lo siento, Martín, lo siento mucho... —alargó la mano y la entrelazó con la suya. La calidez de aquella piel desvaneció el escalofrío que había recorrido a Hele por la terrible noticia—. ¿Él está bien? —se interesó con infinita dulzura.

—Sí, ahora sí —le acarició los nudillos—. Está haciendo reposo en

casa. El médico le ha aconsejado que se jubile, pero mi padre dice que no puede —se rio—, aunque entre mi hermano y yo le obligaremos. Llevamos años encargándonos de la empresa, trabajando con él codo con codo.

Ella sintió un agradable fuego en su interior al contarle él aquello. Confiaba en Helena. Eso la llenó de esperanza.

—Y me siento un traidor, Helena... —agachó la cabeza, derrotado, y rompió el contacto—. Cuando me enteré del infarto, me cabreé, ¡joder! Me cabreé mucho con mi padre —sus manos se convirtieron en dos puños—. Solo podía pensar en ti, solo quería estar contigo, verte de nuevo, escuchar tu voz... —alzó los ojos, demasiado brillantes—. Solo fueron tres días... Me he repetido esto tantas veces en este mes... Tengo treinta y seis años, se supone que soy un adulto —frunció el ceño, como si no se comprendiera a sí mismo—, pero nunca una mujer me ha trastocado tanto. Jamás. No tengo control cuando se trata de ti.

Ella seguía soñando... No se movió por temor a despertarse.

—Helena, dime algo, por favor...

Él creyó que se desintegraría si ella no le decía algo, fuesen cuales fuesen sus palabras; su silencio lo estaba sumergiendo en una espiral de desasosiego.

Helena lo contempló con los labios entreabiertos, apenas inhalaba aire. Se incorporó y, despacio, acortó la distancia. De rodillas, apoyó las manos en sus piernas e inclinó la cabeza. Podía ser rechazada, pero tenía que hacerlo, tenía que besarlo, tenía que...

Y Martín salió a su encuentro...

Ambos jadearon ante el primer roce de sus bocas, casto, pero arrollador. Él la sujetó por la cintura y la acomodó en su regazo de lado, sin alejar los labios de los suyos un solo milímetro. Los veneró como en su primer beso, de manera lenta, tomándose su tiempo, mimándolos con una ternura increíble, porque esa preciosa criatura no se merecía otra cosa... La apretó contra su duro y cálido cuerpo mientras la besaba a cada instante con más ardor, mientras los dos se perdían en el deseo que llevaban guardando, obligados, desde ese último amanecer en Formentera, mientras se abandonaban al fiero crepitar de sus pulsaciones.

Ella le clavó las uñas en la nuca, él le mordisqueó el labio inferior con la fuerza suficiente como para detenerse y mirarse. Respiraban los dos con demasiada dificultad.

—Martín... —susurró Helena, embriagada de placer, con las mejillas arreboladas—. Si tú estás loco, yo, también...

Los ojos de Martín centellearon y la atrajo de nuevo hacia su pecho. En esta ocasión, el beso acarició cada fibra de su ser, no solo su boca. Se fundieron en un abrazo cargado de tanta pasión que de sus gargantas brotaron gemidos inteligibles. ¿Era posible sentir tanto con un beso?, ¿y con el beso de un hombre al que apenas conocía, pero por el que se sentía irremediabilmente atraída desde el minuto en que había posado su mirada en la de él?

Martín quería devorarla, comérsela entera, disfrutar de su maravillosa boca durante toda la eternidad porque era lo mejor que había probado en su vida.

—Me encantas, Helena... —le susurró entre beso y beso.

Helena sollozó, tanto por sus palabras como por esos besos que tenían su vello erizado, su corazón sin palpitar y su alma llorando de felicidad. Le enroscó los brazos en el cuello y se arqueó, pegándose más aún a él.

Martín se desbocó por tal gesto, sus instintos animales, primitivos, lo instaron a envolverla con firmeza, posesivo hasta traspasar límites, y se apoderó de sus labios con una demanda incuestionable, aunque sin apresurarse. No quería asustarla...

Entró alguien en el servicio, pero no se detuvieron, no se dieron cuenta, estaban evadidos por completo de la realidad. Siguieron besándose de manera pausada, recóndita, aplastándose el uno contra el otro, ladeando sus cabezas cada poco para profundizar más el beso, mucho más... Con timidez, Helena buscó su lengua, sosteniéndolo por el pelo con fuerza por miedo a que se apartase. Martín gruñó de gozo y se la cedió, de inmediato. Y danzaron con ardiente suavidad hasta que...

—¡Oh! —profirió alguien que acababa de abrir el baño donde estaban, alguien que los interrumpió de golpe, alguien que los observaba con la mirada envenenada propia de una bruja carcomida por los celos, alguien que no era ni más ni menos que Elisa.

—¿Te importa? —le increpó él antes de alargar la mano y cerrarle la puerta en las narices.

A Hele se le escapó una sonora carcajada al oír cómo la bruja pelirroja farfullaba incongruencias malsonantes. Martín la imitó.

—Deberíamos volver —sugirió Hele sin convicción.

—Sí, creo que nos hemos perdido el postre ya —sonrió, travieso.

La mano de Martín, el cual se había embobado en sus ojos verdes, ascendía y descendía desde la cadera de ella hasta su cintura, robándoles el aliento a los dos.

—Martín... —bajó la barbilla y se mordió el labio inferior—. Sé que tienes que regresar a Logroño y que no nos conocemos, pero...

Él le elevó el mentón y, de paso, le rozó la mandíbula con un dedo, erizándole la piel. Ella emitió un suspiro irregular ante la sensación tan inquietante que experimentó.

El muy tunante se rio.

—Mi hermano y yo tenemos que arreglar los asuntos de mi padre —le explicó Martín—. No creo que nos lleve más de una semana, dos, como mucho. Mi vuelo sale mañana temprano, a primera hora —arqueó las cejas—. ¿Decías?

—Me gustaría volver a verte y conocerte —confesó Hele, ruborizada por el pudor que le suponía decirle aquello—. La distancia no me supone ningún problema, podemos quedar de vez en cuando, yo...

—¿Qué distancia? —le preguntó, extrañado. Detuvo las caricias.

—Me refiero a que yo vivo aquí y tú, en Logroño y...

—Helena —sonrió—, vivo en Madrid desde que me vine a estudiar, y trabajo aquí. La empresa posee oficinas por toda España, mi hermano y yo nos encargamos de la de Madrid y mis tíos se ocupan de las otras. La principal está en Logroño, la de mi padre, pero, a raíz del infarto, Pedro y yo estamos haciendo los trámites para unirla a la de aquí.

—¿De verdad? —una súbita alegría resplandeció en su rostro.

—Cuando llegué de Formentera, me llamó Fran al móvil para confirmar mi asistencia y la de mi hermano a su boda. Le conté sobre el viaje y le hablé de ti, que había conocido a una chica preciosa llamada Helena —le rozó la colorada mejilla con los nudillos, absorto en sus labios—. Él me dijo que la mejor amiga de su novia se llamaba como tú, que menuda casualidad. Yo, a Carlota no la conocía todavía porque he coincidido muy poco con Fran en persona desde que empezamos a trabajar, aunque siempre hemos mantenido el contacto por teléfono. Justo mi madre me telefoneó a casa y ya no pude seguir hablando con él —sonrió—. Y cuando he visto a tus amigas hoy, no te imaginas la alegría que me he llevado. No pienso dejarte escapar esta vez, ni a ti ni a tus pecas, Helena de Troya.

Ambos se echaron a reír. Se intercambiaron los números de móvil y

salieron del servicio. En efecto, se habían perdido el postre. Los invitados ya bailaban con las canciones del verano gracias al *dj* contratado para la boda. Se unieron a Carmen y a Blanca. Jorge, Manuel y Martín enseguida hicieron migas. Las dos brujas no volvieron a molestarla y Hele disfrutó de la boda como una niña estrenando la muñeca más bonita del mundo.

No se besaron más hasta que se despidieron en el aeropuerto de madrugada. Manu, que no había bebido alcohol, se ofreció a llevarlo a Barajas con Carmen y con Helena.

—Te esperamos aquí, Hele —le dijo Manuel, apagando el motor.

Ella asintió y acompañó a Martín hasta el control de aduanas, vestidos los dos de etiqueta y con expresión de cansancio, pero dormir era lo último en lo que pensaban.

—Helena, yo...

Helena no le permitió terminar, se alzó de puntillas y lo besó en los labios. Él la sujetó por la nuca y la correspondió, ansioso y abatido porque se marchaba. La iba a echar demasiado de menos...

## 4

La semana comenzó fuerte para Martín en la empresa de su padre. Lo prefirió así porque, cuanto antes terminara, antes volvería a Madrid y, desde que se había despedido de Helena en el aeropuerto el día anterior, ya contaba las horas.

No sabía nada de ella. Le daba miedo presionarla y que huyera en dirección contraria, mejor ir despacio, por lo que había decidido esperar un par de días para contactarla. Sin embargo, el tiempo se le estaba haciendo cuesta arriba. Sacaba el móvil del bolsillo del pantalón sin cesar y lo ojeaba con la ilusión de que Helena le hubiera llamado o escrito, pero no lo había hecho. Y no lograba concentrarse. Se despistaba continuamente. Gracias a su hermano, nadie se percataba de que uno de los dos jefes estaba en la luna en lugar de en la tierra.

La empresa se llamaba *Echevarría & Co*. La había creado su bisabuelo. Era una multinacional, muchos de sus clientes procedían del extranjero y, aunque no había sedes repartidas fuera de España, más de la mitad de los negocios era con otros países, ya fuera en Europa, en América o en Asia. Se dedicaban a la creación de perfumes y de cosméticos.

Le encantaba el oficio. Le había apasionado desde que era un niño y su abuelo lo había llevado a los laboratorios para elaborar cremas y colonias únicas. Por ello, siempre había sabido lo que quería ser de mayor, aunque su familia era tan tradicional que no había posibilidad de trabajar en otro sitio que no fuera en la empresa familiar. Había estudiado Ingeniería Bioquímica y Pedro, Administración y Dirección de Empresas, cada uno de los hermanos enfocado en lo que más le gustaba relacionado con el negocio; Martín estaba más centrado en la elaboración de los productos y su hermano, en la gestión de

la empresa, pero ambos tomaban siempre todas las decisiones de manera conjunta y bajo el beneplácito de su padre, el gran señor Echevarría. Aunque sus tíos se ocupaban de otras sedes repartidas por el país, era su padre el accionista mayoritario, según lo había estipulado su abuelo en el testamento antes de morir.

—El nuevo pedido sale dentro de una hora, ¿no? —quiso saber su hermano.

—¿Eh? —respondió él sin haber oído nada.

—¿Tanto te ha dado por esa chica que no eres capaz de hilar una frase? —Pedro sonrió y le arrebató el teléfono de la mano.

—Es que... —suspiró con fuerza y se dejó caer en el taburete. Estaban en el almacén. Los empleados ordenaban las cajas para prepararlas para el envío—. Quiero llamarla, pero...

—Pues llámala. No entiendo el dilema.

Así era su hermano, directo y no se comía la cabeza. Físicamente, eran igual de altos, aunque Pedro era más ancho y parecía más grande, pero el color de su pelo y de sus ojos era más claro que el suyo, además de que poseía el mismo rostro que su padre. Martín, en cambio, era igual que su madre, Sofía, la señora Echevarría, también en cuestión de personalidad.

—No quiero agobiarla —declaró él con la mirada perdida en el suelo—. Es lunes. La última vez que la vi fue ayer a las siete de la mañana. No sé si...

—Ya está —anunció su hermano, que le entregó el móvil—. Acabas de mandarle un mensaje. Asunto arreglado.

Martín se levantó de un salto.

—¿¡Qué has hecho?! —exclamó, furioso. Ojeó los mensajes del *iPhone* para leer lo que Pedro había escrito—. Joder... —gruñó—. Al menos podías haber sido un poco más cariñoso, ¿no?

El mensaje no podía ser más simple y escueto: *Hola, ¿qué tal?*

—Agradécemelo y punto, Martincito —Pedro sonrió con suficiencia—. De vez en cuando, uno debe romper las reglas.

—Yo no tengo reglas —bufó él, indignado—. Y no sé cómo decirte que odio que me llames así.

—Sí, tienes reglas en cuestión de mujeres —se cruzó de brazos y lo observó con una expresión divertida—. Todas se resumen en una: sin iniciativa.

—¿Que yo no tengo iniciativa? —se apuntó a sí mismo con el dedo

índice, pasmado. Le recordó a Álvaro en Formentera.

—Exacto. ¿Acaso te has liado con una tía delante de los demás alguna vez?

—¿A qué viene esto? No es asunto tuyo ni de nadie. Es mi vida privada —rechinó los dientes—. Y con Helena sí lo he hecho, para tu información.

—Lo de Helena no cuenta porque fue en una discoteca y rodeado de desconocidos, como tampoco cuenta la boda de Fran, porque fue metidos en un baño, según me contaste. Me refiero a delante de tu gente, ya sabes, tus amigos, tu familia... Joder, Martín —gesticuló, moviendo los brazos para enfatizar sus palabras—, la única novia seria que has tenido fue Laura, y ni siquiera la cogías de la mano.

—Eso no significa no tener iniciativa —adelantó una pierna—. Una relación es entre las personas implicadas, sea del tipo que sea, los demás sobran, nadie tiene por qué presenciar cómo beso a una tía o cómo la cojo de la mano. Intimidad, privacidad, como prefieras llamarlo, Pedro, pero tú jamás lo entenderás porque no piensas con el cerebro, de ahí que solo tengas rollos de una noche.

Su hermano meneó la cabeza, riéndose.

—Puede que tengas razón —admitió Pedro—, pero ¿por qué Laura te dejó?

—¿Otra vez? —emitió una carcajada sin humor.

—Vale que Laura era una interesada y que no pegabais ni con cola, pero las razones que te expuso no fueron mentiras. La tratabas como si fuera la hija de los mejores amigos de papá y mamá, no como si fuera tu novia.

—Porque era y es la hija de los mejores amigos de papá de mamá. Eso se llama respeto —ladeó la cabeza—. ¿Conoces el significado de esa palabra?

—Tres años, Martín, tres —elevó tres dedos en el aire—, y no te vi darle ni un beso en la mejilla.

—No sé por qué estamos hablando de Laura —se pellizcó el puente de la nariz. Una de sus grandes virtudes, heredadas todas de su madre, era la paciencia, y en escasas ocasiones a lo largo de su vida la había perdido. No era el caso—. Lo de Laura fue hace dos años y ya sabes que romper fue lo mejor.

Su hermano asintió.

—No te quito la razón, pero, si hubieras tenido iniciativa, la hubieras

dejado tú mucho tiempo antes.

—Joder... —masculló él—. No es cuestión de iniciativa. Repito, es cuestión de respeto. Y nunca estuve enamorado de ella.

—Pues bien que pensaste en un anillo de compromiso.

—Pero no se lo compré.

—Pero lo pensaste.

—Pero no se lo pedí.

—Pero lo pensaste.

Se miraron un segundo y al siguiente se echaron a reír.

En ese momento, su *iPhone* le vibró en la mano. Era un mensaje de Helena. Lo leyó: Hola. Bien, ¿y tú?

Martín se desilusionó, pero el idiota de Pedro había sido igual de seco, por lo que no podía reprocharle nada a ella.

—¿Ves? —le dijo su hermano—. Ya tienes lo que querías, solo te faltaba iniciativa.

Él gruñó y se guardó el móvil porque Pedro estaba cotilleándolo, para variar... Cada uno regresó a su puesto de trabajo, Martín, al laboratorio y su hermano, al despacho central, al de su padre. Se acercó a una de las ventanas y decidió tener iniciativa. Abrió un chat de *whatsapp*.

**M:** *Estoy trabajando, ¿qué haces?*

**H:** *Estoy en la piscina con Carmen y Blanca, tomando el sol, están esta semana de vacaciones. Hace mucho calor en Madrid. ¿Qué tal está tu padre?, ¿mejor?*

Sonrió. Recordó Formentera.

**M:** *Aquí también hace mucho calor. Mi padre está mejor, gracias. Ten cuidado con el sol, que luego dices que te salen más pecas molestas...*

¿De verdad estaban hablando de la meteorología? Mal iban, pensó él, tan nervioso como un principiante que no sabía entablar una conversación adulta con la chica que le gustaba. Se suponía que tenía treinta y seis años...

**H:** *Creía que te gustaban mis pecas...*

Sintió un cosquilleo en el estómago.

**M:** *Me encantan tus pecas, Helena de Troya, pero también me encantaría estar allí y verlas con mis propios ojos.*

**H:** *Eso tiene fácil solución...*

Arrugó la frente porque no entendió la frase, pero a los dos segundos, Helena le envió una fotografía de ella misma tendida en la toalla en el césped, frente al sol, sonriendo con su característica timidez.

Por Dios... Martín sufrió un infarto.

Iniciativa, recordó, ¡iniciativa!

**M:** *Lo que daría por estar ahora mismo ahí y besar cada una de tus pecas hasta convencerte de lo preciosas que son...*

**H:** *Yyo, Martín... Te mando uno...*

Tampoco comprendió a qué se refería ahora hasta que recibió otra fotografía: su ángel tirándole un beso...

Segundo infarto.

**M:** *No tenías que haber hecho eso... Ahora no voy a poder trabajar porque no puedo despegar los ojos de tu beso. Quiero ese beso, pero en persona.*

Se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa. Debía centrarse en trabajar o se deshidrataría con tanto mensaje y tanta imagen.

**H:** *Yo también lo quiero, así que ánimo con el trabajo, que cuanto antes termines, antes tendremos lo que los dos queremos. Espero que se te esté pasando rápido el tiempo, porque lo que es a mí...*

Helena le envió otra fotografía: salía con una expresión de fingida tristeza, haciendo pucheros. Tan bonita...

Martín se desesperó. Era tal la necesidad de estrecharla entre sus brazos y probar de nuevo su boca que necesitó espabilarse porque así no sacaría el trabajo adelante. Recordó la boda, recordó los besos que compartieron en el baño... Un sudor frío perló su nuca. Era tan complicado centrarse con esas fotos...

**M:** *Eres preciosa, Helena...*

*Lo siento, pero tengo que dejarte. Pásatelo muy bien con tus amigas y cuidado con el sol. Un beso.*

**H:** *Ok. ¡Besitos!*

—No es muy lanzado que digamos, pero no está mal —le dijo su hermano a su espalda—. Estoy orgulloso de ti —bromeó, palmeándole el hombro.

—¡Imbécil! —exclamó él, sonrojado por la vergüenza. Se alejó de Pedro y escondió el teléfono en el bolsillo del pantalón—. Era una conversación entre Helena y yo. ¿Tampoco sabes la definición de privado?

—Estabas tan ensimismado con las fotos que no me has escuchado entrar, y no me extraña, tu Helena de Troya es muy guapa —su hermano le guiñó un ojo.

Martín masculló una serie de incoherencias y lo ignoró, centrándose en el trabajo al fin. Sin embargo, miró las tres fotos de su ángel más de mil veces en el resto de la jornada.

Por la noche, en casa de sus padres, se tomaron una cerveza antes de la cena, como era su costumbre cuando se quedaban allí.

—¿Y esa cara de felicidad, cariño? —le preguntó su madre con una dulce sonrisa.

Sofía era una mujer esbelta, alta, siempre erguida aunque con naturalidad y sencillez, porque así era: sencilla, cariñosa, amable, educada, jamás elevaba el tono de voz y nunca trataba con superioridad a nadie. Llevaba el pelo oscuro, liso hasta los hombros y con un pasador de oro blanco antiguo en la nuca, una reliquia familiar que había pertenecido a su abuela paterna, antes a

su bisabuela, y que pasaría a la futura esposa de Martín por ser el primogénito. En ese instante, se imaginó a Helena con sus largos cabellos ondulados sujetos por ese pasador. Su corazón se revolucionó.

—No es cara de felicidad, mamá —comentó su hermano, aguantando la risa—, es cara de gilipollas.

Martín le arrojó un trapo a la cara, pero no se enfadó. Cogió el teléfono sin pensar y buscó las fotos de su ángel, incapaz de resistirse. Y sonrió embelesado.

—Mmm... —musitó su madre—, así que tu cara responde a un nombre — se colgó de su brazo y se inclinó hacia el *iPhone* —. ¿Y es...?

—Helena —le mostró la imagen en la que salía sonriendo, la primera que le había enviado—. Es preciosa, ¿a que sí?

Sofía entornó los ojos, escrutando a su hijo mayor a conciencia.

—¿Quién es preciosa? —quiso saber su padre al entrar en la estancia y unirse al aperitivo.

Pedro frunció el ceño; no tenía buena relación con él, eran muy parecidos y chocaban mucho, además, sabía que su hermano evitaba darle cualquier tipo de explicación excepto las necesarias, solo cuestiones de trabajo.

—Nadie —contestó Pedro con frialdad—, una chica sin importancia.

Martín guardó el móvil, pero no se salvó del interrogatorio.

—Se llama Helena —comentó su madre, que se acercó a su marido y lo besó en la mejilla con adoración—, pero no sé más.

Pedroapuró su cerveza y se marchó al salón a esperar la cena.

—¿Y bien? —lo instó su padre, cruzándose de brazos. Era robusto y de gran altura, no tanto como sus hijos, pero su mera presencia imponía. Su pelo, con entradas y engominado hacia atrás, estaba encanecido a sus sesenta y ocho años, al igual que su fino bigote y sus patillas—. ¿Quién es Helena, hijo?

—Una chica que conocí en Formentera, en la despedida de Pablo. Es la mejor amiga de Carlota, la mujer de Fran. Me enteré en la boda porque coincidí con ella.

—¿El que acaba de casarse?

—Sí —dio un sorbo a su bebida. No se sentía nada cómodo charlando de ella con su padre porque eso significaba que, en cuanto se girase, llamaría a su abogado de confianza para que la investigase, algo habitual. Todo lo que rodease a la familia, personal o laboral, privado o público, estaba

previamente estudiado y valorado.

Si alguien o algo no fuera del agrado de su padre, ese alguien o ese algo sería expulsado de sus vidas.

—¿Y estás con ella? —indagó el gran señor Echevarría.

—Nos estamos conociendo —no mintió, pero sí simuló indiferencia para no alentar su interés.

—Tiene una foto de ella, cielo —le indicó Sofía a su marido—. Es muy guapa y muy joven —sonrió.

—Quiero verla, hijo.

Martín, tragándose la negativa, obedeció y le enseñó la misma imagen que había visto su madre, sin soltar el *iPhone*, porque las demás eran privadas y su padre era capaz de husmear como hacía Pedro, aunque con distinta finalidad...

—Sí, lo es, joven y muy guapa —convino su padre, serio—. ¿Cuál es su apellido?

—No lo sé —guardó el teléfono.

—¿Y a qué se dedica?

—Es profesora de Historia Antigua en la universidad.

—En Madrid.

—Sí.

—¿Y su familia?

—Papá... —chasqueó la lengua.

—Solo me intereso, hijo —se defendió el gran señor Echevarría sonriendo, aunque sin alegría, y encogiéndose de hombros—. Hace dos años que no hablas de ninguna chica, es normal que quiera saber, ¿no?

Martín terminó su cerveza.

—No sé nada más de ella, papá, ya te he dicho que nos estamos conociendo.

Su padre fue a replicar, pero Sofía carraspeó.

—Hoy cenamos en el jardín —anunció su madre—. Hace una noche magnífica. Esperad allí mientras se lo digo a Inés y a Pedro.

Inés era la doncella encargada de la cocina, y luego estaba Alicia, dedicada a la limpieza y al mantenimiento de la casa. Ambas eran dos mujeres de cincuenta años, mellizas, solteras, que llevaban trabajando para ellos desde antes de que él naciera. Vivían en la última planta de la vivienda.

Padre e hijo salieron por la puerta de la cocina que conducía al lateral

de la casa.

La piscina, a la derecha, rodeada por una valla de madera a juego con el suelo que la cercaba, estaba iluminada porque ya era de noche. Caminaron por el césped que ocupaba el resto del jardín en dirección a la mesa de cristal y a las cuatro sillas de mimbre de color blanco. Al fondo, se extendía la jardinera que limitaba el cuadrado y amplio espacio donde Sofía cultivaba flores y plantas, su pasatiempo favorito.

La vivienda se ubicaba a las afueras de Logroño, en una urbanización de lujo con seguridad las veinticuatro horas del día y en la que los chalés se disponían bien alejados entre sí, de tal modo que todos los vecinos mantenían su intimidad. Era silenciosa, demasiado, en su opinión. Martín agradecía desconectar al aire libre de vez en cuando, pero prefería el ajetreo de la ciudad, salir a la calle y encontrarse con gente.

—Ya he hablado con los tíos —le informó su padre. Se acomodó en su asiento, frente a la piscina, de espaldas a la cristalera del salón, donde todavía estaba su hermano tumbado en el sofá—. Están de acuerdo con la fiesta. Como estamos traspasando la sede central a Madrid, lo más adecuado es organizar un evento al que asistirán todos nuestros clientes, periodistas y fotógrafos para anunciarlo.

—¿Anunciarás ahí también tu jubilación? —se interesó él, sentándose a su derecha de su padre.

—Será el mejor momento. Lo haré como el traspaso simbólico a tu hermano y a ti, aunque ya sabes lo que opino al respecto.

Martín se removió incómodo en su asiento. Claro que lo sabía. Desde su vuelta de Formentera solo le escuchaba decir que quería imitar a su abuelo, es decir, dejarlo a él como accionista mayoritario de la empresa y a Pedro, no. Por supuesto que Martín se había negado en rotundo, incluso le había amenazado con abandonar *Echevarría & Co* si se le ocurriese hacer tal diferencia, y no se arrepentiría de irse.

—El traspaso legal lo haremos antes de la fiesta, con el notario y nuestros abogados —continuó el gran señor Echevarría, moviendo la mano según hablaba, tranquilo y decidido—. ¿Cuándo crees que terminaréis Pedro y tú aquí?

—La semana que viene —contestó él—, lo más seguro. Todavía hay mucho por hacer. Espero que no tardemos más.

—Tus tíos y yo hemos coincidido en que la fiesta sea en septiembre. Tu

madre se encargará de todo.

—Entonces, ¿os mudáis a Madrid?

—Ya tenemos casa —asintió, imperturbable—. Hoy mismo hemos pagado la entrada. A tu madre le han encantado las fotos y el video que nos mandó el propietario, así que ya está todo hecho.

—¿Dónde? —preguntó Martín, aunque adivinaba la respuesta.

—En La Moraleja. Ya sabes, nos gusta mucho esa urbanización.

Sus padres viajaban muy a menudo a Madrid desde que él se había marchado a estudiar allí. Su hermano, dos años más pequeño, también lo había hecho. Se conocían la capital española como la palma de su mano y en las últimas ocasiones se habían hospedado en La Moraleja, su zona favorita de la ciudad.

—La semana que viene, cuando Pedro y tú os vayáis a Madrid, os acompañaremos con nuestro equipaje, lo más indispensable. Iremos los cuatro.

—¿Os va a dar tiempo a empaquetar todo? —enarcó las cejas, sorprendido por tanta velocidad—. Para una mudanza se necesitan semanas. Y tendréis que decorar.

—Claro —realizó un ademán—. Tu madre ya se ha puesto en marcha esta misma mañana cuando hemos hecho el pago.

Inés, morena, de ojos negros, de escasa altura, rellenita en la tripa y en sus mofletes siempre colorados, procedió a colocar el mantel, la cristalería y la cubertería para la cena. Martín se ofreció a ayudarla, pero la doncella le pellizcó la mejilla.

—¿Qué tal hoy, niño? —quiso saber Inés mientras preparaba la mesa.

—Muy bien —sonrió—. Te queda poco para decir adiós a Logroño.

—Solo es una ciudad —le devolvió el gesto—. Madrid es otra. Lo importante es con quién compartes tu hogar, no dónde está la casa en sí —lo besó en la frente y se alejó hacia la cocina para traer la comida.

Su madre y su hermano se reunieron con ellos. La cena resultó tranquila y silenciosa.

Cuando se fue a la cama, no porque tuviera sueño, se deshizo de la ropa y, en calzoncillos, se tumbó y cruzó un brazo detrás de la cabeza.

Iniciativa, se recordó, ¡iniciativa!



Helena suspiró por enésima vez aquel día. Ya había pasado la medianoche y acababa de entrar en su apartamento. Había cenado con Blanca y con Carmen en la terraza de un sencillo restaurante italiano y la conversación se había centrado por completo en su caballero andante; le echaba tanto de menos que apenas había probado bocado en todo el día de las continuas mariposas en su estómago. Por lo visto, era cierto: las mariposas del amor existían.

Se quitó las alpargatas y se tiró a la cama. En ese momento, su teléfono vibró dentro del bolso. Lo sacó y descubrió lo que más ansiaba: un *whatsapp* de Martín.

**M:** *Hola, preciosa, ¿estás?*

Suspiró de nuevo sonoramente. Su rostro se incendió por el apodo. ¿Preciosa? ¿De verdad él pensaba que ella lo era?

Le temblaron los dedos al teclear la respuesta...

**H:** *Hola, caballero andante. ¿Te fue bien en el trabajo?, ¿adelantaste mucho?*

**M:** *Estuve todo el día mirando tus fotos, con eso te digo todo...*

Se echó a reír de forma entrecortada por los nervios. En realidad, había sido Carmen quien le había enviado las tres fotos porque le había quitado el *iPhone* a posta. Había discutido con su amiga porque eso no era propio de Hele. Jamás le había mandado fotos de sí misma haciendo el tonto a ningún chico, por el pudor que le suponía. Al principio, creyó que Martín se burlaría o, incluso, la tacharía de infantil, como esas adolescentes que basaban sus vidas en colgar fotos en internet con los labios rojos o imitando a modelos, una auténtica estupidez. Sin embargo, los mensajes de él sobre sus imágenes la llenaron de seguridad.

**H:** *Podrías enviarme tú a mí una tuya... De ese modo, seremos dos los que estaremos sin concentración, ¿qué te parece?*

Se aplaudió a sí misma por la valentía que había mostrado.

Con el corazón en un puño esperó lo que le pareció una eternidad, hasta que...

**M:** *No soy fotogénico, lo siento, tendrás que conformarte con tus recuerdos.*

**H:** *No es justo...*

**M:** *La vida no suele ser justa.*

Ella se enfadó. Se sentó, apoyando la espalda en el cabecero acolchado de su cama.

**H:** *No te dará vergüenza, ¿verdad?*

**M:** *Pues no.*

**H:** *No pasa nada por reconocerlo.*

**M:** *No me da vergüenza hacerme una foto, no soy un niño, Helena.*

Helena sonrió con travesura. Martín se había picado.

**H:** *No te creo, lo siento, para demostrar un hecho se necesitan pruebas.*

Los segundos transcurrieron muy lentos. Su teléfono vibró, pero no fue un mensaje lo que recibió...

—Ay, madre... —pronunció Hele en un hilo de voz.

Él acababa de mandarle una foto de su cara y parte de su torso desnudo. Estaba tumbado en una cama, casi a oscuras excepto por una lamparita que asomaba en una esquina de la imagen. No sonreía, de hecho, parecía enfadado. Su mirada era tan intensa que ella se estremeció. No pudo dejar de observarlo, mordiéndose el labio inferior para no gemir solo por el placer de verlo. Cogió la almohada, se tapó el rostro y chilló. Recordó sus besos... Recordó sus jadeos... Recordó su ternura... Y, finalmente, se derritió.

Su *iPhone* volvió a vibrar.

**M:** *¿Y bien? ¿Ya estás contenta?*

¿Contenta? ¡Estaba volando con las estrellas!

Carraspeó, se irguió y respiró hondo para calmarse, pero su corazón no regresó a la normalidad.

**H:** *Eres muy fotogénico...*

**M:** *No tanto como tú...*

En ese momento, le llegó otra imagen, pero enviada por Carlota.

Se quedó sin aliento. Posó una mano en el pecho, se mordió el labio y ahogó otro gemido al admirar la fotografía. Eran Martín y Helena en la boda. Estaban bailando. Ella se reía sin mirar a la cámara, parecía inmensamente feliz, estaba radiante y le brillaban los ojos. Él, medio de perfil, la observaba sin sonreír, pero con ardor y ternura al mismo tiempo. Ambos tenían una mano entrelazada a la del otro, la otra de Hele estaba alzada hacia el techo y la de su caballero andante, apoyada en la parte baja de su espalda, un acto de posesión, un gesto que le encantó, una imagen que la extasió y le hizo suspirar.

Se la envió a Martín y esperó. Unos segundos más tarde, él le mandó la captura de pantalla de su *iPhone*, la de inicio, donde había colocado la foto como salvapantallas. Helena cerró los ojos y abrazó su móvil como si fuera el propio Martín. A continuación, le escribió, muerta de miedo por si lo asustaba, pero valiente como nunca:

**H:** *En la boda me preguntaste si estabas loco por pensar en mí desde Formentera. Ahora te pregunto yo a ti: ¿estoy loca por echarle tanto de menos cuando nos vimos hace menos de cuarenta y ocho horas?*

**M:** *Ay, Helena... Si tú estás loca, yo, también.*

Sonrió. Expulsó el aire que había retenido.

**H:** *Buena respuesta.*

**M:** *Buena pregunta.*

A la mañana siguiente, Hele se despertó con un mensaje que Martín le había enviado a las siete. Eran las once y media.

**M:** *Buenos días, preciosa.*

*Hoy te echo de menos mucho más que anoche, ¿estoy loco?*

Ella estalló de dicha. Pataleó, revolviendo las sábanas.

**H:** *Entonces, estamos malditos, mi querido loco, pues dicen que el mal que no tiene cura es la locura.*

*¡Buenos días!*

La respuesta fue inmediata.

**M:** *Que así sea, mi preciosa maldita...*

Helena emitió un grito y saltó al suelo para ducharse. ¡Así daba gusto despertar!

Los siguientes días transcurrieron sin cambios, pero con la diferencia de que cada noche hablaba por *whatsapp* con Martín cuando los dos se iban a dormir. No volvieron a enviarse fotos, pero comenzaron a conocerse, a hacerse preguntas sencillas y a responder con sinceridad.

Él le contó en qué consistía su trabajo. Ella se quedó maravillada cuando se lo explicó. Jamás había conocido a nadie que crease fragancias, jabones o cremas, y siempre había pensado que ese tipo de personas eran más sensibles que las demás porque una colonia no era solo un frasco con perfume, sino una explosión de sentidos. Helena le pidió que si, por favor, podía llevarla a su laboratorio alguna vez, y Martín aceptó, encantado.

Ella le habló sobre su familia. Su madre, María, y su padre, Lorenzo, la tuvieron mayores, les costó mucho quedarse embarazados. En la actualidad, tenían setenta años y ya estaban jubilados. Habían sido profesores de Historia en la universidad, como lo era ella, unos fanáticos que habían decidido llamarla Helena, precisamente, en honor a Helena de Troya; por eso, a Hele le

había alegrado sobremanera cuando en Formentera Martín la había comparado con aquel personaje mitológico.

También conversaron sobre su infancia. Él le relató anécdotas sobre Pedro, demostrando con creces cuánto adoraba a su hermano. A Helena le sorprendió que charlara sobre su madre y su hermano, pero, en cambio, no mencionara a su padre. Le resultó extraño, por lo que decidió investigar en internet.

Y alucinó, no supo definir si para bien o para mal. Aquella familia era famosa, pero de las importantes. No habían salido en la prensa del corazón, sí en la prensa seria. Había fotos de los cuatro a solas y junto al resto de los miembros Echevarría que componían *Echevarría & Co*, una empresa muy galardonada. Se la consideraba la mejor en España en cuanto a cosmética, la tercera en Europa, la quinta en América y la segunda en Asia. Increíble...

Se fijó en Sofia y sonrió. Martín era un calco de su madre, una mujer de excepcional belleza y elegancia. Pedro había salido al padre, un hombre... peculiar, atractivo, pero cuya postura regia le pareció más soberbia que humilde.

Frunció el ceño y, sin querer, se agobió. ¿Qué pintaba ella con unas personas así?

Tal pensamiento la mantuvo ausente. Sus amigas la interrogaron al respecto una tarde, pero se lo guardó para sí. Procuró convencerse de que eran tonterías que no existían en el siglo XXI y de que si su caballero andante la estaba cortejando, por algo sería.

Sin embargo, no se quedó tranquila. También investigó a Martín. Y lo que descubrió no le gustó nada...

Martín Echevarría, el primogénito del gran señor Echevarría, tal cual lo apodaban los periodistas con un respeto masticable, había sido pareja durante tres años de Laura Guzmán, la hija mayor del importante empresario textil Gonzalo Guzmán, uno de los hombres más ricos de Europa, proveniente de Logroño, como los Echevarría, pero que residía en Madrid. Los habían fotografiado en algunos eventos de prestigio, aunque no salían agarrados ni transmitiendo romanticismo.

No se decía la causa de su ruptura, pero saber algo así sumió a Helena en una decepción hacia sí misma. ¿Qué podía ofrecerle ella?

Nada.

Y eso la retrajo en cuanto a su relación con Martín.



## 5

Martín tenía un humor de infinitos demonios cuando aterrizó en Barajas a finales de agosto. Sí, a finales de agosto. Trasladar la sede principal de la empresa a Madrid había resultado más complicado de lo que habían supuesto él y su hermano porque habían surgido problemas que habían tardado en solucionar.

No obstante, no se debía a eso su funesto estado de ánimo, sino a Helena. Desconocía el motivo, pero, de repente, se había vuelto distante, en concreto, desde su segunda semana en Logroño. ¿Por qué? Martín no tenía ni idea. Le había preguntado varias veces si le pasaba algo malo, había insistido en que la notaba rara, pero ella había desviado las respuestas y, además, en lugar de contestarle enseguida, había tardado hasta tres horas en enviarle un mensaje, en el mejor de los casos.

Se lo había contado a Pedro, y el idiota de su hermano le había dicho que si una mujer se alejaba de un hombre era por una única causa: había conocido a otro. Aquello lo llenaba de celos y de impotencia. No había podido marcharse de La Rioja, ni siquiera escaparse un fin de semana para verla y demostrar que Pedro se equivocaba, por lo que había decidido comportarse igual, distante, a ver si de ese modo reaccionaba.

Pero Helena no cambió.

Se le ocurrió telefonar a su amigo Francisco y hablar con Carlota; ya habían llegado de la idílica luna de miel. Y eso hizo cuando el taxi lo dejó en su casa. Su amigo, entre carcajadas porque sospechaba que todo era por Helena, le pasó a su mujer.

— *¡Martín!* —le saludó Carlota a través de la línea, muy contenta—. *¿Qué tal? Me acaba de decir Fran que ya estás en Madrid.*

—Hola, Carlota —sonrió. Era un encanto—. Sí, acabo de llegar a mi casa. ¿Qué tal el viaje de novios?

— *¡Genial! Organizamos mañana una cena, ¿por qué no te vienes? No te lo ha dicho Fran antes porque no sabíamos cuándo volvías de Logroño.*

—Claro, allí estaré. Pasadme la dirección por *whatsapp* .

— *Vale* .

Silencio.

—Carlota, yo... —balbuceó, revolviéndose el pelo.

— *Sé lo que me vas a decir* —empleó un tono que rozaba la tristeza—. *Y lo siento, Martín, pero ni Carmen, ni Blanca, ni yo sabemos qué le pasa a Hele. Está tan rara como lo estuvo cuando terminó la despedida en Formentera. Se tiró todo ese mes hasta la boda decaída y sin alegría, como ahora. ¿Habéis discutido?*

—Ese es el problema, Carlota —suspiró, derrumbándose en el sofá de tres plazas gris oscuro del salón—, que no hemos discutido. Estábamos bien... Muy bien —rectificó—. Y hace dos semanas cambió. A lo mejor, la he presionado con tanto mensaje o, quizás...

— *No, Martín, no te martirices por eso, confía en mí, el problema no eres tú. Algo le come la cabeza y no sabemos qué es. Ella es así. Se lo guarda todo.*

—Quizás es porque he tardado el doble del tiempo que le dije en volver. Se suponía que eran dos semanas y al final han sido cuatro —se frotó la cara—. Carlota...

— *Dime.*

—¿Ha conocido a alguien? Por favor, sé sincera.

Le resultó tan difícil hacer tal pregunta... Incluso su pecho se le encogió.

— *¡No, qué va!* —soltó una risita—. *No hay otro, Martín. En realidad, nunca ha habido otro.*

—¿Qué quieres decir? —se extrañó por la revelación.

— *Siempre que alguno se ha acercado a Hele, ya estaban Elisa y Lucía para espantarlo o robárselo. Excepto un chico el último año de instituto, no ha habido ningún otro. Y lo de ese chico duró algo porque todavía Hele no conocía a Elisa y a Lucía.*

—¿Qué significa con que duró algo? —le exigió él. Se incorporó como un proyectil.

— *Fueron cuatro besos, Martín, no te pongas celoso. Tenía diecisiete*

*años, era una niña —la mujer de su amigo emitió una sonora carcajada.*

Martín expulsó el aire que había retenido sin darse cuenta y se relajó.

—¿En serio que no ha estado con nadie más?

— *Con nadie más.*

¿Nadie más?, se cuestionó en su mente, asombrado de que fuera verdad.

Nadie la había tocado, ni acariciado, ni...

Dios... No podía dejarla escapar. ¡Por supuesto que no!

—Carlota, ¿puedes decirme dónde vive?

— *Claro, apunta...*

No se molestó en deshacer el equipaje ni se fijó en la hora, aunque había aterrizado a las once de la noche. Era domingo y, al día siguiente, Helena se incorporaba al trabajo tras su mes de vacaciones. Se dirigió al garaje subterráneo del edificio, se montó en la moto, una Yamaha FZ6 gris metalizada, y condujo hacia su portal. Si hubiera cogido el coche hubiese tardado más, y eso era lo último que necesitaba.

Se quitó el casco negro y se acercó al portal en cuestión. Un hombre salía del edificio para pasear a su perro, por lo que aprovechó y entró sin tocar el telefonillo. Subió en el ascensor hasta el quinto piso. Ya olía a rosas frescas en el pasillo... Respiró hondo. Estaba tan alterado que no se reconocía; claro, que no se reconocía en nada en lo referente a su ángel. Menudo patético estaba hecho.

Cuando el timbre de su apartamento sonó, Hele pegó un bote en su cama. ¿Quién llamaba a su casa ahora?, se preguntó. Solo podían ser ladrones, o aún peor, pensó, acobardada. Agarró un paraguas como un bate de béisbol y, de puntillas, se aproximó a la puerta. Al asomarse a la mirilla... Se tapó la boca de inmediato para silenciar un grito. Su corazón frenó en seco.

No podía ser...

Él volvió a tocar el timbre.

Sí, podía ser. Dejó el paraguas en el perchero, inhaló aire repetidas veces y abrió muy despacio.

Martín Echevarría, apenas sin respirar, observó a Helena como quien contemplaba un oasis tras jornadas hambriento y sediento a punto de desfallecer. Casi un mes sin verse. ¡Cuatro condenadas semanas! Parecía su destino...

El pánico de Martín se evaporó al percatarse del miedo que transmitían esos hermosos ojos claros. Miedo, sí, que no indiferencia, pero ¿miedo a qué?

Él avanzó un paso.

Ella retrocedió.

Él avanzó otro.

Ella retrocedió más.

Él avanzó más, hasta cerrar tras de sí.

Ella retrocedió todavía más, hasta que su espalda chocó con la pared del pasillo.

Los separaba un metro escaso. No apartaron los ojos el uno del otro.

—Mi preciosa maldita... —susurró Martín, absorto en el brillo de su mirada y en la inocencia de su rostro.

Estaba aterrada. Él extendió una mano. Helena tragó saliva con dificultad, aferrada a la pared como si pretendiera escalar y huir, pero, en realidad, sus ojos le pedían a gritos que la refugiara entre sus brazos.

—¿Estoy loco? —se atrevió Martín a pronunciar en un tono ronco. El corazón le latía tan rápido y tan fuerte que no le hubiera extrañado que saliera despedido de su pecho en cualquier instante—. Helena... ¿Estoy loco?

A ella se le escapó un débil sollozo antes de correr y arrojarle a su cuello.

—Mi querido loco...

Él gimió al sentirla agitada y frágil contra su cuerpo. La elevó por las caderas. Helena le abrazó la cintura con las piernas, provocando que el fino camisón se subiera, asomando, así, su ropa interior, pero no le preocupó. Martín se sentó en el suelo y escondió el rostro entre sus mechones sueltos. El aroma a rosas se intensificó.

—Qué bien hueles, Helena... —aspiró su fragancia natural, ella le había confesado que no utilizaba colonia—. Crearé el perfume perfecto y será el tuyo, te lo prometo, daré con la fórmula y lo guardaré el resto de mi vida como el mayor tesoro del mundo.

Helena se rio, separándose un poco para poder observarlo.

—Dime qué te pasa —le rogó él—, por favor...

—Martín, yo... —agachó la cabeza y hundió los hombros, ruborizada y abatida—. Te he buscado en internet.

—¿Y? —arrugó la frente—. ¿Es malo lo que has encontrado?

—Todo lo contrario —sonrió con tristeza—. Mira, no sé si somos algo o si solo es un tonto o... —suspiró de forma irregular—. Pero cuando te he visto con... —se humedeció los labios, inquieta—. Con ella, pues...

—Te refieres a Laura. Es la única mujer con la que me han fotografiado alguna vez, sin contar a las mujeres de mi familia.

—Sí.

—Es pasado, Helena —la tomó por la nuca, apremiándola a mirarlo—. No tengo nada con ella, ni siquiera la veo desde hace dos años. Es hija de los mejores amigos de mis padres, pero no hemos vuelto a coincidir desde que rompimos —sonrió con dulzura—. No te sientas mal por ella porque no significa nada y, de hecho, nunca significó nada.

—No son celos, Martín, no es por eso —frunció el ceño y se agarró a sus brazos—. Yo no... —sus mejillas se avivaron aún más—. Yo no puedo ofrecerte lo que ella sí te ofrecía.

Ahora sí que él se perdió.

—No te entiendo —la soltó, aunque continuaron en aquella postura, caderas con caderas y los alientos mezclándose.

—Es una mujer importante, su familia tiene prestigio, dinero, nivel social... Martín, yo no puedo ofrecerte nada, salvo a mí misma —desvió los ojos—. Y no soy suficiente para alguien como tú. Te pega una mujer como Laura y...

Martín terminó su absurdo parloteo con un beso casto y veloz en sus labios, un beso que los dejó tiritando de anhelo, pero no era el momento.

—Helena, yo no quiero a una mujer como Laura —sonrió con ternura—, sino a ti —le retiró un mechón detrás de la oreja—. Y yo tampoco sé qué somos ni adónde nos va a llevar esto, pero lo que sí sé es que me gustas más de lo que puedo explicar —emitió una risa nerviosa—. Es de locos, en serio... Nos hemos visto en dos ocasiones, esta es la tercera, pero te prometo que nunca había sentido nada igual por nadie y es un sentimiento —se estrujó la camiseta en el pecho— que necesito explorar y, repito, no sé cómo explicarlo, pero así me siento —su semblante se cruzó por la gravedad—. Y llevo dos semanas muerto de miedo creyendo que te había perdido.

—Martín... —le acarició los pómulos. Sonrió con timidez—. Tengo un defecto muy grande. Cuando algo me preocupa...

—Huyes.

—Sí. Lo siento...

—Lo primero que he hecho nada más aterrizar ha sido llamar a Fran y pedirle a Carlota tu dirección —confesó Martín, serio—. Hasta pensé que habías conocido a otro en este mes y que por eso habías cambiado conmigo.

Helena experimentó un potente rayo de júbilo en su interior. Negó con la cabeza.

—Aunque me cruce con el resto de la población masculina, te aseguro que no hay ninguno que me interese, ninguno que no seas tú —declaró ella, contemplándole la boca—. Estamos malditos los dos, no solo tú.

Él se inclinó muy lento, ya no resistía un segundo más, y la besó, apresando su labio inferior entre los suyos, alargando cuanto pudo aquel instante. El contacto fue eléctrico, los sacudió como una descarga. Un suspiro discontinuo escapó de sus bocas.

—Martín... —gimió Hele, con los párpados cerrados de tanto como le pesaban.

Le costó un esfuerzo inhumano a Martín permanecer en sus cabales. Lo que Carlota le había desvelado, que su ángel no había estado con nadie, acudió a su mente en ese instante, y fue lo que consiguió que se frenara; la hubiera llevado a la cama y le hubiera hecho el amor hasta el amanecer...

—Será mejor que me vaya —anunció él con el cuerpo tan dolorido que apenas podía moverse. La deseaba tanto, mucho más con esa escasa tela que casi no la cubría—. Es muy tarde y mañana empiezas el nuevo curso. No quiero quitarte horas de sueño —enlazó las manos con las de ella.

Helena lo observó un instante.

—Puedes quedarte, si quieres.

Martín se controló para no lanzarse a su boca por tal ofrecimiento. Se merecía más, muchísimo más que un momento de lujuria, infinitamente más.

—¿Has cenado? —se interesó ella al ponerse en pie—. Puedo hacerte algo. Además, tú también trabajas mañana. Yo también te estoy quitando horas de sueño.

Martín se levantó del suelo y agarró el casco, se había caído y él ni se había percatado.

—Cené en el aeropuerto antes de montarme en el avión, tranquila.

—Entonces... —se retorció los dedos en la espalda—. ¿Te vas o te quedas?

Martín carraspeó.

—¿Estás segura? —quiso saber él en un hilo de voz—. Quiero decir que... —se sonrojó—. Me refiero a que puedo dormir en el sofá o irme a mi casa, no...

—Quiero que te quedas —confesó Hele en un susurro.

Parecían dos niños. La situación era cómica. Pedro se hubiera desternillado de risa y Martín no le hubiera juzgado por ello.

—Y yo quiero quedarme —añadió él, apoyando el casco en la mesita del recibidor, a su izquierda, junto a la puerta principal. La decisión estaba tomada porque, en su opinión, desperdiciar aquella oportunidad de estar con Helena sería un suicidio.

Ella le indicó el baño, pasada la cocina, en la parte alargada del pasillo, justo enfrente del dormitorio. Martín se encerró en el servicio y se golpeó la frente, reprendiéndose a sí mismo por estar tan avergonzado como lo estaría un quinceañero ante la chica que le gustaba.

Hele, por su parte, estaba hecha un flan de tanto como vibraba de los nervios. Esperó hasta que escuchó la puerta del baño abrirse. Su magnífico caballero andante se había desnudado para estar más cómodo. En calzoncillos negros de seda, camiseta gris y el cabello disparado en miles de direcciones, se presentó ante ella como el hombre más atractivo que había visto. Y era tan alto que su piso se le antojó enano. Se rio.

—Es una casa pequeña, pero contigo aquí lo parece todavía más —le dijo Helena.

Él sonrió. Pequeña, acogedora y de aroma especial, como ella.

—¿Me dejas una sábana para el sofá? —le pidió Martín.

—Yo... Es que... Bueno... —tragó saliva—. Somos adultos, ¿no? Me refiero a que mi cama es grande y podemos dormir juntos sin problemas.

¿Dormir con ella y que su cara fuera lo primero que viese al despertar?  
¡Sin dudar! ¡Iniciativa!

Él la tomó de la mano y la guio hacia la habitación, otro rinconcito entrañable como la propia Helena, de tonos claros, que aportaban pureza y sencillez. Las dos lamparitas de tenue luz estaban colgadas en la pared a ambos lados del cabecero. Cuando vio la cama, reprimió una carcajada. Era grande para ella, pero no para Martín. No se quejó, ni pensaba hacerlo, le importaba cero cómo era el colchón de largo o de ancho con tal de descansar pegado a su cuerpo.

—¿En qué lado duermes? —se interesó él.

—Me gusta estar cerca de la ventana.

—Pues vamos —retiró la sábana.

—Gracias —sonrió con timidez, ruborizada. Se alzó de puntillas, lo besó en la mejilla y se tumbó en el lecho—. Buenas noches, loco.

Martín se obligó a no jadear por el apodo y la imitó, sin taparse ninguno de los dos. Hacía calor y, normalmente, dormía en calzoncillos, pero por respeto a ella había mantenido la camiseta. Apagó las luces con el interruptor. Helena le dio la espalda, ofreciéndole la sinuosa y tentadora curva de su cintura; además, el escueto camisón le dejaba la espalda al aire. Iba a ser la noche más larga de su vida...

Pero se equivocó, porque pasó en un segundo. Cuando él abrió los párpados al amanecer, pues se despertaba siempre sin requerir el uso de una alarma, le pareció que había transcurrido, si acaso, un minuto desde que los había cerrado. Aún así, se notaba ligero y, lo más importante, una estufa suave, muy suave, la más suave y delicada de la tierra, lo envolvía en un manto de tórrida quimera. Levantó la cabeza. Y recordó que no era su piso, ni su colchón, ni... Tenía a Helena adherida a su pecho, las piernas de los dos se hallaban enredadas y su colosal erección, encajada en sus nalgas. Intentó alejarse con cuidado, pero ella, todavía soñando, se soldaba más a él de manera inconsciente, ronroneando incluso y acelerándole las pulsaciones hasta casi provocarle una muerte súbita.

Entonces, esa hermosa criatura, cuyo camisón se le había subido por encima del trasero, se volvió despacio, colocándose frente a Martín, cercándole la cadera con uno de sus muslos desnudos, y apoyó las manos y la mejilla en su torso.

—Joder... —musitó él, ronco no solo por estar recién despierto.

Le vibraron las palmas. Le rehilaron los dedos. Le traqueteó cada terminación nerviosa.

Y lo hizo. La estrechó entre sus brazos, dirigió las manos hacia sus nalgas, aunque se detuvo al inicio, y enterró la nariz en su pelo. ¡Era imposible no caer en la tentación!

Craso error. Entre la fragancia a rosas, el nulo espacio entre ambos, la inmensa excitación y lo tierno que era su ángel, la fiebre se apoderó de su anatomía.

Ella gimoteó, intentando desperezarse. Helena notaba un duro bloque en torno a sus brazos y a su espalda. Abrió los párpados, de golpe, al sentirse aprisionada y se topó con una camiseta gris. Con cuidado, alzó la barbilla.

—Martín... —sonrió.

Él, con rastros de sueño en su atractivo semblante y el pelo revuelto, no le devolvió el gesto, pero sí la miró con tal intensidad que ella entreabrió los

labios, sorprendida. ¿Qué le pasaba?

Martín, que no lo aguantaba más, rodó con Helena en la cama hasta tenerla debajo y depositó medio cuerpo sobre ella, que lo observaba con las mejillas infinitamente rojas y expresión de desconcierto. Él entrelazó los dedos con los suyos al tiempo que le levantaba los brazos muy despacio por encima de su cabeza, obligándola a arquearse, un movimiento que nubló sus sentidos y desató sus instintos más carnales.

—Buenos días, mi preciosa maldita —se inclinó y capturó su boca en un beso que nada tenía que ver con los anteriores.

Martín estaba fuera de sí. Se hallaba atormentado y tan avivado que o si no lo rechazaba la devoraría sin contemplaciones.

Helena se paralizó por el asalto impetuoso, pero solo un segundo porque, al siguiente, un súbito fuego la calcinó y le correspondió con tanta ansiedad que jadearon los dos. Estar firmemente sujeta por ese hombre tan dominante, con posibilidad de mover solo una pierna, la que tenía libre, la que utilizó de inmediato para abarcar su estrecha cadera y clavarle el talón en su prieto trasero, le supuso una desconocida devastación.

Se descontrolaron. No había suavidad ni ternura, tampoco la querían. La exaltación era tan fuerte... Desplegaron los labios y buscaron sus lenguas con codicia. Y gimieron. Y gruñeron. Y emitieron también sollozos desesperados porque nada era suficiente. Precisaban más. Exigían más. Así lo transmitieron en cada afrodisíaca succión, en cada jugoso beso, en cada escalofriante acometida.

Martín la soltó, envolvió su cintura y descendió las resueltas palmas hacia sus nalgas, que aplastó con brusquedad. Helena desvarió, gritó enajenada y, como respuesta, agitó la otra pierna para abrazarlo con ambas. Él resopló por la petición, sin renunciar a saborear su boca como el demente que era, y se acomodó entre sus muslos. Las caderas se unieron de golpe, pero no se apartaron. Ni siquiera tomaron aire.

Martín apretó aún más ese impresionante trasero y se ajustó a su pelvis, estaba enloquecido. Ella se curvó como una felina, adhiriendo sus redondeados, succulentos y erectos senos contra su pecho. Se estremecieron. Y comenzaron a oscilar, siguiendo la más primitiva de las necesidades humanas.

El beso era indescriptible; las sensaciones, indefinibles, y la voracidad, insaciable. Los vaivenes se incrementaron en ritmo. Los gemidos aumentaron en tono. Las ansias por alcanzar el infierno se aproximaron a un nivel

aterrador.

Helena jamás había experimentado nada igual.

Él jamás había experimentado nada igual.

No podían parar.

Pero el timbre del apartamento los interrumpió de la manera más cruel. Los entrecortados alientos se rozaron a un milímetro de distancia al mirarse, aturcidos y disgustados por haberse detenido. Sus bocas estaban hinchadas, magulladas y brillantes por la humedad.

—Martín... —enterró los dedos en su abundante cabello negro.

Martín cerró los párpados por la caricia, la más dulce que había recibido nunca.

Pero el timbre sonó por segunda vez...

—¿Esperas a alguien a estas horas? —le preguntó él en un tono apenas audible por el indomable deseo que todavía corría por sus venas.

Helena desorbitó los ojos.

—¡Ay, Dios! —lo empujó para ponerse en pie—. ¡Se me había olvidado!

—¿Qué pasa? —se preocupó Martín, incorporándose con desgana. Le dolía tanto el cuerpo que se enfadó por la maldita interrupción.

—Son mis padres.

Ante aquella declaración, la pasión desapareció de un plumazo.

—¿Tus padres? ¿Tan temprano?

—Tienen que ser ya las siete —abrió el armario y sacó una rebeca de lino larga de color blanco que se colocó encima del camisón—. El primer día de cada curso desayunan conmigo para desearme suerte —chasqueó la lengua. Buscó las alpargatas también blancas que utilizaba para estar en casa—. Y se me había olvidado.

El timbre, por tercera vez, retumbó con mayor insistencia.

—¡Mierda! —exclamó Hele, asustada.

Martín se dirigió hacia el baño y se vistió a una velocidad asombrosa.

—Martín, yo... —pálida, se retorció los dedos—. Quédate aquí dentro hasta que yo te abra. Cuando se sienten a desayunar, sales, ¿vale? Yo te avisaré.

Si hubiera estado Pedro presente, se hubiera carcajeado de lo lindo. Y él también, pero no en esas circunstancias. No quería conocer a los señores Amaya de ese modo, mucho menos que descubriesen o se imaginasen lo que su única y adorada hija había estado a punto de hacer.

Asintió y se encerró.

Helena se apresuró a abrir la puerta principal.

—Has tardado —comentó su madre, María, una mujer risueña y soñadora que siempre sonreía. Se teñía su pelo oscuro, por encima de los hombros, para ocultar las canas. Tenía setenta años, pero estaba mucho mejor que algunas de sesenta porque se cuidaba desde muy joven. Esbelta y bajita, unos centímetros menos que su hija, solía vestirse con vaqueros y bonitas camisas estampadas de flores—. Se te han pegado las sábanas, cielo. Hemos llamado tres veces.

—Lo siento —los invitó a entrar.

—Hola, cariño —le saludó su padre, Lorenzo Amaya, un hombre formal y señorial en aspecto, pero el más bondadoso de todos. Sus cortos cabellos blanquecinos estaban peinados con raya lateral, su costumbre. Sus pantalones de pinzas oscuros y sus camisas de cuadros pequeños nunca faltaban, fuera cual fuese la estación del año—. ¿Preparada para tu primer día?

Helena se echó a reír.

—Soy una profesora, no una alumna.

—¿Y esto? —quiso saber su madre, señalando el casco de Martín—. Hay una moto enfrente del portal. ¿Casualidad?

Ella tragó saliva. Carraspeó.

—Es de... Es del novio de Carmen —mintió Hele. Sonrió, fingiendo naturalidad—. Carmen y Manu estuvieron anoche cenando aquí y, como bebieron vino, se marcharon en taxi.

—No sabía que Manuel tuviera moto —anunció su padre con la frente arrugada—. Ya sabes que no me gustan las motos, hija, son peligrosas.

—Tranquilo, papá. ¿Pasamos al salón?

María y Lorenzo se metieron en el salón y se sentaron en el único sofá, de tres plazas, blanco roto, a la derecha, junto a la mesita baja de madera del mismo color. Su padre cogió el mando de la tele, que colgaba en la pared de la izquierda, frente a ellos, y buscó las noticias matutinas.

—Voy a preparar el desayuno —anunció Helena.

—Mejor lo hago yo y tú te duchas, que se te va a echar el tiempo encima —sugirió su madre. Se levantó y caminó hacia la cocina.

—Mamá, no...

María se detuvo en el pasillo.

—¿Te encuentras bien, hija? —se acercó y posó una mano en su frente—.

Estás un poco caliente, ¿tienes fiebre? ¿Te has puesto el termómetro?

Se escuchó un ruido ahogado proveniente del servicio. Su madre frunció el ceño. Helena se angustió.

—Estoy bien. Tienes razón —acordó ella. La empujó hacia la cocina—, mejor me ducho ya.

Su madre arqueó una ceja, desconfiada, pero accedió.

Helena se introdujo en el baño con cuidado y cerró con pestillo. Se apoyó en la puerta y suspiró con fuerza.

La bañera con ducha se hallaba a la izquierda, junto al mueble abierto donde guardaba sus pertenencias de aseo, y a la derecha, el lavabo y el retrete. Al fondo había una ventana con la cortina corrida y un radiador debajo donde estaba extendida su toalla blanca.

Martín, vestido aunque descalzo y con las caderas recostadas en el lavabo, la observaba con una expresión de pillo, a punto de estallar en carcajadas. Ella frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—No es gracioso —susurró para que sus padres no la oyeran y creyeran que estaba loca o que, en efecto, escondía a alguien—. A ver cómo sales de aquí.

—Creo que primero tendrás que ducharte, ¿no? —apuntó la ducha con el dedo índice y sonrió con picardía—. Puedo ayudarte, si quieres.

Helena se sonrojó de vergüenza. Él amplió su sonrisa, recreado en su pudor.

—No voy a ducharme delante de ti —masculló Hele antes de accionar los grifos para que María y Lorenzo escucharan el agua.

—Una pena... Pues yo estaría más que encantado de ducharme contigo —le dijo Martín al oído, ciñéndola por la cintura desde atrás.

—Martín... —gimió sin darse cuenta, deshaciéndose poco a poco como la lava.

—Pero... —se separó con gran esfuerzo—. No lo haré.

Ella se giró y lo miró, confusa por sus últimas palabras. ¿La estaba rechazando?

—Te respeto —añadió él, que había descifrado su mente porque su cara era demasiado expresiva en ese momento—. Lo de antes... —estaba muy serio, resistiéndose de nuevo porque quería tocarla, acariciarla y aprovechar esa oportunidad de estar a solas y encerrados antes de marcharse.

Ambos respiraron hondo para serenarse porque el ambiente se había

caldeado.

—Me he sobrepasado, Helena, no volverá a ocurrir. Te mereces más, mucho más —se sinceró Martín, era lo mejor—. Mereces que te conquisten, que te llenen de ramos de flores a diario para hacerte sonreír y que pongan el mundo a tus pies. Mereces que el hombre que consiga eso te idolatre cada día de tu vida —sus pómulos ardieron, como los suyos—. Eres un ángel, Helena.

—Martín —acortó la distancia y lo tomó de las manos. Sonrió con timidez—. No merezco nada de eso —se alzó de puntillas y lo besó en los labios con extrema dulzura.

—Helena... —la sujetó por la nuca, se inclinó y mimó su boca con la suya. Temblaron los dos—. Sí, te lo mereces y, si me dejas, yo te daré todo eso y mucho más, cualquier cosa que quieras o necesites —le rozó las mejillas con los pulgares.

Ella emitió un suspiro irregular. Él la abrazó, amoldándose a su altura.

—Locura, Martín... —apoyó la cabeza en su hombro—. Tu locura. No quiero ni necesito nada más.

—Ya la tienes —murmuró Martín. La estrechó entre sus brazos.

Aquello era demasiado, pensó él, atónito consigo mismo, pero dichoso a la par.

—¿Te bastará a ti conmigo? —se atrevió Hele a preguntar.

Martín, extrañado, se incorporó para mirarla, y descubrió ese miedo y esa inseguridad que la atenazaban. Recordó la conversación de la noche anterior. Inhaló aire. Sonrió.

—¿Estoy loco?

Helena sonrió, radiante.

—Si tú lo estás, yo, también —respondió ella.

Él se agachó y paró a un centímetro de su boca.

—Entonces, estamos condenados por igual —la besó, casto y delicado.

Esperaron unos minutos en silencio y Hele, finalmente, apagó los grifos.

—¿Te importaría darte la vuelta, por favor? —le pidió Helena, ruborizada—. Si salgo de aquí así vestida, mi madre es capaz de entrar.

Martín se volvió al instante. Ella, a los pocos segundos, surgió ante él con una toalla enroscada en el cuerpo que apenas le cubría el trasero, descalza, y el pelo recogido en un moño alto y desmenuzado. Estaba tan bonita con las mejillas acaloradas y escasamente tapada que él apretó los puños a los costados para obligarse a no lanzarse a su cuello.

Helena se fue a su cuarto, dejándolo a solas.

La puerta del servicio se agitó.

Martín, creyendo que se trataba de su ángel, quitó el pestillo y se retiró para permitirle entrar, pero se equivocó...

El grito de María aterrizó a Helena, que, en ropa interior, salió disparada hacia el baño.

—¡Mamá!

Lorenzo también se acercó para ver qué había sucedido.

La situación no podía ser más embarazosa...

Sus padres, cuando reaccionaron por la impresión de ver a un desconocido en el servicio de su hija, carraspearon.

—Será mejor que ponga una taza más de café —señaló su madre, estrujándose el cuello de la camisa.

Lorenzo gruñó, sin dejar de analizar al desconocido.

—Así que la moto es tuya —afirmó su padre, desconfiado y molesto, sin ocultarse.

Martín, muy serio, extendió el brazo.

—Soy Martín, un amigo de Helena —se presentó él—. Disculpen todo esto, pero anoche me olvidé las llaves dentro de mi casa y su hija se ofreció a dejarme dormir aquí.

—¿Por eso estabas encerrado en el baño? —inquirió, mientras estrechaba su mano con educación.

—Es mi culpa —reconoció Hele—. No quería que pensarais que Martín y yo... —tragó saliva—. Me asusté y le pedí que aguardara en el baño —se situó entre los dos hombres por si acaso—. Lo siento.

—Mejor, desayunemos —sugirió María, esforzándose por no sonreír—. Es un placer, Martín, dadas las circunstancias —se aproximó y se dieron dos besos—. ¿Te gusta el café?

—Ve a vestirte, Helena —le ordenó su padre—. Esta casa es decente.

Lorenzo Amaya no se había creído absolutamente nada.

## 6

Su hermano, frente a él, llevaba ya un minuto de reloj desternillándose de risa. Martín, sentado en la silla de piel frente a su escritorio del despacho, tamborileaba los dedos en la mesa a punto de perder la paciencia.

—Bueno, ya vale, ¿no?

Pedro se controló, aunque le dedicó una amplia sonrisa.

—Sí, perdona, pero, reconoce que es gracioso, Martín, joder. ¡Menuda manera de conocer a tus suegros! —estalló en carcajadas por enésima vez.

—Tú sigue, que no es suficientemente humillante como para que me hagas sentir peor.

Su hermano respiró hondo para calmarse.

—¿Y dices que el padre de Helena es peor que papá?

—Te aseguro que es peor que la Inquisición... —murmuró él, cruzándose de brazos—. Me ha hecho tantas preguntas que me he sentido culpable de asesinato.

—Si Helena es su única hija y encima virgen... —arrugó la frente—. ¿De verdad es virgen?

—Eso no importa —masculló y desvió los ojos al ordenador, su portátil *MacBook Air* .

—Pero ¿cuántos años tiene?

—Pedro...

—No la estoy criticando, Martín, es que me parece increíble que una chica como ella siga siendo virgen —se inclinó sobre el escritorio y descansó los codos en el borde—. ¿Estás seguro?

—Carlota no me lo dijo con esas palabras, pero, sí.

—¿Y no te parece raro? A lo mejor, tiene un problema.

—¡Qué problema, joder! —exclamó Martín, alzando los brazos—. Ya vale de tonterías.

—Perdona —se disculpó con una sonrisa pícaro—. Por cierto, mamá quiere que la invites a la fiesta.

Él permaneció pensativo, receloso.

—Por supuesto que quiero que venga conmigo, pero...

—Te entiendo —le aseguró su hermano, que se puso en pie y se dirigió hacia la ventana, detrás de Martín, que ocupaba el ancho entero de esa pared—. Si quieres mi opinión, yo no la llevaría. Si te gusta tanto Helena, cuanto más alargues que conozca a papá, mejor. Primero, afianza tu relación y, cuando estés cien por cien seguro de vosotros, entonces, preséntala, antes, no —se volvió y lo observó, serio—. Hazme caso, Martín, ya sabes por qué.

—Papá no es tan malo —comentó Martín. Se incorporó, despacio—. Lo que te hizo...

—Jamás lo olvidaré —sentenció Pedro, apretando la mandíbula.

—Pero Dafne...

—Suficiente —lo cortó.

Hacía cinco años que su hermano se había enamorado por primera y única vez en su vida. Se llamaba Dafne y habían sido compañeros en la universidad, habían estudiado lo mismo. El amor surgió en cuanto se conocieron, pero no se hicieron novios hasta que terminaron la carrera. Por aquel entonces, Pedro y el gran señor Echevarría se llevaban bien, tenían sus roces, pero enseguida se arreglaban. Sin embargo, después de que su hermano invitase a Dafne un fin de semana a Logroño para presentarla a la familia, su padre comenzó a indagar sobre la chica: trapos sucios, apellidos, nivel social...

Cuando el gran señor Echevarría descubrió que provenía de una familia humilde, cuyo padre trabajaba en una fábrica y cuya madre tampoco contaba con estudios universitarios, le ofreció una suma de dinero a Dafne para que abandonara a Pedro. La chica aceptó y rompió la relación.

Su hermano se enteró porque su padre se lo dijo una noche que lo encontró borracho, hundido, ahogando sus penas en el alcohol. El gran señor Echevarría se horrorizó tanto por ver a uno de sus hijos así que le confesó la verdad, pero describiendo a Dafne como una ambiciosa y una interesada, que prefirió dinero antes que a su novio.

Pedro se encerró en sí mismo y cambió por completo. Se volvió frío y

superficial. Las mujeres dejaron de importarle y empezó a utilizarlas para el placer, nada más. Estuvo tentado de dimitir de la empresa y largarse del país, pero Martín lo convenció para que se quedase. Él tuvo una fuerte discusión con su padre al enterarse de lo que le había hecho a su hermano. El gran señor Echevarría jamás se retractó, y se centró en su verdadera nuera, Laura, que en aquel momento ya era novia de Martín. El asunto se relegó al olvido con el paso del tiempo, un tiempo que continuaba presente en el corazón roto de Pedro.

—¿Vas a la cena de Fran y Carlota? —le preguntó su hermano.

—¿Y tú?

—Me escribió un mensaje anoche Fran. Iré.

—Yo, también —convino él. Sacó el móvil del bolsillo del pantalón—. Mañana tenemos la firma del traspaso. Papá vendrá con el notario y con los abogados a las once.

—Vale. Bueno, me piro ya que he terminado por hoy —le palmeó la espalda—. Nos vemos en casa de Fran.

Martín le hizo un gesto con la cabeza mientras le mandaba un *whatsapp* a Helena. Llevaba todo el día sin saber de ella y, tras lo acontecido con sus padres, necesitaban hablar.

**M:** *Hola, preciosa, ¿qué tal tu primer día?*

Al minuto escaso, recibió la ansiada respuesta.

**H:** *Hola!! Acabo de entrar en casa. El primer día ha sido duro después de un mes de vacaciones. Las clases empiezan la semana que viene, así que hoy me ha tocado organizar papeleo, un rollo... ¿Qué tal tú?*

**M:** *Loco...*

*¿Vas a la cena de Fran y Carlota?*

**H:** *Sí, ¿tú, también?*

**M:** *¿Paso a recogerte a las nueve?*

**H:** *He quedado con las chicas dentro de una hora para ir juntas...*

Le apetecía verla a solas y preguntarle por sus padres para saber a qué atenerse, ella no había sacado el tema y él llevaba todo el día intranquilo, pero tendría que esperar. Entonces, ella le escribió otra vez:

*H: Por cierto... Siento mucho lo de hoy... Ya he regañado a mi padre por el interrogatorio al que te ha sometido esta mañana. Fue incómodo para mí, o sea que me imagino lo que te supuso a ti... Mi padre es muy serio de cara a la galería porque es tímido, pero en el fondo es muy cariñoso y simpático.*

Martín se echó a reír. Tenía a quién parecerse, pensó.

*M: No pidas perdón por nada. ¿Se creyeron lo de las llaves?*

*H: No me han dicho nada de las llaves, pero no son tontos. No están acostumbrados a esto. Las únicas personas de mi alrededor a las que conocen son mis amigas y sus novios, Manu, Jorge y Fran, nadie más. Mi padre me ha soltado un discurso que le ha avergonzado más a él que a mí... Pero está todo bien. Quieren invitarte a cenar para disculparse por el interrogatorio.*

¿Cenar con ellos? Debía agobiarse, ¿no? Hacía dos meses que conocía a Helena, pero solo se habían visto tres veces. ¿No iba todo muy rápido? Bueno... Lo que en verdad sentía era que no iba todo lo rápido que él quería...

Meneó la cabeza, sonriendo. Se lanzaría de un avión solo por ella. Y continuaba sin entenderlo ni poder explicarlo, pero era simple: aunque fuera caótico lo que sentía, jamás había experimentado tal ardor por nada ni por nadie y algo en su interior lo animaba a avanzar, no a huir. Flechazo puro.

*M: La cena cuando tú me digas.*

*H: Martín...*

Martín arrugó la frente.

**M:** *Helena...*

**H:** *¿Te estoy agobiando?*

**M:** *Me he perdido...*

**H:** *Es que prácticamente nos acabamos de conocer y no quiero estropearlo... Cenar con mis padres es un poco... ¿rápido? Lo último que quiero es que salgas corriendo.*

Sonrió. Se sentó en la silla de piel, se volvió hacia el cristal y tecleó.

**M:** *Yo ya corro desde que te conocí tirada en el suelo con la maleta abierta y tu ropa desparramada en la entrada de un hotel, pero en tu dirección, Helena, corro en tu dirección. Puede que tengas razón y sea un poco rápido, pero... Dentro de tres semanas mi familia organiza una fiesta, la de jubilación de mi padre y el traspaso de su parte del negocio a mi hermano y a mí, me encantaría que me acompañases, y eso implicará conocer a mi familia. Es tu decisión. Esto irá como los dos queramos que vaya. ¿Rápido? Quizás. ¿Intenso? No sé tú, pero yo me quiero quemar...*

Inhaló una gran bocanada de aire y esperó, con un puñal amenazando su asustado corazón.

Su *iPhone* vibró con un nuevo mensaje:

**H:** *Ay, Martín... Yo también me quiero quemar, pero... ¿De verdad "esto" está pasando? Me parece un sueño del que no quiero despertar, pero te soy sincera... Me da la sensación de que sí me despertaré y será de un tortazo, porque no llego del todo a creerme esto... Nunca me había sentido así y nunca nadie se había portado conmigo como lo haces tú... Sí, es intenso, mucho... Y me da miedo... Me encanta, pero me da pánico... No quiero que me hagas daño, no quiero fastidiarlo... Una de mis canciones favoritas dice: "Cuando sientas mi calor, mira dentro de mis ojos... no te acerques tanto, dentro está oscuro". Es agri dulce, y una buena metáfora para resumir cómo me siento: quiero que te metas dentro de mí, pero me da miedo*

*que encuentres algo que no te guste o que te decepcione...*

Martín se revolvió el pelo. Se levantó y observó el exterior a través de la ventana. Pensaba contestar, pero decidió no hacerlo. Helena estaba muerta de miedo, y no era la única. ¿Y si al final era ella quien se decepcionaba? ¿Y si él la pifiaba? Al fin y al cabo, seguía soltero y sin compromiso a sus treinta y seis años. Con ninguna mujer había querido compartir el resto de su vida, pero ellas, tampoco. En realidad, todas sus relaciones, cortas menos la de Laura, y la de Laura había resultado insulsa y metódica, no habían supuesto problemas, turbación o riesgos. Y con Helena era todo tan diferente... Hasta Martín era diferente, otro hombre que siempre había estado escondido como si aguardara a que la mujer idónea lo encontrara. Y un ángel lo estaba sacando a la superficie, un ángel llamado Helena de Troya.



—¡Cuéntanoslo todo! —exclamó Carmen, colgada de su brazo.

Helena sonrió embelesada, a pesar de las malas caras de Elisa y de Lucía.

—Viene a la cena.

—¡Sí! —dijeron Blanca y Carmen, ilusionadas.

Las dos brujas murmuraron algo que no entendió, pero Hele estaba tan emocionada por todo lo que le estaba pasando con Martín que las ignoró.

Acababan de bajarse del autobús y caminaban por la acera hacia la nueva casa de Carlota, un apartamento de doscientos metros cuadrados en el barrio de Salamanca, en la calle Claudio Coello, el magnífico regalo que le había hecho Francisco por la boda.

—Dormimos juntos anoche —les contó ella en voz baja.

—¡Oh!

—Solo dormir —les aclaró, ruborizada—. Y mis padres se han presentado sin avisar a primera hora... Puf...

Blanca y Carmen desorbitaron los ojos. A continuación, les relató el incidente. Recibió carcajadas y más carcajadas por parte de aquellas dos, y miradas asesinas de Elisa y de Lucía. Helena se enfadó, aunque no lo demostró. ¿Cuál era su problema?, ¿es que no se podían alegrar por ella aunque fuera una vez?

Alcanzaron el majestuoso portal y subieron en el ascensor hasta el ático.

—¡Hola! —gritó Carlota al abrir la puerta con una sonrisa preciosa.

Se dieron un abrazo de oso. Ya habían visto la casa, pero antes de la boda y cuando todavía no estaba del todo amueblada. Los recién casados habían estado veinte días de luna de miel y hacía nada que habían aterrizado, por lo que esa cena era muy importante, además de que estaban invitados los amigos más importantes de la pareja.

Fran las besó a todas con cariño. Atravesaron el amplio recibidor, donde dejaron las chaquetas en el perchero, pisaron la alfombra de pelo claro y se dirigieron por un pasillo a la derecha hacia el salón. La vivienda estaba decorada en tonos grises, marrones y rojizos apagados, estilo vintage. Había cuadros de paisajes en las paredes que no eran cristaleras, y las cristaleras ofrecían unas vistas impresionantes de Madrid. Salieron a la terraza. Era un espacio cuadrado, de suelo de madera y techado, perfecto para disfrutarlo si llovía. La mesa era baja y también cuadrada. En tres de sus cuatro lados se disponían tres bancos sin respaldos y con cojines mullidos para sentarse. Cenarían allí de picoteo.

Francisco les ofreció bebida. Tomaron cerveza y Hele, una copa de vino rosado espumoso, su favorito y el de Carlo, pero en esta ocasión su amiga rechazó el alcohol, alegando que no podía.

—¡No! —profirió Helena, de pronto, tapándose la boca al instante—. ¡Estás embarazada!

Carlota se sonrojó, pero el brillo de sus ojos fue inconfundible.

—Sí...

Las cinco amigas chillaron y se arrojaron a la futura mamá. Lloraron, Elisa y Lucía también porque, en realidad, todas la adoraban con una devoción especial. Abrazaron a Fran para felicitarlo.

—Hoy hemos comido con mis padres y mis suegros —les relató Carlo cuando se acomodaron en los bancos—. Se lo hemos contado —se secó una lágrima—. Estoy solo de una falta, me enteré en plena luna miel.

Helena no podía estar más feliz por Carlota. Su amiga siempre había deseado una familia numerosa, le gustaban mucho los niños. De hecho, era profesora de infantil en un colegio privado, San Patricio, de gran prestigio y donde se impartía clase en cuatro idiomas: español, inglés, alemán y francés, idiomas que Carlo dominaba desde niña.

Charlaron sobre los nuevos planes hasta que el timbre sonó y

comenzaron a llegar los demás invitados: Manuel, Jorge, dos amigos de Francisco que habían conocido en la boda y que vivían y trabajaban en la capital y, por último, los hermanos Echevarría, Pedro y...

Martín...

Su caballero andante vestía unos vaqueros claros, ceñidos con elegancia a sus atléticas piernas, zapatillas azules de ante, camiseta blanca y un jersey de pico de color azul marino. Estaba despeinado por el casco de la moto, que dejó en uno de los sofás del salón. Saludó a todos, aunque con las dos brujas se mostró frío y escueto. A Hele la reservó para el final...

Para sorpresa de la propia Helena, su novio la rodeó por el costado, se inclinó y la besó en los labios de manera casta y prolongada sin apartar sus ojos de fuego de los suyos. Ella emitió un suspiro tan sonoro que los presentes soltaron una carcajada. Pedro le dedicó a Hele una mirada enigmática ante el beso público, una mirada que ella no supo descifrar.

—Hola, preciosa —sonrió Martín, mostrando esos condenados hoyuelos.

—Hola... —se mordió la lengua para no gemir.

Olía tan bien... Estaba tan guapo...

La cena estuvo cargada de risas y de mucha animación. Después, los recién casados les enseñaron un video con las fotos de la luna de miel. Habían estado en Camboya, en Vietnam y en las islas Seychelles, un viaje extraordinario, regalo de Juan Gabriel y de Amelia, los padres de la novia.

—No nos han presentado formalmente todavía —le dijo Pedro en un momento que la encontró sola—. Soy Pedro, el hermano de Martín.

—Te conozco de la boda —Helena sonrió.

—Cierto —se apoyó en la barandilla de la terraza—. Ya me ha dicho mi hermano que eres profesora de universidad.

—Sí, y tú, el cerebritito de la familia.

El pequeño de los Echevarría se rio. Era muy distinto a su hermano mayor, tanto en el físico como en las formas, lo único que compartían era la sonrisa, pero eso no significaba que no le gustase, todo lo contrario, se sentía muy cómoda porque Pedro resultaba abierto, sencillo y espontáneo en sus gestos. Era muy atractivo, pero, cuando no sonreía, imponía tanto como el gran señor Echevarría.

—El cerebritito es Martín, no yo —se encogió de hombros con despreocupación—. Él es el que crea nuevas fórmulas, yo solo vigilo que los números sean los adecuados. Sin las manos de Martín...

—Te quitas mérito. No tienes pinta de ser modesto —dio un sorbo a su copa de vino—. Lo escondes muy bien —bromeó.

—¿Me estás llamando presuntuoso? —ladeó la cabeza con fingido enfado en su expresión.

Ambos se carcajearon.

—Lo digo porque ofreces una imagen intimidante —se explicó Hele—. He visto fotos de tu familia en *Google*. Te pareces mucho a tu padre. Martín, en cambio...

—Es idéntico a mi madre —concluyó con el semblante cruzado—, por suerte para él.

—¿He dicho algo malo? —quiso saber ella, inquieta, de pronto, por su reacción.

—No, tranquila —sonrió, aunque la alegría no alcanzó sus ojos castaños, más claros que los de su hermano—. Entonces, ¿Martín y tú...?

Helena se acaloró por la pregunta. Apuró el vino.

Pedro emitió una risa suave.

—Eres muy vergonzosa y muy tímida. Y salta a la vista tu inocencia —su mirada se enturbió y se clavó en un punto infinito—. Me recuerdas a alguien. Solo espero que no termines como ella —y se fue con los demás.

¿A qué venía eso?, se cuestionó, ¿había sido una crítica? ¿Y qué le había sucedido para alejarse de la realidad como si estuviera amargado? ¿Y ella?, ¿quién era ella?

Martín se acercó.

—¿Estás bien?

—Martín, ¿tu hermano...? —chasqueó la lengua—. Déjalo, no es nada importante.

—Te traigo más vino —alzó la botella para que la viera y le rellenoó la copa.

—Gracias —sonrió—. ¿Tú no bebes?

—Ya, no. He parado. Tengo que conducir —descansó el costado en la barandilla y abrazó su cintura, atrayéndola hacia su cuerpo—. ¿Qué planes tienes para mañana, además de trabajar todo el día? —su voz se tornó áspera.

Martín volvía a estar en una nube de deseo. Rezó para que quisiera montarse en su moto. Llevaba un vestido vaporoso, pero corto y a lo mejor lo rechazaba. Aún recordaba cuando Laura se negaba a subirse a la moto porque alegaba que eso era de salvajes y que se merecía un deportivo descapotable.

¿Actuaría Helena del mismo modo?

—Los viernes trabajo hasta las tres de la tarde —respondió su ángel, jugueteando, nerviosa, con el vino.

—¿Quieres cenar conmigo? —acarició la mitad superior de su espalda muy despacio con las yemas de los dedos. Notó enseguida cómo se le erizó la piel y cómo se le aceleraron las pulsaciones—. ¿Helena?

—¿Eh? —parpadeó aturdida.

Martín ocultó una sonrisa. La pegó más a él hasta que sus narices se tocaron. La besó en la punta. Ella sufrió un placentero escalofrío.

Los demás estaban charlando en el salón y, aunque la puerta de la terraza se encontraba abierta, ninguno estaba pendiente de ellos. Los débiles farolillos, además, aumentaban la intimidación que precisaban.

—¿Quieres cenar conmigo mañana en mi casa? —repitió Martín en un hilo de voz, se estaba enfermando por no besarla.

—Yo... —levantó la barbilla y lo contempló con ojos vidriosos—. Sí... —se humedeció los labios. Una de sus manos se posó en su torso y estrujó su jersey—. ¿Dónde vives?

—Cerca de aquí, pero iré a buscarte —descendió las manos hacia sus nalgas—. ¿A las ocho te parece bien? —las atrapó en las manos con suavidad, pero con solidez.

—Martín... —gimió.

—Dios... —se mordió la lengua para contenerse. La sujetó por la nuca—. Quiero besarte y no parar, pero no es...

Helena lo interrumpió, se puso de puntillas y lo besó con determinación, desesperada. Él gruñó, ladeó la cabeza y engulló sus labios, tomando así el control y sometiéndola a sus deseos. Capturó su lengua y jugó cuanto quiso, dominante y urgente. Enterró los dedos en sus largos cabellos sueltos y tiró hacia abajo para que ella se arqueara hacia su cuerpo.

Pero la copa se le escurrió y cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos. El ruido los detuvo y, también, alertó a los otros.

—Mierda... —murmuró Hele, que se agachó.

Martín le agarró las muñecas antes de que tocara el primer cristal.

—Déjame a mí —la ayudó a incorporarse—. No quiero que te cortes. Lo haré yo. Acércame una servilleta, por favor.

Helena obedeció.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carlota desde la puerta que separaba la

terraza del salón—. ¿Estáis bien los dos?

—Están demasiado bien, diría yo, o lo estaban —respondió Fran—. Si no es por la copa...

Los demás estallaron en risas, avergonzando a Hele y enojándolo a él, que, tras fruncir el ceño y limpiar el suelo, se levantó y observó a sus amigos con negro humor.

—¡Ya vale, joder!

Pero ellos insistieron con las bromas hasta que lograron contagiar a la pareja, que terminó riendo a carcajadas.

A las dos de la madrugada, empezaron a desalojar el apartamento. Todos trabajaban al día siguiente, por lo que se despidieron.

En la calle, Manu se ofreció a llevar a Helena a casa, pero su caballero andante se le adelantó. Se acercaron a una moto que se le antojó preciosa y muy bien cuidada, aunque no entendía de esas cosas.

—Podemos coger un taxi, si lo prefieres —le aseguró Martín, nervioso y serio.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—Mi padre odia las motos. Yo nunca me he montado en una, pero, si vas despacio y con cuidado, me encantaría probar.

—¿No te importa ir con el vestido?

—Me lo sujeto bien y listo. Solo es ropa. Si se ensucia, lo lavo.

Él sonrió como un niño la mañana de Navidad, pletórico y deslumbrante. Se sentó primero y arrancó. Le tendió un segundo casco, idéntico al suyo, negro mate, pero más limpio porque era nuevo, y le indicó cómo tenía que hacerlo, dónde no podía pisar y dónde sí. Ella, una vez acomodada a su espalda, se metió el vuelo del vestido entre las piernas, aferrándolo con los muslos para que no se le escapara; y partieron rumbo a su piso, abrazada ella con fuerza a su sólida anatomía.

Martín condujo fenomenal. Atento y considerado, le ofreció un paseo divino por las calles de Madrid. Helena se recostó en su espalda todo el trayecto. Él, atontado por lo agradable que le resultaba que fuera tan cariñosa, le acariciaba las rodillas en los semáforos, giraba el rostro y se quedaba embobado en el mágico brillo de sus ojos.

Aparcó la moto y la acompañó hasta la puerta de su casa.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció Hele, educada, aunque reprimiendo un bostezo.

—Es muy tarde, mejor me voy ya.

Le devolvió el casco.

—Gracias por traerme.

—Gracias a ti por dejarte.

Se rieron.

—¿Mañana te recojo a las siete y media u ocho? —le preguntó él, enlazando sus manos. Le rozó los nudillos con los dedos. Necesitaba tocarla, era impensable no hacerlo—. Cenamos en mi casa, así la conoces.

Ella asintió, incapaz de pronunciar más palabras. Su corazón acababa de explotar.

—Hasta mañana.

Helena volvió a asentir, pero ninguno se movió. Se observaron el uno al otro durante una inflamada eternidad hasta que, a la vez, se inclinaron y se besaron. Sin embargo, el beso duró dos segundos porque el sonido del ascensor en funcionamiento los devolvió al presente.

Ya en el resguardo de su apartamento, se deslizó hacia el suelo por la puerta y se tapó la boca para ahogar un chillido de felicidad.

No concilió el sueño. Los recuerdos de ese mágico día, desde que despertase a su lado, no la dejaron dormir. Y, al día siguiente, en el trabajo estuvo distraída, tardó más de lo habitual en realizar sus tareas, que consistieron en preparar su primera clase, que sería el lunes a las diez de la mañana.

Por la tarde, después de comer sola en su piso, su madre se presentó de visita.

—¿Se puede? —inquirió María al entrar, con una sonrisa traviesa—, ¿o estás ocupada?

—Mamá... —protestó Hele—. Martín también trabaja.

Su madre emitió una carcajada. Se fueron al salón y se acomodaron en el sofá.

—Bueno, cuéntame un poco, hija, que me tienes en ascuas desde ayer.

—Me ha invitado a cenar en su casa hoy —flexionó las piernas debajo del trasero y abrazó un cojín en el regazo—. Es de Logroño, pero se trasladó aquí cuando se vino a estudiar.

—¿A qué se dedica?

—Es ingeniero bioquímico y trabaja creando perfumes y cosméticos en la empresa familiar.

—¿En serio? —su rostro se iluminó—. ¿Cuál es la marca?

—No lo sé, pero la empresa se llama *Echevarría & Co* .

—¡La conozco! —juntó las manos en el pecho—. Tienen varias marcas. Hacen cremas, jabones y colonias, entre otras cosas. ¿Recuerdas la crema que utilizo?

—¿*Beauty coco* ?

—Sí. Pues esa marca es de tu novio.

—No es mi novio —se sonrojó y desvió la mirada.

—Ah, no, perdona —realizó un coqueto ademán—, es tu amigo.

Ambas se echaron a reír.

—En realidad, no sé qué somos, pero... —la inseguridad regresó—. Me da miedo.

—Es normal, cielo —convino su madre—, estáis empezando. Y déjame decirte que ya era hora de que tuvieras novio. Bueno, amigo —se corrigió adrede.

Helena le lanzó el cojín, simulando enfadarse.

—De verdad, cariño, me alegro mucho —insistió María—. Parece buen chico.

—Lo es —sonrió al recordar Formentera—. Es tan caballeroso, tan atento, tan... —suspiró sonoramente, cerrando los ojos un instante—. Me encanta, mamá, y eso me asusta porque... Si conoces su trabajo, sabrás quién es su familia.

—No, pero entiendo lo que quieres decir —la tomó de las manos y se las apretó—. En el amor solo importa el amor, lo demás es secundario. Tú vienes de una familia sencilla y normal y él, de una familia prestigiosa e, imagino, con mucho dinero. *Echevarría & Co* es un imperio en el mundo de la cosmética.

—Imaginas bien... —agachó la cabeza y hundió los hombros.

—La familia de uno es importante, por supuesto, pero luego solo quedáis Martín y tú. Además, estáis en el inicio, donde todo es ilusión, mariposas en la tripa, corazoncitos de colores...

—¿Tú has perdido la ilusión con papá, mamá? —la observó con fijeza—. ¿Eso se pierde con el tiempo?

—Eso no se pierde, al menos yo —sonrió—. El amor es como una planta, hay que cuidarla, si no, se muere, y la ilusión es una pieza fundamental —le pellizcó la nariz—. Todavía noto mariposas con tu padre. Ni la edad, ni

el tiempo ni el espacio tienen medida en cuestiones del corazón.

Helena sonrió. Se tumbó con la cabeza en los muslos de su madre, que procedió a peinarle los cabellos con los dedos.

—¿Quieres saber cuál es la clave? —le dijo María.

—Sí.

—Enamorar cada día a tu pareja con una mirada, o con un detalle tan simple como preguntarle qué tal le ha ido el trabajo, o decirle de vez en cuando algo bonito. Detalles, cariño, los pequeños detalles que salen del corazón son los que construyen las auténticas historias de amor, esas que perduran para siempre, y son escasas.

—Me gusta mucho, mamá... Demasiado...

—No te gusta, Helena, estás enamorada, que es diferente.

Ella se incorporó de un brinco y la contempló con terror. ¿Enamorada? ¿De verdad lo estaba?, ¿tan rápido?

—No me mires así, cielo —añadió su madre, enarcando las cejas—, que una madre siempre sabe eso de un hijo. Tus ojos relucen y estás constantemente colorada cuando hablas de Martín. ¿Qué tal si me cuentas cómo os conocisteis? Así te relajas en cuanto a lo que...

—Dios mío... —posó una palma en el pecho—. ¿Estoy enamorada de él? No... No...

María rodeó los hombros de su hija y la apoyó en su pecho. La acunó con ternura como si fuera todavía una niña.

—Lo estás, Helena, aunque no lo sepas, aunque no te hayas dado cuenta, ¿y sabes cuándo te enamoraste? En el momento en que sentiste por primera vez ese miedo que te atenaza por dentro. Y, cariño, esto debes vivirlo —la besó en el pelo—. Debes arriesgarte.

—¿Y si sale mal?

—Eso no lo sabrás si no lo intentas. Lo que de verdad merece la pena en la vida es lo que más esfuerzo requiere.

—Mamá... —suspiró con fuerza—. Es demasiado bueno y bonito para ser verdad... Creo que es un sueño, que Martín es un sueño.

—¿Y por qué no sueñas sin más? El miedo es normal, pero, cuidado —alzó una mano para enfatizar—, si te dejas llevar por el pánico, eso solo te conducirá a la soledad y a la melancolía. Vive, sueña, enamórate —sonrió con dulzura—. Es tu momento, cielo, y Martín está dispuesto a dártelo. Eres tan joven...

Helena sonrió y la abrazó.

—Gracias, mamá.

Vieron una película en la televisión y, después, su madre se marchó. Le deseó todo lo mejor para su cita y la animó, una vez más, a que se arriesgara con su novio, porque eso era, su novio...

Se duchó y, en toalla, con el cabello mojado recién lavado, le escribió un mensaje a Carlota para pedirle consejo en cuanto al modelito. Su amiga la telefoneó.

— *¡Rízate el pelo!* —exclamó Carlota a través de la línea.

Ella se echó a reír. Retiró el *iPhone* de la oreja un segundo porque a punto estuvo de quedarse sorda por el grito.

—Vale. ¿Qué más?

— *Ponte el vestido blanco que te regalamos por tu cumple.*

—Ni hablar —chasqueó la lengua. Se sentó en el borde de la cama—. Con ese vestido prácticamente no me puedo mover de lo ajustado que es y Martín va a venir a buscarme. Tiene moto, ¿recuerdas?

— *Sí, tienes razón* —permaneció unos segundos callada, pensativa—. *¡Ya sé! Los pantalones de cuero, tus bailarinas negras y la camisa blanca de seda que es más larga por detrás que por delante, esa que es un poco traslúcida. Hace muchísimo que no te pones nada de eso.*

—¿Estás segura? —no estaba muy convencida porque el conjunto que le había propuesto era un poco atrevido—. No sé, Carlo...

— *Hele, esos pantalones te hacen un culo espectacular, hazme caso. Y no te olvides de la cazadora vaquera, que es septiembre, pero ya refresca por las noches, tampoco de ahumarte los ojos con sombra oscura. Quiero informe detallado. ¡Pásatelo genial! ¡Adiós!* —y colgó.

Helena contempló la pantalla del móvil, incrédula porque Carlo había cortado la llamada, claro que no era tonta y sabía que lo había hecho para que no se negara y obedeciera.

Respiró hondo y rezó para que Carlota no se equivocara.

# 7

Si Martín no hubiera estado esperándola recostado en la pared del portal, se hubiera caído por la impresión al verla con esos pantalones de cuero tan ceñidos y ese pelo rizado. Dios mío... Estaba para mirarla y babear, mirarla y babear, mirarla y babear... La inocencia había desaparecido y, en su lugar, había surgido una sensual indecencia.

—Estás... —balbuceó él, admirándola de arriba abajo.

Ella sonrió con timidez.

—Tú, también, Martín.

Tampoco se quedaba atrás... Estaba muy atractivo con esos vaqueros negros estrechos en las caderas, una camisa remangada en las muñecas, también negra, que le sentaba como un guante y unos zapatos de piel clara con lazada. Oscuro. Tentador. Pecaminoso. Helena se acaloró. La lava invadió su ser. Y, para que no se le notara, le quitó uno de los cascos que llevaba en la mano y se lo ajustó a la cabeza. Martín carraspeó y la imitó.

El trayecto fue tenso. Estaban rígidos. Aunque ella lo agarraba por la cintura, no era igual que la noche anterior. Aparcaron la moto en el garaje de un edificio precioso de Madrid, en Ortega y Gasset. ¿Aquí vivía?, se preguntó Hele, impactada. ¡Enfrente de Chanel! Intimidaba. Mucho.

Subieron en silencio en el ascensor hasta la última planta, la número siete. Había dos puertas, una a cada lado. Se dirigieron a la de la derecha.

—Allí vive mi hermano —le indicó la de la izquierda.

Cuando entraron, Helena entreabrió los labios, maravillada. Era un *loft*, sin puertas, pero con tabiques por el espacio, abuhardillado, con una cristalera que ocupaba la gigantesca pared del fondo, unas vistas magníficas de la ciudad y paredes de ladrillos donde colgaban pequeñas láminas de plantas. Era

limpio, ordenado, luminoso, extenso, moderno, minimalista, en su mayoría predominaba el color azul marino. Muy masculino, muy... seductor.

A la derecha, estaba la cocina, de estilo rústico, con isla y barra americana, que la separaba del salón, con un sofá de varias plazas con *chaise longue* sobre una alfombra que delimitaba la estancia y, al fondo del mismo, un impresionante ordenador iMac sobre un tablero repleto de papeles desordenados, creando así un despacho pegado a la cristalera con una estantería llena de archivadores clavada en la pared. El dormitorio se encontraba a la izquierda y la inmensa cama la dejó sin respiración; el baño, enfrente, se hallaba apartado del resto por un biombo de madera. Había una puerta junto a la principal, donde él guardó su cazadora vaquera, en una percha, y su bolso.

—Me encanta, Martín. Tienes una casa increíble.

—Gracias. ¿Algo para beber? Tengo vino rosado espumoso.

—Sí, por favor —Helena asintió.

Se encaminaron hacia la cocina. Ella se sentó en uno de los cuatro taburetes que cercaban la isla. Acarició la madera, admirando su suavidad. Entonces, un delicioso aroma la incitó a buscar el horno.

—¿Qué has preparado? —se interesó Hele.

—Yo no he hecho nada. Lo he encargado —sonrió como un pilluelo—. No sé cocinar. Espero que no te importe.

Helena se echó a reír.

—Habérmelo dicho. La próxima vez, preparamos la cena entre los dos. Me gusta cocinar, aunque no soy ninguna experta.

—La próxima vez, ¿eh? —murmuró él, que acortó la distancia. Apoyó las manos en la isla, acorralándola entre sus brazos. Se inclinó hasta rozarle la nariz con la suya—. Podrías preparar el desayuno mañana —enarcó las cejas, serio—, ¿quieres? —se le enturbió la voz.

Ella tragó saliva.

—Pe... Pero... Bu... Bueno, si...

Martín la besó en la boca, cortando así su caótico parloteo.

—Duerme hoy conmigo, Helena, así estamos en paz —le guiñó el ojo.

Helena se mordió el labio inferior.

—No tengo pijama —susurró ella, observándole la boca.

—Te dejo una camiseta —ladeó la cabeza—, aunque podrías dormir como estás vestida ahora mismo... —resopló y se apartó arrugando la frente.

Mejor así, pensó Hele, que si no...

Unos minutos más tarde, cada uno con su bebida, vino para ella y un tercio de cerveza para él, Helena paseó por el salón. Había fotos enmarcadas en el mueble bajo que soportaba la televisión ultraplana de infinitas pulgadas, frente al sofá. Cogió una de ellas, en la que salían dos niños pequeños, uno más alto que otro: Martín y Pedro. Sonrió.

—No os parecéis en nada.

—En nada —convino él—, ni siquiera en el carácter.

—Ayer me dijo Pedro una cosa que no entendí —arrugó la frente—. Me dijo que yo le recordaba a una chica y que esperaba que no terminase como ella.

Martín palideció. ¡¿Cómo se le ocurría a su hermano compararla con Dafne?! Y por el miedo que su ángel tenía de no poder ofrecerle nada, decidió callarse y no contarle la desagradable historia.

—Por lo visto, ella no era buena... —musitó Hele, alarmada de pronto por su reacción.

—No le hagas caso. Pedro se ha enamorado una sola vez en su vida. Salió mal —dio un sorbo a la cerveza—. Desde entonces, tiene una baja estima hacia las mujeres. Piensa y cree que todas son ambiciosas e interesadas y que solo sirven para el placer.

—Vaya... —arqueó las cejas—. Tuvo que hacerle mucho daño.

—No sabes cuánto —pero más su padre que Dafne, cosa que se guardó también para sí mismo—. El lunes empiezas las clases, ¿no?

—Sí —sonrió. Dejó la foto en su sitio y se sentó en el sofá. Dobló una pierna debajo del trasero con cuidado de no manchar la tapicería con la bailarina—. Doy clase de Historia Antigua en la facultad de Humanidades de la Complutense, que también es una asignatura optativa en Periodismo.

—¿Das muchas horas? —se acomodó a su lado a una distancia prudencial.

—Todos los días por las mañanas, dos horas, en Humanidades y después de comer tres días a la semana, una hora y media, en Periodismo. El resto del tiempo estoy en el despacho preparando el temario, las clases o corrigiendo trabajos y exámenes.

—¿Hace mucho que empezaste?

—Este es mi cuarto curso académico, pero el primero en el que estoy completamente sola, que no soy ayudante de un profesor, quiero decir —

sonrió, hinchando pecho por el orgullo que sentía—. Cuando terminé la carrera, me saqué el doctorado. Desde el primer momento, ya empecé a trabajar porque así se requiere —frunció el ceño—. Han sido tres años muy duros trabajando, estudiando e investigando, además de asistir a seminarios, todo a la vez, pero ha merecido la pena —volvió a sonreír—. Me encanta mi profesión —se encogió de hombros—, ¡qué puedo decir!

—Así que eres doctora... —sonrió, encantado por la noticia—. No me lo habías dicho.

—Doctora en Estudios del Mundo Antiguo —levantó la copa y brindaron—. Y el lunes será mi primera clase oficial.

—Eso no me lo puedo perder. ¿A qué hora es?

Helena desorbitó los ojos.

—¿Quieres venir a verme dar clase?

—Tu primera clase oficial —le corrigió él antes de beber más cerveza—. Por supuesto que quiero. Ya te dije en Formentera que me encantaría verte —le guiñó un ojo—. El lunes iré. ¿A qué hora es?

—Pu... Pues... —los nervios impidieron que hablase con normalidad. Carraspeó—. A las diez.

—Estaré allí —arrugó la frente—. ¿Tienes muchos alumnos?

—Una media de setenta, más o menos, pero luego solo vienen diez como mucho —se rio—. Historia Antigua no le gusta a todo el mundo. La mayoría de los universitarios se matriculan en esta asignatura obligados porque se lo exige la carrera o porque necesitan créditos. Es normal, yo también he sido alumna y no todas las asignaturas me gustaban.

—Pero tú adoras la Historia. Es por tus padres, ¿no?

—Sí, ya sabes que fueron profesores como yo.

—¿También doctores?

—Mi padre, sí; mi madre, catedrática.

—Vaya... —silbó Martín, alucinado—. Sois muy cultos, entonces.

—Ellos, sí —se sonrojó—, yo estoy aprendiendo —añadió, modesta.

Él sonrió embelesado. Apuró el tercio, lo dejó vacío en la mesa y se acercó a su ángel. Enlazó una mano con la suya, el otro brazo lo apoyó en el respaldo del sofá.

—Entonces, conocerás Egipto, por ejemplo.

—No he salido de España —negó con la cabeza—. Mis padres, sí. Han viajado mucho por las investigaciones que han hecho. Yo me quedaba con mis

abuelos para no perder clases en el colegio. Y me encantaría viajar —sus ojos brillaron con intensidad, perdidos en deseos sin cumplir—. Grecia será mi primera parada, luego Italia, después Perú, Argentina y Egipto, en ese orden. Y el resto del mundo cuando ahorre dinero, porque me lo habré gastado todo.

Soltaron una suave carcajada.

—¿Y tú, Martín? —se interesó Hele—, habrás viajado mucho.

—Un poco —contestó, restando importancia. Sí que había viajado mucho desde que era pequeño, pero odiaba alardear.

—¿Australia, por ejemplo?

—Fue mi viaje de final de carrera. Unos amigos de la facultad y yo nos fuimos en julio y agosto a recorrer Australia con una mochila a la espalda —sonrió con nostalgia—. Fue increíble.

—¿En serio? —se quitó las manoleínas con total naturalidad y se arrodilló en los cojines sin separarse de él—. Tuvo que ser genial.

—Sí —asintió—, fue un gran viaje.

—Así es como me gustaría viajar a mí —dio un sorbo a la copa—. Y lo haré. Primero, volaré a Atenas, alquilaré un Fiat 500 y me recorreré el país, dejaré las islas para el final de Grecia, para descansar. Tardaré un año. Lo tengo planificado.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Martín, que agarró sus piernas enfundadas en cuero y las estiró encima de las suyas, en su regazo.

—Cuando empezamos la universidad, Carlo y yo hicimos una promesa —se tumbó hacia atrás, recostó la nuca en el brazo del sofá y clavó los ojos en un punto infinito—. Prometimos que un día, sin importar la edad que tuviéramos, lo dejaríamos todo para cumplir nuestro mayor sueño durante un año, aunque cada una por su cuenta. Lo hicimos una noche que vimos una estrella fugaz.

—Y tu sueño es viajar.

—Sí. Tengo una carpeta con recortes, planos, fotos de revistas y una libreta donde he ido apuntando a lo largo de los años lo que quiero hacer en cada país, lo que visitaré. Y también tengo una segunda cuenta en el banco donde voy ahorrando un dinero al mes.

—¿Y lo harás? ¿Lo dejarás todo para viajar durante un año?

—Eso espero —sonrió con tristeza—, pero hay que ser valiente para hacer algo así y no sé si lo soy. ¿Dejarlo todo? No sé... —suspiró—, pero quiero hacerlo. Supongo que tendré que arriesgarme y saltar al vacío.

Él se enfadó. No entendió la razón, pero le sentó fatal que quisiera dejarlo todo durante un año para viajar sola por el mundo, a no ser...

—¿Y esa promesa te incluye solo a ti? —la interrogó Martín, enarcando una ceja—. Me refiero a que si compartes tu vida con alguien, ¿lo dejarías a él también?

Helena lo miró de forma enigmática. Él no supo descifrar su expresión y se enfadó todavía más. Gruñó y se levantó para preparar la cena porque necesitaba distraerse.

—Martín —descalza, lo siguió—, ¿te pasa algo?

—No —sacó la fuente del horno, ya caliente, y la colocó en la isla.

—¿He dicho algo que...?

—¿A ti qué te parece? —la interrumpió, furioso. Se cruzó de brazos—. Me acabas de decir que un día lo vas a dejar todo para irte sola de viaje durante un año —se golpeó el torso con el puño—. Y yo, ¿qué?

—Pero... —comenzó ella, desconcertada por su arrebato.

—Si crees que voy a permitir que te vayas sola estás muy equivocada —la apuntó con el dedo, acusándola.

Helena ocultó una sonrisa, adivinando al fin lo que le sucedía. Avanzó y lo rodeó por la cintura.

—No, Helena —retrocedió él y se volvió—. Olvida la tontería que acabo de decir. No soy nadie para... —resopló, pasándose las manos por los cabellos—. Olvídalo.

Ella quiso reírse, pero no lo hizo, no fuera que se indignara más. Se acercó de nuevo y lo abrazó por detrás. En esta ocasión, Martín, rígido, no se movió.

—¿Vendrías conmigo? —le susurró Hele.

—Sin dudar... —respondió. Se giró y la tomó de las mejillas—. Me iría contigo ahora mismo y con los ojos vendados, Helena. Es otra locura, lo sé, pero lo haría porque es tu sueño y quiero vivirlo contigo.

Loco de remate, pensó él, pero por ella... Estaba loco por ella...

Y Helena... Su madre estaba en lo cierto, en ese momento se percató de que estaba rematadamente enamorada de Martín.

—Martín... —su corazón se disparó hacia el cielo sin posibilidad de retorno—. Y yo, mi querido loco.

Acudieron el uno al otro a la vez y se besaron, trémulos por las agudas emociones que estaban experimentando sin haberlas esperado, sin creerse

ninguno que aquello les estaba ocurriendo, creyendo que jamás podrían sentir nada igual. En efecto, querían quemarse y, a cada segundo, el fuego los tragaba más y más. Se habían lanzado a las llamas.

—Salga bien o no —pronunció él en un hilo de áspera voz—, dure para siempre o no, nunca me arrepentiré de nuestra locura, Helena. Nunca.

Succionaron sus labios en escalera. Sus respiraciones se alteraron hasta el punto de convertirse en vendavales. La pasión los rebasó. Abrieron sus bocas a la par y se buscaron con desesperación, la impaciencia de devorarse los dominaba. No hubo juego, ni lujuria ni ternura. Apetito. Avidez. Frenesí. Él la alzó en vilo, poniendo un brazo debajo de sus rodillas y el otro, en su espalda.

—¿Y la cena? —preguntó Hele, aunque no supo cómo le salieron las palabras.

—Puede esperar, aunque si quieres...

—Besarte, Martín —le acarició los pómulos. Le contemplaba la boca con los ojos turbios—. Quiero besarte.

Martín gimió antes de besarla de nuevo. La condujo al sofá, donde la acomodó con mimo, se tumbó sobre ella y sostuvo su propio peso en los antebrazos para no aplastarla, pero Helena jadeó cuando sus caderas se unieron, lo cercó con los muslos y tiró de su pelo con tanta urgencia que él se mareó de deseo, se hundió con ella entre los mullidos cojines y el beso se tornó violento y desmedido. Se proyectaron hacia delante y hacia atrás, batiendo la pelvis como si estuvieran haciendo el amor, pero, más que eso, bailaban despacio mientras sus lenguas se codiciaban la una a la otra en un duelo.

Gemidos y más gemidos poblaron el espacio creando una canción descarada. Helena le clavó las uñas en la espalda y los talones en el trasero, ofreciéndose sin darse cuenta porque eran sus instintos los que mandaban, ella misma se había abandonado a la perdición. Entonces, él le propinó tal empujón con las caderas que gritó.

—Joder... Lo siento... —se disculpó Martín, parpadeando para lograra enfocar la vista.

Ya casi había anochecido. Estaban prácticamente a oscuras, excepto por las luces de la calle que se colaban en el apartamento a través de la cristalera.

Helena le dedicó tal sonrisa que lo cegó.

—Eres tan bonita... —murmuró él. Le retiró varios mechones del rostro

—. Y estás tan... —suspiró con fuerza—, que te juro que me pierdo contigo, mucho más teniéndote así pegada a mí porque...

Alguien tocó el timbre. Se miraron con extrañeza. Ella elevó las cejas.

—¡Abre, Martín! —le exigió su hermano al otro lado de la puerta—. ¡Papá y mamá están abajo!

Martín abrió los ojos en demasía, al igual que Hele. Se incorporaron con rapidez. Mientras él acudía a la puerta, Helena se calzó las bailarinas y se adecentó los cabellos.

Pedro entró con resolución, sabía que estaba ella.

—Hola, Helena —sonrió.

—Hola, Pedro —también sonrió, acercándose.

Se dieron dos besos.

—Diles que no estoy —le pidió Martín.

—Demasiado tarde —le informó su hermano—. Te vieron entrar en el garaje con ella, pero como estaban de compras no han venido hasta ahora, que han terminado. Nos están esperando abajo.

Helena contuvo el aliento.

—Está claro que lo nuestro va rápido —bromeó él para calmar sus repentinos nervios.

Ella sonrió con timidez, ruborizada. Martín respiró hondo.

—¿Te importa? —quiso saber él—. Si no quieres, no vamos. No hay ningún problema.

Pues claro que le importaba. ¿Conocer al gran señor Echevarría? Uf...

—No, tranquilo —mintió Hele con la mejor de sus intenciones—. Estoy bien.

Martín le entregó su cazadora y su bolso y salieron. Cerró con llave y bajaron los tres en el ascensor.

—Mi madre es genial —le indicó Pedro—, pero mi padre...

Martín gruñó como advertencia.

—Solo digo la verdad —se excusó su hermano, encogiéndose de hombros.

—Deja que juzgue ella.

En la acera, frente al portal, se encontraban charlando sus padres.

Él la tomó de la mano, protector, y la guio hacia los señores Echevarría, sus suegros.

—¡Hola! —saludó Sofia a Helena con una radiante sonrisa—. Encantada

de conocerte, Helena. Soy Sofía. He oído hablar mucho de ti, y déjame decirte que mi hijo tenía razón, eres preciosa.

—Gracias —musitó Hele, algo cohibida. Sonrió con amabilidad, aunque le temblaban los labios—. Es un placer.

Se besaron las mejillas.

Aquella mujer era mucho más guapa en persona que en fotos.

—Yo soy Martín —anunció el gran señor Echevarría, muy serio. La estudiaba de los pies a la cabeza, incomodándola, más bien. Ella creyó, convencida, que lo estaba haciendo a posta—. Encantado, Helena —le tendió la mano.

Helena se la estrechó. Notó que a su novio se le cruzaba el semblante, aunque no dijo nada. El momento fue tenso para todos menos para Pedro, que ignoraba a su progenitor. Al igual que la madre le gustó mucho, el padre no tanto, de hecho, todo lo contrario. Comenzaba a comprender la postura de su cuñado...

—Hemos reservado en un restaurante aquí al lado para cenar —anunció el gran señor Echevarría—. Vamos, se hace tarde —se giró y emprendió la marcha, solo.

La señora Echevarría agarró a su hijo mayor del brazo y todos lo siguieron.

—Te lo dije —le susurró Pedro a ella al oído—, pero, tranquila, tienes suerte.

—¿Suerte?

—Eres la novia de mi hermano, no la mía. Eso ya te da puntos extra porque Martín es intocable para mi padre, y, ahora, lo eres tú.

—No estoy tan segura... —musitó Helena.

Los dos caminaban detrás de Sofía y de Martín, aunque a cierta distancia.

—Mi hermano no te ha contado nada, ¿verdad?

—¿Sobre qué? —quiso saber Hele.

—Sobre mi padre.

—La verdad es que no, solo lo del infarto.

—Te daré un consejo, Helena, tómalo o déjalo, pero es mejor que lo tomes —la cogió de la muñeca para pararla. La observó con el ceño fruncido, sus ojos transmitían tormento—. No permitas que mi padre interfiera entre vosotros. En el momento en que le dejes hacerlo una sola vez, ten por seguro

que Martín y tú romperéis tarde o temprano. Mi padre es el diablo, Helena, nunca olvides eso y tenlo siempre presente. Martín no lo ve porque, repito, es intocable para él, es su favorito desde que nació, pero es cierto lo que te digo, y ojalá nunca tengas que sufrirlo, porque será una pesadilla, créeme, sé de lo que hablo.

A ella se le paró el corazón al escucharlo. No fueron tanto las palabras lo que la preocuparon, sino lo que escondía su misterioso discurso.

Anduvieron un par de minutos hasta llegar al restaurante. Se acomodaron en torno a una mesa redonda muy amplia, al fondo. Helena se sentó entre los dos hermanos. Un camarero les entregó las cartas y anotó sus bebidas.

—Cuéntanos un poco, Helena —le pidió Sofía con una sonrisa dulce—. Eres profesora de Historia, ¿no? ¿En qué universidad?

—En la Complutense —colocó la servilleta de tela en su regazo.

—¿Y llevas mucho? Eres muy joven.

—En junio terminé el doctorado y, aunque he estado trabajando como ayudante de profesor desde que lo empecé, hace tres años, el lunes será mi primera clase oficial.

—Estarás nerviosa, entonces —le comentó su suegra.

Les sirvieron las bebidas, vino y agua para todos.

—Un poco —reconoció Hele, sonriendo—, pero tengo muchas ganas. Me gusta mucho mi profesión.

—¿Te refieres a tener conocimientos de Historia? —inquirió Martín-padre, serio e intimidante—. Creía que para eso solo hacía falta leer, no estudiar una carrera y, mucho menos, hacer un doctorado. Está claro que hoy en día reparten doctorados como canicas —se carcajeó—. Supongo que debe de haber de todo en el mundo.

Martín-hijo se atragantó con el vino, ¿había oído bien? Pedro arqueó las cejas, atónito ante tal atrevimiento. Sofía, roja como un tomate, carraspeó de manera discreta, reprendiendo a su marido. Helena, en cambio, contempló al gran señor Echevarría con una fría sonrisa.

—No le quepa la menor duda de que así es —se defendió Hele con tranquilidad. Dio un sorbo al vino, controlando las vibraciones de su cuerpo, aunque le resultó inútil—. Para culturizarse hay que leer mucho y desde niño, pero para tener un doctorado en Historia, sea Antigua o no, hay que estudiar, se lo digo por experiencia.

Su cuñado le guiñó un ojo.

—Lamento si te he ofendido, Helena —se disculpó Martín-padre, que tonto no era, y había captado el doble sentido de sus palabras—. Mi ignorancia en tu oficio ha sido quien ha hablado —sonrió con falsedad—. Te deseo suerte en tu primera clase —levantó su copa en un brindis.

—Gracias —imitó su gesto, pero por cortesía, porque lo que en verdad quería era arrojarle el vino a la cara y ensuciar su odioso bigote y borrarle esa expresión de superioridad. No lo hizo, sus padres la habían educado demasiado bien.

El camarero acudió para apuntar lo que deseaban cenar y se marchó.

—¿Y tus padres? —se interesó, de nuevo, el gran señor Echevarría—. ¿Son profesores de universidad o se dedican a algo... —sonrió— menos culto?

—Están jubilados, pero, sí, fueron profesores de Historia Antigua, como yo.

—¿Tan mayores son? Pareces una niña —pronunció en un tono malicioso, aunque apenas perceptible.

Helena sonrió, tragándose las ganas de lanzarle el tenedor a los ojos.

—¡Qué va! —realizó un ademán—, son más jóvenes que usted, tienen setenta años.

Martín-padre palideció. ¡Toma ya!

Los hermanos Echevarría y su madre procuraron no reírse por la merecida respuesta, pero convulsionaban sus hombros, un claro gesto de que iban a estallar más pronto que tarde.

—Supongo que me lo merezco —murmuró el gran señor Echevarría, ajustándose el cuello de la elegante camisa—. Podéis reiros, lo estáis deseando.

Y lo hicieron, explotaron en carcajadas. Hele, no. Se obligó a sonreír. En ese instante, comprendió lo que Pedro le había dicho antes, aunque tendría que indagar al respecto.

La cena se destensó y disfrutaron de una comida deliciosa: marisco de primero y pescado al horno de segundo. Charlaron sobre trivialidades y, tres horas después, se despidieron de ellos.

—Bienvenida a la familia, Helena —le dijo su suegro antes de besarla en la mejilla—. Llámame *Martín* y tutéame, por favor.

—Gracias, Martín —accedió ella con una sonrisa cortés.

Sofía la abrazó con cariño, y el matrimonio se fue.

—No ha estado mal —comentó su cuñado, de regreso al apartamento—.

Me gusta tu chica, hermanito, no la pierdas —les guiñó un ojo—. Me voy, he quedado para salir con unos amigos. Pasadlo bien, pareja —y se marchó.

Ellos subieron al *loft* en silencio.

—¿Te apetece que veamos una película? —sugirió Martín—, ¿o prefieres hacer otra cosa?

—Me da igual —se quitó la chaqueta y la guardó en el armario de la entrada.

Se sentaron en el sofá, alejados entre sí, callados.

—Dime algo —le pidió él en voz baja—, lo que sea.

Helena inhaló una gran bocanada de aire. Se cruzó de brazos.

—Estoy bien.

—Mientes.

Silencio.

Claro que mentía, pero no podía decirle lo que pensaba porque corría el riesgo de que la odiara. Había sido horrible...

—Siento lo de mi padre, pero te prometo que, en el fondo, no es tan malo —lo excusó Martín, que se acercó despacio, con miedo a ser rechazado.

Su novia estaba de lo más distante, y con razón. Su padre había sido desconsiderado y maleducado con ella. La hubiera defendido al meterse con ella de tan malas maneras, pero se había contenido al ver a Helena defenderse tan bien. En privado, hablaría con el gran señor Echevarría.

El pánico lo atenazó.

—Helena, dime algo, por favor... —extendió la mano y le rozó el brazo.

Helena se incorporó.

—Será mejor que me vaya a casa, Martín. Perdona, pero estoy muy cansada. Cogeré un taxi y...

Él, alarmado, se levantó y la agarró de la muñeca. Sonrió.

—Ibas a prepararme el desayuno mañana, ¿recuerdas?

—Para eso no hace falta que me quede a dormir —se soltó y retrocedió. Se frotó los brazos y desvió la mirada.

—Helena, por favor, no te vayas. Háblame. Insulta a mi padre si te hace sentir mejor, no te faltará razón, pero no te escondas de mí. Estás huyendo y tú solo huyes cuando algo te preocupa.

—Es por tu padre.

—Lo sé.

—Martín... —lo observó con los ojos demasiado brillantes—. Es que...

ha sido... molesto.

—Lo sé.

Ella agachó la cabeza y hundió los hombros.

—Y también injusto —agregó su novia con una expresión de pura congoja.

—Lo sé.

—Y... —suspiró con fuerza—. No me merezco que me traten así, mucho menos nada más verme por primera vez.

—Claro que no —se le encogió el corazón. Avanzó, pero Helena retrocedió—. Helena, mírame. —Ella obedeció despacio—. Déjame compensarte... —se aproximó más, hasta casi rozarla—. Dime qué necesitas ahora mismo y lo tendrás.

—¿Un abrazo?

Martín sonrió, la estrechó entre sus brazos con ternura y la besó en el pelo. Su precioso ángel vibró con la cara escondida en su pecho. Él la alzó y la llevó a la cama. La descalzó, luego se quitó sus propias zapatillas. Se tumbó y la atrajo hacia su cuerpo. Entrelazaron las piernas y cerraron los ojos.

—Lo siento —se lamentó Hele, cuyo interior era un amasijo de intensas emociones dispares—. No me quería ir, pero es que... —se calló.

—No tienes que darme explicaciones —la besó en la frente—. Quien lo siente soy yo. Te prometo que la siguiente vez no será así. Hablaré con él, a mí suele escucharme, no puedo decir lo mismo en el caso de Pedro.

Ambos suspiraron, resignados, y se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, Helena se despertó sola en el lecho. Levantó la cabeza y recordó dónde se hallaba. En el despacho del salón, Martín tecleaba en el ordenador, muy concentrado. Vestía solo los vaqueros negros, estaba descalzo y con el pelo revuelto. Ella se puso en pie y se acercó con pasos torpes por el sueño.

—Buenos días —le saludó.

Él apagó el iMac, sonrió y giró el taburete hacia Hele. La sujetó por la cintura y la sentó en su regazo. Helena se hizo un ovillo y bajó los párpados.

—Buenos días, mi preciosa maldita. Esto es para ti —le mostró una flor.

—Oh... —sonrió, fascinada—. Es preciosa —la olió—. No sé cuál es. Nunca la había visto antes.

—Es una dalia rosa —su expresión se tornó misteriosa—. ¿Te gusta?

Ella besó su mejilla como respuesta. Martín se rio.

—¿Preparamos el desayuno o prefieres ducharte primero?

Helena se incorporó, arrugando la frente.

—Debería ir a mi casa a cambiarme, no tengo nada aquí.

—Me levanto muy temprano y me ha dado tiempo a comprarte un cepillo de dientes antes de que te despertases. Y por la ropa, ya te dije que te dejo una camiseta.

Ella emitió una carcajada.

—¿Pretendes que vaya por tu casa en camiseta? —su rostro se abochornó.

—Si quieres —sonrió con travesura—, para que te sientas mejor, yo me quedo como estoy ahora y así estamos en igualdad de condiciones. Además —sus ojos la incendiaron—, ya nos hemos visto con menos ropa.

—Necesito ir a mi casa —Helena se echó a reír, avergonzada.

—No hay problema —acortó la distancia y la abrazó por las caderas—. Luego vamos a tu casa.

—¿Y después de eso? —preguntó, coqueta, al tiempo que trazaba el fino relieve de sus pectorales con un dedo.

Martín, cuya erección tensó la cremallera de los pantalones, se inclinó y acarició sus labios entreabiertos con los suyos, haciéndoles trepidar de ardor a los dos.

—Después, haremos lo que quieras —respondió él, que volvió a rozar su boca de manera tentadora, provocándola.

—Martín... —gimió, encandilada. Se sujetó a sus fuertes y cálidos brazos—. Después...

Martín mordisqueó su labio inferior y, a continuación, lo chupó, emitiendo un gruñido de euforia. Helena se sofocó. Le clavó las uñas para no caerse porque se le debilitaron las rodillas.

—Después, podríamos volver aquí —propuso él en un ronco susurro— y besarnos el resto del fin de semana —atrapó su labio otra vez y lo soltó lentamente—. ¿Te gustaría eso?

—Estás loco... —emitió en un suspiro discontinuo.

—Por ti, Helena —la tomó de la nuca con firmeza—. Estoy loco por ti.

Y la besó con fiereza porque la cordura, como iba siendo costumbre, ya se había desvanecido un segundo escaso atrás. La pegó a su torso, la elevó y consumió su boca, muerto de sed. La conquistaría, ¡vaya que sí! Lucharía sin descanso para enamorarla cada día y que así nunca huyera, sino que siempre

buscase refugio en Martín. Y no permitiría que nadie se la arrebatara.  
Estaban malditos, ese era su destino.

## 8

Las tres semanas siguientes pasaron volando entre flores, corazones y mariposas. Helena se encontraba tan dichosa que apenas prestaba atención a nada que no estuviera relacionado con su caballero andante.

De lunes a jueves cenaban juntos en su casa, en la de él o acudían a algún local de moda, y luego la acompañaba a su apartamento. Los fines de semana dormían juntos, y dedicaban los sábados por la mañana a hacer turismo, cuya guía era la propia Hele, a petición de Martín; y, por la tarde, se recorrían El Retiro, que se había convertido en su lugar favorito. Se tumbaban en el césped y soñaban... Hablaban de los viajes que harían juntos, de la promesa que hizo ella junto a su mejor amiga, promesa que amplió para incluir ahora a su novio. Los viernes y los sábados por la noche quedaban con Carlota, Fran, Carmen, Manu, Blanca y Jorge, y bailaban hasta el amanecer.

Además, Martín se presentaba en alguna de sus clases de Historia Antigua como si se tratase de un alumno más, se escapaba del trabajo cuando se lo podía permitir y acudía a la Complutense como oyente de la doctora Helena Amaya. Y despertaba suspiros entre las universitarias, provocando celos en ella, porque en más de una ocasión tuvo que llamar la atención de sus alumnas, ya que, en vez de escuchar a la profesora, estaban pendientes del atractivo treintañero de traje y corbata que se acomodaba en la última fila.

Esos celos se los había guardado para sí misma, excepto cuando se desahogaba con Carlo, con quien charlaba por teléfono a diario antes de cenar. Esos celos se incrementaban cada día, para su desgracia, porque mujeres de todas clases se volvían a mirar a Martín, aunque él la tuviera abrazada y le diera algún beso, dejando claro que no era soltero. Helena se sentía invisible y muy insegura cuando aquello sucedía. Carlota le había dicho que era una

bobada, que Martín estaba loco por ella, que no se preocupara, pero el miedo de Hele se hacía más grande de manera irracional. Carmen y Blanca le aseguraron que era normal estar aterrada, que a ellas todavía les pasaba con sus parejas, el eterno pavor en una relación, pero que se relajara y disfrutara, porque su novio ni siquiera se enteraba de nada, solo tenía ojos para su damisela en apuros.

Quitando esos odiosos celos, Helena estaba viviendo el mejor momento de su vida. No habían vuelto a coincidir con sus suegros, por lo que el incidente con el gran señor Echevarría había quedado relegado al olvido, ya se encargaba Martín, con sus besos, con sus atenciones y con sus detalles, de distraerla de todo, menos de él.

Había ocasiones en que se cuestionaba cómo un hombre como Martín se había fijado en ella. Y, cuando comenzaba a entrar en pánico, recordaba las palabras de su madre, que se arriesgara y experimentara el amor en plenitud, y se animaba.

—Ay, Carlo... —suspiró Hele con desazón, pasando de una percha a otra. Estaban en una tienda buscando vestidos de gala—. No encuentro nada que me guste y llevamos toda la mañana. Martín me recogerá a las ocho —suspiró otra vez.

—Es que a quién se le ocurre dejarlo para el último momento —la regañó Carlota, con los puños en la cintura.

—Ya lo sé, pero no he tenido tiempo. Si no estoy en la universidad, estoy con Martín y...

—Y como sois dos lapas, no os podéis despegar ni un minuto.

Las dos se echaron a reír.

Salieron a la calle. Agarradas del brazo, caminaron por la acera observando los escaparates hasta que entraron en un restaurante y se sentaron para almorzar. Pidieron una hamburguesa cada una, la especialidad del local.

—¿Estás nerviosa? —la interrogó su amiga entre bocado y bocado.

—Pues sí, ya me conoces.

Esa noche era la fiesta de *Echevarría & Co*. Martín le había preguntado si deseaba acompañarlo como su novia, y ella le había respondido que sí sin dudar, pero...

—Tenía que haberle dicho que no —murmuró Hele, antes de beber un sorbo de agua.

—¿Porque te va a presentar oficialmente a su familia y conocidos?, ¿por

eso?

—También, pero no es solo eso. Me da la sensación de que sigo soñando, pero cada vez más alto, y la caída será muy fuerte.

—Mira, Hele —la tomó de la mano—, es lógico que te sientas así porque es tu primera relación, pero no es bueno tu pesimismo, en serio —frunció el ceño—. Nadie conoce su futuro, pero no por ello no se vive el presente.

—Ya, pero...

En ese momento, le sonó el *whatsapp*. Era Martín.

**M:** *Hola, preciosa, ¿qué tal con Carlota? ¿Ya habéis terminado? Es que ando un poco loco y me gustaría verte antes y disfrutar un rato a solas contigo porque en la fiesta vamos a estar rodeados de gente. Cámbiate en mi casa.*

Helena se mordió el labio inferior, ocultando una sonrisa de bobalicona absoluta. Tecleó la respuesta:

**H:** *En tu casa no hay puertas... ¿Cómo pretendes que me arregle así? Además, voy a invadirte con el secador y un montón de cosas más, ¿estás preparado para ello? Porque, te lo advierto, tardaré por lo menos dos horas y ahora son las tres de la tarde.*

**M:** *Me arriesgaré a soportarlo. Y puedes vendarme los ojos para que estés cómoda.*

Soltó una carcajada, mitad divertida, mitad sofocada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su amiga—. Es Martín.

—Me está diciendo que me cambie en su casa porque quiere estar un rato conmigo a solas antes de la fiesta.

Carlota alzó las cejas y sonrió, traviesa.

—¿Ya habéis alcanzado ese nivel y no me lo habías contado?

—¡No! —exclamó ella con las mejillas calcinadas.

Su amiga rompió a reír por su reacción.

—Tranquila, Hele, que te conozco, sé que me lo hubieras contado enseguida —su sonrisa se tornó cariñosa—. Pero, dime, ¿Martín ha

intentado...?

—¡No! —repitió Helena sin variar su vergüenza.

Carlota le indicó con un gesto que se explicara.

—¿Recuerdas la primera noche que Martín y yo dormimos juntos? —le dijo Hele en voz baja, inclinándose sobre la mesa para que nadie la oyera, pues los comensales estaban muy juntos entre sí—. Cuando nos despertamos, nos besamos, ¿vale? Pero... —su rostro ardió mucho más—. Fue distinto.

—¿Estabais en la cama?

—Sí...

—¿Estabais... —carraspeó—, ya sabes, en una postura...?

—Estábamos completamente abrazados. Nos besamos en Formentera y en tu boda, pero no fue igual —sus ojos se perdieron en un punto infinito—. Y en mi casa fue... Ay, Carlo... —dejó caer la frente en la mano—. Me sentí... ¡descontrolada! Y él también se descontroló... Me encantó cómo me besó en el viaje y el día que te casaste, me encanta que me bese de ese modo tan tierno y dulce —sonrió—, pero lo de mi casa... Y lo de su casa la primera vez que me invitó... —suspiró con fuerza, notando cómo se le cerraba el estómago al recordar esos dos momentos—. No fue tierno, fue...

—Apasionado.

—Sí. Y... —gesticuló, absorta en sus sentimientos—. Te juro que no lo hubiera rechazado —se le cruzó el semblante—. No ha vuelto a repetirse —respiró hondo profundamente—. Me sigue besando con ternura, adoro que me bese así, pero en cuanto... sube la temperatura, se para y dejamos de besarnos. Y es que en su casa no hay puertas, ya te lo comenté, y ahora me ha dicho que me arregle tranquila allí que él se vendará los ojos —enarcó una ceja, demostrando disgusto.

Su amiga permaneció unos segundos asimilando sus palabras hasta que estalló en carcajadas.

Ella gruñó.

—Suficiente, Carlo. No sé para qué te cuento nada... —bufó, indignada.

—Vale, perdona... —se calmó y sonrió con picardía—. Es decir, Hele, que quieres dar ese paso y no sabes cómo hacerlo, ¿no?

—No lo sé... No sé si estoy preparada, pero lo que sí sé es que no quiero que se frene nada, quiero que todo siga su curso. Y, sinceramente, no entiendo por qué se para. A veces pienso que es porque no le gusta cómo le beso o...

—¡Echa el freno, guapa! —alzó una palma para que se callara—. No

empecemos con tus comeduras de coco, ¿eh? Que ya me conozco cómo acaban... —inhaló una gran bocanada de aire y adoptó una actitud seria y relajada—. Lo que le pasa a Martín es que es un auténtico caballero, Hele —sonrió, apretándole un brazo—. Por supuesto que le gustas hasta el punto de dar ese paso más, pero se frena porque te respeta y porque no quiere agobiarte ni que te sientas presionada. Sus actos demuestran que va a esperarte hasta que tú decidas dar ese paso —de repente, palideció—. Y sé por qué.

Helena se alarmó.

—¿Qué pasa, Carlo? Me estás asustando.

—¿Prometes no enfadarte?

Ella se recostó en la silla y se cruzó de brazos.

—Siempre que me preguntas eso... —chasqueó la lengua—. Dispara, Carlota. Ya.

—Verás... —se mordió el labio un segundo, desviando la mirada—. La noche que volvió de Logroño, hace un mes, me llamó por teléfono para pedirme tu dirección. Estuvimos hablando de ti. Estaba preocupado por tu cambio de actitud. Se pensaba que habías conocido a otro y que ya no querías saber nada de él.

—Lo sé. Me lo dijo. ¿Y? —empezó a golpear el suelo con el pie, nerviosa—. Continúa.

—Yo le dije que no, que... —se detuvo. La observó con miedo—. En realidad... Le dije que no tenía que preocuparse porque tú solo habías estado con un chico en tu vida y que fueron cuatro besos, nada más.

—¿¡Qué?! —vociferó Helena, atónita.

Los desconocidos que estaban a su alrededor la contemplaron con mala cara por el grito.

Ella carraspeó y les pidió perdón.

—¿Le dijiste que yo era virgen? —susurró Hele, agachándose.

—Bueno, no se lo dije con esas...

—¡Carlota!

—Lo siento... —se lamentó con una expresión de tristeza—. No era mi intención, solo se lo conté para tranquilizarlo. ¿Te has enfadado?

Helena cerró los ojos y se concentró en ralentizar su desbocado corazón, pero no lo consiguió. ¡Claro que estaba enfadada!

—Si te sirve de consuelo, se puso celoso cuando mencioné a Hugo, tu novio del instituto —comentó Carlo, sonriendo como disculpa—, e insistió en

preguntarme si de verdad no habías estado con ningún chico a parte de Hugo.

—Increíble... —resopló—, resulta que también insististeis en el tema... ¿Cómo pretendes que lo mire a la cara ahora, Carlota? Dímelo tú, porque si hace un momento estaba nerviosa por la fiesta, ahora, directamente, estoy nerviosa por quedar con él —la apuntó con el dedo índice—. Y es por tu culpa.

—Lo sé...

—No tenías que haberle dicho eso.

—Lo sé...

—Dios... —elevó los brazos al techo—. ¡Es humillante!

Carlota arrugó la frente.

—¿Por qué es humillante? No te entiendo.

—Porque tengo veintisiete años y sigo siendo virgen frente a un hombre de treinta y seis años que, precisamente, no es virgen.

—Bueno... —ladeó la cabeza—. Fran ha sido mi primer y único hombre, ya lo sabes. Él no era virgen cuando nos acostamos la primera vez; yo, sí y Fran lo sabía —sonrió con los ojos reluciendo de amor—. Siempre me dice que una de las cosas que más le gustan de mí es eso, que me reservé para él y que, aunque me parezca una tontería, para Fran eso fue muy importante. Quizás Martín se sienta igual, que considere que tu virginidad sea importante porque en realidad lo es, y quiera que sea un momento muy especial y que seas tú quien decida. Eso no es humillante, eso es amor, Hele, o, como lo llamáis Martín y tú, vuestra locura —le acarició la mano—. Y vamos a pedir la cuenta ya y a buscar el traje para la fiesta. Después, vas a irte a casa a recoger lo que necesites y te vas a arreglar en casa de tu caballero andante de ojos vendados, ¿de acuerdo?

Helena se rio y asintió. A lo mejor, su amiga tenía razón. No obstante, si Martín estaba esperando a que ella diera el primer paso, ¿eso significaba que debía lanzarse cuando no tenía ni idea de nada de eso?

Pagaron la comida y entraron en más tiendas, pero nada. Al pasar por el escaparate de Carolina Herrera, una de sus dos marcas favoritas, la otra era Dolores Promesas, se quedó prendada de una foto que había en un sofá rojo. En la imagen, salía una modelo de espaldas luciendo un vestido sencillamente perfecto. Estaba diseñado en dos partes: el cuerpo era negro, de estilo camiseta ajustada, de mangas estrechas y largas cerradas en las muñecas, sin cuello ni escote; la falda, de seda, estaba estampada en tonos blancos,

marrones y negros, simulando el estilo leopardo, pero con elegancia y sutileza. Era recta hasta el suelo, aunque, por detrás, la tela formaba una ola vertical de arriba abajo. Magnífico.

—Es de tu estilo —le dijo Carlota, dándole un codazo—. ¿Por qué no te lo pruebas?

—Porque es de Carolina Herrera. ¿Quieres que me deje todos mis ahorros? —apoyó las palmas en el cristal, hipnotizada por el traje.

—Pruébatelo. ¿No crees que Martín se merece lucir a la mujer más guapa de la fiesta y que tú te mereces ser esa mujer, aunque solo sea por una noche? Además, no es ostentoso, es elegante y sencillo, como tú.

Helena suspiró y asintió.

—Solo probármelo.

—¡Bien! —aplaudió su amiga, abrazándola en un arrebato.

Y no solo se lo probó, sino que se enamoró, y no tuvo más remedio que comprárselo, a juego con unas distinguidas sandalias negras de tiras muy finas que también se llevó. El sueldo de un mes se evaporó en cinco minutos, pero Carlo estaba en lo cierto, ambos se merecían lo mejor, aunque solo fuera durante una noche.

Se despidió de su amiga y le envió un *whatsapp* a su novio:

**H:** *Acabo de terminar. Tengo que ir a mi casa a por mis cosas. ¿Vienes a buscarme? O mejor cojo un taxi porque no puedo ir en la moto con la bolsa y el vestido en la funda...*

**M:** *Te recojo yo en mi coche. Avísame cuando estés preparada. Este loco está deseando verte...*



Martín no podía esperar más tiempo en su casa; se montó en su coche, un Audi S5 negro en el exterior y de tapicería de cuero negro en el interior, regalo de sus padres por su treinta y cinco cumpleaños. Arrancó y se dirigió al apartamento de Helena. Estaba deseando verla. No era normal cuánto necesitaba mirarla y sentirla a su lado.

Habían dormido juntos los fines de semana desde que había regresado de

Logroño hacía un mes, y las noches de los lunes a los jueves se habían convertido en un martirio sin ella. Se había acostumbrado demasiado rápido a despertarse con su delicioso aroma a rosas frescas, incluso ya había empezado a probar la fórmula de su perfume, pero ninguno le convencía porque nada olía tan bien como su ángel, y se frustraba porque nunca le había costado tanto crear una colonia.

Aparcó frente al portal. Unos minutos después, Helena le escribió para avisarle de que ya estaba lista. Él le contestó que bajase, que ya estaba allí. Se revolvió el pelo en un arrebato de nervios. Parecía un principiante...

Ella salió a la calle con su característica sonrisa tímida, una delicia... Martín la ayudó a guardar las cosas en el maletero y la besó en los labios, más tiempo de lo habitual. Su novia se ruborizó y le dedicó tal expresión de arrobamiento que tuvo que morderse la lengua, apretar la mandíbula y contenerse lo indecible para no atacarla como un chiflado. Se montaron en el Audi y partieron al *loft*.

El último mes había sido el mejor y el peor de su vida. Todo de ella lo fascinaba: la ilusión que transmitía cuando le contaba algo de Historia, el candor de su mirada cuando le hablaba de viajar por el mundo, la manera tan atenta en que lo escuchaba cuando él le comentaba algo, fuera lo que fuese; la forma en que lo contemplaba con embriaguez cuando Martín le acariciaba el pelo, un acto que se había hecho costumbre a la menor oportunidad porque él estaba hechizado por las aterciopeladas ondas de sus cabellos.

Sin embargo, cada día le resultaba más complicado reprimir sus instintos más carnales. Quería conquistar primero su corazón porque, sí, estaba perdidamente enamorado de ella, lo reconocía, y lo que más deseaba era que lo correspondiera. Helena no se merecía otra cosa. El sexo podía esperar, pero... Era tan difícil mantener las manos alejadas de su cuerpo, en especial, cuando dormían juntos y él se despertaba pegado a su piel ardiente, entre sus brazos, notando Martín cada curva, cada redondez... Y le dolía todo porque la excitación crecía a pasos agigantados. Pero no. Esperaría lo que hiciera falta hasta que viera en ella una pista que le indicara que necesitaban avanzar en su relación. Eso sí, cuando aquello sucediera, Helena no saldría de su cama el resto de sus vidas.

—¿Te importa si pongo música en el móvil mientras me preparo? —le preguntó ella al entrar en el piso.

—Los altavoces del *iPhone* están en el mueble de la tele. Cógelos —

sonrió—. No sé cuántas veces tengo que decirte que no me pidas permiso para nada.

—Gracias —lo besó en la mejilla, sonriendo también, y se descalzó.

A los pocos minutos, él estaba tumbado en el sofá leyendo unos documentos de trabajo y Helena, duchándose, mientras los dos escuchaban *Little bird*, de *Ed Sheeran*. Su estómago se hallaba en una espiral de regocijo constante, le encantaba que estuviera allí, que actuaran como si vivieran juntos, aunque no fuera verdad, pero decidió soñar que sí lo era.

El biombo y el armario separaban el baño del resto, creando intimidad, algo que Hele agradeció en ese momento. No obstante, recordó la conversación con Carlota y, atrevida, decidió no vestirse con una camiseta de su novio como hacía siempre, sino que permaneció en ropa interior. El conjunto elegido era de lo más atrevido para ella, pero en Carolina Herrera le habían sugerido que utilizara un *babydoll*, ceñido con ligero, para realzar su figura por el elástico de la parte superior del traje. Se lo había comprado, pues no tenía ninguno, y lo había elegido negro, de encaje muy fino y transparencias; ya que se compraba algo así, lo hacía en condiciones.

El problema llegó cuando observó su reflejo en el espejo del servicio, colgado en la pared, encima del lavabo... Desorbitó los ojos. ¡Ni en broma se paseaba por la casa con ese conjunto! Se puso una camiseta de Martín encima, lo suficientemente larga como para taparle hasta el inicio de las medias, pero, si se agachaba, las braguitas y, por supuesto, el ligero quedarían a la vista.

Y él, que ya bastante dolorido físicamente se encontraba por lo excitado que estaba, cuando se levantó para servirse una cerveza en la cocina mientras la esperaba, dirigió sus ojos a uno de los extremos del biombo, el más cercano a la puerta principal de la vivienda, y cuál fue su sorpresa al fijarse en Helena...

Se estaba secando el pelo con el difusor, para rizárselo, y lo hacía con la cabeza hacia abajo, con el cuerpo doblado y de perfil al espejo, en el que se miraba para ir comprobando el resultado. Se giró para cambiar de postura. Entonces, Martín lo vio: las medias con el borde de encaje negro ajustado a sus muslos, el erótico ligero y las diminutas braguitas a juego...

Sus ojos se abrieron en demasía. Comenzó a sudar. Su corazón se paró de golpe. ¿En serio?!, se cuestionó en silencio, ¿por qué el destino lo castigaba de este modo?! Claro, que la culpa era suya por haberle sugerido que se cambiase en el *loft*. Lo tenía bien merecido, por estúpido.

Ella apagó el secador y se incorporó. Él corrió hacia la nevera para no ser descubierto y sacó una cerveza. Se la bebió en apenas dos tragos y casi se le cayó por los temblores.

Las dos horas siguientes transcurrieron lentas, muy lentas...

Al fin, Martín se duchó, con agua helada, y se vistió con su esmoquin negro, entallado y hecho a medida.

Mientras, Hele lo esperaba ya preparada frente a la cristalera, admirando la belleza de Madrid en el crepúsculo. Le sudaban las manos por lo histérica que estaba y había decidido parar de tocarse el moño rizado y desenfadado de la nuca, retirándose el pelo hacia atrás, porque, si no, se lo destrozaría; por ello, ahora comprimía su pequeño bolso ovalado negro con piedras transparentes. ¿Habría escogido un traje adecuado? Jamás había acudido a un evento de tal calibre, mucho menos para ser presentada formalmente como la novia de Martín Echevarría, el primogénito del anfitrión. ¿Estaría a la altura de las expectativas? ¿La juzgarían por no pertenecer a ese mundo?

—Helena, ¿has visto...? —empezó él, caminando hacia el salón, pero la inconcebible visión de la mismísima Helena de Troya lo impactó tanto que las palabras se le obstruyeron en la garganta y sus pies se clavaron en el suelo.

El vestido, el peinado y los complementos eran perfectos, pero esos labios rojos, esa postura erguida y ese halo de serena belleza que la envolvía eran los que conferían a Helena su majestuosidad y excelencia. Le flaqueó el cuerpo entero, el corazón y hasta el alma. Estaba enamorado de ella... ¿Cómo había ocurrido tan rápido?

Helena giró el cuerpo al oírle y le ocurrió igual... Se quedó sin aliento. Martín se había peinado los cabellos con la raya lateral y el esmoquin se acomodaba tan bien a sus músculos y cedía a sus movimientos con tanta gallardía... Poderoso. Divino. Excelso. Creyó que estaba soñando de nuevo, solo que en esta ocasión prefirió reprimir el pánico a la estrepitosa caída, ya pensaría en ello, ahora no, ahora solo estaban él y ella, frente a frente, contemplándose como si el mundo se hubiera destruido y hubieran sobrevivido ellos dos.

Aquel hombre tan atractivo era suyo...

Aquella mujer tan hermosa era suya...

Martín se acercó y extendió una mano. Ella aceptó el gesto, ambos serios, irradiando magnetismo con los ojos.

—No voy a soltarte en toda la noche —le susurró él, áspero. Tragó saliva con dificultad, le costaba respirar. Se inclinó a su oído y añadió—: Eres mía, que no se te olvide.

Esa amenaza, lejos de asustarla, incrementó los latidos del corazón de Hele hasta el punto de estallarle en el pecho. Suya... Sí, lo era y, si Martín se lo pidiera, lo sería para toda la eternidad.

—Estás loco...

—Y tú, maldita —tiró de su brazo y la adhirió a su torso.

—Martín... —se sujetó a las solapas de su chaqueta—. ¿Y tú?, ¿también eres mío?

—Lo soy —y la besó.

¡Sin ternura, al fin!, gritó ella para sus adentros.

Martín la tomó por la nuca con la mano libre para mantenerla quieta y a su voluntad. Le introdujo la lengua en la boca con rudeza, agresivo e irritado. Aquello no era un beso, sino un sello a fuego, necesitaba marcarla.

—Dios, Helena... —se detuvo con brusquedad—. Te deseo tanto... —y volvió a besarla.

Despiadado...

Se tragó sus inocentes gemidos y rumió mientras la devoraba como un animal feroz, el más feroz y más hambriento de todos. Absorbió su lengua, desgastó sus labios con los dientes y embistió su boca como si le estuviera haciendo el amor con un fanatismo invencible, fuerte, duro, salvaje...

El timbre los interrumpió.

—Joder... —masculló él, que procuró recuperar el oxígeno. Apoyó la frente en la suya y cerró los ojos. Estaban vibrando y suspirando de forma tan sonora e irregular que parecían haber corrido una maratón—. Será mi hermano.

—Martín —posó las manos en sus pómulos.

Martín abrió los párpados.

—Yo... —titubeó ella en un tono casi inaudible—. Luego, yo... —sus mejillas se calcinaron por la vergüenza—. Cuando termine la fiesta, me quedaré aquí contigo, si quieres.

Él asintió, serio. ¿Por qué se ponía tan nerviosa? Claro que dormirían juntos, ¿a qué venía la aclaración?

—Pero... —continuó su novia, sonrojada hasta el infinito. Observó sus labios, embobada, y los rozó con las yemas de los dedos—. No solo dormiré

contigo —sus claros ojos se fijaron en los de Martín—. Martín, yo... —respiró hondo, pero no se relajó—. No sé cómo decir esto sin que suene... —chasqueó la lengua—. Mierda... Soy patética...

Martín, percibiendo su repentina ansiedad, la cogió de las manos y se las acarició. Sonrió con cariño para infundirle ánimos.

—Helena, tranquila, nada de lo que me digas va a...

—Quiero que hoy hagamos el amor —dijo de golpe y de carrerilla. De inmediato, se soltó y se tapó la boca—. Yo... Ay, Dios... —lo rodeó y huyó hacia el servicio para retocarse el pintalabios rojo y, así, regañarse a sí misma por ser tan infantil—. Eres tonta, guapa, pero tonta redomada...

Él, en cambio, no reaccionó. Permaneció estático y rígido hasta que el timbre sonó por segunda vez, despertándolo del trance. Se ajustó la pajarita y se encaminó hacia la puerta.

Su hermano, de esmoquin también, pues era la etiqueta del evento, frunció el ceño.

—¿Qué tienes en la boca?

Martín arrugó la frente, desconcertado por la pregunta, pero Helena surgió ante ellos con su boca de jugoso fresón y recordó que él no se había limpiado los labios. Se aproximó al baño y se los lavó, aunque no le hubiera importado salir así de casa, orgulloso de que la gente supiese que pertenecía a la auténtica Helena de Troya.

—Estás impresionante, Helena —le obsequió Pedro antes de besarle los nudillos como un galán—. Mi hermano va a ser la envidia de la fiesta, no lo dudes.

Ella se avergonzó, pero le sonrió con dulzura y le agradeció el cumplido.

—Tú también estás muy guapo, Pedro.

—¿Nos vamos ya?

Bajaron en el ascensor hasta el aparcamiento subterráneo. Se montaron en el Audi S5, habían decidido que condujera Martín. Transitaron por las calles de la ciudad hasta parar en el hotel Ritz, donde se estaba celebrando ya el evento. Un empleado uniformado se encargó del coche cuando les tocó el turno, pues había cola.

Como el caballero andante que era, su novio la ayudó a salir al exterior, la tomó de la mano derecha y se la colocó en su brazo. Pedro, a su izquierda, lo imitó. Y así, escoltada por los atractivos hermanos Echevarría y bajo los flashes de los numerosos fotógrafos que se hallaban en la entrada del hotel

para inmortalizar el momento, caminaron los tres por la alfombra roja hasta introducirse en el lujoso y emblemático edificio.

Dos azafatas, que enseguida reconocieron a Martín y a Pedro, los acompañaron hasta los ascensores ubicados a la izquierda, frente a la recepción, por donde debían descender una planta. En el salón Felipe IV se había preparado un cóctel para los cuatrocientos invitados. Mujeres con largos vestidos de gala y soberbias joyas y hombres de esmoquin se iban pavoneando por la estancia con copas de vino o de champán en las manos, al tiempo que charlaban en pequeños grupos, reían por alguna broma o degustaban un canapé que les ofrecían los camareros en bandejas de plata. Todos disfrutaban, sus caras demostraban lo a gusto que se encontraban allí, reunidos los mejores empresarios del país, hombres y mujeres, junto a sus parejas e hijos mayores.

Imponía. Helena se tocó sus sencillos pendientes de perlas en un acto reflejo.

—¡Hola! —exclamó Sofía al verlos, acercándose con los brazos desplegados.

—Mamá —saludaron sus dos hijos antes de besarle las mejillas.

—Hola, Sofía —saludó Hele, sonriendo con admiración.

—Estás preciosa, Helena —señaló su suegra antes de inclinarse para abrazarla con cariño.

—No tanto como tú —sonrió.

No mentía. Sofía Echevarría era la mujer más atractiva de toda la fiesta, irradiaba felicidad. El traje era negro por delante y blanco por detrás, con cola, suelto desde la cadera y con las mangas hasta la mitad de los antebrazos. Un collar de rubíes a juego con una pulsera y unos pendientes afinaban su aspecto. Se había recogido el pelo en un moño de flor ladeado. Extraordinaria.

—Quiero presentarte a un montón de gente, cielo —le indicó Sofía, que la agarró del brazo y la separó de Martín—. Todos están deseando conocerte y yo, deseando presentar a mi nuera.

Él gruñó, dedicándole una mirada que decía: no quiero, pero no hay más remedio.

Durante prácticamente la hora y media que duró el cóctel, Sofía la presentó a tantas personas que perdió la cuenta. Ya era oficial, era la novia de su hijo mayor.

Los camareros comenzaron a indicarles que pasaran al Salón Real para la cena.

Helena buscó con la mirada a su desaparecido caballero andante. Lo encontró con una mujer de unos treinta y pocos años, muy delgada, alta, de mechas rubias con el pelo liso por encima del pecho y un flequillo que le cubría la frente. Llevaba un vestido maravilloso, rojo sangre, palabra de honor, corte imperio, tela exquisita, escote de corazón marcando sus pronunciados senos con sutileza y un cinturón muy fino de pedrería debajo del pecho. Lo acompañaba con unos guantes blancos y largos por encima de los codos, un collar y unos pendientes de diamantes que cegaban parpadeantes al descubrirlos. Cuando elevó los ojos hacia el rostro de la desconocida, Helena dio un respingo.

Se trataba de Laura Guzmán, la ex de Martín Echevarría. Los celos que experimentaba en sus clases o cuando alguna fémica se prendaba de él por la calle en nada se parecían a lo que sintió en ese momento. Cierta confianza saltaba entre ellos y, por el modo en que Martín sonreía, Helena se arrepintió de haber asistido a la fiesta. La ansiedad se adueñó de su garganta y tuvo que excusarse para ir al baño y calmarse.

Pero no se serenó. Sabía que era una reacción inmadura. Confiaba en él, por supuesto, pero hacía poco que estaban juntos y Laura había sido su novia durante tres años, además de que era millonaria y pertenecía a su círculo, al contrario que ella. Respiró hondo varias veces y salió del servicio.

—¿Dónde estabas? —inquirió su novio al interceptarla antes de entrar a cenar. Tenía el ceño fruncido y expresión de recelo.

Helena arqueó las cejas, sorprendida.

—En el baño —juntó los dedos en el regazo—. ¿Y tú?

—Hace más de una hora que mi madre te secuestró, podías haberme avisado de que venías al servicio y te hubiera acompañado —todavía enfadado, la tomó de las manos y se acercó hasta casi tocarse sus cuerpos.

—Estabas ocupado —volvió la cara.

Él le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Me has visto con Laura —afirmó Martín, cuyo interior era una guerra porque estaba harto de no poder estar con su novia como quisiera y porque, en lugar de estar besándose, estaban a punto de discutir porque ella estaba celosa por nada.

—Es muy guapa —se sonrojó, odiándose a sí misma por reconocerle los celos.

—Tú eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida.

—Es rica.

—El dinero no lo es todo.

—Se lleva muy bien con tu padre.

—A ti aún no te conoce, dale tiempo.

—Es tu ex novia.

—Exacto, ex, pasado. Tú eres mi novia, presente.

—¿Tienes respuesta para todo? —escupió ella. Retrocedió hasta soltarse, rabiosa porque los celos no desaparecían y él le estaba restando importancia como si fuera una tontería, ¡y no lo era!

—Lo intento —introdujo las manos en los bolsillos del pantalón—. Helena, ven aquí.

—No —se volvió.

Martín gruñó, la agarró del brazo y la giró. Ahora el enfado era considerable.

—Suéltame, Martín —entrecerró la mirada.

—Mi principal virtud es la paciencia, Helena, pero la estoy perdiendo porque llevo más de una jodida hora viendo cómo mi madre te luce delante de hombres que devoran con los ojos lo que es mío. No será agradable verme cabreado y estoy a un pelo de estarlo, así que te aconsejo que borres tus celos infundados y me beses ahora mismo o...

—O ¿qué? —lo retó, valiente y decidida, irguiéndose.

Él la besó, impetuoso e impulsivo. La cogió por la nuca con ambas manos para que no escapara, pues ella se retorció como una fiera, más enojada era imposible que estuviera, le golpeó en el pecho, pero, en cuanto se adueñó de su lengua, ella emitió un dulce gemido y se rindió...

## 9

—No sabía yo que eras tan expresivo, hijo, o será culpa de la compañía.

La voz de su padre y el comentario tan molesto que recibieron los detuvo.

—Helena, es un placer volver a verte —añadió el gran señor Echevarría, impasible—. Deberíais estar sentados ya en vuestra mesa —rodeó a la pareja y se alejó—. Por cierto, el discurso será en el baile. Que disfrutéis de la velada —y se fue.

—Qué poco cálido es... —musitó Helena, aún entre sus brazos.

Martín se rio y le frotó la espalda con cariño.

—Es frío, sí —la besó en la punta de la nariz—, pero yo, no.

—¿Ya tienes paciencia otra vez? —inquirió ella, ruborizada. Intentaba ocultar una sonrisa.

Él, en cambio, sí mostró una sonrisa divertida.

—¿Qué puedo decirte, Helena de Troya? —se inclinó—. Me vuelves loco.

—Si tú estás loco, yo, también —se mordió el labio inferior, tímida.

—Buena respuesta, preciosa.

Martín la besó con delicadeza. No era el momento ni el lugar para más.

Hacia un minuto se había trastornado por los celos que lo invadieron al verla en el cóctel sonriendo a desconocidos, que la habían contemplado con lascivia. Helena no era una modelo, pero sí una verdadera mujer con curvas que lo hacía tiritar de deseo cada instante, la tuviese delante o pensase en ella. Y esa inocencia y esa dulzura que transmitía sin darse cuenta eran su mayor atributo, clave para los depredadores, como lo eran algunos amigos de su familia.

Pocas parejas de las invitadas eran felices en su matrimonio. La infidelidad estaba a la orden del día, en especial entre personas con inmenso poder económico que creían que el dinero lo compraba todo, que se habían casado por compromiso muchos de ellos. Él los detestaba, por eso había estado a punto de arrancarle la cabeza a más de uno. Los conocía. Sabía quiénes eran. Uno de ellos, por desgracia, era el padre de Laura, Gonzalo Guzmán, que de cara a la galería se comportaba como un dechado de virtudes, pero que, en el fondo, estaba obsesionado con jóvenes inexpertas veinteañeras del tipo de Helena.

—Vamos, mi maldita, que tengo hambre —besó sus nudillos y caminaron hacia el salón.

La cena transcurrió rápida para Hele, pues se lo pasó muy bien con sus compañeros de mesa: amigos de los hermanos Echevarría y sus respectivas parejas. Fueron muy amables y divertidos. Martín le explicó que habían coincidido desde pequeños hasta la universidad en las vacaciones de verano y de invierno, eran hijos de los más íntimos amigos de sus padres. Habían esquiado juntos y navegado durante años, pero, en la actualidad, solo se reunían en eventos de gala, como era el caso, pues cada uno vivía en una ciudad distinta y tenía su propia vida.

Después, regresaron al salón Felipe IV, donde se celebraría el baile. Ya había una orquesta, compuesta por dos violines, un piano, un violonchelo y un contrabajo, amenizando el ambiente. Habían dispuesto una barra a la derecha para pedir las copas y, a la izquierda, unos sillones blancos tapizados en terciopelo azul, a juego con el resto de la decoración, para descansar los que lo necesitaran.

—Por favor —solicitó el gran señor Echevarría a través de un micrófono, al fondo, sobre una tarima—, me gustaría decir unas palabras.

La estancia se silenció.

Ella sabía que, ahora, su novio y Pedro debían abandonarla para unirse a su padre en el estrado. No solo se celebraba la jubilación del notorio empresario Martín Echevarría, sino también el traspaso simbólico de su parte del negocio a sus dos hijos, advirtiendo así a los presentes del nuevo cambio en la compañía.

—Martín, Pedro y mi encantadora Sofía, ¿dónde estáis? —les llamó el gran señor Echevarría.

—¿Estarás bien? —le susurró Martín en su oído.

Helena sonrió y asintió. Él le devolvió el gesto y la besó en la mejilla, antes de dirigirse a la tarima con su madre y con su hermano. No le apetecía separarse de su novia, pero no había otra opción y solo serían unos minutos.

Ella se acercó a la barra y pidió una copa de vino rosado espumoso, que un camarero le entregó al instante.

—Tú eres Helena —murmuró una voz femenina a su espalda.

Helena se volvió y descubrió a Laura Guzmán, ya de por sí más alta que la propia Hele, examinándola de los pies a la cabeza con aires de grandeza, a juzgar por su postura erguida.

—Soy Laura —sonrió con un brillo enigmático en sus ojos verdes—, una... antigua amiga de Martín.

Pareció escupir su nombre.

—Encantada de conocerte, Laura —se obligó a sonreír—. Sí, soy Helena.

—La nueva amiga de Martín.

—Novia —la corrigió. La rabia comenzó a fluir por sus venas—. Su novia.

—Disculpa, Helena —Laura se rio con malicia—, me he confundido. Al ver cómo te besaba en la mejilla creía que eras una amiga —con un gesto, le indicó al camarero que le sirviera una copa de champán—. Martín jamás expresa sus emociones en público cuando se trata de sus novias.

Helena arqueó las cejas.

—¿No lo sabías? —le preguntó Laura, aceptando el champán—. Es normal que no lo conozcas todavía, pero podemos quedar tú y yo un día y te contaré todo lo que quieras saber de Martín —sonrió con deleite—. Estuvimos muy unidos durante un largo tiempo.

—Gracias, Laura, pero no hace falta —se contuvo lo inhumano para no sacarle los ojos de la cara. Dio un sorbo al vino—. Prefiero que Martín me sorprenda a diario a que alguien crea que tiene derecho a desvelarme su vida. Ya sabes, dime de qué presumes... —dejó la frase en el aire.

Laura se atragantó con el champán, aunque, rápidamente, se recompuso. Estiró su cuello y entornó la mirada sin perder la sonrisa.

—Disculpa de nuevo, Helena, te he infravalorado —posó una mano en el escote—. Es que lo poco que he oído de ti no es muy alentador, que digamos. ¿Sabes quién es Dafne?

Ella palideció al escucharla. ¿Qué demonios había oído? ¿Y quién era

Dafne?

—Y, francamente —agregó Laura en un tono más bajo—, me cuesta creer que estés en esta fiesta. Ambas sabemos, tú, la primera, que no perteneces a este mundo —con un brazo abarcó el espacio—, salta a la vista con solo echarle una ojeada que eres un ingenuo pececito intentando sobrevivir en un mar lleno de tiburones y de ballenas, por eso no entiendo cómo Martín ha permitido que su hijo te invitase. Fui novia de Martín, Helena, sé que lo sabes —se inclinó—, conozco perfectamente a sus padres. Sofía es un amor, pero su marido... Te deseo suerte, porque no vas a durar mucho —levantó la copa en un brindis—. Ojalá me equivoque y tú seas la excepción. Un placer, Helena —y se marchó.

Helena apoyó una palma en su pecho para intentar ralentizar su desbocado corazón, pero sin éxito. Entonces, los aplausos retumbaron en el salón, revelando que el discurso había terminado. Unas manos tocaron su cintura y se sobresaltó. La copa aterrizó en el suelo, rompiéndose el cristal en miles de pedazos.

Era Pedro.

—Ni que hubieras visto un fantasma —bromeó su cuñado antes de pedirle a un camarero que limpiara el estropicio.

—¿Quién es Dafne? —le exigió ella, que no se reconoció por el tono brusco que empleó.

Él se petrificó y se le borró el color del rostro.

—Es ella, ¿verdad? —insistió Hele—, la chica de la que me hablaste en casa de Carlota. Me dijiste que yo te recordaba a ella. Dafne.

Pedro la asió del codo y la llevó hasta una esquina de la barra, apartados de oídos curiosos.

—¿Martín te habló sobre Dafne? —quiso saber su cuñado.

—No me dijo su nombre, pero sí me contó que te enamoraste una vez, que salió mal y que, desde entonces, no te fías de ninguna mujer —tragó saliva—. Pedro... necesito saber qué pasó, por favor.

Él inhaló una gran bocanada de aire. Era obvio que el tema en cuestión seguía lastimándolo.

—Dafne y yo nos conocimos el primer día de universidad, en la primera clase —empezó, con los ojos clavados en la pared—. Nos enamoramos, pero hasta que no terminamos la carrera no nos atrevimos ninguno de los dos a dar el paso —sonrió con infinita tristeza, estrujándole el corazón a Helena—. Fue

ella quien me besó una noche que salimos con nuestros amigos y, a partir de ahí, nos hicimos inseparables. Mi alma gemela —se encogió de hombros—, o eso creí —su expresión se resintió—. Todo iba fenomenal. Como un idiota creí que me amaba, la creí todas y cada una de las veces que me dijo que jamás podría vivir sin mí. Era tan buena, tan tímida, tan dulce... —y repitió—: O eso creí, ciego como estaba.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Siete meses. Parece poco tiempo, pero fue muy intenso, Helena —la miró. Esos ojos claros revelaban mucho más que tormento—. Mis padres quisieron conocerla y la invitaron un fin de semana a Logroño.

—¿Y tu padre...?

—No —la cortó al adivinar sus pensamientos—. Mis padres, los dos, se portaron muy bien con ella desde que la vieron en el aeropuerto —sonrió de nuevo, pero con amargura—. Fue un fin de semana increíble. Regresamos a Madrid y seguimos juntos, mejor incluso que antes, como si el haber conocido a mi familia hubiera afianzado más nuestra relación —suspiró con serenidad—. Un mes después, mi padre me llamó por teléfono para invitarnos otra vez. Era el cumpleaños de mi abuelo y, como siempre, lo iban a celebrar por todo lo alto. Me dijo que así todos conocerían a Dafne, que ya era hora de presentarla a la familia si tan consolidados estábamos —apretó la mandíbula—. Fue una trampa.

Helena frunció el ceño.

—¿Una trampa?

—Pasamos el fin de semana allí —continuó su cuñado—. En la fiesta, la presenté a mis tíos y a mis primos. Yo pensaba que todo iba bien. El domingo estuvo muy seria y callada, pero creí que era porque estaba cansada. Me pidió adelantar el vuelo a Madrid.

—¿Qué pasó?

—No vivíamos juntos, pero dormíamos todas las noches juntos, si no era en su piso era en el mío —introdujo las manos en el bolsillo del pantalón. Hundió los hombros. Agachó la cabeza. Su voz se atenuó—: Ese domingo se fue a su casa sola. Me extrañó, me preocupé, pero me dijo que no se encontraba bien, que mejor nos veríamos al día siguiente.

—Y no la viste más —pronosticó ella con pesar.

—La llamé al móvil antes de entrar a trabajar —permaneció unos segundos callado—. Tenía el móvil apagado. Estuve todo el día intentando

localizarla. Fui a su piso, pero nadie contestó ni me abrió la puerta. Me presenté en casa de sus padres —apretó la mandíbula—. Su madre me dijo que se había ido. Me dejó una carta. En ella había escrito que lo nuestro se había terminado, que lo sentía mucho, pero que la dejase en paz, que no la buscara y me olvidara de todo.

Helena se tapó la boca con la mano, sobrecogida por la historia.

—Estuve dos semanas sin ir a trabajar —añadió Pedro—. No avisé. Me desentendí de todo. Me encerré en mi casa. Me emborraché. Un día se presentó mi padre, prácticamente derribó la puerta. Y me dijo... —respiró hondo con dificultad. Tragó saliva varias veces—. En el cumpleaños de mi abuelo, mi padre le ofreció dinero a Dafne para que se alejara de mí. Ella lo aceptó. Fin de la historia —le solicitó al camarero un *gin tonic* .

Aquello sí que Helena no se lo esperaba... Se le escindió el oxígeno de los pulmones.

—Pero... —balbuceó ella, atónita—. ¿Por qué tu padre haría algo así?

—Porque Dafne provenía de una familia muy humilde, Helena, sin dinero, sin estudios, sin nada. Mi padre la investigó, como estoy convencido de que ya te ha investigado a ti o estará en ello —la observó, transmitiéndole tal resentimiento que le heló la sangre—. Por eso te dije que mi padre era el diablo, Helena. Lo odio con toda mi alma desde ese día, pero me enseñó una lección muy importante: todos tenemos un precio —dio un largo trago a su copa—. Todavía conservo la carta. ¿Sabes por qué? Esa carta es la clave para no ser como mi padre. Puedo ser un calco en cuanto al físico, pero jamás seré como él.

—Lo siento... —se abrazó a sí misma, sintiendo un escalofrío.

—No lo sientas. No me arrepiento de nada, ni siquiera de mi relación con Dafne.

—¿Todavía... la amas? —le costó preguntar, aunque se imaginó la respuesta.

—Cada día más... —confesó él en un hilo de voz—. Eso es lo peor, que, a pesar de lo que ocurrió, a pesar de que ella resultó ser una ambiciosa, una interesada y una mentirosa, la amo cada día más. Y, sinceramente, no sé por qué —bebió de nuevo, casi se acabó la copa de la ansiedad—. Seré masoca.

—Donde hay dolor, siempre hay amor —lo tomó de la mano libre—. ¿Cuándo pasó?

—Hace cinco años. Cuando te dije que me recordabas a ella me refería a

tu manera de ser —sonrió, aunque sin ganas—. Eres muy inocente, Helena, y rezo a diario para que mi padre no te corrompa, sé que lo intentará.

—¿Por qué estás tan seguro? —el miedo perforó su pecho.

—Mi padre ni siquiera titubeó cuando me contó lo del soborno, tampoco tuvo remordimientos y sé que todavía se alegra de que Dafne se esfumase de mi vida, sin importarle el daño que le hizo a su propio hijo, a mí, pero... —le apretó la mano—. Helena, mi hermano es distinto.

—¿A qué te refieres?

—Mi hermano es su hijo predilecto, más que eso, es la perfección, es todo lo que mi padre quiere porque lo maneja a su antojo, aunque nadie se dé cuenta. No digo que Martín sea tonto, es una de las personas más inteligentes que conozco, y la más honrada —arrugó la frente—, pero su corazón es enorme y siempre se ha guiado más por los sentimientos que por la razón. En circunstancias normales, eso es muy bueno, pero con mi padre de por medio, no. A ti no te ofreceré dinero, estoy convencido, es demasiado fácil, sabe que mi hermano es listo y, después de lo que sucedió conmigo, se imaginará que Martín está alerta, por si acaso. Y será duro, Helena. Será implacable. Hará lo imposible para que Martín no se salga de sus planes, pero lo imposible, y tú no estás en ellos porque...

—No soy como vosotros —concluyó Hele, destrozada al pensar que tal posibilidad pudiera suceder.

—No eres como mi padre —la corrigió Pedro, que le acarició el brazo para templar sus nervios—. Pero no te preocupes, Helena, yo os protegeré a los dos, a Martín y a ti, no permitiré que nadie sufra lo que sufrí yo —sonrió con cariño—. El verdadero amor no se rompe, sino que dura eternamente. Y lo vuestro es amor. Lo sé, aunque todavía no lo sepáis ninguno de los dos —se rio con suavidad.

—Yo sí lo sé —admitió, ruborizándose—. Lo amo, Pedro... No sé cómo ha pasado, ni cuándo, pero... —suspiró de forma irregular—. Y todo va muy rápido... Y me da tanto miedo... Y más después de lo que me acabas de contar y de que Laura...

—¿Laura? —frunció el ceño—. ¿Laura Guzmán? ¿Has hablado con ella?

Helena le relató la escueta, pero concisa, conversación entre Laura y ella.

—Si vuelve a decirte algo otra vez, házmelo saber —le exigió su cuñado—. No te fies de esa familia, es de las peores —se inclinó y agregó—:

Gonzalo, el padre de Laura, es asqueroso, como hombre y como empresario. Es uno de los mejores amigos de mi padre, por no decir el mejor. Mi madre lo soporta, se aguanta, pero siempre está incómoda cuando quedan con ellos, aunque no lo demuestre.

Ella asintió con solemnidad.

—Parece que estáis conspirando —comentó una voz masculina a su izquierda.

Los dos miraron hacia el intruso.

—Martín —pronunció Hele con una sonrisa de alivio.

Él arrugó la frente, extrañado por su gesto.

Pedro se marchó, dejándolos solos.

La orquesta sonaba fuerte y varias parejas ya estaban bailando. Ella creyó estar viviendo en otra época donde los valeses estaban de moda. Martín le tendió la mano, que Helena aceptó. El contacto fue eléctrico y, de repente, todo a su alrededor se distorsionó.

—Baila conmigo —susurró él, rodeando su cintura con seductora lentitud.

—No sé bailar el vals.

—Es fácil, solo tienes que dejar que yo te guíe, pero, si quieres, luego te enseño —atenuó aún más la voz, acercándose a su oído, que rozó con los labios, erizándole la piel.

—Martín... —se aferró a sus brazos y le clavó las uñas sin percatarse.

—Luego te enseñaré—el fuego de sus ojos se oscureció por segundos, consiguiendo hacerla tiritar de ansia—, a solas.

—Antes de que hagamos el amor...

Él resopló con excesiva fuerza.

—Helena... Puedo esperar, no hace...

Helena le cubrió los labios con los dedos. Sonrió con timidez.

—No quiero esperar, Martín —se puso colorada al añadir—: Tomo la píldora, por cierto. Y sé que sabes que yo... —carraspeó, avergonzada al máximo. Desvió la mirada.

Martín sonrió, le quitó la mano y le acarició la boca con la suya de extremo a extremo. Se estremecieron.

—Eres mía, Helena, nada más importa.

Ella deslizó las palmas hacia su cara. Rozó sus pómulos con dedos trémulos. Él giró el rostro hacia un lado y hacia el otro para besárselos con

adoración. Le inspiraba tal devoción que Martín solo quería mimarla, mimarla y mimarla.

—Eres tan dulce, tan bonita y tan pequeña... —murmuró como si lo hiciera para sí mismo, embelesado en su ángel, al cual envolvió entre sus brazos. Helena descansó la cabeza en su pecho y lo rodeó a su vez por la cintura—. ¿Qué me has hecho, Helena de Troya? Que me tienes a tus pies —la tomó por la nuca. Los dos pares de ojos brillaban, encandilados—. Solo pienso en ti, de día y de noche. Solo quiero estar contigo. No me concentro en nada que no seas tú. De lunes a jueves me muero cuando te dejo en tu casa y no duermes conmigo —chasqueó la lengua—. Ya no me gusta despertarme solo.

—Martín... —su corazón palpitaba con fiereza.

—Helena... —gimió, luchando contra el impulso de arrollarla con su boca. Cerró los párpados un instante y procuró tranquilizarse.

Pero Helena no lo resistió más. Enganchó sus solapas y tiró para besarlo. Quería irse, abandonar la fiesta y refugiarse en el *loft*, a oscuras y a solas. Y solo sentirlo...

Martín buscó su lengua y la encontró enseguida porque ella se la ofreció sin perder tiempo. Suspiraban mientras se besaban, despacio, famélicos...

—Ejem, ejem..

Él gruñó, enfadado por la intromisión.

Sofía los observaba con una pícaro sonrisa.

—Saca a tu madre a bailar, anda, y así os relajáis un poco, que lo necesitáis —les propuso, divertida.

Martín besó a su novia en la punta de la nariz.

—Yo bailaré con tu novia, hijo —le indicó su padre, que se unió a ellos—. ¿Helena? —le extendió una mano.

Helena, de repente, seria y muy erguida, asintió con formalidad y aceptó el gesto. El gran señor Echevarría la condujo hacia la pista que se había formado pegada a la orquesta. En cuanto su mano tibia descansó en la espalda de Hele, ella tragó con dificultad.

—He de reconocer que estoy sorprendido —comentó él con su característica expresión impávida—. Nunca había visto a mi hijo comportarse de este modo.

—Deduzco que no lo apruebas.

—No es que no lo apruebe, es que me sorprende. Martín siempre ha controlado sus emociones. Jamás lo vi en actitud cariñosa con Laura, su ex

novia —aclaró, con los ojos fijos en los suyos, muy atento a su reacción—, en cambio, contigo parece otro. A Laura ni siquiera la rozaba y contigo no es capaz de mantener las manos lejos, entre otras cosas.

—Y no te gusta.

Rodaban por el espacio junto a las demás parejas, con soltura y elegancia. Ese hombre sabía llevar a una mujer, de hecho, ella se sintió una marioneta y no le gustó, era incómodo, sobre todo por lo que ya sabía: Dafne.

—¿Sabes una cosa, Helena? —le dijo su suegro—. Son raras las ocasiones en que alguien a quien no conozco me gusta, y tú me gustas.

—Pero no para tu hijo.

—Por lo visto, además de valiente, eres lista —sonrió, pero entornando la mirada—. Te seré sincero, te lo mereces: si no te entrometes, yo no lo haré.

—No te entiendo —padeció un escalofrío, pero no lo demostró—. Y eso no es sinceridad, es una amenaza.

—Por supuesto que me entiendes. Tengo planes para mi hijo, los he tenido desde que nació y, de momento, se han ido cumpliendo. Y, como supongo que te imaginarás, no consentiré que nada ni nadie obstaculice esos planes.

A Helena se le incrementaron las pulsaciones. Un sudor frío recorrió su cuello, aunque no flaqueó en su presencia. Jamás mostraría un atisbo de debilidad frente a ese hombre tan frío, tan carente de sentimientos y que basaba su vida en el poder y en el dinero.

—Todo lo que quiero para Martín es bueno —declaró ella, obligándose a sonreír, pues su novio no les quitaba los ojos de encima—. Nunca haría nada que pudiera perjudicarlo.

—Estás enamorada de él.

Helena desvió la mirada.

—No hay más que verte, Helena —insistió él—. Sé que nunca harías nada que pudiera perjudicarlo porque lo amas. Lo dicen tus ojos, tus gestos y hasta tu cuerpo. Estás temblando ahora mismo y sé que no es por mí —respiró hondo—. Ha sido muy fácil, ¿verdad?

—¿El qué? —arrugó la frente. Se regañó a sí misma porque no podía ocultarle nada a ese diablo que parecía saberlo todo.

—Enamorarte de Martín. Ha sido muy fácil. Lo sé. Es idéntico a su madre, tanto por fuera como por dentro. Son dos calcos: pacientes, buenos, considerados, amables, anteponen la felicidad de los demás a la suya propia...

La lista es infinita. Lo sé porque yo siento lo mismo por Sofia, la adoro.

Ella inhaló aire y lo expulsó de manera contenida.

—¿Pero? —auguró Hele, a la espera.

—Además de valiente y lista, también eres observadora —se rio, aunque sin humor—. Pero al igual que Sofia y Martín son idénticos, tú y yo somos como el agua y el aceite.

—Porque no tengo dinero ni influencias.

—No, no tienes nada de eso. Tus padres fueron profesores de universidad con sueldos modestos y ahora están jubilados. Reciben una pensión bastante limitada, aunque para ellos es más que suficiente. Han viajado mucho por sus investigaciones, pero no hay ahorros, no hay propiedades, tanto tú como ellos vivís de alquiler desde siempre. Ni siquiera tienen un coche, aunque tú sí cuentas con el carnet de conducir y con un Golf azul que pagas gracias a tu sueldo, también modesto. Nada más.

—¿Martín sabe que me has investigado como hiciste con Dafne? —inquirió ella, rechinando los dientes de la rabia que la había inundado al escuchar su vida como si se tratase de la lectura de un aburrido folleto de publicidad.

—Así que sabes lo de Dafne.

—Sé lo que le contaste a Pedro, pero no lo sé todo.

El gran señor Echevarría enarcó una ceja.

—¿Qué te hace pensar que hay más?

—En toda historia siempre hay dos versiones, y a esta le falta la de Dafne.

—No era adecuada y tú tampoco lo eres, pero hay una diferencia esencial entre tú y Dafne, Helena: tú me gustas y ella nunca me gustó. Dafne era débil y tú no lo eres; a pesar de esa inocencia y, a veces, esa inseguridad que destilas, en el fondo, eres fuerte y, por tanto, un reto. Por eso me gustas, Helena, porque me encantan los retos y aún no he perdido ninguno.

El baile llegó a su fin, la orquesta cambió de canción y se detuvieron en el centro de la pista. Menos mal, pensó Hele, consumida por la impotencia de tener que soportar la presencia de ese diablo.

—Ha sido un placer, Helena —le besó los nudillos y se alejó.

Entonces, unas manos se posaron en sus hombros. Ella ni siquiera se inmutó.

—Estás helada —le dijo su novio al besarle la mejilla desde atrás antes

de colocarse enfrente.

—Estoy bien.

—¿Quieres una copa de vino?

—Necesito ir un momento al baño, si no te importa.

Y, nada más decir aquello, se fue al servicio sin esperar una respuesta por parte de Martín. Él la siguió y, cuando salieron del salón, la agarró del brazo y la frenó.

—¿Qué ocurre, Helena? Estás muy rara. Primero, Pedro y ahora, mi padre. No soy tonto. He visto cómo se te cambiaba la cara con ellos.

Ella suspiró.

—Sé lo de Dafne. ¿Por qué no me lo dijiste, Martín? —se cruzó de brazos—. La próxima vez, por favor, avísame de lo que me espera.

—Contigo no tiene que...

—Me ha investigado ya, así que ahórrate lo que vas a decir.

Él parpadeó.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Martín, aterrado, de pronto, por lo que pudiera hacer su padre en contra de Helena.

—Porque me lo acaba de confirmar mientras bailábamos. Sabe hasta la pensión de jubilación que reciben mis padres —se aguantó las lágrimas. El nudo de la garganta amenazaba con explotar. Se sentía indignada, expuesta y perdida. Laura tenía razón, solo era un pez en un mar de tiburones, y el gran señor Echevarría era el peor—. Y te voy a decir una cosa, Martín —lo apuntó con el dedo índice—, no soy Dafne y tampoco Laura. Mi familia es humilde, pero es mi familia y estoy orgullosa de ella. La prefiero antes que todo esto, ¿sabes? —abarcó el espacio con los brazos—. Tú estás acostumbrado a esta vida, pero yo, no, tampoco la quiero ni la necesito.

»Y te diré más, Martín, si estar contigo implica que tu padre se entrometa como lo hizo con Pedro, que nos dañe, Martín, porque a tu hermano le hizo polvo, después de cinco años sigue sufriendo por Dafne... Lo siento mucho —se irguió—, pero conmigo no cuentes. Lo último que quiero es crearte un problema, y es obvio que yo lo soy. Tenía miedo de que algo así pudiera suceder, de que no fuera suficientemente buena para ti de cara a tu familia, y no me he equivocado. Es mejor dejarlo antes de que... —tragó—. Me importas tanto, Martín, que prefiero irme ahora, porque cuanto más esperemos, peor será luego —se dio la vuelta y corrió hacia el baño, sujetándose la falda para no pisársela.

Se encerró en uno de los apartados, echó el pestillo, se sentó sobre la taza del retrete, flexionó las piernas, se las abrazó, escondió la cara y lloró sin emitir ruido.

Al instante, él golpeó la puerta.

—Abre.

—Vete, Martín —le rogó en un hilo de voz—. Es lo mejor.

—Abre, Helena —estaba perdiendo la paciencia.

—No lo haré hasta que te vayas y entonces me iré yo de aquí. Sola.

—Helena... —golpeó de nuevo, más fuerte—. ¡Abre la puerta o la echo abajo, joder!

—¡No!

—Muy bien...

Martín le pegó tal patada a la madera que cedió de inmediato.

—¡Que te vayas! —exclamó ella entre lágrimas.

A él se le encogió el corazón al verla así, tan desconsolada. Se arrodilló a sus pies.

—Helena, no vas a dejarme —le ordenó en un tono ronco debido al pánico que lo atenazaba ante tal posibilidad—. No lo harás, ¿te queda claro?

—Martín... —sollozó y se arrojó a su cuello, incapaz de no hacerlo.

Aterrizaron en el suelo, pero ninguno se inmutó. Se abrazaron con ímpetu.

—Nos vamos a casa —anunció Martín antes de besarla en el pelo—. No me importa esta fiesta, ni esta gente ni nada que no seas tú.

—Solo quiero estar con mi querido loco...

Él tembló por aquellas palabras... Se levantó con cuidado y la ayudó a incorporarse. La besó en la frente. Cogió una toalla y humedeció una esquina en el lavabo. Limpió el maquillaje que se le había corrido en el rostro y volvió a besarla en la frente. Nada, absolutamente nada, lograría separarlo de su ángel. Nada. Ni nadie, ni siquiera su padre, por mucho que fuese su padre.

—Vámonos —enlazó su mano con la de ella y se dirigieron hacia los ascensores.

—Martín —le llamó su madre al verlos en el pasillo.

Ellos pararon y se giraron. Sofia observó a Hele con una expresión de inmensa disculpa. Bastó eso para que entendieran que su madre estaba al tanto de lo sucedido.

—Mañana iré a vuestra casa —le indicó Martín, que no escondió la

rabia que sentía. Tenía la mirada entrecerrada y apretaba la mano de Helena como si así pretendiera protegerla—. No habrá más, mamá, o si no... —se detuvo y respiró hondo.

Sofía asintió con pesar, comprendiéndolo a la perfección.

La joven pareja se marchó del hotel. En silencio, se dirigieron al *loft* en el coche. En cuanto entraron, ella se fue al dormitorio y comenzó a desnudarse con la mente extraviada en los últimos acontecimientos. No se molestaron en encender las luces, les bastaron los reflejos de las farolas del exterior que se filtraban a través de la cristalera.

Él le permitió intimidad. Se quitó la chaqueta, la pajarita, los zapatos y los calcetines en el salón. Se desabotonó la camisa en el cuello, se la remangó por encima de las muñecas y se la sacó de los pantalones. Se acercó a la cocina y se sirvió un *gin tonic*. Contaba con una botella de *Hendrick's* en casa para cuando organizaba una cena entre amigos o un rato de copas. Se sentó en un taburete y se bebió el *gin tonic*, despacio, moviendo el vaso ancho en largos círculos, hipnotizado. ¿Por qué?, se repitió, ¿por qué su padre no podía ser feliz si sus hijos sí lo eran como ellos querían?

—¿Puedo tomarme yo uno? —preguntó Hele, descalza y vestida con una camiseta de Martín.

Él le sirvió un vaso de lo mismo, sin decirle nada, ni la miró. Sencillamente, lo que sentía era vergüenza.

Ella posó una mano en su brazo, pero Martín se apartó.

—Por favor... —le imploró Helena, percatándose de lo que sucedía—. Te necesito...

Él la observó, afligido y agraviado por culpa de su padre.

—Martín... —insistió. Avanzó un paso—. No me rechaces... Por favor...

Su novio no se movió. Ella se aproximó más, temerosa, hasta atrapar sus dedos, pero Martín se soltó, agarró su vaso y se dirigió al salón, donde se sentó en el sofá. Helena lo siguió y se acomodó a su lado.

—Martín...

—Vete a dormir —apuró la copa—. Es muy tarde y estarás cansada.

Ella agachó la cabeza. Su pecho se estrujó en un puño. Se puso en pie y obedeció. Se tumbó en la cama hecha un ovillo y aferró la almohada como si fuera su oxígeno para vivir. Se quedó dormida.

Se despertó a las cinco de la madrugada, sobresaltada por un mal sueño. Se sentó en el colchón y se restregó los ojos. Estaba sola en el lecho. Enfrente,

se hallaba su novio en el sofá, dormido con los labios ligeramente abiertos, la cara en su dirección, vestido con los pantalones y la camisa del esmoquin, un brazo doblado en la nuca y el otro caído hacia el suelo.

Helena se acercó. Con cuidado de no molestarlo, se acomodó entre sus piernas y recostó la mejilla en su muslo. Lo contempló a sus anchas. Era tan atractivo que le robó el aliento y le aceleró el corazón. Si lo perdía... No se lo quiso imaginar. Pero no quería crearle problemas, mucho menos con su familia. ¿Por qué ahora que había conocido a su verdadero príncipe azul alguien pretendía arrebatárselo? Ella no se metía con nadie, respetaba a todo el mundo, incluidas Elisa y Lucía por muy mal que se portaran. ¿Y cómo un padre prefería el prestigio social a la felicidad de sus hijos?

Y Dafne... Era una lástima no conocerla, porque de verdad que le gustaría escuchar su versión. No supo el motivo, pero algo en su interior le gritaba que no se fiara del supuesto soborno del gran señor Echevarría. ¿Y si fue algo distinto? ¿Y si la había amenazado y a Pedro le había mentado para que odiara a Dafne y no a su padre, el culpable de su desdicha? Pero Pedro acabó aborreciéndole a él...

Estaba tan ensimismada en esas inquietantes cuestiones que no se dio cuenta de que Martín ya no dormía, sino que la estaba mirando, hasta que él trazó la silueta de su rostro con un dedo.

—Te debo una clase de baile, mi preciosa maldita.

# 10

Helena pensó que seguía soñando y que no se había despertado. Martín la conducía por el apartamento mientras tarareaba un vals, sorteando los muebles. No la sujetaba como había hecho su padre en la fiesta, con reserva y disciplina, no, sino que la sostenía con calidez, con seguridad y con una mirada tan latente que la hacía volar en lugar de deslizarse descalza por el suelo.

Sin pronunciar palabra, él fue ralentizando los movimientos al igual que la melodía, la giró sobre sí misma y retrocedió, llevándosela consigo de las manos hacia la cama, donde se sentó en el borde y la situó, de pie, entre sus piernas abiertas. Ella apoyó los temblorosos brazos en sus hombros. Estaba tan nerviosa que casi no respiraba.

Martín rodó una palma por detrás de su rodilla derecha, levantó su pierna y le colocó el pie en su muslo. Helena supo en ese instante que él sabía lo que ella escondía debajo de la camiseta, pues le desenganchó el ligero de la media sin apartar los ojos de los suyos, a ciegas, despacio y con experiencia. Lentamente, desenrolló la media hasta el final. Apenas le tocó la piel, pero fue una conmoción. Helena tragó saliva y comenzó a respirar de manera discontinua, dispuesta a fundirse en la lava, sintiéndose bonita porque la contemplaba con una mezcla de aturdimiento y ambición.

Martín le bajó la pierna y repitió el mismo proceso con la otra. A continuación, agarró el borde de la camiseta y se la fue subiendo hasta sacársela por la cabeza. Sus largos cabellos se esparcieron en desorden por sus hombros y su escote, pero él, con extrema suavidad, se los retiró hacia la espalda, aprovechando para peinar algunos mechones con sus dedos, provocándole una sacudida desgarradora. Entonces, esa mirada de fuego

castaño y profundo la recorrió entera, desde el pelo hasta los pies.

Los dos jadearon.

—Cuando te conocí —empezó él en un ronco susurro—, lo primero que pensé fue que eras un ángel. La criatura más pura, inocente y hermosa que pudiera existir. Nunca he visto un ángel, pero fue mirarte a los ojos y saber que tú eras uno —la atrajo más hacia su cuerpo. Sus manos descendieron por su trasero hasta el final del *babydoll*—. Estábamos cogidos de la mano y no quise que te alejaras, no podía dejar de tocarte —introdujo las palmas por dentro de la prenda y agarró el inicio del ligero—. No ha cambiado, Helena —sus ojos desprendían llamas de intensidad infinita—. Necesito tocarte todo el tiempo, no despegar mis manos de ti —fue quitándole el ligero con lentitud—. Y después de esta noche... —el ligero cayó al suelo. Se levantó y caminó a su alrededor. Se detuvo a su espalda—. Y después de esta noche, va a ser peor porque no permitiré que nada ni nadie te separe de mí —se agachó y besó el hueco de su clavícula con labios húmedos—. Ni siquiera tú.

Esa promesa la desniveló.

—Martín... —su cabeza chocó con el pecho de Martín. Sus ojos se cerraron—. Martín... —gimió su nombre otra vez mientras su temperatura corporal se incrementaba sin límite. Su tez hormigueaba por completo, vibraba sin control.

—Mi ángel... Mi preciosa maldita... —resbaló las palmas por sus costados—. No te imaginas cuánto te deseo —asíó el extremo del *babydoll* y lo deslizó hacia arriba, muy despacio. Las yemas de sus dedos quemaron la piel que iba desnudando—. No tengas miedo, Helena. Siempre cuidaré de ti.

Helena, vestida solo con las braguitas negras de encaje, estaba demasiado sumida en las nuevas y extrañas emociones que experimentaba como para pensar en cubrirse, porque no pensaba, porque era diferente a los besos que habían compartido hasta ahora. Siempre su mente se quedaba en blanco, sus párpados no se alzaban, su voluntad desaparecía y su anatomía no respondía a nada excepto a Martín, pero ahora... Ahora su interior era un torrente desconocido, mucho más poderoso, un misterio que quería explorar y tras el que, presentía, nada sería igual. Una creciente tensión la envolvía en un aura de electrizantes lazos que la unían irremediabilmente a ese hombre, su caballero andante, dominante, atento, cariñoso y muy, pero que muy, seductor.

Él tuvo que respirar hondo para no lanzarse a su cuello como un animal, ya habría otras ocasiones, pero esta le pedía devoción, paciencia... Le

trepidaban las manos por cuánto anhelaba estrecharla entre sus brazos y amarla de manera incansable, pero se contuvo por ella, sería capaz de hacer cualquier cosa por su ángel, sin importar el qué.

Martín, vestido aún y Helena, en braguitas, entregada a sus mimos... La imagen no podía ser más licenciosa. Y él sonrió, feliz, al fijarse en que su ángel no se inmutaba, no se alejaba y tampoco se tapaba. Era muy tímida, pero no había rastro de su delicioso pudor. Estaba de espaldas, pero confiaba en Martín, y eso lo llenó de orgullo. Y por supuesto que la cuidaría siempre.

Él se inclinó de nuevo, sujetándole los cabellos a un lado, y besó su nuca. Ella suspiró, intermitente, y giró la cabeza para ofrecerle todo cuanto codiciara. Martín lo tomó, la llenó de húmedos besos por el cuello en dirección a la mandíbula... En dirección a la oreja... En dirección al hombro... Recorrió su tez con los labios... Con la lengua... Con los dientes... Pausado. Tentador. Sin alcanzar a devorarla. Le mostraba la fruta prohibida, pero no se la entregaba, primero necesitaba seducirla y que Helena se sintiese cautivada hasta el punto de ansiar encadenarse a él.

Su natural aroma a rosas frescas le obnubiló la visión, pero no se molestó en aclararla, quería seguir borracho de placer.

Martín se pegó a sus nalgas, adrede, para no asustarla después.

—¿Lo notas? —le preguntó él en un hilo de voz, mientras oscilaba las caderas en círculos lánguidos—. ¿Notas cuánto me excitas? Ni yo mismo lo sé...

Helena se arqueó por instinto y elevó los brazos hasta rodearlo por la nuca. Sus erectos senos se encumbraron, reclamándolo. Martín gimoteó al verlos tan necesitados de atenciones. Resbaló las manos por su tripa, trazó su ombligo y ascendió hacia sus pechos. Los silueteó con los dedos, dibujando su forma. La tez de ambos se irguió.

—Martín, por favor... —le rogó ella sin saber lo que decía, tirándole del pelo.

Él se agachó por tercera vez y besó su mejilla. Arrastró los labios hacia su cuello tras cerrar los ojos, mantenerlos más tiempo abiertos habría sido un suplicio. Y sus temblorosas palmas cercaron al fin esos endiablados senos. Los masajeó con el punto justo de dolor, conteniéndose todavía de un modo indescriptible. Firmes, del tamaño perfecto, le cabían en las manos. Hinchidos, suaves, tiernos, preciosos...

Los dos, al unísono, emitieron un resoplido de absoluto goce. Se

marearon. Durante un segundo, la fiebre que los invadió fue tan alta que Martín creyó que se caería con ella, pero se recompuso enseguida al advertirla convulsa contra su cuerpo. Abandonó un pecho para abrazarla por las caderas, y, con la otra mano, masajeó el otro seno como si se tratase del mayor tesoro de la humanidad; para Martín lo era. Sin embargo, se topó con el encaje. Y no lo resistió... Metió la punta de los dedos por el lateral de las braguitas y bordeó el contorno de la diminuta y enloquecedora prenda... Por delante... Por detrás... Hasta que paró en el trasero y se colocó enfrente de ella.

Helena no pudo más... Fue encontrarse con sus ojos y arrojarse a su nuca. Le enroscó los brazos, se puso de puntillas y lo besó en la boca con necesidad. Lo engulló sin represión. Había nacido una nueva Helena Amaya.

Martín, que no se esperaba ese arrebató, trastabilló y aterrizaron en la cama, abrazados. Ella se sentó a horcajadas sobre sus caderas, buscando la máxima conexión. Él rugió por la libidinosa postura y atrapó sus nalgas, se desbocó, al tiempo que ambos se curvaban el uno hacia el otro para oscilar sus caderas sin decoro ninguno. Sus lenguas danzaron juntas con voracidad, rápidas y enfebrecidas.

Helena, descontrolada, empezó a desabotonarle la camisa con urgencia.

—Necesito sentirte... —confesó ella entre besos.

Martín se incorporó hasta sentarse y la ayudó a desnudarle, también necesitaba sentirla, pero, sobre todo, necesitaba complacerla. Se quitó la camisa y ella le desabrochó los pantalones. Con dificultad, pues no toleraban separarse un centímetro, él se quedó en calzoncillos, la ropa acabó en el suelo en un montón desordenado. A continuación, la envolvió entre sus brazos y la tumbó en la cama, acoplándose entre sus muslos, que lo ciñeron con fuerza.

—Helena... —jadeó Martín, que descendió con la boca hacia su escote para regarlo de besos más que abrasadores—. Voy a comerte.

La cabeza de Helena se desplomó en el lecho y desvarió cuando él cumplió su palabra. Besó sus senos, los llenó de maravillosas atenciones con los labios, con la lengua, incluso con los dientes... Los lamió. Los sopló. Los acarició con las manos. Los pellizcó entre los dedos. Era desbordante la exigencia que su ardiente caballero demostraba.

Y cuando deslizó una palma por su vientre y esa palma se perdió dentro del encaje... Ella se mordió un puño para no gritar.

—No —le ordenó Martín con los ojos vidriosos. Le quitó la mano de la boca—. Ahora soy yo quien necesita algo. Necesito oírte, Helena. Nunca te

escondas de mí.

Helena asintió de inmediato. Y obedeció cuando, de pronto, él le retiró las braguitas de un tirón. Ella gritó, fue inevitable en esta ocasión.

Martín se puso en pie y se deshizo muy despacio de los calzoncillos. Su ángel, con los labios separados por la sorpresa y los ojos destilando mucho más que admiración, gateó hasta el borde con sensualidad, ofreciéndole una inmejorable vista de sus soberbias curvas, y se levantó hasta quedar de rodillas frente a él.

—Dices que soy hermosa, pero tú... Tú sí que lo eres, Martín —extendió las manos hacia sus pectorales.

Lo era. Y pensar que un hombre tan atractivo como Martín estuviera con ella en ese momento a punto de hacer el amor, con el alba asomándose en el horizonte... Se acercó y besó sus músculos. Acarició con las manos la anchura de su espalda, sus caderas estrechas, su vientre duro y plano... Era tan cálido, tan sugestivo, tan fascinante, tan...

—Eres perfecto.

—Helena... —gimió él, sin oxígeno.

Como siguiera tocándolo así, pensó, iba a terminar como un mero principiante, estaba al límite y, de hecho, no comprendía cómo era capaz de aguantar tanto.

—Martín... —elevó la mirada y lo contempló, debilitada y apremiada a partes iguales, una incongruencia, la anarquía de su interior así lo certificaba —. Te necesito...

Martín la entendió y no desaprovechó un solo segundo. Acortó la escasa distancia, la tomó por las mejillas y la besó. Absorbió sus labios con apetito insatisfecho, mientras sus cuerpos se adherían y se arqueaban, proyectándose hacia delante y hacia atrás.

La pasión se tornó insufrible.

Él apoyó una rodilla en la cama, la cogió por el trasero y la levantó. Helena, tan enloquecida como lo estaba Martín, le abrazó la cintura con las piernas, ajustándose a sus caderas. Él la sujetó, dominante, y le hundió los dedos. Se tumbaron. Entonces, sin esperar más, Martín la penetró poco a poco. Detuvo el beso, sudando por el esfuerzo que le suponía ir con cuidado.

—Si no quieres seguir...

Ella le tapó la boca con la mano.

—Hazme el amor, mi querido loco, por favor...

Él creyó morir al escucharla...

Y la besó, la agarró por la cadera con una mano y, aún sabiendo los dos que le iba a doler, la embistió de un empujón... No podía ser de otro modo, no podía evitarle el sufrimiento de la primera vez.

Helena emitió un débil sollozo. Él rodó en el colchón hasta tenerla encima. Ella le clavaba las uñas en el cuello y vibraba. Las lágrimas inundaban sus mejillas, Martín las notó en su piel y gruñó, maldiciéndose por ser tan bruto. Enlazó los dedos entre sus mechones e intentó que su rigidez se desvaneciera.

—Mi ángel... —le susurró en el pelo—. Pasaré. Dura poco, te lo prometo. No me moveré. Hazlo tú cuando estés preparada, pero si prefieres dejarlo así... —suspiró con pesar—. Lo siento, Helena...

Helena lo miró y sonrió, sobrecogida por lo cariñoso y considerado que era, el mejor hombre que pudiera existir. Le acarició la cara. Fue a agradecerle sus palabras, sus mimos, pero movió la cadera en un acto inconsciente y una súbita oleada de excitación le provocó un largo y desconocido estremecimiento.

—Martín... —gimió.

Martín se retiró de su interior muy despacio al percatarse del extraordinario cambio en ella y se enterró profundamente de nuevo, también muy despacio, apreciando así ambos la unión milímetro a milímetro, robándose el uno al otro el hálito hasta jadear de placer.

—Otra vez... —le pidió Helena, con los hinchados y enrojecidos labios rozándose y los entrecortados alientos mezclándose—. Hazlo... Otra vez...

Él la sostuvo por el trasero y repitió la embestida, aunque un poco más rápido. Los dos resoplaron con ímpetu. La tercera vez, ella salió a su encuentro, dejando las manos en sus pectorales. Ahí, Martín se disolvió...

—Dios, Helena... Muévete tú...

La soltó, aferró las sábanas con los dedos y, sin apartar los ojos de ese cuerpo tan femenino y exuberante, se torturó a sí mismo permitiendo que su ángel guiara el camino hacia el paraíso. Y Helena lo hizo. Echó hacia atrás su cabeza, se curvó sobre Martín y buscó la ansiada liberación de ambos. El éxtasis los calcinó instantes después.

—Martín...

—Helena...

Sudorosos y con los corazones desbocados, se besaron, fundidos en un

angustioso abrazo. Y no pararon, se requerían más. Él la tumbó debajo de su cuerpo y succionó sus labios con agonía. La penetró con extenuación, saliendo y entrando de su interior con pesadez, como precisaba su propio ser. Era demasiado... El éxtasis no había terminado aún para ninguno de los dos, sino que crecía cada vez que sus cuerpos se convertían en uno.

—Helena... —le dijo entre besos—. No puedo parar... Párame tú...

—No... —tiró de sus cabellos y recorrió su boca con la lengua—. Martín... No pares...

Martín jadeó por tal respuesta, escondiendo el rostro en su cuello, al que brindó de besos cargados de un indiscutible ardor, incluso la mordió y, acto seguido, la chupó para aliviarla. Estaba desatado, ni siquiera se reconocía.

Helena se retorció, se curvó en cada acometida.

—Mi loco... —pronunció ella sin apenas voz.

Se miraron antes de consumirse por completo por segunda vez. Se besaron con fiereza, amortiguando así sus gritos, y se desplomaron en los brazos del otro, temblando por el esfuerzo. Nunca habían sentido nada parecido.

Unidos como estaban, se quedaron dormidos.



—¿Por qué? —fue lo primero que dijo Martín al entrar en casa de sus padres a la mañana siguiente—. ¿Por qué eres así, papá? ¿Qué te hizo Dafne? ¿Qué te ha hecho Helena?

—Tranquilízate, que no la he sobornado ni lo voy a hacer.

Aquella contestación lo dejó atónito, y la carcajada que emitió a continuación su progenitor, más aún.

—No me hace gracia —protestó él, cruzado de brazos.

—Mejor pasemos al salón —masculló su padre, serio—, sabes que odio que Inés y Alicia cotilleen y, si seguimos en el recibidor, es lo que van a hacer.

—No me muevo de aquí. Esto no es ninguna visita, mucho menos de cortesía. Deja a Helena en paz.

El gran señor Echevarría enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Acaso me estás amenazando, hijo?

Martín entrecerró la mirada.

—No es mi intención, pero, si tengo que hacerlo, lo haré. Después de todo —sonrió sin humor—, tengo a quien parecerme, ¿no? La amenazaste anoche.

—¿Eso te dijo? —chasqueó la lengua. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón de pinzas color caqui—. ¿Hace cuánto que la conoces?

—Casi cuatro meses. ¿A qué viene la pregunta? —se extrañó—. Ya sabes que la conocí en Formentera.

—A que me parece increíble que te creas las tonterías de una niña a la que conoces desde hace menos de cuatro meses. Sí, es una niña, hijo; lo siento, pero es verdad.

—¿Cómo que tonterías? —su corazón latía tan rápido que tuvo que respirar hondo para serenarse. Jamás había perdido la paciencia con su padre, pero para todo siempre había una primera vez—. Y no es ninguna niña.

—Tiene veintisiete años, Martín, y tú, treinta y seis. Por favor... —se rio—. Es una niña, te guste o no. Y son tonterías porque solo hablamos y bailamos, nada más.

—No es Dafne.

—Créeme, lo sé —su padre sonrió con suficiencia—. Dafne era manipulable y débil. Helena, en cambio, es fuerte, y está demostrando que sabe manejarte como si fueras un muñeco. Tú eres un ejemplo, o, si no, ¿por qué estás aquí? ¿Desde cuándo te presentas en casa de tus padres, los que te han dado la vida, con estos aires, Martín? ¿Cuándo te has comportado tú de este modo, y solo por el testimonio de una desconocida? —arrugó la frente, aunque no perdió su fría compostura—. Si llevando tan poco tiempo ya hace contigo lo que quiere... —ladeó la cabeza, divertido con la situación—. Mal vas, hijo.

—No me está manejando y no es una desconocida —realizó una mueca de desagrado—. Helena no es así. ¿Sabes lo que quiso hacer después de que supuestamente —enfaticó adrede— hablastes con ella? —se inclinó, apretando los puños para contener la rabia que se estaba apoderando de su cuerpo—. Quiso dejarme, papá, quiso terminar nuestra relación. Me dijo que lo último que quería era crearme un problema contigo y que sabía que ella era un problema porque no tiene tu dinero ni tu poder. ¿Ves normal eso? Yo, no.

—Vaya... —murmuró, pensativo, acariciándose el bigote—, sinceramente, no me lo esperaba. La creía valiente, pero parece que me he equivocado.

—Para tu información, seguimos juntos —farfulló Martín.

Su padre lo observó con atención.

—Y me imagino que cuando ella quiso romper contigo tú no se lo permitiste.

—Por supuesto que no. Helena es mía —rechinó los dientes.

—Ay, hijo... —suspiró con dramatismo—. Acepta un consejo: no cedas desde el principio a todo o siempre hará lo que le venga en gana contigo —se volvió y lo miró por encima del hombro—. Desfógate cuanto antes con ella, al menos es guapa y tiene un cuerpo bonito, pero date prisa y finiquita la relación. Es una niña y solo te creará problemas porque, insisto, Martín, solo he hablado con Helena cinco minutos y ella se ha creído que la he amenazado y, por consiguiente, tú has venido a mi casa hecho una furia para exigirme explicaciones. ¿Eso no es crearte un problema con tu padre? —bufó—. Creía que eras más inteligente. Al final va a resultar que te pareces a Pedro más de lo que yo pensaba. Una lástima —se alejó por el pasillo hasta desaparecer de su vista.

Martín se quedó rígido. Había insultado a su novia, a su hermano y también a él. ¿Y esa actitud tan prepotente hacia él? Jamás lo había tratado de ese modo.

Se marchó sin ni siquiera ver a su madre. Estaba demasiado afectado por la discusión. Salió a la calle, se montó en la moto y condujo hacia su casa, pero, en lugar de meterse en su apartamento, tocó el timbre de Pedro.

Su hermano lo recibió con el pelo revuelto, rastros de sueño en la cara, marcas de las sábanas en una mejilla, descalzo y en calzoncillos.

—No son horas, joder... —musitó Pedro al permitirle entrar.

—Son las cuatro de la tarde, es más que suficiente para que estés levantado, ¿no crees?

Su hermano masculló incoherencias mientras se dirigía a la cocina, a la izquierda, a prepararse una taza de café. El piso estaba igual distribuido que el suyo, pero de forma simétrica. Los muebles, en cambio, eran negros y de cuero. La decoración era minimalista también, pero en este caso transmitía soltería y libertinaje en estado puro. Y no era nada ordenado: la cama siempre estaba deshecha, los cojines tirados por el suelo y la pila llena de platos y vasos sucios. La asistenta que acudía una mañana a la semana era la que recogía y limpiaba el desastre acumulado.

—Os fuisteis muy temprano —comentó Pedro, que le sirvió una taza de

café.

—Helena y papá discutieron —le informó Martín al sentarse en uno de los taburetes de la isla y probar el humeante líquido.

Su hermano le clavó los ojos en los suyos y, de repente, pareció despertarse.

—¿Cómo que discutieron?

Le relató lo que había sucedido con Helena en la fiesta y la poco grata conversación que acababa de tener con su padre.

—Te lo dije —le recordó Pedro, que apoyó los codos en la encimera—. Te dije que no la llevaras y retrasaras cuanto pudieras presentársela a papá y a mamá.

—Ya los conoció hace tres semanas.

—Podías haberte negado hace tres semanas y haberte quedado con Helena en tu casa, como teníais planeado.

—No —agachó la cabeza.

—Claro que no, Martín —ironizó, enfadado—, porque no sabes decirles que no. Tampoco te va a pasar nada si te niegas a algo en relación a papá y a mamá, sobre todo a papá. Se supone que eres adulto.

—No volvamos otra vez a lo mismo...

—¿Sabes lo asustada que se quedó Helena anoche cuando le conté lo de Dafne? O, mejor dicho, cuando Laura también la amenazó y le nombró a Dafne.

—¿Cómo que Laura la amenazó? —se incorporó, alerta. Entrecerró la mirada—. No la vi hablando con ella. ¿Qué le dijo?

—No fue exactamente una amenaza, pero la quiso probar y luego la avisó.

—¡Explícate, joder! —perdió la paciencia con tanto secretismo.

—Primero le dijo que era evidente que Helena no te conocía y se ofreció a quedar con ella para contarle cualquier cosa que quisiera saber de ti, porque habíais estado muy unidos durante mucho tiempo, palabras textuales —levantó una mano—. Tu novia se defendió, no te preocupes —sonrió con frialdad—. Entonces, Laura le deseó suerte porque no iba a durar mucho contigo ya que no pertenece a tu mundo.

—Estuve hablando con Laura ayer en la fiesta —le contó Martín, cruzándose de brazos—. No le mencioné a Helena para nada y mamá no se la presentó, aunque sí a sus padres. ¿Cómo sabía Laura quién era Helena? Puede

que hiciera dos años que Laura y yo no coincidíamos, pero sé perfectamente —agitó un dedo en el aire— que ella huye de su familia en ese tipo de eventos. Le gusta tener sus propios contactos sin que intervengan sus padres —respiró hondo—. Dime, Pedro, ¿quién se lo dijo? —frunció el ceño—. Tengo una sospecha, y más después de saber que papá la ha investigado como hizo con Dafne.

—Yo, también —se observaron un tenso momento.



Helena se despertó en la gigantesca cama cuando un ruido la sacó de sus sueños. Al abrir los ojos, se topó con un clavel rojo y blanco en la almohada. Sonrió, pero otro ruido la distrajo y levantó la cabeza. Se olvidó de la flor al ver a Martín entrar en el *loft*. No traía ninguna bolsa de desayuno, por lo que dedujo que vendría de casa de sus padres. Aquello la llenó de temor. Agarró lo primero que encontró en el suelo, la camisa de su novio, y se la abotonó con rapidez.

Él se había quedado quieto en el recibidor con los ojos fijos en el infinito. Estaba pálido. Algo malo pasaba, pensó Hele, acercándose despacio. Martín la escuchó y dirigió la mirada hacia ella, una mirada apagada, a pesar de que le dedicó una dulce sonrisa. Al verla titubear y estrujarse la camisa, desplegó los brazos, y Helena corrió hacia él. Martín la atrapó y la elevó en el aire. Ella lo envolvió con todo su cuerpo.

—Buenos días, preciosa —le susurró él, inhalando el aroma de sus cabellos.

Helena suspiró, aliviada. Sonrió. Lo observó con adoración y lo besó en los labios con ternura.

Martín fue, entonces, quien suspiró, aliviado, pues la conversación con su hermano y la discusión con su padre, algo que pretendía mantener en secreto para no preocupar más a su novia, lo habían sumido en un estado de desasosiego y comezón. Y aquel beso lo estaba reviviendo, aunque su mente se hallaba demasiado revolucionada como para estar bien, pero, aún así, se obligó a despejarse porque ella no se merecía menos.

—¿Tienes hambre? —le preguntó él al bajarla al suelo.

Helena no era tonta. Notó que algo lo agitaba, pero prefirió no agobiarlo

y que fuera el propio Martín el que se lo contara por sí mismo. Comprobó la hora en el reloj de la cocina, que estaba colgado en la pared a un lado de la campana, y descubrió que eran las cinco de la tarde, ¡tardísimo!

—¿Has comido? —quiso saber Hele, encaminándose hacia la nevera para servirse un vaso de agua fresca.

—No. En realidad, esperaba a que te despertases. ¿Te apetece algún sitio en especial? —sacó su móvil del bolsillo trasero del vaquero claro que llevaba mientras se descalzaba.

—¿Qué tal si hago yo la comida en lugar de pedirla a domicilio? —abrió los muebles, poniéndose de puntillas porque algunos no los alcanzaba.

Él sonrió con picardía. En esa postura, le quedaba un centímetro para asomar sus nalgas. Los recuerdos del amanecer, cuando habían hecho el amor dos veces, comenzaron a calentar su cuerpo sin límite de ebullición. Se aproximó y la alzó por la cintura con los dos brazos. Helena chilló por el susto.

—Estás desnuda debajo de mi camisa, angelito —le susurró Martín en el oído, aprovechando para acariciárselo con los labios, estremeciéndose los dos —. Nos quedamos aquí el resto del día, haces tú la comida, pero con la condición de que no te cambies en todo el día —introdujo una mano por dentro de la prenda y recorrió su costado con las yemas de los dedos hasta detenerse debajo de su seno.

—Oh... —gimió Hele, cuya respiración ya se había alterado lo suficiente como para no poder hablar.

Sin embargo, su novio la soltó con cuidado y se apartó. Ella lo ignoraba, pero él había recordado otra cosa: había sido su primera vez, lo que significaba que necesitaba tiempo para recuperarse porque estaría dolorida interiormente. Lo último que deseaba era provocarle más dolor o presionarla para que se agobiase con este tema. Por ir despacio, no sucedía nada malo, pensó, aunque le costara un esfuerzo monumental mantener las manos fuera de sus tentadoras curvas.

Martín y Helena gruñeron, insatisfechos y a escondidas el uno del otro; Hele, porque creyó, convencida, que la estaba rechazando a pesar de sus incitantes palabras; él, porque lo que más necesitaba era perderse en ella entre las sábanas, detener el tiempo y olvidarse de lo demás, pero no quería precipitarse ni asustarla con sus instintos más que animales, instintos que jamás había sentido hacia ninguna mujer, sencillamente porque ninguna lo

había embrujado con su mera presencia, mucho menos con su mera fragancia natural: rosas, solo rosas, pureza...

Pasaron el resto del día en el apartamento de Martín. Comieron pasta con tomate y queso mientras veían una película en la televisión. Después, se quedaron dormidos en el sofá, agotados por haber trasnochado, y se despertaron a medianoche. Helena recogió sus pertenencias y él la llevó en coche a su casa. Se dieron un escueto beso y murmuraron una escueta despedida.

Esa semana fue rara.

Martín estuvo muy ocupado en el trabajo por un nuevo pedido a Japón y Hele se centró en sus clases. Se escribieron *whatsapps* a diario, pero no hablaron por teléfono y tampoco pudieron verse. Eso los afectó en el ánimo, que se tornó confuso y sombrío. Horrible.

En cambio, a quien sí vio Helena fue a Sofía, el viernes, en la universidad, a la salida de su última clase de Historia Antigua.

—Hola, Helena —le saludó su suegra con una sonrisa amable, en el pasillo—, ¿te molesto? Me han dicho que terminabas a las tres, te estaba esperando.

—Hola, Sofía —se dieron dos besos—. Claro que no me molestas —se colgó el bolso de bandolera. Sonrió indecisa—. ¿Te apetece tomar algo?

—Había pensado que podíamos comer juntas.

—Claro —amplió su sonrisa.

Salieron del edificio. Un chófer recostado en un Volvo XC90 de color plateado las esperaba aparcado en la acera. Se montaron en el coche y se dirigieron hacia el barrio de Salamanca, a un restaurante muy coqueto, de estilo vintage, en tonos verdes apagados y crema, frecuentado en su mayoría por ejecutivos.

Se acomodaron en torno a una mesa circular. Pidieron agua y eligieron la comida, una ensalada para cada una, algo ligero.

—Te preguntarás qué hacía en la universidad —comentó Sofía, cuya expresión se tornó amarga—. Quería hablar contigo. En realidad... —se detuvo unos segundos y continuó—: Quería preguntarte algo.

—Lo que sea —arrugó la frente, intranquila.

—¿Es cierto que Martín te amenazó? Me refiero a mi marido.

Helena tragó saliva. Se había imaginado que querría tratar su noviazgo, pero no se esperaba que fuera tan directa.

—Sofía, yo no...

—Por favor, Helena —la tomó de la mano—, dime la verdad.

—No quiero problemas.

—No los tendrás —sonrió, aunque con tristeza—. Lo que hablemos tú y yo no saldrá de mi boca. Yo tampoco quiero problemas, Helena —su rostro se ensombreció—. Por eso mismo estoy aquí, no quiero que la historia se repita.

—Te refieres a Dafne.

Su suegra suspiró con pesar, asintiendo.

El camarero les sirvió las bebidas.

—Sofía... ¿Puedo serte sincera? —le pidió Hele en un tono bajo.

—Por supuesto, Helena. Adelante.

—No me incumbe, y sé que me meto donde no me llaman, pero... —jugueteeó con la servilleta de tela que previamente se había colocado en el regazo—. Lo que sucedió con Dafne, ¿solo tu marido lo sabe de primera mano?

—No te entiendo —frunció el ceño, desconcertada.

—Me refiero a si tú, por ejemplo, formaste parte de ello, si estabas delante cuando tu marido le ofreció dinero a Dafne a cambio de que abandonara a Pedro.

—¡No, por Dios! —exclamó Sofía, horrorizada, con una mano abierta en el pecho y los ojos desorbitados—. Ni siquiera sé en qué momento lo hizo. Por desgracia, me enteré después de saberlo Pedro —chasqueó la lengua—. Y sé por qué mi marido no me dijo nada. De haberlo sabido...

—Tranquila —sonrió.

—Por eso quiero saberlo todo de tu boca, Helena —se inclinó en la mesa—. No quiero que pase lo mismo.

—¿Alguien habló con Dafne luego?, ¿Martín o tú?

Su suegra negó con la cabeza.

—Fue hace cinco años, pero recuerdo perfectamente a Dafne y a Pedro juntos —sonrió con nostalgia—. Jamás he visto a mi hijo pequeño tan feliz, y Dafne parecía corresponderlo.

—¿Parecía?

—Puedes fingir amor hasta cierto punto, Helena, pero a Dafne le brillaban los ojos cuando Pedro estaba en la misma habitación que ella. Era un brillo especial que no engañaba, los ojos son los espejos del alma. Y aquel domingo... —inhaló una bocanada de aire y la expulsó, despacio y suave—.

Aquel domingo ese brillo estaba apagado —contempló a Helena un instante tenso—. Helena, no sé qué pasó, excepto lo que contó mi marido, y tampoco llegué a conocer en profundidad a Dafne porque solo coincidí con ella dos fines de semana, pero un amor como el de ellos no se apaga por un cheque de dinero.

Eso mismo pensaba Hele, aunque prefirió guardarse la opinión.

—Creo que... —empezó su suegra, aunque se detuvo, como si dudara.

—¿Qué ocurre, Sofía?

—Conozco a mi marido. Lo amo, Helena, lo amo con toda mi alma, pero se junta con gente que no es buena. No quiero que haga lo mismo contigo. No quiero que acabes como Dafne, ni Martín como Pedro. Algo me dice que no fue un soborno.

Helena no pudo evitar un escalofrío.

Debía contactar con Dafne, pero ¿cómo?

# 11

El fin de semana entero Martín lo pasó encerrado entre las cuatro paredes del laboratorio de *Echevarría & Co* . El pedido a Japón lo había absorbido por el poco tiempo que les habían concedido. Debía enviarse el lunes sin falta y, tanto Pedro como él, estaban desquiciados.

Entonces, el domingo por la noche, sin apenas haber dormido en tres días, una fragancia a rosas frescas lo aturdió unos segundos. Estaba en el taburete frente a la mesa que utilizaba para su uso exclusivo en el laboratorio, con la ventana a su espalda, en una esquina al fondo de la estancia. Era el único que se encontraba allí; su hermano había insistido en permanecer a su lado, como siempre que andaban pillados de tiempo, pero Martín se había negado.

Echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos ante tal delicioso aroma. Olía igual que...

—Hola.

Aquella delicada voz lo sobresaltó. Alzó los párpados y dirigió el rostro hacia la izquierda. De pronto, le estalló el corazón. Se incorporó y, prácticamente, corrió hacia un ángel, el más puro y hermoso que jamás había visto. Su ángel.

—Helena... —la envolvió entre sus brazos con fuerza, temiendo que fuera un sueño.

—Martín —se puso de puntillas y lo abrazó por el cuello. Apoyó la mejilla en su hombro—. Tenía tantas ganas de verte...

Martín gimió por sus palabras. Se le doblaron las piernas. Él también la había extrañado tanto...

Siete días sin verse habían sido una tortura. Se mantuvieron pegados

tanto tiempo que perdieron la cuenta. Cuando se apartaron para mirarse, ambos sonreían con los ojos brillantes, su característico magnetismo. Acortaron la distancia a la vez y se besaron con inmenso cariño, pero ese cariño se convirtió en el volcán que explotaba en lava cuando estaban juntos.

El beso, que empezó casto y prolongado, se volvió urgente y desmedido. Separaron los labios y unieron sus bocas en escalera, succionándose entre jadeos involuntarios, muertos de apetito. Se proyectaban hacia delante y hacia atrás, frotándose sus cuerpos de arriba abajo. La lengua de Martín buscó la de Helena con apremio y la raptó con avaricia. Parecía que, en lugar de haber pasado siete días, hubieran sido siete años...

No obstante, a pesar de las ganas, de las ansias por quitarle la ropa y amarla entre pipetas y aromas, entre lociones y colonias, a pesar de anhelar hacerle el amor en su rincón favorito, aunque fuera en el suelo, entre fórmulas químicas y fragancias especiales... él ralentizó el beso. No podía. Quería conquistar su corazón, y comportarse como un principiante cargado de hormonas solo le demostraba lujuria, no amor.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Hele, hecha un manojito de nervios y emociones dispares.

—Nada —se giró y caminó hacia su mesa—. Es que estoy deseando terminar el pedido. Cuanto antes lo haga, antes estaré libre para ti —sonrió, aunque obligándose a hacerlo. Necesitaba relajarse, su anatomía ardía en llamas y tenerla cerca no era ayuda en absoluto, pero lo último que deseaba era que se marchara.

—¿Puedo ayudarte? —sugirió ella, siguiéndolo—. Haré lo que tú me pidas.

¡Oh, Dios!, pensó Martín, azorado por el doble sentido de aquella frase.

Carraspeó. Cogió un taburete para Helena y lo colocó a su lado.

—¿Por qué estás tú solo? ¿Y los demás trabajadores? —lo interrogó Hele con la frente arrugada—. Creía que el pedido a Japón era importante.

—No me gusta privarlos de su tiempo libre —se encogió de hombros al tiempo que agarraba el cuaderno donde tenía apuntado todo el pedido y comprobaba así lo que faltaba—. Pagamos las horas extras, pero preferimos en diario, los fines de semana, tanto mi hermano como yo, creemos que deben ser de descanso.

—Para ellos, no para vosotros —sonrió. Su caballero andante era único, un jefe como no los había, que prefería fastidiarse a sí mismo a que sus

empleados trabajasen más de la cuenta—. La próxima vez contarás con una asistente personal —se acomodó en el asiento y amplió su sonrisa—. Aunque solo te sirva agua, comida y te seque el sudor de la frente, me quedaré contigo para ayudarte el tiempo que haga falta. Además —observó el espacio con admiración—, me gusta estar aquí porque todo esto es parte de ti —lo contempló con intensidad, robándole el aliento.

Martín sintió cómo se le aceleraban las pulsaciones. Con Helena todo era distinto, todo... Ninguna mujer con la que había estado se había molestado en interesarse siquiera por su profesión, salvo para pedirle productos gratis o, sutilmente, conocer su círculo social de alto copete, como tampoco se habían presentado en la empresa, mucho menos para darle una sorpresa, y ni qué decir para ayudarlo.

—Ya está todo hecho, pero hay que embalarlo en sus correspondientes cajas —le informó él, que cerró el cuaderno—. A las seis de la mañana llegan los distribuidores para recoger el pedido y mandarlo en avión a Japón.

—Pues vamos —se incorporó—. ¿Dónde están las cajas?

Martín se remangó el jersey en los antebrazos y se dirigieron hacia el almacén, que comunicaba con el laboratorio a través de una segunda puerta, frente a su mesa. La abrieron y entraron. Prendió el interruptor de la luz.

Era enorme, sin ventanas, y estaba distribuido por estanterías metálicas que se disponían paralelas unas a otras, creando pasillos entre ellas, iluminados por las bombillas que colgaban del techo, muy alto. Había cestas amontonadas al principio, que se utilizaban para cargarlas con los enseres que los trabajadores necesitasen, así hacían sus labores de una sola vez en lugar de realizar varios viajes.

Cargaron cuatro cestas y regresaron al laboratorio.

Cuatro horas más tarde ya habían terminado. Eran las tres de la madrugada, y Hele se fijó en que su novio se esforzaba por mantenerse despejado, pero las oscuras manchitas anidadas debajo de sus ojos evidenciaban lo agotado que se encontraba.

—¿Por qué no duermes un rato? —le propuso Helena, tomándole de la mano. Estaban sentados en el suelo, rodeados de columnas de cajas—. No tienes que estar despierto hasta las seis, ¿no?

—Pedro estará aquí a las seis. No hace falta que me quede, pero me gusta supervisar que sale todo bien. Y solo quedan tres horas —se levantaron—. Te llevo a tu casa. Es muy tarde y mañana tienes clase a las diez.

—He venido en mi coche —sonrió con timidez—. Y no me importa dormir poco, pero tú lo necesitas más que yo, sobre todo, si quieres estar aquí a las seis. No me iré sin ti, así que dormimos en algún sofá de la oficina o en tu cama, tú decides.

Ambos soltaron una carcajada. Martín entrelazó los dedos de una mano con los suyos y la condujo hacia su despacho.

La sede madrileña de *Echevarría & Co* estaba situada en las dos últimas plantas de un edificio de la calle Velázquez, aunque ahora, al haber trasladado la sede de Logroño, su hermano se estaba encargando de buscar otro edificio, entero, porque se necesitaban más empleados y más espacio, el trabajo se había ampliado considerablemente. El personal de Logroño aún continuaba allí hasta que hicieran el cambio de oficina.

—Por cierto —le dijo él—, no te lo he dicho antes porque se me ha olvidado, pero el fin de semana que viene se casa Dani.

—¿Dani?

—¿No te acuerdas de él? De la despedida de Formentera. Era el novio.

—¡Ah, sí!

—¿Quieres acompañarme? —le preguntó Martín con cierto titubeo—. Es uno de mis mejores amigos.

—¿Quieres que te acompañe?

Él sonrió y la aprisionó entre sus brazos. No encendieron las luces, con la cristalera era suficiente. La llevó al alargado sofá de piel marrón, a la derecha. Se tumbaron, abrazados.

—Claro que quiero que me acompañes, pero lo que no quiero es que te sientas obligada.

Ella se volvió y recostó la cara en su pecho.

—Me encantaría acompañarte —bostezó, cubriéndose la boca—. Siempre.

—Pasaremos el fin de semana en Logroño, así te enseño mi ciudad —la besó en el pelo—. Dulces sueños, mi preciosa maldita.

—Dulces sueños, mi querido loco.



Si la semana anterior había sido rara, la siguiente lo fue aún más. Y no porque

no se vieran, pues cenaron cada noche juntos y pasearon por las calles de Madrid cogidos de la mano. Martín estaba más tranquilo en cuanto al trabajo y el pedido a Japón había llegado sin problemas. No obstante, Helena no sabía qué pensar...

Desde la fiesta de *Echevarría & Co*, desde que habían hecho el amor por primera vez, desde que él había aparecido ese domingo en el *loft* con actitud ausente, los besos volvieron a ser solo tiernos. Ella adoraba esos besos, pero empezó a creer que algo sucedía, porque las caricias habían desaparecido y porque Martín no había intentado más, de hecho, se estaba frenando de nuevo. Lo notaba. En cuanto la temperatura se caldeaba, él se alejaba.

El jueves por la tarde, Hele quedó con Carlota. Necesitaba consejo y desahogarse, además de comprarse un vestido para la boda de Dani. Mientras recorrían las tiendas buscando un modelito completo, ella le relató sus inquietudes.

—No sé, Hele, quizás está solo en tu cabeza y no pasa nada —procuró tranquilizarla su amiga.

—O quizás no le gusto —agachó la cabeza—. Soy una inexperta, Carlo. A lo mejor, fui tan sosa y tan frígida que no quiere repetir. ¡Ay, no sé! —suspiró con pesar.

—Ya estás culpándote de todo —le recriminó Carlo, colocando los puños en la cintura—. ¿Por qué no hablas con él? Debe haber confianza, comunicación y sinceridad en una pareja. Y la vergüenza, fuera. Si desde el inicio te callas las cosas —chasqueó la lengua—, mal vamos, guapa.

Helena se ruborizó. ¿Decírselo a Martín? Se echó a reír, obviamente sin humor.

—Sí, claro... Voy y le pregunto que por qué no nos hemos acostado otra vez. Claro, claro...

—Podrías intentarlo tú. Búscalos. Sedúcelos —sonrió con cariño—. He visto cómo te mira, Hele. Martín está loco por ti, no solo por tu forma de ser. Hasta Fran se ha dado cuenta de cómo te mira el culo.

El sonrojo de Hele se acrecentó. Su amiga se carcajeó.

—Venga, Hele —tiró de su brazo—, mañana os vais a Logroño un fin de semana completo. Aprovéchalo como unas minivacaciones y ponte algo sexy —le guiñó un ojo—. Llévate ese vestido blanco que te regalamos por tu cumple. Está haciendo muy buen tiempo todavía y te lo pones mañana por la

noche con la cazadora vaquera y unas sandalias de tacón. Habéis quedado con sus amigos para cenar, ¿no?

—Sí, son los que conocimos en Formentera —sonrió—. Eran muy simpáticos, ¿verdad?

—Sí, me cayeron muy bien.

Para la boda, se decantó por un vestido de color azul marino, de encaje, escote en pico, con las mangas estrechas y transparentes por debajo de los codos, corte en la cintura y falda de vuelo por las rodillas. Sencillo, clásico y elegante. Compró un bolso *nude* de charol, rectangular y pequeño, a juego con unos zapatos de salón, de altísimo y fino tacón.

Y, siguiendo el consejo de Carlota, entraron en una boutique de lencería y escogió un camisón de seda rosa perla, muy corto, con encaje en el escote en uve.

—Si viéndome con esto —sostuvo la escasa prenda en alto—, no se lanza, entonces, el problema soy yo —miró a su amiga y arrugó la frente—. Y no soy pesimista ni me culpo de todo, simplemente soy realista.

—Créeme —sonrió con travesura—, no podrá resistirse.

Las dos se rieron y se marcharon a casa de Helena para preparar la maleta.

—¿Has hablado con Elisa y con Lucía últimamente? —quiso saber Carlo, sentada en el borde de la cama.

—Desde que cenamos en tu casa cuando nos contaste lo de tu embarazo, nada de nada. ¿Por qué?

—La semana que viene organizan una fiesta. Se mudaron a un piso juntas la semana pasada, creo, pero ya llevaban mirando algo desde el verano.

—¿En serio? —arqueó las cejas.

Aunque no debería, sí era cierto que no haberse enterado por ellas le dolió.

—Se te ha cambiado la cara, Helena. Dispara.

Helena guardó una camiseta y cerró la bolsa del equipaje.

—Se supone que son mis amigas también, ¿no? —murmuró ella, acomodándose a su lado—. ¿Es por Martín?

—No —negó Carlota con la cabeza, seria—, no es por Martín, es por ti. No hay feeling. Carmen, Blanca y yo te lo hemos repetido cientos de veces, que las ignores.

—No me han invitado —desvió la mirada. Se le formó un nudo en el

estómago—. Y es difícil ignorarlas cuando pertenecemos al mismo grupo de amigas —levantó una mano—. Y otra cosa... Tiene que ser por Martín, porque no he sabido nada de ellas desde tu boda, excepto en la cena en tu casa. Todas habláis con Lucía y Elisa menos yo. Ellas os escriben, a mí, no y, si pongo algo en nuestro grupo de *whatsapp*, no me contestan. Y me duele... —hundió los hombros—. Nunca les he hecho nada malo. Siempre las he ayudado y he estado ahí para ellas. Me han pedido ochenta favores y se los he hecho sin dudar y sin esperar nada a cambio —frunció el ceño—. Pero ellas me han espantado a los chicos que se me han acercado, se han reído en mi cara, me han humillado delante de gente que me importa y más cosas que sabemos tú y yo. Y no entiendo por qué me duele...

—Porque eres buena, Hele —la abrazó—. Y sí estás invitada porque me dijo Elisa ayer que te avisara de la fiesta.

Helena decidió no hablar más del tema. Sí, le dolía, por supuesto que le dolía, porque en el fondo quería a la bruja pelirroja. Y la razón no era otra que lo ocurrido cuando la madre de Elisa había fallecido de cáncer tres años atrás. Elisa no había reaccionado, había estado los dos días del tanatorio sin hablar, sin moverse y sin hacer nada. Sin embargo, Hele, que sabía que su amiga adoraba el chocolate caliente, le había preparado un termo y se lo había dado después del entierro, una auténtica bobada, pero había pensado que un detalle tan mínimo la animaría, aunque fuera un poco. Elisa, entonces, se había echado a llorar por primera vez y había abrazado a Helena como no había abrazado a nadie hasta el momento desde que perdiese a su madre.

Sin embargo, el río volvió a su cauce enseguida. Las dos brujas regresaron a su hábitat natural, incluso creyó que ese abrazo se lo había imaginado.



Al día siguiente, con ánimo renovado, Helena terminó las clases de Historia Antigua de esa semana con una gran sonrisa, pues, a pesar de sus miedos hacia Martín, tenía muchas ganas de disfrutar con él durante dos días y medio en su entorno, donde había nacido y se había criado. En Formentera había conocido a sus amigos, pero ahora la situación era diferente porque se presentaba ante ellos como su novia, no como una chica desconocida de la playa.

Martín la recogió a las cuatro en su portal en el maravilloso Audi S5. Cuando Hele se montó en el asiento del copiloto, descubrió una bolsa llena de chokolatinas y gominolas.

—¡Qué bien! —exclamó ella, muy ilusionada.

—No sé lo que te gusta, así que hay un poco de todo.

—¡Me encanta todo! —se arrojó a su cuello y lo besó por todo el rostro, arrancándole carcajadas.

Él sintió un placentero escalofrío ante tal reacción.

—¡Conguitos! —gritó Helena, loca de contenta. Sacó la bolsita de conguitos y la abrió para empezar a degustarla.

Martín volvió a reírse y arrancó.

Durante el largo trayecto, Hele escuchó las múltiples anécdotas que su novio le relató de cuando él y sus amigos eran pequeños hasta que se separaron al entrar en la universidad.

Alcanzaron el chalé de los señores Echevarría, ubicado en una urbanización de lujo a cinco minutos de la ciudad, sobre una colina, a la hora adecuada para ducharse, cambiarse de ropa y prepararse para la cena que tenían planeada con el grupo.

La propiedad la dejó sin aliento. Era una belleza indiscutible de ladrillos claros y ventanas de madera en el exterior. El jardín principal se situaba en un lateral y era otra preciosidad con muchas flores muy bien cuidadas, pues acudía un jardinero una vez al mes para mantenerlo intacto, según le había explicado Martín. En el interior, predominaba una decoración clásica, de muebles antiguos, e imperaban el verde oscuro y el marrón. Un sinfín de cuadros de paisajes poblaban las paredes.

Hacía frío por haber estado cerrada la casa durante un mes, por lo que su novio encendió la calefacción y subió todas las persianas, enseñándole cada estancia. Subieron la escalera que había en el amplio y cuadrado *hall* hacia la segunda y última planta. Atravesaron el único pasillo hasta llegar al fondo, contando cuatro habitaciones a la izquierda y dos a la derecha. Entraron en la última de la derecha, que ofrecía vistas al jardín y a la piscina gracias a la ventana situada al fondo, cubierta por un estor de color beis.

—Mi habitación —anunció él, dejando las dos maletas en el centro, sobre una alfombra redonda.

La alta cama de matrimonio, de madera oscura, se hallaba a la izquierda, con el cabecero acolchado pegado a la pared y dos mesitas de noche a juego a

ambos lados. A la derecha, se encontraba el armario, acorde con el resto del mobiliario, y una puerta por la que se accedía a un baño privado. Lo único que rompía con ese orden digno de un hotel eran los marcos de fotos que se disponían en las paredes y que contaban una historia de izquierda a derecha: los hermanos Echevarría, desde que nacieron hasta que se marcharon a Madrid.

—Mi madre cambió la habitación cuando me mudé a Madrid a estudiar —le reveló Martín. Abrió su equipaje arrodillado en el suelo—. Las fotos las tenía pegadas con celo en las paredes. La primera vez que volví a Logroño, me encontré con que mi madre las había enmarcado y colgado. Fue una sorpresa. Y muy buena. No me lo esperaba —sonrió, nostálgico—. Es muy detallista, le encanta hacer este tipo de cosas.

Helena sonrió. Sofía era genial, ni más ni menos.

El *iPhone* de su novio sonó. Él descolgó. Era Álvaro, uno de sus amigos.

Mientras Martín hablaba por teléfono sentado en la cama, ella se encerró en el servicio con el conjunto que llevaría esa noche: el vestido blanco que le habían regalado sus amigas en su cumpleaños, su cazadora vaquera clara, un fular de color crema con flores diminutas blancas y unas manoleínas a juego con el fular. El traje ya era corto y llamativo de por sí, por eso decidió no hacer caso a Carlota con lo de usar tacones, prefería ir cómoda. Se duchó, se dejó los ondulados cabellos sueltos y se vistió.

Él, tras colgar, también se cambió de ropa. Eligió unos vaqueros oscuros, una camisa blanca por fuera de los pantalones, una americana azul marino y sus *Converse* azules. Esperó a que Helena saliera del baño mientras comprobaba su correo electrónico desde el móvil, por si hubiera algún problema en el trabajo.

Tenía un mensaje de Pedro. Lo leyó y gruñó. Se enfadó consigo mismo por haber sido tan idiota como para haberle contado sus problemas a su hermano. Le había confesado que pensaba darle tiempo a ella en cuanto al sexo porque quería ir despacio y no asustarla. Y Pedro, tan espontáneo y directo como siempre, le había escrito deseándole suerte para el fin de semana en su plan de mantener las manos alejadas de su novia, porque la iba a necesitar. Los dos solos dos noches... Y no habían dormido juntos desde la fiesta de *Echevarría & Co*, es decir, desde que habían hecho el amor por primera y última vez...

Y cuando ella apareció... Dios mío... Ese vestido blanco... ¿No era demasiado ajustado y demasiado sexy? Martín se desesperó. Arrugó la frente. Se puso en pie y se colocó la cinturilla de los vaqueros en un vano intento de ocultar su excitación.

Sí, definitivamente, necesitaba suerte. Le esperaba un fin de semana horrible.

—¿Nos vamos? —sugirió él, encaminándose hacia el pasillo, ni siquiera podía mirarla.

No intercambiaron palabras. Fueron al centro de Logroño en el Audi. Aparcaron en el casco antiguo, en una de las plazas de garaje que tenía la familia Echevarría repartidas por la ciudad. En el bar ya los esperaban sus amigos.

—¡Eche, Eche, Eche! —canturrearon Álvaro, Pablo y Raúl al unísono.

Pero se quedaron boquiabiertos al verlo con Helena. La pareja se rio. Él la tomó de la mano y la condujo hacia ellos.

—Qué calladito te lo tenías —comentó Álvaro con una pícaro sonrisa—. Encantado de volver a verte, Helena. Estás más guapa que en Formentera —la besó en la mejilla.

—Hola —les saludó ella, que besó a todos.

Se acomodaron en torno a una mesa rectangular y pidieron cerveza. Un camarero les ofreció una carta de tapas para cenar.

—¿Qué tal Carlota? —se interesó Pablo, cuyos ojos marrones destilaban siempre diversión—. Me cayó genial.

—Está embarazada —contestó Hele, emocionada por reunirse con los amigos que había conocido en la isla en verano.

—Dale la enhorabuena de nuestra parte —señaló Raúl, el más bajito de todos y el único que llevaba el pelo largo, por debajo de las orejas, y en desbarajuste.

—Mejor se la damos nosotros, ¿no? —sugirió Álvaro—. ¿Por qué no bajamos a Madrid un fin de semana antes de Navidad?

—¡Claro! —exclamó ella—. Y nos reunimos los dos grupos, así recordamos Formentera. Fue un gran viaje. Y así también conocéis a Fran, a Manu y a Jorge.

—¿El marido de Carlota y los novios de Carmen y de Blanca? —adivinó Pablo con una sonrisa.

—Sí —respondió Martín, que rodeó los hombros de su ángel en actitud

protectora, porque los hombres del local la observaban con excesiva fijeza.

Solicitaron la comida al camarero y disfrutaron de una cena distendida y llena de recuerdos, charlando sobre el grupo, en especial sobre Daniel, el futuro novio. Helena participó con una naturalidad que acarició su corazón. Le encantaba que estuviera allí con sus amigos, que formase parte de su vida de Logroño; encajaba a la perfección.

—Me gusta mucho, tío —le dijo Álvaro al salir del bar—. Y parece otra.

—¿En qué la ves tan distinta?

—Será porque no están esas zorras de sus amigas revoloteando a tu alrededor, se la ve relajada y feliz a tu lado. ¿Cómo se llamaban?

—No me las recuerdes... Elisa y Lucía. Tuve unas palabritas con ellas en la boda de Carlota y, que yo sepa, desde entonces, no han vuelto a molestarla.

—Mejor —asintió su rubio amigo—. De verdad que me gusta mucho Helena para ti. No sé, tenéis como una conexión especial.

—Yo también lo creo —sonrió embelesado. Su novia iba delante con Pablo y Raúl—. Es preciosa por fuera y por dentro —suspiró. Sus pulsaciones se habían incrementado una barbaridad—. Me trae loco, joder. Nunca me había pasado con ninguna. Nunca me había sentido así.

—Porque nunca te habías enamorado hasta ahora —le palmeó la espalda—. Por cierto —su expresión cambió—, sabes que viene Laura a la boda, ¿no?

—Sí, lo sé. Ella misma me lo dijo en la fiesta de mi padre hace dos semanas.

—La has visto. ¿Y qué sentiste, después de dos años?

—Sinceramente... —respiró hondo—. Me alegré de no haberle propuesto matrimonio.

—Yo aún me sigo alegrando —masculló Álvaro—. Nunca me gustó Laura.

—Tú tampoco le gustaste a ella —se rio—. Es agua pasada, ni siquiera es una amiga, ya lo sabes.

—Eso espero.

—¿Por qué lo dices? —se preocupó él, ralentizando los pasos.

—Le dijo a Dani que no iba acompañada a la boda porque así tenía tiempo para ponerse al día contigo.

Martín frenó en seco.

—¿Perdona? —desorbitó los ojos—. ¿Cuándo le dijo eso?

—La semana pasada, cuando le llamó para confirmar su asistencia a la boda.

—Joder...

—¿Helena sabe tu historia con Laura?

—Sabe que estuve tres años con ella, pero que no la amaba. Lo que no sabe es que estuve a punto de comprarle un anillo y pedirle que se casara conmigo, cosa que sí sabe Laura porque fui tan imbécil como para hablarlo con ella antes incluso de decidirme a dar el paso.

—Pues espero que Helena nunca lo sepa porque no es precisamente una buena noticia.

—Lo sé. Yo me cabrearía si fuera al revés.

No soportaría el hecho de que su ángel hubiese estado a punto de comprometerse con otro hombre. Los celos lo carcomieron.

Se decantaron por otro bar, el favorito del grupo, con música de los años ochenta y noventa, bolas de colores colgadas del techo y sillones para poder hablar si no les apetecía bailar. Era un local muy antiguo, con las paredes decoradas con carteles metálicos de anuncios clásicos de la historia de la televisión. El propietario, que les conocía, les saludó con cariño, abrazándolos, y les invitó a la primera bebida. Se sentaron en una esquina, cerca de la cristalera que daba a la calle.

—Tal vez, deberías avisarla de que Laura estará en la boda —le susurró Álvaro al oído—. Debería ir prevenida. No me fio de lo que le dijo a Dani con respecto a ti.

Martín arrugó la frente. Tampoco se fiaba. Se inclinó hacia Helena. Su aroma a flores lo aturdió un instante.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Muy bien —contestó ella, sonriendo con timidez—. Y este tipo de música antigua me encanta, muy de tus años, ¿no?

Él enarcó una ceja.

—Espero que con tu comentario malintencionado te refieras a que marcó una época en la música.

—Bueno —bromeó Hele, que comenzó a jugar con las solapas de su chaqueta—, no tienes veintisiete años como yo, sino nueve más.

—¿Me estás llamando viejo? —preguntó con incredulidad.

Helena emitió una sonora carcajada que contagió a los demás. Entonces, en un arrebato de felicidad, ella se levantó y le tendió la mano.

—¿Bailas conmigo o eres demasiado abuelo para hacerlo?

Raúl, Álvaro y Pablo silbaron por su atrevimiento.

—No sabes lo que acabas de decir, enana —siseó Martín, que se quitó la americana, se remangó la camisa en las muñecas y se incorporó.

—Enana por lo bajita que soy a tu lado, no por mi madurez —sus ojos destellaron chispas venenosas.

—Piensa lo que quieras, enana —recalcó con énfasis—. Vas a ver ahora al abuelo que llevo dentro.

La agarró de la mano y se la llevó al centro del local, atestado de gente que danzaba al son de la mítica *Alaska*. Y como todo un experto, la guio con giros, juntándola y apartándola de su cuerpo, acariciando sus curvas de manera intencionada según el ritmo y lo que le sugiriera la música.

Helena se desternillaba de risa. Lo había picado adrede y ahora estaba recibiendo su merecido, pues jamás hubiera imaginado que Martín se moviera tan bien y sin pudor. El baile que habían compartido en Formentera no contaba porque había sido muy sensual, ahora se estaban divirtiendo como dos adolescentes en su primera salida a una discoteca. Solo les faltaba ponerse a saltar como si estuvieran en el mejor concierto de su vida...

Y eso hicieron cuando sus amigos se les unieron al son de *Salta conmigo*. Formaron un círculo entre los cinco y cantaron la letra mientras brincaban.

Un rato después, sudorosa y todavía sin parar las carcajadas, Hele se fue al baño a refrescarse, al fondo del bar, tras un pasillo estrecho. Se deshizo de la cazadora vaquera que aún llevaba y salió del servicio. Su novio la estaba esperando apoyado en la pared, con una pierna flexionada y los brazos cruzados en el pecho. Ella se acercó y, despacio, le enroscó las manos en la nuca. Él rodeó su cintura y posó las palmas abiertas al inicio de su trasero.

—Hola, abuelo —escondió una sonrisa.

—Hola, enana —le rozó la nariz con la suya—. Sigues oliendo a rosas —cerró los ojos—. Siempre a rosas frescas... —gimió, deslizando la nariz por su mandíbula en dirección al cuello—. Siempre...

Helena rezó una plegaria para que no se frenara, como había hecho en las últimas dos semanas.

¡Y no lo hizo!

Martín gruñó de exasperación. Ya no podía más... Rodó con ella, la aplastó contra la pared, atrapando sus nalgas en las manos, y devoró su boca

con un beso indecente y lascivo. Lamió sus labios, succionó su lengua y se frotó contra sus caderas, olvidándose de dónde se hallaban. Helena sollozó de alivio y se abandonó al mejor hombre del universo.

En ese momento, *Cómo te mueves*, del grupo musical *Modestia Aparte*, retumbó en el local. Él se detuvo de golpe al reconocer la canción y la contempló con una violenta mirada de deseo, aunque, más que eso, parecía suplicar...

—Martín... —le retiró el pelo hacia atrás. Ninguno sonreía—. Quiero irme...

—¿A dormir? —pronunció Martín con la voz ronca, impaciente por recibir la respuesta que tanto necesitaba.

—No estoy cansada —temblaba de los nervios.

—Yo, tampoco.

—Quiero hacer otra cosa —le tiró de los mechones sin darse cuenta.

Él jadeó.

—Dímelo, Helena —apretó la mandíbula—, porque yo no haré nada hasta que tú me lo pidas —chasqueó la lengua. No se alejó ni un milímetro. Sus alientos se mezclaban de lo próximas que sus bocas se hallaban—. Tendrás que ser tú.

—Martín... —titubeó—. ¿Tú me...? —tragó saliva—. ¿Lo hice bien? Es que me da la sensación de que te frenas conmigo y pienso que es porque no lo hice bien y... —se sonrojó, atacada de nervios. Le resultaba una tarea ardua sincerarse—. Y quiero que me lo digas porque quiero aprender, porque no quiero que tú...

Martín la besó con dulzura para callarla. Sonrió.

—Eres perfecta, Helena —la besó de nuevo, más prolongado—. Tu cuerpo, tu forma de ser... En la cama me dejaste sin palabras, te lo prometo. No lo hiciste bien, lo hiciste demasiado bien —se le borró la sonrisa—. Te deseo con toda mi alma, puedes estar segura. Y, desde entonces, no he pensado en otra cosa que en hacerte el amor otra vez... Y otra... Y otra... —mordisqueó su labio inferior, soltándolo con sensual lentitud—. Y otra...

—Martín... —gimió. Sus párpados se bajaron, pesados.

—Y, sí, me freno, pero porque no quiero que pienses que solo te quiero para eso, Helena —descansó la frente en la suya y la sujetó por el cuello—. Mírame —su corazón estalló por lo que estaba a punto de confesar—. Mírame —repitió.

Ella lo observó.

—Estoy loco por ti —declaró él al fin, sin apartar los ojos de los suyos, sin poder ocultar el miedo que sentía—. Por eso no he intentado llevarte a la cama, primero quiero conquistarte. Como ya te dije —sonrió con ternura—, eres un ángel, mi ángel —respiró hondo—. Te quiero para siempre conmigo. Te amo, Helena...

Helena se tapó la boca. La amaba... Dios mío...

—Martín... —le temblaban los labios—. No tienes que conquistarme... —las lágrimas inundaron sus mejillas—. Ya soy tuya. Yo también te amo...

Él la abrazó con fuerza.

—Te dije que me quería quemar —le susurró Martín en sus cabellos, donde había enterrado el rostro.

Helena se rio. Se miraron, sosteniéndose ambos por la nuca.

—Y si sigues creyendo que es un sueño —añadió él, antes de besarle la punta de la nariz—, continúa soñando —sonrió con ternura—, que yo velaré tu sueño para que nunca despiertes.

—Así siempre estaremos juntos, mi querido loco.

Más lágrimas de infinita felicidad mojaron su cara, lágrimas que Martín absorbió con sus suaves labios, labios que descendieron hacia su boca, boca a la que veneró con ardientes promesas que no tardaría en cumplir...

## 12

Se despidieron de sus amigos con un gesto de cabeza y se marcharon al chalé, pues Martín no iba a desperdiciar un solo instante tras haberse confesado sus sentimientos.

En cada semáforo en rojo que paraban, se inclinaba para besarla con desesperación, sin frenarse ya. Así llegaron a casa. Al salir del coche, prácticamente corrieron el uno hacia el otro y se fundieron en un abrazo febril, ruidoso por los resoplidos entrecortados que emitían de forma descontrolada, en la misma verja que cercaba la propiedad. Sin preocuparse por los vecinos, embrujados como estaban por el deseo que se suscitaban mutuamente, él le subió el ceñido vestido hasta las caderas y, aplastándole el trasero en las palmas, la levantó hasta que Helena rodeó su cintura con las piernas. Trastabillando y golpeándose con las puertas y con las paredes, incluso con la barandilla de la escalera, alcanzaron el dormitorio en el piso superior y cayeron en la cama con los cuerpos enredados.

Martín necesitaba calmarse, no podía pensar con claridad ni actuar con decencia, pero ella no se lo permitía, sino que lo alteraba aún más retorciéndose debajo de él, curvándose, envolviéndolo y apretándolo con fuerza con sus interminables y suaves piernas, con su exigente boca, que lo estaba condenando al infierno, engulléndole la suya, demostrándose la misma ansiedad que los consumía. Anhelaban saciarse cuanto antes. Los besos eran obscenos. Las manos viajaban por sus cuerpos desordenadas, vibrando ambos de manera enloquecedora. Dos malditos que requerían cuanto antes atiborrarse de pasión...

—No puedo ir despacio... —declaró Martín, casi sin oxígeno en los pulmones, en un tono tan áspero que no se reconoció—. Ahora no. Luego sí,

pero ahora... —bufó como un animal herido y escondió el rostro en su cuello, que lamió como un desnutrido—. Dame un minuto, si quieres que...

—No —tiró de su pelo para que la mirase—. No quiero que vayas despacio.

Estaba deliciosamente ruborizada, con los labios enrojecidos, mojados e hinchados por los besos. Y sus ojos... En ese momento, eran marrones, sin sus características motas verdes; oscuros, velados, afanosos, imploraban... Hermosa solo por él porque Martín había provocado su sensual estado. Se sintió como un rey envidiado por todos porque acababa de conquistar a la más bella de sus súbditas.

—Martín... —le acarició la cara y se proyectó hacia delante para chupar su labio inferior y soltarlo tan despacio entre los dientes que él se mareó—. Hazlo, no importa cómo... —sus incendiadas mejillas se intensificaron en color—. Solo quiero sentirte... Por favor...

Martín no precisó más. Se apoderó de su boca, le introdujo la lengua al instante y arrolló la suya de un modo más que impúdico. Ella lo recibió golosa, reclamando su ración de azúcar mientras le desabotonaba la camisa con torpeza debido a las prisas... mientras él dirigía las manos hacia su cintura y bajaba hasta rozar el borde de sus braguitas, que rasgó sin miramientos, permitiendo que el animal imperase sobre la cordura.

Helena gritó, entre sorprendida y arrebatada, pero no dejaron de besarse ni de desnudarse. Ella, delirando por cuánto ardía su anatomía, por cuánto ambicionaba cobijar en su interior a su caballero ardiente, no se molestó en quitarle la chaqueta ni la camisa, sino que descendió hacia sus vaqueros y desabrochó el cinturón de piel, seguido de los pantalones. Y, con un descaro que jamás creyó poseer, se los retiró junto con los calzoncillos hasta debajo de sus prietas y jugosas nalgas y le hundió los talones en ellas, arqueándose todavía más y arañándole la espalda por encima de la ropa.

—Martín... Por favor...

Martín clavó los ojos en los suyos, la sujetó por la cadera con una mano y, de un fiero empujón, se enterró profundamente en su interior sin perderse el cúmulo de sensaciones que su ángel transmitía a través de su mirada famélica.

Un espasmo los sacudió por igual, impresionándolos y nublándoles la vista y la razón. Un trémulo gemido brotó de ambos.

Completa. Así se sentía Helena. Al fin, completa.

—Helena... —pronunció él en un hilo de voz cuando se retiró despacio

para arremeter de manera lánguida, pero intensa. Sudaba por el esfuerzo que le estaba costando.

—No —adivinó sus pensamientos—. Así no... —sollozó de placer—. Martín...

Martín gruñó, enlazó las manos con las suyas por encima de su cabeza y comenzó un ritmo demencial... Rápido, duro y salvaje. Y ella lo correspondió, encontrándose a mitad de camino, pronunciando los dos sus nombres entre resuellos ahogados.

El éxtasis no tardó en dominarlos por completo. Sus gritos quedaron amortiguados en sus bocas, que unieron en cuanto fueron consumidos por el inexpresable orgasmo que experimentaron.

La soltó para abrazarla, aún unidos y rehilando, porque continuaban deseándose incluso más que antes, pero Hele protestó. Se incorporó y se desnudó entera a manotazos, rápida. A continuación, y bajo la confusa mirada de él, lo obligó a sentarse y lo desnudó también, de la misma manera. Solo entonces ella se acomodó a horcajadas en su regazo y lo ciñó con los brazos y con las piernas, recostando la mejilla en su hombro.

—Así, sí —susurró Helena, henchida de felicidad.

Martín sonrió, enternecido, y la estrechó a su vez. Abrió las sábanas con un brazo para no separarse de ella, se tumbaron en el colchón y se cubrieron para no pasar frío.

De madrugada, Hele se despertó porque notó un movimiento en la cama. Elevó los párpados y vio a su novio andar hacia el baño, desnudo en todo su esplendor y ofreciéndole unas vistas inmejorables de su espalda atlética, de su cintura estrecha, de sus nalgas prietas y de sus piernas esbeltas. Por Dios, pensó, era magnífico... Y suyo, solo suyo. Todavía no se lo creía. Y para corroborar que seguía soñando, se acercó al servicio.

Él estaba refrescándose la nuca en uno de los dos lavabos de mármol beis, a la derecha. La descubrió a través del espejo. Esos ojos castaños se volvieron fuego líquido al contemplarla de la cabeza a los pies. El corazón de Helena se envalentonó, su piel se erizó y su respiración se ralentizó hasta apagarse. De repente, haber dormido dos horas careció de importancia. Tuvo que sujetarse al marco de la puerta. Sus rodillas temblaron por la intensidad de aquella mirada profunda.

—Iba a pedirte perdón por haberte despertado —le dijo Martín al cerrar el grifo—, pero —se giró, sin esconder su excitación, mostrándose sin pudor

ni reparos—, no lo haré...

—¿Ah, no? —no supo cómo logró articular la frase. Tragó saliva, observándolo con un hambre voraz.

—No, angelito —sonrió con malicia y acortó la distancia—. Lo que haré será llevarte a la cama, pero no para contarte un cuento y que te duermas —la levantó, pasando un brazo por detrás de sus rodillas y otro por su espalda—. La boda es mañana a las seis de la tarde —su voz se tornó áspera. Fue hacia el lecho sin apartar los ojos de los suyos—. Quedan muchas horas todavía, ¿no te parece? —la tumbó en el colchón y se acomodó entre sus muslos.

—Sí... —suspiró de manera irregular, quieta, a la espera.

—Dijiste que no me frenase —la rodeó con un brazo por la cintura y descendió con la boca hacia su cuello.

—Sí... —cerró los ojos y se arqueó en cuanto esa boca rozó su tez.

—Ya no lo haré más —la tomó de la nuca, obligándola a observarlo. Sonreía con picardía—. Luego no quiero quejas —escondió una risita perversa.

—¿Piensas corromperme? —le devolvió la sonrisa y le enroscó los brazos en el cuello con lentitud de felina seductora.

—Tengo toda la intención —contestó él en un ronco susurro, deslizando el dedo índice de una mano desde su axila hasta su cadera, irguiéndole la piel adrede.

—Creía que era un angelito. Los angelitos son buenos y se portan bien. La tentación no está hecha para ellos.

—¿Tú crees? —se inclinó hacia su pecho y delineó la areola rosada con la punta de la lengua para, en efecto, tentarla, apenas un levísimo roce.

Y Hele se arqueó. Su cabeza aterrizó en la almohada y su pelvis chocó con la de Martín de manera involuntaria. El jadeo que expulsaron los dos los condenó al abismo. Clavaron los ojos el uno en el otro. Sus cuerpos se calcinaron. Sus miradas se volvieron borrosas. Sus gargantas se secaron. Sus bocas se aplastaron entre lamentos incoherentes.

Y se corrompieron durante horas...

Llegaron a la boda justo unos segundos antes de la entrada de la novia en la iglesia, y sin dormir, pero les mereció la pena. Los dos retrasarían el tiempo para vivir las últimas veinticuatro horas exactamente igual. La falta de sueño no les importó, estaban demasiado inmersos en su burbuja particular

como para molestarse en pensar en ello.

*Eche* se situó en el segundo banco de la derecha con sus amigos porque era uno de los testigos del novio, su clásico traje de pingüino lo atestiguaba. Helena se sentó justo detrás. Una pareja entrada en edad le cedió un sitio al darse cuenta de que era la novia de Martín, para que pudiera estar cerca de él. Y, desde esa posición, se empapó de su atractivo, aunque fuera de espaldas o de perfil, pues a cada minuto él se volteaba y le guiñaba un ojo o le dedicaba una discreta sonrisa. Aunque muchos iban como Martín, con chaleco gris claro, pantalones grises a rayas, camisa blanca, corbata gris, levita negra y brillantes zapatos negros de charol, él era el más guapo con diferencia. Irradiaba un halo especial que la mantenía flotando. No existía un hombre comparable a su caballero andante.

La ceremonia fue emotiva y muy bonita. Helena se enterneció cuando los novios, Daniel y Olivia, se intercambiaron los anillos y las frases correspondientes que los convirtieron en marido y mujer. No pudo evitar imaginarse su propia boda con Martín... ¿Les iría bien juntos hasta el punto de contar con un felices para siempre? Ojalá...

—Volvemos a vernos, Helena —le dijo una voz femenina a su izquierda, tras haber salido del templo con el resto de invitados para esperar a los recién casados y tirarles arroz y pétalos.

Ella se giró y descubrió a Laura Guzmán, vestida también de rojo en esta ocasión, dejando patente su predilección por dicho color y su férrea seguridad en sí misma. Sus cabellos de mechas rubias estaban recogidos en forma de flor ladeada, distinguida. Helena reconoció lo bella que era, lo perfecta que se mostraba en cada evento social.

—Laura —le saludó Hele con súbita rigidez.

Su novio estaba riéndose con Álvaro y con Pablo, a su derecha, los tres tan ensimismados en su propia charla que no se percataron de la nueva presencia. O eso creyó.

—Me sorprende —le comentó Laura con su porte de recta aristocracia y mentón altivo—. Primero, la gala de jubilación de su padre y, ahora, la boda de uno de sus mejores amigos. Vais en serio.

Helena entrelazó las manos en el regazo. Intentó sonreír para demostrar que no se acobardaba, pero no pudo. Por desgracia, esa mujer la apocaba, le hacía sentirse insulsa, poca cosa. Aunque Hele se sentía bien orgullosa del traje azul que había escogido para la celebración y de sus ondas brillantes,

marcadas y sueltas para que bailasen libres y sugerentes por sus hombros y por su espalda, no le valió de nada recordar las palabras de su novio cuando se habían dirigido a la boda, cuando él le había dicho que estaba preciosa. No. No se animó, todo lo contrario.

—No sabía que estarías aquí —cambió Helena de tema y consiguió sonreír.

—¿No te lo ha dicho Martín? —realizó un coqueto mohín en los labios antes de repasárselos del carmín que sacó de su bolsito de piedras rojas a juego con su conjunto—. Martín y yo pertenecemos al mismo grupo de amigos de Logroño. Soy íntima amiga de la novia. De hecho, gracias a Dani y a Oli, Martín y yo fuimos novios. Les debemos mucho.

Genial, pensó ella con ironía, lo que le faltaba...

—Pero eso es pasado —añadió Laura, posando una mano en su brazo y apretándoselo con suavidad. Sonrió—. Aunque Oli es mi fan número uno, le caerás muy bien, estoy segura. Y, si tienes algún problema con ella, no dudes en acudir a mí, ¿de acuerdo? Aprecio mucho a Martín y, por consiguiente, todo lo que esté relacionado con él, incluida tú —se irguió—. Mira, ya salen los novios. Luego nos vemos, Helena. Como siempre, un placer —se perdió entre la muchedumbre.

Daniel y Olivia salieron de la iglesia y los invitados, entre vítores, les lanzaron el arroz y los pétalos. A ella se le escurrió de las manos. Se abrazó a sí misma para mitigar un escalofrío. Eran dos las ocasiones en que había coincidido con esa mujer y la segunda vez que le recordaba su relación pasada. ¿Qué pretendía?

Entonces, Martín la rodeó por los hombros, sonriendo, se inclinó y la besó en la punta de la nariz. A continuación, se acercó a su oído:

—¿Estoy loco por imaginarnos en el lugar de los novios?

Helena experimentó una inmensa liberación al escucharle. Y, de un arrebato, se impulsó, le envolvió el cuello con los brazos y lo besó en los labios.

—Si tú estás loco, yo, también —sonrió, deslumbrante.

—Buena respuesta, mi preciosa maldita.

—Buena pregunta, mi querido loco.

Se besaron de nuevo, tiernos y cariñosos.

Gracias a ese gesto y a esa cuestión planteada, tan sencillos ambos, pero cargados de un amor sincero, el más puro que ella había recibido nunca, se

olvidó de Laura.

Y agradeció en silencio que no estuviera en su misma mesa en el banquete. La vieron en el cóctel, se acercó enseguida a saludar al grupo de amigos de Martín, también a él, pero este se mantuvo frío y distante, aunque sin perder la educación ni la cortesía. Helena lo apreció tenso, más de lo normal, una actitud que la asombró y la alegró a partes iguales. Excepto por eso, el resto de la boda fue muy divertida y sentimental.

Por su parte, Martín procuraba no pensar porque, si lo hacía, acabaría tomando a Laura del brazo, apartándola y exigiéndole explicaciones. La había escuchado cuando había hablado con su ángel. ¿Por qué le recordaba su noviazgo ya acabado hacía más de dos años? No obstante, se decantó por ignorarla para no dar pie a chismes. Todos los invitados, sin excluir a nadie, lo conocían y sabían de su relación pasada con ella gracias a la prensa.

Para evadirse, sacó a su ángel a bailar el vals de los novios. La guio con presteza por la pista junto al resto de las parejas que se habían atrevido a acompañar a Dani y a Olivia. Tenerla entre sus brazos lo condujo derecho hacia las estrellas...

El resto de la noche, no se separó de Helena, incluso la escoltaba al baño cuando lo necesitaba. Ella se reía y aceptaba, encantada. Bailaron mucho, hasta que Hele no pudo más y se acomodó en una de las sillas que cercaban la pista. Él se sentó a su lado, la cogió por los tobillos, se los colocó en sus piernas, le quitó los tacones y comenzó a masajearle las plantas de los pies.

—Parece que todo lo haces bien —musitó ella con sonrisa pícar—. Aunque no deberías hacer esto.

—¿Por qué? —le devolvió el gesto.

—Porque ahora te lo exigiré todas las noches, y pobre de ti, querido loco, si te niegas.

—¿Qué me harás? —ladeó la cabeza.

—No te dejaré dormir... —se sonrojó y se mordió el labio inferior.

—Que Dios me asista —realizó una mueca cómica.

Los dos soltaron una carcajada.

El clásico popurrí *Bamboleo*, de *Raya Real*, los interrumpió. Helena se levantó de un salto y, descalza, meneó su esqueleto con Álvaro, Raúl y Pablo al son de la rumba. Martín no apartó sus ojos de ella, inclinado sobre los codos y bebiendo a sorbos el *gin tonic* que tenía en las manos,

disfrutando de la escena y de la copa. Sonrió. Helena de Troya era preciosa y, lo más importante, era suya y se sentía tan orgulloso de ello que su pecho se hinchó sin pretenderlo. Era buena, simpática, sencilla en el trato, se relacionaba con cualquier persona y siempre contaba con un tema de conversación. Era perfecta.

—¿No te animas? —le dijo ella, que se acercó despacio a él, subiéndose el borde del vestido al ritmo, insinuándose con una sonrisa traviesa.

Martín se incendió ante tal visión.

—Creo que esta canción es de tu época, ¿no, abuelo? —añadió Hele, que se echó a reír al ver la expresión de incredulidad que se le quedó a su novio.

Él se incorporó, le clavó una mirada vidriosa, pero decidida, apuró el *gin tonic*, dejó los tacones en una silla y la copa vacía en otra y se aproximó. Ella se tapó la boca, ahogando más carcajadas, y reculó de nuevo hacia la pista. Ni sus amigos ni algunos invitados perdían detalle de la escena, pero Martín solo tenía ojos para su ángel bromista.

—Así que soy un abuelo, ¿eh? —la tomó de una mano y tiró hasta que Helena se chocó contra su pecho.

—¡Ay! —exclamó Hele, sonriendo, radiante—. Cuidado con los esfuerzos, que no creo que a tu edad sean buenos.

Él gruñó, entre lujurioso por estrecharla entre sus brazos e irritado por el comentario.

—Luego te va a enseñar este abuelo lo muy en forma que está, enana.

Álvaro, Raúl y Pablo silbaron.

—¡Así se dice, tigre! —profirió Daniel, que acababa de unirse al grupo.

—Ya, ya... —desestimó ella con un aspaviento. Se separó y continuó bailando, de espaldas y contoneando las caderas con descaro. Giró la cara y lo observó por encima del hombro—. Mucho ruido y pocas nueces...

Sus cuatro amigos silbaron entre carcajadas. Martín, en cambio, entreabrió los labios, pasmado por su atrevimiento y notando cómo su excitación aumentaba sin parangón, tanto por los osados movimientos de su ángel como por el sentido de sus palabras. Entonces, acortó la distancia, la agarró del brazo, la giró, la pegó a su cuerpo y se apoderó de su boca con un ímpetu violento, sujetándole la nuca con la otra mano para que no se escapase.

Los aplausos y los vítores a su alrededor crecieron. Él terminó el beso de golpe, más enfadado que hacía dos segundos, pero porque ansiaba reclamarla de manera insoportable y lo que necesitaba era amarla contra una

pared salvajemente, demostrarle que los nueve años que existían de diferencia entre ambos no significaban nada... ¿o sí?

Los ojos de Martín brillaban de forma tan oscura e hipnótica que a Helena se le aflojaron las piernas. No sonreía. Ella, tampoco. Ese beso había reemplazado las bromas por un deseo arrollador en cuestión de un instante. Y no solo era deseo lo que apreciaba Hele en esa intensa mirada, sino también miedo...

—Martín, ¿qué...? —comenzó Hele.

—¿Te molesta?

Ella arrugó la frente.

—No sé a qué...

Él la cortó, llevándosela a un rincón apartado, lejos de cotillas.

—¿Te molesta que sea mayor que tú? —pronunció Martín en voz baja. Observaba el suelo, no a ella, aterrado, de repente, porque aquello supusiera un problema en su relación—. Detrás de una broma siempre hay un poco de verdad... —agregó en un susurro, transmitiendo inseguridad.

Helena sonrió, deshecha en ternura. Le acarició el rostro, obligándolo a mirarla. Se puso de puntillas y lo besó en los labios, prolongada, delicada... Él se estremeció. Apenas fue un roce, pero lo dejó tiritando.

—Me encantas tú, Martín —respondió con una dulzura increíble, enredando los dedos en su pelo y atrayéndolo hacia ella—. Todo de ti...

Martín la besó. No requería más. *Me encantas tú, Martín, todo de ti...* Aquella frase había sido suficiente para ahuyentar sus temores. La envolvió entre sus brazos, la alzó un par de centímetros del suelo y la apoyó contra la pared con cuidado, apreciando sus curvas, pero, sobre todo, sintiendo que su corazón volaba lejos junto al de ella.

—Te amo, Helena.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Los de él la deslumbraron de amor.

—Y yo a ti... —tragó. Cerró los párpados y se abrazaron.

*Marvin Gaye* los devolvió al presente. Martín la bajó al suelo, la condujo hacia la pista, la rodeó por la cintura y la instó a que le pisase los zapatos. Helena sonrió, ruborizada, se colgó de su nuca y se recostó en su pecho. Y así, con su ángel sobre sus pies, Martín la llevó al ritmo de la canción. Álvaro le guiñó un ojo y asintió, diciéndole sin palabras lo feliz que era por él.

Se lo pasaron muy bien. Se rieron mucho. Estaban agotados por no haber dormido, pero eso no les impidió disfrutar con sus amigos de la celebración. Fue una noche mágica para los dos, especial.

Casi amanecía cuando se marcharon a casa. Ella cerró los ojos en el taxi y se dejó arrastrar por Morfeo. Él la cargó hasta la cama. La desnudó y la cubrió con las sábanas. Se desprendió de su ropa y, en calzoncillos, se tumbó a su lado. Helena, emitiendo incoherencias, se hizo un ovillo buscando su calor.

Al día siguiente, se despertaron tarde y sin hambre, por lo que decidieron partir hacia Madrid en cuanto recogieron sus pertenencias. Alcanzaron la ciudad pasadas las dos de la madrugada. Martín la acompañó hasta el portal, la besó y se fue, aunque con un pinchazo en el pecho que no le auguraba nada bueno. Odiaba dejarla en casa y tener que irse a la suya solo, pero tampoco la quería asustar proponiéndole vivir juntos cuando llevaban un par de meses de relación. Quizás era eso, pensó él, pero no muy convencido. Un extraño presentimiento se anidó en su interior.



El viernes, cinco minutos antes de terminar su jornada laboral, la decana de la universidad, Susana, se presentó en el despacho de Helena junto a un hombre de unos treinta y muchos años, moreno, de ojos azules, delgado y atractivo. Vestía de manera informal: zapatillas de ante, vaqueros, camisa y jersey, y llevaba gafas de diseño. Desprendía, además, un aura que ella no supo calificar de buena o mala porque su mirada era oscura y su porte imponía, tal vez porque era muy alto y muy serio, a juzgar por su entrecejo fruncido. ¿Se trataba de un nuevo profesor?, ¿un alumno tardío?

—Hola, Helena, querida —la saludó Susana, una mujer de sesenta años, bajita, rellena en la tripa, siempre subida en tacones de diez centímetros, rostro amable, de negros cabellos cortos y de cálidos ojos marrones—. Necesito que conozcas a alguien —tomó del brazo al desconocido—. Guillermo Ruiz, Helena Amaya.

El hombre se acercó y le tendió la mano. Helena se incorporó de la silla y aceptó el gesto.

—Es un placer, señorita Amaya —dijo Guillermo sin variar su

enigmática expresión.

—Igualmente, pero solo Helena.

—Será tu ayudante el resto del curso —añadió la decana con una sonrisa inmensa—. Empieza la semana que viene, pero ha querido acercarse hoy para conocerte antes.

Ella entreabrió los labios. ¿Ayudante?

—Creía que este año estaría sola, Susana. Eso fue lo que me dijiste en agosto.

—Guillermo, perdona —señaló Susana, acompañando al desconocido hacia la puerta—, ¿te importaría esperarme fuera, por favor?

—Claro, no hay problema —sonrió, aunque solo por cortesía y durante un segundo, y salió de la estancia.

Helena se cruzó de brazos. La decana se había portado siempre con ella como una segunda madre. Habían congeniado desde su primer día como universitaria, pues Susana conocía a sus padres, habían trabajado juntos muchos años. Era como de la familia y la confianza entre ambas se masticaba.

—¿Desde cuándo tengo un ayudante? —inquirió Hele, molesta—. ¿Por qué no me has avisado? Además, el curso ya empezó hace casi dos meses.

—Lo siento, cariño —la cogió de las manos y se las apretó con suavidad. Su semblante se cruzó—. Guillermo viene de arriba.

—¿Cómo que de arriba?

—Es amigo del director y ha donado una suma bastante cuantiosa a la universidad para trabajar un tiempo aquí contigo.

—¿Conmigo? —arrugó la frente—. No lo he visto en mi vida. ¿De qué me conoce?

—Le interesa mucho la Historia. Tienes muy buena reputación, querida, aunque seas demasiado modesta para reconocerlo. El director le habló de ti. Después de todo —sonrió—, fuiste la mejor tesis de doctorado de tu promoción.

Helena se sonrojó por el halago y desvió los ojos.

—El caso es que no nos podemos negar —señaló la decana, y chasqueó la lengua—. Piensa que un ayudante te vendrá bien y podrá quitarte carga de trabajo. Solo será hasta junio. Dale una oportunidad —le guiñó un ojo—. Y serás la jefa de alguien, ¿no te hace ilusión? Muchos de tu edad querrían estar en tu situación, créeme.

—Ha pagado por estar aquí, Susana. Si no le hace falta el dinero, es

decir, un sueldo, y no es un recién licenciado, porque roza los cuarenta, ¿qué pinta siendo el ayudante de una chica de veintisiete años? No lo entiendo.

—Yo, tampoco, pero, lo dicho, órdenes de arriba —la besó en la mejilla—. ¿Qué tal si le enseñas las instalaciones y le cuentas cómo trabajas?

—Mejor el lunes. He quedado con Martín. Ya me estará esperando en la calle.

La decana la volvió a besar en la cara, asintió y se fue. Helena cogió su bolso bandolera de piel marrón, se ajustó su chaqueta de cuero a juego y salió del despacho cerrando con llave. En cuanto se volvió, jadeó por el susto que se llevó al ver a Guillermo Ruiz apoyado en la pared de enfrente. La observaba de los pies a la cabeza con los ojos entornados, incomodándola.

Ella carraspeó.

—¿Querías algo?

El desconocido se incorporó y acortó la distancia.

—Solo disculparme de antemano, Helena. Es obvio que no sabías nada de un ayudante ni lo quieres. No te molestaré y haré cuanto me pidas. Son unos meses, nada más.

—No es que no quiera un ayudante, la verdad es que me vendría bien, hay semanas que estoy desbordada, pero no entiendo algunas cosas.

—Dímelas.

—¿A qué te dedicas?

—A viajar.

Vaya... Aquella respuesta no se la esperaba.

—Tengo mucho dinero —aclaró Guillermo, que profundizó su ceño fruncido—. Y lo he invertido siempre en investigaciones u organizaciones sin ánimo de lucro que me interesan. Para eso viajo y leo mucho desde hace años. Estudié Humanidades para adquirir más cultura, por hobby —se encogió de hombros—. No me hace falta trabajar, estoy aquí por mí mismo. He oído hablar muy bien de ti. El director es un gran amigo de mi familia y me pasó una copia de tu tesis doctoral sabiendo lo que me apasiona la Historia. Me gustó y he querido conocerte. Se me ocurrió trabajar contigo un curso académico.

—Te aburres mucho, ¿eh?

Entonces, el desconocido desplegó los labios mostrando una dentadura perfecta en una sonrisa verdadera que esfumó la oscuridad que transmitía.

—Digamos que necesito un cambio en mi vida y pensé que esto podría

ser —agregó Guillermo—, pero lo último que quiero es crearte un problema. Independientemente del director y de lo que te acabo de decir, si tú no me quieres contigo, me iré.

Helena permaneció callada, asimilando sus palabras. Había algo en ese hombre de lo que desconfiaba, pero había algo en él que no le disgustaba. ¿Y quién era ella para negarle un sueño a alguien?

—No te preocupes —accedió Hele con una tímida sonrisa. Caminó hacia la escalera—. Nos vemos el lunes.

—¿Te vas? Te acompaño y así me cuentas tus horarios.

—Claro.

Se dirigieron a la salida principal, a la fachada del edificio, mientras le hablaba sobre las clases. Su ayudante resultó ser otro caballero de educación intachable. Todas las puertas que cruzaron, se las abría y le permitía primero el paso.

Al acceder a la calle, Martín, recostado en su moto con los cascos uno en cada brazo, la vio y fue hacia ella, aunque arrugando la frente más a cada segundo. ¿Quién era ese tipo estirado que la acompañaba?, pensó él, celoso perdido, de repente. No le gustó un ápice lo juntos que estaban. El caso era que le sonaba su cara, pero no acertaba a adivinar de qué.

—El lunes quedamos a las ocho y media y te explico todo, ¿de acuerdo? —le dijo Hele al desconocido—. La primera clase es a las diez, hay tiempo de sobra para ponerte al día.

—Gracias, Helena.

—Hola —masculló Martín.

—¡Hola! —exclamó ella. Le dedicó una sonrisa tan bonita y brillante que a él se le incrementaron las pulsaciones—. Martín, te presento a Guillermo, mi nuevo ayudante. Guillermo, este es Martín, mi...

—Martín Echevarría —la interrumpió Guillermo—. Te conozco. El imperio *Echevarría & Co*. Todas las mujeres de mi familia son fanáticas de tus productos —le tendió la mano—. Es un placer.

—El placer es mío —contestó él, estrechándosela, pero sin sonreír. También lo conocía, ya sabía de qué—. Y tú eres Guillermo Ruiz, el explorador, ¿me equivoco?

Guillermo asintió con cierta frialdad. La prensa lo tachaba, en efecto, de frío y distante. ¿Qué pintaba un famoso explorador multimillonario de treinta y nueve años y soltero convertido en ayudante de una doctora de Historia

Antigua, su novia, para su mayor inconveniente?

A Hele, por su parte, le extrañó la reacción de Martín. ¿Estaba enfadado?

—Es tarde, nos vamos —la instó su novio.

—Hasta el lunes, Guillermo.

—Hasta el lunes, Helena —permaneció quieto, contemplando cómo se marchaban.

Martín no le quitó ojo hasta que se incorporó al tráfico. Fueron a casa de Helena. Él había trabajado duro esa semana para contar con la tarde del viernes libre. Entraron en el apartamento.

—¿Estás bien? —se interesó ella al colgar la chaqueta en el perchero—. ¿Has tenido algún problema en la oficina?

—¿Cuándo pensabas decirme que tenías un ayudante? —inquirió Martín, conteniendo la rabia—, ¿y que ese ayudante es Guillermo Ruiz?

Helena arqueó las cejas, pasmada por el tono tan seco que empleaba.

—Me acabo de enterar. Cinco minutos antes de salir del despacho, Susana se presentó con él. Y no me puedo negar. Es amigo del director y ha donado una suma de dinero bastante grande para trabajar conmigo.

—¿Para trabajar contigo? —él entrecerró la mirada—. ¿Ya lo conocías?

—Es la primera vez que lo veo en mi vida.

—No me lo creo —bufó Martín, indignado y ruborizado. Ardía en celos—. ¿Tú, una apasionada de la Historia, no sabes quién es Guillermo Ruiz?

—Pues no —arrugó la frente y colocó las manos en las caderas—. ¿Qué te pasa?

—Es multimillonario, Helena —gesticuló mientras hablaba, apretando la mandíbula para controlarse—. ¿Qué hace siendo tu ayudante? ¿Cuál es el sueldo de un ayudante de doctor?

—Cero. Yo fui ayudante el tiempo que duró mi doctorado y no cobré nada.

Él sacó su *iPhone* del bolsillo del pantalón del traje, no se había cambiado de ropa al terminar en el laboratorio para no perder un minuto de verla, y buscó en *Google* al explorador. Lo que encontró se lo enseñó y Hele, atónita, leyó sin parpadear.

—Pues sí que es famoso... —musitó ella, alucinada—. No tenía ni idea.

En efecto, Guillermo Ruiz era un explorador famoso, aunque más que explorador se trataba de un hombre muy rico interesado en cualquier

descubrimiento arqueológico de cualquier parte del mundo. Llevaba, desde su mayoría de edad, viajando e invirtiendo su dinero en investigaciones en las que participaba como un rastreador más.

—Me cuesta creerlo —insistió Martín, cruzado de brazos.

Helena le devolvió el móvil y lo miró, seria.

—¿Cuál es tu problema? —inquirió ella. Empezó a enfadarse—. ¿Estás celoso?

Aquella pregunta estalló su autocontrol. Los celos eran malos, muy malos, consejeros...

—¿Yo, celoso? No me hagas reír... —bufó él, irguiéndose—. Eso son cosas de críos. ¿Y por qué debería estar celoso? —Se inclinó—. ¿Tengo motivos para estarlo?

Helena se sobresaltó. ¿A qué venía eso?

—¿Sabes qué, Martín? Lo mejor será que te vayas y vuelvas cuando te hayas tranquilizado.

Su novio se quedó boquiabierto unos segundos hasta que reaccionó:

—He estado toda la semana trabajando más de lo habitual para tener la tarde libre de hoy y estar contigo, y primero —enumeró con los dedos, la rabia lo cegaba—, me entero de lo de tu supuesto ayudante —recalcó adrede—, y, ahora, me echas de tu casa. Genial, Helena —abrió la puerta—. Tienes razón, lo mejor será que me vaya, pero ya veremos si vuelvo.

Y se fue, dando un portazo.

# 13

Helena no daba crédito. Estuvo un rato en la misma postura, clavada al suelo. La había llamado inmadura, no se había creído lo del ayudante, la había amenazado con que a lo mejor no se volvían a ver y se había marchado... Y ahora, ¿qué debía hacer ella?, ¿ir a buscarlo?, ¿pedirle perdón?, ¿solucionar la discusión? ¡Pero si ni siquiera sabía por qué se habían peleado!

Su teléfono vibró y sonó en su bolso. Automata, lo sacó y descolgó.

—¿Sí?

— *¿Estás bien, Hele?* —se preocupó Carlota a través de la línea.

—Sí, ¿por qué?

— *Bueno... Habíamos quedado para cenar esta noche los cuatro y Martín le acaba de enviar un mensaje a Fran diciendo que él no viene, pero que luego va a tomar unas copas con los amigos del cole mayor, que si se apunta. A mí no me ha incluido, así que deducimos que es solo chicos. ¿Ha pasado algo entre vosotros?*

Hele entornó la mirada. ¿Esas tenía Martín? Perfecto.

—Absolutamente nada, Carlo. Iba a llamarte justo ahora para que cambiemos la cena a solo chicas, ¿te parece bien? ¿Llamamos a Carmen y a Blanca? Hace mucho que no cotilleamos —sonrió con fría serenidad—. Y ya puestas, podíamos salir también a tomarnos algo, aunque sea sin alcohol por tu embarazo, ¿qué me dices?

Su amiga permaneció unos segundos callada.

— *¿Estás segura de que todo va bien, Hele? Desde que Martín volvió de Logroño en agosto no os habéis separado, pero hoy, sí.*

A Carlota no la podía engañar, pero se contuvo. Lo último que necesitaba era hablar del tema porque entonces su enfado pasaría de enorme a colosal.

—Todo bien, tranquila, pero de verdad que me apetece plan de amigas, ¿a ti no?

— *Vale* —contestó en un tono nada convincente—. *Yo me encargo de todo. ¿Quedamos en mi casa a las nueve?*

—Claro. Allí nos veremos.

Sin embargo, a pesar de no haberle contado nada a Carlo todavía, su enfado, en efecto, pasó de enorme a colosal. Martín acababa de mostrar su verdadera cara: después de una discusión con su supuesta novia, en lugar de arreglarlo, decidía quedar con sus amigos y cancelar los planes con ella, pero sin avisarla. Maravilloso. Eso era un hombre maduro.

Se marchó de compras en busca del vestido idóneo para su noche de soltera. Y lo encontró. Era muy corto, de seda, ajustado, manga larga y estrecha, escote en uve en la espalda y de color negro. Sencillo, pero llamativo. Justo lo que precisaba. Lo combinaría con su chaqueta de piel y hebillas gris oscura estilo motero y con unos zapatos de salón negros y tacón alto. Y se rizaría el pelo, ¡eso seguro!

A la hora acordada, un taxi la llevó a casa de su mejor amiga.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Carmen, al verla descender del coche—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga Helena? —la agarró del brazo y la repasó con descaro a través de sus risueños ojos azules—. ¡Estás cañón!

Ella, cohibida, se sonrojó y sonrió. Besó en la mejilla a sus dos amigas, pues Blanca también estaba ahí, esperando en la calle a Carlota.

—Será el amor —suspiró Blanca, retirándose un mechón negro detrás de su oreja—. O no —añadió como si le leyera el pensamiento.

Helena arrugó la frente como respuesta.

—Lo sabía —murmuró Carlota, que se reunió con ellas en ese momento—. Habéis discutido, no lo niegues más —colocó los puños en la cintura. Aunque su cuerpo aún no presentaba signos de embarazo, su cara sí transmitía cansancio, pero estaba preciosa igualmente—. Suelta por esa boquita, guapa. De aquí no nos movemos hasta que no lo hagas. Y más te vale no contradecirme, que no sabes de lo que son capaces mis hormonas.

—¿Quién ha discutido? —quiso saber Carmen. Frunció el ceño—. ¿Martín y tú?

—Helena —la instó Blanca, cogiéndola de la otra mano—. ¿Qué ha pasado?

Hele se soltó con brusquedad y se irguió.

—No ha pasado nada. Tus hormonas pueden estar tranquilas, Carlo. Y vámonos, que tengo hambre —se giró y emprendió la marcha hacia la derecha.

—Es por aquí —la frenó Carlota, aguantándose la risa. Señaló con la cabeza en dirección contraria a ella, hacia la izquierda.

El camino al restaurante fue silencioso, excepto por los constantes cuchicheos de sus amigas. No pudo entender nada de lo que decían porque caminó un metro por delante para que no la interrogaran. Sin embargo, en la cena no pudo escaquearse.

Cuando llevaba su tercera copa de vino sin apenas haber probado bocado, Carmen la sujetó de la muñeca.

—Dinos qué ha pasado, Hele, por favor —le pidió con suavidad—. Tú no tomas más de dos copas de vino y jamás te vestes tan provocativa como hoy. Estás genial, no me malinterpretes, pero tú no eres así.

—Sí —convino Blanca, que cruzó los brazos encima de la mesa—, estoy de acuerdo. Estás guapísima, Hele —sonrió—, de hecho, deberías vestir así más a menudo, pero estoy con Carmen, ¿qué ha pasado con Martín? Es evidente que un hombre es la causa de que una mujer, de repente, se suelte la melena —adoptó una actitud seria—. ¿Qué te ha hecho?

Helena respiró hondo. Y les relató lo ocurrido, pues era más que evidente que no la dejarían en paz hasta que se lo contara.

Sus tres amigas sonrieron cuando terminó de hablar.

—Estos hombres... —musitó Blanca—. Martín está muerto de celos y ha actuado como lo hace un niño miedoso. No se lo tengas en cuenta —realizó un ademán para restar importancia.

—Sus celos son buenos —comentó Carmen con su característica dulzura—. Eso demuestra que te quiere.

—¿Ah, sí? Eso demuestra que no confía en mí —inquirió Hele—. Ha cancelado un plan que tenía conmigo sin avisarme, me he enterado por Carlo, y encima me amenaza con que a lo mejor no vuelve a verme —resopló—. Reconozco que me he vestido así por él, aunque no me vea.

—Te has sentido insegura —adivinó Carmen, grave.

—Pues sí —se le formó un nudo en la garganta—. ¿Discutimos y en vez de arreglarlo prefiere quedar con sus amigos y dejarme plantada? —tragó—. No es mi culpa que me hayan puesto un ayudante. No conocía a Guillermo Ruiz. No sabía quién era, hasta hoy —clavó los ojos acusos en el mantel—. Yo he tenido que soportar las cosas que me ha dicho Laura sobre Martín y no

le he montado una escenita de celos, he confiado en él.

Sus tres amigas la observaron en silencio, permitiendo que se desahogara.

—Claro que me he sentido insegura —continuó Helena, retorciéndose los dedos en el regazo—, ¿cómo no voy a sentirme insegura si llevamos solo tres meses juntos, tenemos nuestra primera discusión y su reacción es largarse? —el enfado cedió paso a los remordimientos—. Quizás no he hecho bien al decirle que se marchara y que volviera cuando se tranquilizara —suspiró con angustia—. Es mi culpa... Si no le hubiera echado, él no se habría ido —agachó la cabeza—. La cría soy yo, no él.

—No, Hele —negó Carmen. Chasqueó la lengua—. Tú no tienes la culpa de nada. Y Martín tampoco. Se ha dejado llevar por los celos, como es normal en alguien enamorado. Son cosas que pasan. Solo es una discusión. Os arreglaréis.

—Lo he fastidiado...

—Bueno, ya es suficiente —anunció Carlota, tajante—. Es cierto que no hiciste bien al decirle que se fuera porque las cosas se hablan, Helena, te lo hemos dicho miles de veces. Y Martín tampoco ha actuado bien. Lo ha hecho movido por el calentón de los celos, sí, pero —levantó una mano para recalcar— una cosa es marcharse enfadado y otra muy distinta es cambiarte por sus amigos, ¡vamos, hombre! —suspiró con fuerza—. Me encanta Martín para ti, Helena, creo que es el hombre de tu vida, tu caballero andante —sonrió, pero al instante su rostro reflejó indignación—, pero, lo siento, yo no haría lo que ha hecho él. Si necesitara desahogarme, os llamaría a vosotras y pegaría cuatro gritos para quedarme a gusto, pero no saldría de fiesta por el simple hecho de castigar a Fran, que es justo lo que está haciendo Martín. Por favor... —bufó—, que Fran es mi marido y es a quien ha recurrido. Vale que Fran es su amigo, pero yo soy tu amiga, Helena, y él sabía perfectamente que yo te llamaría para contarte sus nuevos planes, es decir, que tú te enterarías —arqueó las cejas—. Más claro, agua.

—Lo de las hormonas va en serio, ¿eh, Carlo? Cualquiera se mete contigo ahora... —bromeó Blanca, arrancándoles carcajadas a todas.

—¿Y sabéis qué? —agregó Carlota, inclinándose—. Martín debería verte esta noche —la repasó con los ojos entrecerrados—. Hay que darle un escarmiento —arrugó la frente—. ¿Qué me decís, niñas? Solo tengo que llamar a Fran para saber dónde están. Créeme, Helenita —sonrió, maliciosa

—, se va a quedar de piedra cuando te vea vestida así. Y, entonces, se arrepentirá de haberte cambiado por sus amigos. La próxima vez pensará antes de actuar.

Las cuatro se observaron con la misma sonrisa maliciosa.

—¿Y bien, Hele?

Ella entornó la mirada. Asintió.

—¡Bien! —exclamaron sus tres amigas al unísono.



Los celos, en efecto, eran malos consejeros. Lo que Martín más deseaba era estar con su ángel en ese momento, no tomándose unas copas con sus amigos en un rincón de la zona VIP de una discoteca abarrotada de gente. Y la culpa era suya.

—Te estás arrepintiendo —afirmó Francisco, sentado a su derecha en el sillón.

Sus otros amigos, Miguel y Carlos, estaban en la pista con dos chicas que acababan de conocer hacía unos minutos. Eran solteros, al contrario que él. Bueno, seguía teniendo novia... ¿o no?

—No sé de qué me hablas —mintió Martín, antes de dar un trago al *gin tonic* que se estaba bebiendo.

—Sí lo sabes, tío —le dedicó una sonrisa ladeada—. Te estás arrepintiendo de no estar ahora mismo con Helena. El orgullo es una mierda, saca lo peor de nosotros.

Extrajo su *iPhone* del bolsillo delantero de los vaqueros y lo ojeó por enésima vez.

Nada.

Cero llamadas. Cero mensajes. Cero *whatsapps*.

Suspiró. Apoyó los codos en las rodillas, proyectándose hacia delante, y dejó caer la cabeza.

—Creo que la he jodido, Fran.

—Solo es una discusión.

—Le he dicho que a lo mejor no volvía —se restregó la cara con una mano—. No lo sentía de verdad... —resopló.

—Todos decimos cosas en caliente que no sentimos. ¿Por qué no la

llamas?

¿Por qué no la había llamado ni le había escrito un mensaje pidiéndole perdón? Porque su amigo tenía razón: su orgullo se lo había impedido. Al principio, cuando se había marchado de casa de Helena, lo había hecho con la barbilla bien alta y creyendo, ingenuo, que ella iría detrás, pero al llegar a su apartamento y descubrir que no lo había detenido ni había intentado contactar con él, se había enfadado tanto que había telefoneado a Fran. Y el cabreo se había incrementado al pasar las horas y continuar sin noticias suyas. En cambio, ahora no había rastro de su orgullo. Estaba por los suelos. La echaba tanto de menos...

—Tengo que irme —se levantó. No podía permanecer un segundo más sin ella.

—Te acompaño fuera —le dijo su amigo, que apuró su copa y la dejó en la mesita donde tenían la botella de *Hendrick's*, los refrescos y los hielos—, así me despejo un poco.

Martín lo siguió. Atravesaron la pista. Al fondo, torcieron a la derecha para subir la pequeña escalera que conducía a la puerta de la discoteca, apenas ocho escalones anchos. Sin embargo, antes de poner un pie en el primer escalón, se chocó con una chica.

—Perdón —expresaron los dos a la par.

Martín la sujetó del brazo para evitar que se cayera. Entonces, un penetrante aroma a rosas frescas recién cortadas le nubló los sentidos.

No podía ser...

Sus ojos se fijaron en los pies de la desconocida, enfundados en unos elegantes zapatos de tacón negros, ascendieron por unas increíbles piernas, esbeltas y larguísimas, demasiado familiares... Continuaron por un vestido de seda negro que se pegaba a su piel como un guante. Su corazón le golpeó el pecho con fuerza ante esas impresionantes curvas donde anhelaba perderse hasta el fin de sus días... Una chaqueta corta de cuero la resguardaba del frío otoñal y acentuaba su exquisita cintura. Al alcanzar su rostro, él ya no respiraba.

—Martín... —pronunció la voz celestial de su ángel.

Pero a Martín se le atascaron las palabras en la garganta. Se quedó embobado en el intenso brillo de su preciosa mirada. ¿Cómo había sido tan estúpido como para enfadarse con ella, marcharse de su casa y cancelar su cita? ¿Cómo había sido tan estúpido?

Entonces, Helena entrecerró sus ojos y se apartó con brusquedad. Carmen y Blanca aparecieron como sus escoltas, la agarraron y se la llevaron hacia el interior del local, aunque ella se lo permitió, lo que significaba que no quería verlo. Y con razón.

—¡Helena, espe...! —comenzó él, pero Carlota se interpuso en su camino.

—Helena está con nosotras —lo interrumpió su rubia amiga, cruzada de brazos. Fran procuraba ocultar la risa, pero sus hombros convulsionaban sin remedio—. Noche de chicas, ya sabes lo que eso significa, ¿no? —lanzó la pulla.

Martín gruñó.

—Solo quiero hablar con ella.

—Pues tendrá que ser en otro momento, aunque has tenido suficiente tiempo desde esta tarde, ¿no crees?

Lo estaba regañando, también con razón. Se lo merecía, por lo que asintió.

—Bien —zanjó Carlota, que, seguidamente, besó a su marido—. Pásatelo muy bien, nene.

—Tú también, nena —convino Francisco, posando una mano en su vientre todavía plano. Su esposa se fue en busca de sus amigas—. Sí, tío, la has jodido. ¿Has visto cómo iba vestida? —silbó—. Nunca he visto a Helena con un vestido así, y lo cierto es que le sienta muy bien.

Él volvió a gruñir, amenazante. ¡Por supuesto que había visto el modelito de su ángel y por supuesto que le quedaba muy bien! Habría que estar ciego... Aunque iba demasiado corta, demasiado provocativa, demasiado... Gruñó por tercera vez. ¿Qué pretendía Helena?

—No es casualidad que hayan venido justo aquí, ¿verdad? —murmuró Martín.

Fran no contestó, pero tampoco hizo falta.

Se dirigieron hacia su rincón. La zona VIP se hallaba tres escalones más alta que la pista. Se podía ver todo. Eso le suponía a él una suerte y una desgracia al mismo tiempo; suerte, porque así observaba cada paso de su ángel, a escasos dos metros de distancia, y desgracia, porque estaba tan atractiva que tenía que presenciar cómo se le acercaban varios chicos y la rodeaban. Lo peor era que parecía que Helena disfrutaba de atenciones masculinas que no provenían de su novio. Bailaba con una soltura

embruajadora. Meneaba las caderas al son de la música como si hubiera nacido con el ritmo en su ser.

—¿Esa de ahí no es tu novia, la que está con Carlota? —le preguntó Miguel.

—No la recordaba yo tan buena —comentó Carlos, pinchándolo adrede—. ¿No deberíamos acercarnos a saludar?

Martín se giró y lo aniquiló con los ojos.

—Acércate a ella y es lo último que haces esta noche.

Sus tres amigos estallaron en carcajadas.

—¿Celoso, Eche? —señaló Miguel—. En vez de amenazar a Carlos, deberías preocuparte por los moscones que la rondan, en concreto uno.

Miró a Helena y la descubrió charlando con un chico de su edad, no llegaba a los treinta. Se la comía con los ojos y estaban muy cerca el uno del otro... Martín, a pesar de las ganas de estrangularlo, sacar a Helena de allí y taparla con un hábito de monja para que no enseñara sus magníficas piernas ni mostrara de esa manera tan tentadora sus deliciosas curvas, apretó los puños a los costados de su cuerpo y se obligó a no moverse, excepto para rellenarse la copa y bebérsela de un trago.

Un rato más tarde, una eternidad para él, la situación empeoró. Su novia estaba con su ligue en una de las barras de la discoteca, acababa de aceptar que la invitara a una copa y continuaba hablando y sonriendo al chico como si Martín no existiera. Los celos ya no tenían cabida en su interior y estaba tan, pero tan, enfadado que se levantó y se acercó a la barra. Se colocó a un milímetro de Helena y decidió darle de su propia medicina. No sabía si ella lo estaba haciendo a posta o no, pero desde luego que él iba a provocarla con todas las consecuencias. Y la culpa era del maldito vestido.

—¿Qué quieres, guapo? —quiso saber la camarera, una morena cuya gran delantera estaba a punto de salirse de su camiseta excesivamente escotada.

—Por querer, quiero muchas cosas —empezó a tontear Martín, sonriendo seductor y alzando la voz para que Helena lo oyera—, ¿qué me recomiendas?

—Depende —contestó la morena, sacando más pecho y le dedicándole una sonrisa más que coqueta—. Yo te recomendaría que esperaras a que terminara mi turno y me dejaras invitarte a una copa, pero es imposible que un tío tan guapo como tú esté soltero.

—Pues esta tarde creía que tenía novia, pero parece que me ha reemplazado por otro más acorde a su edad. Ya sabes que cuando te juntas con críos... —chasqueó la lengua. No hizo falta decir más.

La camarera se rio.

Helena, alucinada, no podía creerse lo que estaba escuchando... Fingió que le prestaba atención a Javi, el chico con el que conversaba, pero agudizó el oído hacia Martín.

—¿Y a qué hora terminas tu turno? —se interesó él—. Quizás acepte tu invitación.

—Te dejo una hora para que te lo pienses —respondió la morena, guiñándole un ojo.

—¿Sales a las tres y media? La hora perfecta.

¿La hora perfecta?, se alteró Helena, ¿la hora perfecta para qué?!

—Ya nos veremos —se despidió Martín de la camarera.

—Eso espero, guapo —convino la morena antes de humedecerse los labios.

Helena no daba crédito... ¿Acaso su novio se estaba planteando quedar con otra mujer, y en sus narices? ¡Cómo se atrevía!

Él, al pasar por su lado, la empujó, por supuesto, adrede, provocando que ella quedara atrapada en los brazos de su ligue.

—Perdón —masculló Martín, comprimiendo la mandíbula—, no te había visto.

Helena se separó de Javi y encaró al culpable de su enfado monumental.

—Pues no te perdono, ¿sabes? Fíjate por dónde caminas.

—Me fijo muy bien por dónde camino —se cruzó de brazos y se irguió, intimidante—, pero tú estabas en medio. Repito, no te he visto, por algo será.

—No soy invisible, ¿me oyes? Aunque, claro —bufó Hele, posando las manos en la cintura—, después de lo que te acaban de restregar en la cara, no me extraña que no me vieras.

Martín enarcó una ceja y sonrió, satisfecho. Había logrado ponerla celosa.

—Tienes razón —acordó él—, era una delantera tan... buena, que me he cegado —se encogió de hombros, despreocupado—. Nuevamente, te pido disculpas.

Helena enrojeció de rabia y de humillación. Entonces, se colgó del brazo de Javier en las narices de Martín.

—Disculpas aceptadas —agregó ella—. Si no te importa, quítate, que ahora eres tú quien está en medio —sonrió, simulando indiferencia—. Estorbas.

Pero él no se inmutó. La escena que tenía ante sus ojos, su ángel tocando a otro hombre, que la mantenía aferrada de la cintura como si fuera de su propiedad... ¡No lo era! ¡Era suya, de Martín, no de ese niño! Lo condenó al infierno porque, de repente, lo vio todo rojo.

Avanzó, peligroso y ceñudo, pero Hele no retrocedió, no... sino que elevó el mentón y lo observó, orgullosa y segura de sí misma.

—¿Algún problema? —quiso saber Javi, entre aterrado y confuso.

—Ninguno —negó ella, sonriéndole—. Volvamos con los demás, me apetece ese baile que me has prometido.

—Claro, Hele, cuando tú quieras.

Rodearon a un Martín atónito y furioso y se alejaron. Él regresó a la zona VIP y decidió que lo mejor sería olvidarse de Helena Amaya. Era más que obvio que se había equivocado con ella. Había tardado tan poco en cambiarlo por otro... A la mínima oportunidad. Con razón jamás había creído en los flechazos.

Se bebió una copa, farfullando incoherencias. Y se bebió otra... Y dejó de beber cuando comprobó en su reloj de muñeca que eran las tres y media de la madrugada.

—Me voy —les comunicó a sus amigos, un poco achispado, aunque no lo demostró.

—¿Vas a dejar a tu novia ahí, bailando con ese tío? —indagó Miguel, arqueando las cejas.

—Que haga lo que le dé la gana —respondió Martín al contemplar cómo Helena oscilaba las caderas pegadas a las de ese tal Javi—. Me da igual.

—¿Que te da igual? —repitió Fran, serio—. ¿Es que no piensas reaccionar?

Él se enfadó.

—¿Cómo quieres que reaccione, Fran?

—¡Pidiéndole perdón, joder! La cagaste esta tarde. Apechuga, Martín. Acércate y habla con ella.

—No tengo nada de qué hablar. Ella ha decidido tirarse toda la puta noche con ese niño, tonteando en mi cara sin importarle cómo me pueda sentir yo, así que yo acabo de decidir terminar mi noche con una camarera, así

de simple —se giró para salir de la zona VIP—. Ya nos veremos.

Francisco lo sujetó del brazo.

—No hagas eso, Martín. Tú no eres así. ¿Qué coño te pasa?

Se soltó de su amigo y entornó la mirada.

—No te metas, Fran. Es mi vida.

—Claro que me meto, Martín, porque los dos sois amigos míos y os estáis comportando como dos críos. Además, no entiendo por qué te molesta que Helena esté bien acompañada, cuando ni siquiera has hecho un mínimo esfuerzo por solucionar la discusión. Y fue tu culpa, no la de ella.

No se molestó en replicar. No se iba a marchar con la camarera, solo iba a desaparecer. Necesitaba salir de allí y dejar de castigarse al ver lo mucho que disfrutaba su ángel con su ligue, ignorándolo a él. Necesitaba alejarse de ella y borrarla de su mente y de su corazón. Necesitaba...

En ese instante, Javi se inclinó y besó la mejilla de Helena. Sin embargo, desde el ángulo de Martín...

—¡Eso sí que no, joder! —exclamó él creyendo que la había besado en la boca y que ella se lo había permitido. Escopeteado, se dirigió hacia la parejita. Agarró al chico del jersey y lo empujó—. ¡No la vuelvas a tocar!

—¡Martín! —profirió Helena—. Javi, ¿estás bien? —se agachó, pues el chico se había caído hacia atrás, y lo ayudó a levantarse; Carmen, Blanca y Carlota, también. Se giró y perdió los nervios—. ¿Quién te crees que eres para tratarlo así, Martín?

—Pues creía que tu novio, pero es evidente que estaba equivocado.

—¿Ah, sí? ¿Mi novio, dices? Te largas de mi casa después de amenazarme con que a lo mejor no vuelves, me dejas plantada a través de mis amigos, no me llamas ni me escribes para hablar sobre la discusión que tú mismo originaste, tontear en mi cara con otra y hasta le dices que quizás la buscas luego, ¿y se supone que eres mi novio? ¡Lo que eres es un imbécil! —ahora lo empujó ella, con las lágrimas a punto de explotar—. ¡Así no se hacen las cosas! ¡Así no se arreglan los problemas! ¡Ni un mensaje, ni una llamada, Martín! ¡Nada! ¡Y me cambias por tus amigos! ¡Genial, Martín!

—Tú eres la primera que huye cuando hay un problema, ¿y te quejas de que yo haya actuado así? ¿Y lo que tú has hecho toda la jodida noche sí está bien? —la aferró de las manos para que no lo golpeará de nuevo—. ¡Jamás te he visto tan corta como vas vestida hoy y, encima, llevo horas como un gilipollas viendo a mi novia tonteando y bailando con otro que no soy yo! ¡No lo soporto

más!

—¿Y por qué no te has acercado a mí? ¿Por qué te has quedado ahí parado viendo cómo bailaba con otro? ¡Te ha dado igual! —forcejeó, pero Martín no la soltó, sino que la pegó más a su cuerpo de manera inconsciente—. ¡Y este vestido me lo he puesto por ti, maldita sea, me lo he comprado esta tarde pensando en ti, aunque no me vieras con él puesto, para que te murieras de celos aunque fuera en mis pensamientos! ¡Pero tu reacción es tontear con la camarera! ¡Pues cómetela!

La tomó por la nuca con fuerza, Hele se aferró a sus hombros, clavándole las uñas. Respiraban demasiado acelerados y entrecortados. La tensión sexual que desprendían era de tal magnitud que se olvidaron del lugar donde se hallaban y de las personas que los rodeaban. Estaban gritando en plena discoteca, pero sus dichosos orgullos...

—Por supuesto que me voy a comer a la camarera, Helena, justo lo que has hecho tú con ese niño, pero, no te preocupes, que yo no lo haré en tus narices.

Helena se quedó boquiabierta. Ella no pensaba hacer nada con Javi, ¡pero si era gay! Y compañero de trabajo de Carmen, por cierto, por eso se conocían. Habían estado todo el rato hablando de Martín y del novio de Javi. Si Martín lo supiera... Pero no.

—Pues que te vaya bien con la camarera —entrecerró los ojos. Se apartó, reuló y se fue.

—¡Helena!

Pero Hele no paró. Recogió su chaqueta del ropero y salió a la calle. Justo cuando puso un pie fuera de la discoteca, él la interceptó.

—Helena...

—No, Martín —lo rodeó y emprendió el camino a su casa—. No pierdas tu tiempo conmigo, vete con la camarera. Yo solo soy una cría.

—No pensaba irme con ella —admitió Martín en un tono ronco, a su espalda—. Jamás te haría algo así...

Ella dio un respingo. Se detuvo. Las lágrimas ya le mojaban las mejillas. No quiso que él la viese así y no se giró. Se secó el rostro con discreción.

—Estaba muerto de celos... —reconoció Martín. Tenía los hombros hundidos—. Y sigo estándolo —respiró hondo. No se aproximó. Estaba aterrado por si, al acercarse, su ángel huía—. Helena, yo... —se revolvió los cabellos con saña, propinándose tirones—. Siento lo que ha pasado esta

tarde. Perdóname... No debí comportarme así ni reaccionar como lo hice después, mucho menos tontear con la camarera en tus narices. Y si tonteeé con ella fue porque... —chasqueó la lengua—. No soporto que nadie te toque, ni que te miren siquiera... —suspiró—. Lo de Guillermo Ruiz me pilló por sorpresa y... —desvió los ojos hacia el suelo—. Es un explorador. Es un apasionado de la Historia, Helena, tanto como tú, y ha viajado y viaja por todo el mundo, justo lo que quieres hacer tú. Tenéis muchas cosas en común y vais a trabajar juntos todos los días durante ocho meses... Me dio pánico que pudieras elegirlo a él en vez de a mí... Puede parecerse una tontería, pero me da miedo perderte...

Aquello Helena no se lo esperaba... Se giró. Él la contemplaba con tormento no disimulado. Estaban tan cerca, pero tan lejos...

—A Javi ya lo conocía, es compañero de trabajo de Carmen y, para que tus celos se relajen, es gay —confesó ella en un susurro. Agachó la cabeza—. Nos hemos tirado todo el rato hablando de ti y de su novio.

Martín arqueó las cejas, sorprendido. Y se sintió aún peor.

—Lo siento...

—Yo también lo siento —declaró Hele. La tristeza asolaba su cuerpo—. Yo he provocado esto. Yo te dije que te fueras de mi casa. No debí hacerlo —se retorció las manos en el regazo—. No sabía qué te pasaba ni qué había hecho mal para que te enfadaras. No es que me esté justificando, pero actué así pensando que de ese modo dejaríamos de discutir. Y me equivoqué. Y tienes razón —dejó caer los brazos a los costados—, yo siempre huyo cuando algo me preocupa, así que no tengo derecho a recriminártelo a ti.

—No, Helena —avanzó un paso, pero ella retrocedió al instante—. Soy yo el culpable. Me comporté como un crío. Y lo de la camarera...

Silencio.

—Martín, yo...

—Te echo de menos —la cortó.

A Helena se le oprimió al corazón.

—No he hecho otra cosa que echarte de menos desde que me fui de tu casa —pronunció él en un hilo de voz—. Y sigo muerto de celos.

Ella frunció el ceño. Lo miró.

—Ya te he dicho que Javi es...

—No lo digo por eso —se sonrojó. Sus ojos estaban fijos en sus zapatillas.

—Lo del ayudante no...

—Tampoco lo digo por eso —se ruborizó aún más.

Helena perdió la paciencia. Inhaló aire y lo expulsó de forma sonora.

Martín la observó con intensidad. La examinó desde los pies hasta las ondas sueltas de su precioso pelo que se mecían por la débil brisa que corría, ondas en las que anhelaba enterrar los dedos, acariciarlas y maravillarse por su suavidad, cerrar los ojos y aspirar su dulce aroma a rosas recién cortadas.

—¿Y por qué lo dices, entonces? —inquirió Hele, atacada de los nervios por el mudo escrutinio tan ardiente al que estaba siendo sometida. Pretendía mantenerse reservada. Estaba dolida porque la había reemplazado por sus amigos y había ligado con la camarera—. Vale ya de mirarme así —sus mejillas se incendiaron.

—No te miro mal —el tono que empleó fue áspero.

—Pues lo parece —se retiró un mechón detrás de la oreja con dedos temblorosos. Reculó para que no fuera tan evidente lo mucho que él la alteraba.

Mentira, parecía justo lo que en realidad era, que se la estaba comiendo con los ojos, transmitía no solo lujuria, sino también amor porque no soportaba no poder tocarla ni estrecharla entre sus brazos. Y ella lo sabía.

—¡Martín! —lo regañó Hele. Su cuerpo comenzó a vibrar y sus manos hormiguearon—. Dime por qué sigues celoso —colocó los puños en las caderas y adelantó una pierna.

—Por tu vestido —fue acortando la distancia.

Helena, asustada por sus propias y caóticas emociones, retrocedió. Martín escondió una sonrisa. Y no se detuvo.

—Porque quiero ser tu vestido, angelito. Quiero estar pegado a tu piel...

Ella se cubrió la boca. Trastabilló y continuó huyendo de él. En el fondo, deseaba lanzarse a sus brazos y volar hacia el cielo, besarlo, abrazarlo, acariciarlo, sentirse protegida y amada, hermosa y venerada por su caballero andante... Pero, por desgracia, la realidad era bien distinta.

—Me has hecho daño, Martín.

Aquello sí lo frenó en seco.

—He coincidido con Laura en dos ocasiones —se sinceró Helena en un tono bajo y grave—. He aguantado cómo me ha repetido más de una vez que fuisteis novios, lo muy unidos que estuvisteis y que se prestara voluntaria para darme consejos sobre ti, además de recordarme que yo no pertenezco a tu

mundo y que no voy a durar mucho en él. Y en ningún momento se me ha ocurrido pedirte explicaciones, mucho menos exigírtelas —lo miró fijamente—. En ningún momento he dudado de tus sentimientos, te he causado una discusión, te he dejado plantado por mis amigas y he tonteado con otro en tus narices porque estuviera enfadada o celosa. Me he comido mis celos —posó una mano en el pecho—, me he comido mis preocupaciones y mis miedos. También me da pánico perderte, sobre todo a raíz de saber lo que pasó con Dafne. Yo... —suspiró con fuerza, derrotada—. No sé por qué te estoy diciendo esto... Me voy a casa —se giró y comenzó a andar.

Pensó en lo que acababa de decirle a Martín mientras recorría las calles en dirección a su apartamento. Recordó cómo se sintió con Laura, cómo se sintió al verla charlar con él en la gala, y comprendió la reacción de Martín ante Guillermo Ruiz, la discusión, sus celos...

Paró. Estaba completa e irremediablemente enamorada de Martín Echevarría y si alguien se lo arrebatara, ya fuera Laura o cualquier otra mujer, ya fuera por el gran señor Echevarría o por cualquier otra circunstancia... Se moriría si algo así sucediera. Lo amaba con toda su alma y, por orgullosa, lo iba a perder.

Se dio la vuelta para ir a buscarlo, pero se chocó con el propio Martín, que la había seguido, incapaz de dejarla marchar de su vida. Él no sonreía. Su semblante estaba cruzado por el pavor, como el de ella.

—¿Estoy loco? —susurró Martín como última esperanza.

Helena se echó a llorar y se arrojó a sus brazos... Al fin.

—Si tú estás loco, yo, también...

# 14

Martín detuvo un taxi y se marcharon. Estaba más cerca su casa, apenas a unos minutos andando, pero necesitaba ir a la de Helena para que ella se sintiera segura de que él siempre volvería, desterrando así la absurda amenaza. Se metieron en la parte trasera del coche y él le indicó la dirección al conductor. Acto seguido, tomó la mano de su ángel, la entrelazó con la suya, la levantó, cerró los ojos y se la besó con adoración, también con miedo. Y no la soltó hasta que entraron en el piso. ¿Y si la perdía por haber sido tan estúpido? ¿Y si esa discusión los distanciaba?

Hele, mientras se quitaba los tacones, las medias y la chaqueta, sola en su habitación, permitió que el nudo que todavía tenía en la garganta estallase. Sin emitir ruido, se deslizó hacia el suelo, recostó la espalda en el canapé de un lateral de la cama, flexionó las piernas, se las abrazó y escondió el rostro entre las rodillas.

Unos minutos después, a Martín le resultó extraño lo mucho que tardaba Helena en salir de su cuarto. Tampoco la oía. Pensó que a lo mejor se había quedado dormida, por lo que, sigiloso, se acercó, abrió la puerta con cuidado y...

Su ángel estaba llorando y temblando en el suelo... Se paralizó. La culpabilidad comprimió su corazón con repentina ansiedad. No se atrevió a moverse. Parecía tan frágil... ¿Y si la rompía por completo como a una muñeca de porcelana? Después de todo, él había causado su estado.

Ella elevó la cara al sentir su presencia, una cara surcada por amargas lágrimas.

—Martín... ¿Estamos...? —tragó saliva—. ¿Estamos bien...? ¿Nosotros estamos...? ¿Tú y yo...? —no pudo hilar la pregunta. Se le escapaba un sollozo

seguido de otro.

Martín no necesitó más, se sentó a su lado, la alzó en vilo y la acomodó en su regazo. La estrechó con fuerza, vibrando los dos.

—No llores, por favor... —suspiró él, expulsando la pesada carga que arrastraba desde la discusión, pues su ángel lo estaba correspondiendo—. No me gusta verte así, menos por mi culpa —la tomó por la nuca—. Perdóname, por favor... —la angustia le perforó las entrañas—. He sido un imbécil.

—Tengo miedo... —le arrugó la camisa entre los dedos.

—Yo, también, Helena. No quiero que esto nos cambie. No quiero decepcionarte. No quiero que te alejes de mí. No quiero perderte... —desvió la mirada—. Cuando me has dicho lo de Laura, yo...

Helena le cubrió la boca con la mano para silenciarlo.

—No la nombres, por favor. Saber que durante tres años fue tu novia, que tú... —se sonrojó.

Que tú le hicieras el amor como me lo has hecho a mí... terminó Hele en su mente, abatida.

—No significa nada para mí, Helena. Nunca lo significó. ¿Me crees?

Ella se fijó en la intensidad de sus ojos oscuros, que le estaban rogando que lo creyera. Asintió despacio. Por supuesto que lo creía.

—Se me vienen a la mente imágenes, Martín, no puedo evitarlo —desvió la mirada, colorada por la vergüenza—. Saber que la besaste, que la acariciaste, que le...

Él la interrumpió con un beso corto y rápido, pero devastador...

—Martín... —gimió Helena con los párpados entornados.

—Todos mis besos son tuyos —le rozó el labio inferior con el pulgar—. Todas mis caricias son tuyas —se inclinó y lo atrapó entre los dientes. Lo soltó con una pesadez llameante que los estremeció por igual, robándoles un jadeo espontáneo—. Todo mi amor es tuyo —la incorporó un poco para subirle el vestido hasta la cintura y poder sentarla a horcajadas—. Toda mi vida es tuya —deslizó las manos por sus muslos desnudos hacia las caderas, donde le silueteó la costura de las braguitas de encaje negro, una prenda tan tentadora que lo distrajo un segundo—. Todo mi corazón es tuyo... Siempre lo ha sido...

Su voz se tornaba cada vez más áspera e inaudible. Arrastró las palmas abiertas hacia su espalda, dándose cuenta en ese instante del profundo y sensual escote de la seda. Le costó mantenerse cuerdo, precisaba exponerle sus sentimientos; aunque ella ya los supiera, pero los dos requerían escuchar

esas palabras grabadas a fuego en el alma de Martín. Una imagen, incluso una mirada, valía más que una sola palabra, pero, en ocasiones, las palabras eran necesarias, tanto decirlas como oírlas.

—Toda mi alma es tuya... Siempre... —respiró hondo, discontinuo y sonoro—. Siempre lo ha sido... —ya no pudo seguir hablando.

Con los dedos, él le trazó el escote en uve desde el pico hasta los hombros en un lento recorrido mientras observaba atento el cúmulo de emociones que se reflejaban en aquellos ojos marrones salpicados de verde, vidriosos por el deseo carnal, el más primitivo, el más inmoral... Agarró la tela en los dos lados y se la fue retirando hacia delante. Le quitó primero las mangas, sin prisa, y, después, mostró sus preciosos senos, hinchados, necesitados de atenciones, libres a su mirada hambrienta.

Helena se sintió poderosa. Los abrasadores ojos de Martín la devoraban. Ella, pues, se arqueó, acoplándose a sus caderas en un certero movimiento que, a pesar de la ropa, le sustrajo a él un gemido de puro placer, mientras la cabeza aterrizaba en el borde del colchón. Helena posó las manos en su pecho duro y electrizante y comenzó a desabrocharle la camisa. Uno a uno, desprendió los botones de abajo arriba. Al alcanzar el cuello, se agachó y depositó un húmedo beso en su clavícula al tiempo que le quitaba la prenda de la misma manera pausada que Martín había hecho con su vestido. Disfrutó de la soberbia visión de su abdomen plano, de sus pectorales fuertes y de sus hombros anchos. Los músculos poseían un ligero vello, muy fino. Sencillamente perfecto.

Él se apartó de la cama para deshacerse por completo de la camisa, y sus narices chocaron. Los alientos irregulares se mezclaron. Sus bocas se tocaron una milésima de segundo, milésima que propició que el ambiente, ya de por sí saturado de fuego incandescente, disparase llamas que los acorraló en un infierno escalofriante.

Y se quemaron.

Helena lo sujetó por la nuca y secuestró su boca. Resuelta y tremendamente excitada, guio el beso hacia la oscuridad. El jadeo que emitió Martín, una mezcla de estupor y de satisfacción, quedó amortiguado en esos exquisitos labios que le regalaron el beso más picante de su vida. Su ángel acababa de dominarlo, de derretirlo... Ella le lamió los labios de uno en uno, bebía de su boca con avaricia. Él la abrazó por la cintura, la estrechó contra su palpitante anatomía y la correspondió. Helena, poseída por el propio

Martín, un hombre capaz de sacudirla de pasión con tan solo respirar, le separó los labios con la lengua y reclamó la suya. Succionó, gimió, se arqueó más, aplastó sus erguidos senos contra su torso...

Aquello lo enajenó. Él le apresó los pechos en las manos sin sutiles caricias previas, sin avisar, sin pedir permiso. Los quería. Los tomaba. Eran suyos.

Helena detuvo el beso de golpe, su cabeza cayó hacia atrás con los ojos cerrados, se dobló aún más hacia Martín y le ofreció los senos, que él no tardó ni un segundo en venerar.

—¡Martín!

Ella recordó la cantidad de veces que Carlota le había comentado que sus discusiones con Fran merecían la pena por las reconciliaciones. Helena nunca supo a qué se refería. Hasta ahora.

Martín mimó sus pechos con los labios, con la lengua e, incluso, con los dientes, moldeándolos con las manos o enderezándolos entre los dedos. Y aquellos senos respondían tan bien a sus caricias que se volvió loco. Eran tan adictivos y entregados como su ángel. Se trastornó. Los castigó por ser tan deliciosos. La castigó a ella por ser tan exquisita. Succionó sin piedad, provocándole peligrosos estragos a Helena, que gritó de goce en cada abrumadora absorción que recibía.

Entonces, ella, decidida a experimentar cuanto antes el último hálito de vida, ansiosa por morir de placer entre esos brazos tan protectores, los brazos de su vehemente caballero, tanteó a ciegas su pantalón. Lo desabrochó con torpeza por la violenta y urgente necesidad de acogerlo en su interior, de sentirse completa por él, solo por él...

Martín la ayudó, se levantó unos centímetros del suelo con Helena en vilo y se bajó los vaqueros y los calzoncillos hasta los tobillos con gran esfuerzo. Helena le enroscó un brazo en el cuello, se elevó, apoyándose en el suelo con las rodillas, y se apartó las braguitas a un lado. Fue un gesto natural, pero cargado de tal erotismo, que él le apresó las nalgas de inmediato y la penetró de un rudo empujón.

A los dos, paralizados, se les erizó la piel, se les cerraron los párpados y fueron raptados por una lujuria desmedida. El sudor de uno se unió al del otro. Sus cuerpos hablaron con rapidez, sus caderas se golpearon una y otra vez, evaluaron cuál iba más deprisa, quién de los dos era más intenso, más delirante... Sus resuellos entrecortados crearon una sinfonía escandalosa y

sobrecogedora.

Ella se adhirió a su pecho y le tiró del pelo. Martín la confinó entre sus brazos sin dejar de embestirla como un salvaje; Helena absorbiéndolo, una borracha del placer más desenfrenado que pudiera existir. Él le hundió los dientes debajo de la oreja. Y por tal lascivo mordisco, ambos desvariaron. Aumentaron el ritmo de las incontrolables embestidas. Sus gemidos suplicaban más...

Más deprisa... Más profundo...

Más... Más... Más...

Martín no podía soportarlo.

Helena no podía soportarlo.

Él agarró sus cabellos, húmedos por la pasión, obligándola a mirarlo y, cuando los dos pares de ojos se encontraron...

—Y todo yo... —concluyó Martín—, soy tuyo... Siempre seré tuyo...

Aquellas palabras, repletas de tanto significado, fueron las que propiciaron que el éxtasis la arrollase al fin y lo arrastrase a él consigo, rugiendo su nombre a la vez que ella sollozaba el suyo.

Hicieron el amor con tanto frenesí que no regresaron a la realidad hasta largos minutos después. Si eso era una reconciliación, pensó Hele, atónita, se planteó discutir con su caballero andante a diario...



Helena amaneció al lado de una extraordinaria flor roja. No sabía de qué tipo era, pero se le erizó la piel por la emoción. Era misteriosamente bella.

Una nota doblada debajo de la misma llamó su atención. La desdobló y leyó:

*Buenos días, angelito:*

*Nunca te lo he dicho, pero mi trabajo no solo consiste en crear perfumes, sino también en sentirlos. Mi abuelo me enseñó el significado de las flores y de las plantas. Decía que cada flor y cada planta tienen un espíritu propio acorde a su color y a su especie y que, cuando se regalan a una mujer, se han de elegir*

*en función de lo que le dicte a uno el cuerpo en sintonía con su corazón, es decir, la unión de la parte física y la parte emocional.*

*La primera flor que te regalé era una dalia rosa. Fue la primera vez que dormiste en mi casa. Las dalias representan la pasión desde el punto de vista del arretrato (lo que siempre he sentido por ti, mi preciosa maldita, flechazo, locura...), y la dalia rosa, en concreto, significa «intentaré hacerte feliz», eso mismo fue lo que pensé antes de que nos durmiéramos. Mi padre no se portó bien contigo en la cena y tú quisiste irte de mi casa porque te sentías incómoda. Yo lo que sentí fue miedo... Y me propuse que haría lo imposible por hacerte feliz para que nunca huyeras de mí.*

*La segunda flor te la regalé la primera vez que hicimos el amor: un clavel rojo y blanco. Significa «haz conmigo lo que desees, yo te pertenezco». Creo que no hace falta que añada nada más...*

*Hoy he elegido más de una... La primera es la que tienes en la mano, un crisantemo rojo. Cuenta con varios significados, pero la principal razón por la que te la he regalado es porque con esta flor quiero decirte que te amo intensamente...*

No había escrito más.

Ruborizada por lo que escondía el crisantemo rojo y recordando la indescriptible pasión que habían compartido la noche anterior, se incorporó como un resorte, ajustándose la sábana al cuerpo para tapar su desnudez, pues habían dormido desnudos con los cuerpos enredados, piel con piel. Abrió la puerta de la habitación y encontró en mitad del pasillo la segunda flor que apuntaba hacia el salón, otra belleza de olor sin igual. Y otra nota:

*Peonía blanca: soy afortunado de tenerte...*

Helena sonrió. Su corazón palpó con fuerza. Caminó despacio hacia el salón. La acogedora estancia contenía un sofá de tres plazas de color beis, mullido, repleto de cojines blancos bordados, frente a un baúl de madera vieja y blanca que se asentaba sobre una alfombra estampada en tonos verdes

apagados. La televisión colgaba en el centro de la pared, también frente al sofá y, debajo de la misma, una balda a juego con el baúl, donde se disponían tres velas aromatizadas que, sin encenderlas, desprendían un fresco aroma a rosas por toda la casa.

Se fijó en el baúl, fue inevitable. Recostado en él había un hermoso ramo de flores atado con una cinta de color rojo. Era pequeño, pero el más bonito que había visto en su vida. Contó tres tipos de flores. Unas eran margaritas, las otras las desconocía. Tomó la nota que descansaba en los tallos y leyó:

*Cinco margaritas, que representan mi lealtad y mi amor por ti...*

*Seis no-me-olvides, que simbolizan mi fidelidad hacia ti...*

*Y un tallo de malva: ¿todavía me amas, angelito?*

Le explotó el corazón en el pecho. Cayó de rodillas al suelo y se tapó la cara con manos temblorosas. No hacían falta más explicaciones. Le estaba pidiendo perdón, y de la manera más mágica que se pudiera imaginar. Lágrimas de felicidad se deslizaron por sus mejillas, inundándola de amor, de amor verdadero y correspondido, del único amor.

—Claro que te amo... —emitió en un suspiro—. Cómo no hacerlo... —acarició las flores con los labios—, si estoy maldita...

—Mi preciosa maldita... —susurró una profunda voz en su oído.

Ella dio un respingo y se giró.

Martín estaba también arrodillado. Había esperado en la cocina, escondido detrás de la puerta, y la había espiado. Se había puesto tan nervioso al imaginarse su reacción al descubrir todas las flores que se le habían acelerado las pulsaciones al punto de sufrir un infarto. Llevaba los vaqueros y la camisa, pero se había descalzado para no hacer ruido al llegar de comprar las flores y prepararlo todo para cuando su ángel se levantara.

Las preciosas palabras de Helena ralentizaron su corazón hasta apagarlo.

—Ha sido lo segundo que he hecho después de despertarme —confesó él, mimándole el rostro con los nudillos, contemplándola con una intensidad dolorosa y tan atrayente...

—¿Qué fue lo primero? —quiso saber Hele en un tono casi inaudible.

—Hartarme de mirarte.

Ella jadeó. Y tal jadeo, sumado al magnetismo que los atraía constantemente cuando estaban juntos, desembocó en un dulce beso que Martín

depositó en su cuello. Se observaron el uno al otro. Sus ojos reflejaban la insólita fascinación que sus cuerpos emanaban. Las flores y los mensajes escritos quedaron en un olvido temporal porque el deseo los engulló, porque bastó ese instante en que sus miradas se cruzaron para que sus cuerpos empezaran a pronunciar lo que sus gargantas ya no podían.

La desprendió de la sábana, la cogió por las nalgas, padeciendo un espasmo dentro de los pantalones ante tal delicia en sus manos, y se incorporó con Helena en brazos. La transportó a la cama sin dejar de mirarla, donde la tumbó en el centro y, de pie, frente a ella, comenzó a quitarse la ropa muy despacio, contemplando hipnotizado la etérea belleza de su ángel, que estiraba los brazos y las piernas, que se arqueaba y se retorció con lentitud, cautivándolo con movimientos delicados y seductores, sin pretenderlo ni saberlo la propia Helena, que se humedecía la boca y se mordía el labio de manera tentadora, como si de ese modo pudiese frenar lo que sus instintos demandaban, pero se equivocaba... Lo llamaba sin palabras, sin gestos, con su mera imagen. Lo incitaba al desvarío con solo empaparse de tal visión celestial... Helena de Troya...

Él, desnudo por completo, se contenía lo indecible para no arrojarle como un demente a ese cuerpo femenino de escándalo y comérselo entero. Levantó la mano y giró el dedo índice en el aire, indicándole que se diera la vuelta. Ella obedeció, se colocó boca abajo en el colchón, apoyada en los codos, y giró la cara hacia su caballero de extraordinario y hechicero atractivo.

Ese trasero debía estar prohibido, pensó Martín, cuya fiebre se disparó a un número ilimitado de grados. Era incapaz de apartar los ojos, de no devorarla con ellos, incapaz de sofocar, aunque fuera un ápice, la lava que estaba arrasando cada fibra de su ser.

Él, muy lento, hipnotizado por ese ángel, le separó las piernas con sus rodillas, se acomodó entre sus muslos y acopló su latente erección entre sus nalgas, erección que lloró de excitación al probar su fascinante suavidad... Respiró hondo de forma irregular. Se agachó, apoyando una mano en el lecho, junto al hombro izquierdo de Helena, y, con la otra, le retiró los sedosos cabellos ondulados hacia la derecha. Le acarició la nuca con la nariz y dibujó con el dedo la curva de su cintura hacia ese trasero que tanto lo extasiaba.

Ella se estremeció, arrugando la sábana entre los dedos...

Él se estremeció por lo tierna que respondía, arrugando la sábana entre

los dedos...

—Tengo que regalarte un lirio rojo —le susurró su novio, ronco, en la oreja antes de mordisqueársela para chuparla a continuación y robarle un prolongado gemido.

—Martín... —cayó a la cama, laxa y sin fuerzas. Sus párpados se cerraron—. Lirio rojo... ¿Qué...? —tragó—. ¿Qué...?

—¿Qué significa, quieres decir? —se inclinó más, hasta recostarse en Helena con cuidado de no aplastarla, pero firme en abarcar toda su longitud—. ¿Angelito? —trazó su mandíbula con el filo de los dientes.

—Sí...

—Dime, ¿quieres saber su significado?

—Sí...

Pero ella no contestaba a la pregunta, sino que le imploraba que la hiciera suya...

Martín torturó su cuello con la lengua. Lo inundó de besos mojados y pecaminosos. Mimó su piel con los labios hacia el hombro. Y regresó a la nuca por medio de un río de besos líquidos y tan calientes que los dos se marearon. Entrelazó los dedos con los suyos, estirándole los brazos por encima de su cabeza.

—El lirio rojo... —absorbió su tez, presionando ligeramente para marcarla. Estaba trastornado—. Representa el amor ardiente —descendió una mano directa hacia su intimidad. Helena se arqueó, tanto por las caderas como por el cuello, una felina dispuesta a dar y a recibir cualquier cosa que él le pidiera. Era suya. Punto—. El amor que siento por ti... Ardiente... —comenzó a penetrarla, pausado, milímetro a milímetro, sin apartar la mano de su siempre dispuesta intimidad. Gotas de sudor salpicaron su piel—. Locura, Helena... ¿Estoy... loco?

—Martín... —enlazó las piernas con las de su caballero a la altura de los gemelos, apretó cuanto pudo por el inmenso placer que estaba sintiendo—. Estamos... malditos...

Martín se retiró, extenuado, para volver a enterrarse en su interior sin variar el sinuoso ritmo ni la sinuosa agudeza de las sinuosas embestidas.

—Sí... angelito... —sus ojos se tornaron casi blancos. Le costaba tanto hilar los pensamientos en voz alta con coherencia—. Eres...

Pero ella no podía quedarse quieta, requería más plenitud, por lo que lo interrumpió al alzar su trasero y conseguir así que Martín entrara más

profundamente y que le pellizcara su intimidad sin querer, un gesto que los dejó sin aliento. Los temblores se sucedieron unos tras otros.

—¡Helena!

—¡Martín!

Gritaron los dos al unísono. La fiebre subió aún más. El calor de la habitación se incrementó, envolviéndolos en una burbuja de vapor. Se ahogaron. Resoplaron como los dos malditos que eran, pero no aumentaron la cadencia. Se amaron con pesadez, postergando cuanto podían el éxtasis para exprimir el elixir de placer que los estaba desbordando. Deseaban permanecer así el resto de sus vidas. Deseaban no despegarse jamás el uno del otro. Deseaban detener el tiempo, como detenidos se hallaban sus corazones.

Helena le retiró la mano para entrelazarla como la otra, incorporó la cabeza, la giró y a ciegas lo buscó.

—Bésame... Te necesito... —le suplicó ella con los párpados cerrados.

La boca de Martín aplastó la suya al instante, notando lo cerca que estaba su ángel de sucumbir al clímax, lo cerca que estaba él de seguirla hasta el fin del mundo. Separaron sus labios a la vez y gimieron de agonía cuando sus lenguas se encontraron. Y eso fue el percutor que detonó la máxima potencia de su placer. No lo soportaron más... Y, al fin, se desmayaron.

Martín se desplomó sobre Helena procurando recuperar el oxígeno, aplastándola. Ella no se quejó, sino que besó su cabeza con labios trémulos como trémulos sentía ambos cuerpos.

Pasión inaudita. Amor incondicional.

—Quiero mi... lirio rojo... —emitió Hele en un resuello entrecortado.

Él se echó a reír de manera discontinua.

—¿Lo quieres ahora?

—No —suspiró—. No quiero que salgamos de la cama en todo el día...

Martín gruñó de satisfacción y sus caderas se curvaron, arrancándoles un último gemido. Se colocaron de perfil, frente a frente. El rostro encendido de Helena descansó en su torso. Enredaron las piernas, acariciándose con los pies de manera distraída. Martín la estrujó un segundo contra su pecho y le peinó los cabellos en su espalda con dedos cariñosos.

—Esta noche es la fiesta de inauguración del piso de Elisa y Lucía —anunció ella en voz baja—. ¿Te apetece ir?

Su novio la tomó por la barbilla y analizó su semblante que, al nombrar a las dos brujas, se había cruzado por el dolor de saber que le debía a Carlota

su propia invitación, no a Elisa o a Lucía, las anfitrionas, sus supuestas amigas.

—¿Te apetece ir a ti? —preguntó él, a su vez.

—Van a ir todas, y tengo entendido que tus amigos del cole mayor también van.

—Sí, me lo dijo Miguel ayer.

Ella respiró hondo.

—No entiendo por qué me sigue sentando mal. Debería estar escarmentada ya.

—Porque eres buena, Helena, eres un ángel —la besó en la frente—. Y, si te apetece ir, vamos. Nos marcharemos cuando quieras, como si es a los dos minutos de entrar.

Helena sonrió.

—No, Martín —le enroscó los brazos en el cuello y lo empujó para que se tumbara boca arriba y ella, sobre él. Los ojos de su caballero fulguraron chispas de renovado y creciente deseo. Sus manos, grandes y cálidas, se asentaron en las nalgas de Hele y comenzaron a reverenciarlas con suavidad—. El bueno eres tú —se le erizó la piel. Percibió cada músculo adherido a su cuerpo—. Lo eres y lo estás...

Martín enarcó una ceja y sonrió con malicia. Su ego se elevó a las alturas, su ego y otra parte... En un instante, reemplazó la suavidad por el apetito carnal. Las caricias delicadas y tiernas se convirtieron en manoseos obscenos.

—Así que estoy bueno —murmuró él, antes de inclinarse y succionar el labio inferior de su ángel, que se estremeció como respuesta.

—Muy, pero que muy, bueno —le corrigió ella, arqueando las caderas, buscando con su intimidad rozar la erección de su caballero insaciable—. Buenísimo... —se puso a horcajadas y adhirió las palmas a su pecho fuerte y electrizante.

Martín jadeó por verla tan desinhibida. Exponía su cuerpo desnudo sin vergüenza, se mostraba para él con esas curvas alucinantes que jamás se cansaría de contemplar, mucho menos de tocar y palpar a su antojo, con o sin ropa. Sus preciosas mejillas se hallaban arreboladas por el deseo, sus labios separados permitían que su aliento emergiera discontinuo al exterior y su mirada relampagueaba, cargada de poderosa avidez. Tan hermosa...

Y, en efecto, no salieron de la cama hasta que tuvieron que arreglarse

para ir a la fiesta...



—Estás preciosa —la obsequió su novio, siempre tan atento, observándola con una sonrisa pícaro—. No te pongas más ropa y nos quedamos en casa.

Ella emitió una carcajada espontánea, pues solo llevaba un conjunto de sujetador y braguitas de seda blanco.

Estaban en la habitación, él, sentado en el borde de la cama, ya vestido con vaqueros oscuros, camisa de rayas blancas y verdes, por fuera de los pantalones, y *Converse* verdes a juego. Habían ido a su apartamento para recoger algo de ropa para el resto del fin de semana, que pasarían en casa de Hele a petición de Martín.

Helena eligió unos vaqueros pitillo y una camisa de seda blanca, larga, hasta el inicio de los muslos, con escote en forma de corazón y cuyas mangas estrechas eran traslúcidas. Se ajustó al cuello un collar de piedras verdes para combinar con su novio, le apetecía ir conjuntados, y se calzó unos zapatos de ante del mismo color que la joya.

Se pusieron las chaquetas, ambas de piel, la de él, marrón y la suya, gris. De la mano, salieron a la calle con los cascos colgando de sus brazos. Se montaron en la moto y partieron rumbo al piso de Elisa y Lucía.

Cuando llegaron, antes de tocar el telefonillo del portal, Martín, preocupado, la agarró de la mano.

—¿Seguro que quieres entrar?

Ella asintió, seria.

En silencio, subieron en el ascensor hasta la quinta planta. La puerta estaba abierta y el jaleo y la música evidenciaban una gran fiesta de inauguración.

—¡Hola! —sus amigas los vieron y se acercaron enseguida a saludarles.

Carlota se emocionó al fijarse en sus manos entrelazadas y se arrojó a su cuello entre lágrimas.

—¡Soy tan feliz de que estéis bien!

Todos se rieron. Lo de las hormonas alteradas del embarazo era cierto.

—Hay muchísima gente, ¿no? —comentó Hele.

El apartamento era grande, de techos altos y muy luminoso, a juzgar por

el tamaño de las ventanas. Los colores eran múltiples, como diversos los muebles, transmitiendo así las personalidades de sus dos inquilinas.

—Han invitado a todo el mundo, sin importar que sean amigos, compañeros de trabajo o conocidos —les explicó Carmen con su característica sonrisa dulce.

Pero Martín no la escuchó, sencillamente se había petrificado.

—¿Estás bien? —lo interrogó Helena, alarmada por su inesperada rigidez.

Él no respondió, por lo que ella dirigió la mirada hacia donde fijaba él la vista.

La mismísima Laura Guzmán, de rojo y ceñida, para no variar, se hallaba a tres metros de distancia charlando con Lucía de manera más que amistosa, incluso cuchicheaban y reían como si se conocieran de toda la vida.

—¿Qué os pasa? —se inquietó Blanca—. ¿Quién es esa?

Helena frunció el ceño. No se lo podía creer... ¿También tenía que verla allí? ¿Es que ahora estaría en todas partes?

—Es Laura Guzmán —contestó Carlota, algo incómoda—. La conozco por las revistas —y porque Hele le había dicho quién era, en realidad—. Es hija de ese empresario textil tan famoso, Gonzalo Guzmán.

—Sí —convino Carmen—, me encanta su ropa, aunque es un poco cara para mi bolsillo.

—¿Y por qué la miráis así? —quiso saber Blanca—. ¿Helena?

—Es la ex novia de Martín —anunció Hele, con el semblante cruzado por la desconfianza, pero no hacia su novio, que se preguntaba lo mismo que ella—. ¿De qué la conocerá Lucía? Que yo sepa, se mueven en círculos opuestos.

Pero él tenía una sospecha, y esperaba equivocarse.

Lucía era organizadora de eventos, igual que Elisa. Habían estudiado Publicidad, Relaciones Públicas y Protocolo. Quizás, Lucía había coincidido con Laura en alguno, o que la propia Laura hubiera contratado los servicios de la empresa donde trabajaba la bruja morena. Sin embargo, se mostraban demasiado familiares entre ellas.

En ese momento, Laura les sonrió. Se aproximó.

—Martín, Helena, me alegro de verlos —les dijo. Acortó la distancia con Martín y lo besó en ambas mejillas, al igual que a Helena. Sus ojos brillaban de satisfacción—. ¿Conocéis a Lucía o a Elisa?

—A las dos —señaló Hele. Procuraba fingir alegría, pero le costaba tanto que desterró la idea de seguir sonriendo—. Son amigas mías. ¿Y tú?

—Yo conocí a Lucía el mes pasado. Coincidimos en un evento que organizó ella. Me gustó tanto que decidí tenerla en cuenta para un futuro, en especial para las fiestas o para los actos de publicidad y demás que organiza mi familia —se encogió de hombros con coquetería y se retiró un mechón rubio del hombro, que le alcanzaba el pecho, liso como una tabla, perfectamente peinado y cuidado.

Carlota, para destensar el ambiente, se presentó a Laura, como el resto de sus amigas. Manu, Jorge y Fran las imitaron.

Martín, furioso aunque sin demostrarlo, pensaba sin cesar en que había coincidido con Laura más veces desde que estaba con Helena que en los dos últimos años desde que habían roto su relación. La gala y la boda no habían dependido de él, era comprensible su asistencia a los dos eventos, pero ¿ahora? Martín no creía en las casualidades.

Elisa se acercó. Miró primero a Laura con la frente arrugada, como si no le gustase un ápice que estuviera allí, y, luego, le dedicó a Helena una expresión tan enigmática que no la supo descifrar.

Lucía se unió al grupo y se colgó del brazo de Laura con total naturalidad.

—Iba a presentarte ahora mismo, Laura.

—Ya lo he hecho yo, no te preocupes. De todas formas, a Martín y a Helena ya los conocía.

—¿Ah, sí? —inquirió la bruja. Sus cejas se arquearon—. ¡Ah, ya me acordé! —exclamó, de pronto, con una gran sonrisa—. Martín es tu ex novio, ¿a que sí? —clavó los ojos en Helena—. Salisteis en las revistas, pero fue hace ya un par de años, ¿me equivoco?

Él alucinó y, gracias a Carlota que, de inmediato, cambió de tema, no se lanzó a la yugular de esa golfa para estrangularla. Ya no le cupo duda ninguna de lo mala persona que era Lucía. Y no supo si era envidia u odio, pero era más que obvio lo mucho que no soportaba a Helena. ¿Por qué?, se preguntó Martín, ¿no podía Lucía simplemente ignorarla en lugar de humillarla siempre que contaba con una mínima oportunidad?

Hele, por su parte, quiso desaparecer, pero, si lo hacía, quedaría como una insegura delante de la dichosa Guzmán. Se obligó a serenarse, pero le resultó muy complicado. Se disculpó y buscó la mesa donde se hallaban las

bebidas, que cada uno se servía a su gusto.

—Hele —la llamó Blanca, que la había seguido—. ¿Estás bien?

Ella se estaba llenando un vaso de *Coca cola*.

—Estoy bien —mintió, sonriendo—. Martín nunca estuvo enamorado de Laura. Según él, nunca significó nada. Estoy bien —repitió, intentando convencerse a sí misma.

—¿Y por qué será que no te creo? —entornó sus ojos castaños.

—Es perfecta —murmuró Helena, observando a Laura—. Guapa, cuerpo de modelo, elegante, sofisticada, extrovertida, educada, famosa, rica... —suspiró—. Perfecta.

—Te equivocas, perfecta eres tú —le susurró su novio, sobresaltándola.

Blanca sonrió con cariño y los dejó solos.

Martín rodeó su cintura, se inclinó y le rozó la nariz con la suya en un tierno beso esquimal. Ella se estremeció, lo abrazó por el cuello, se puso de puntillas y cerró los ojos.

—Vámonos de aquí, angelito —la tomó por las mejillas—. Solo te quiero para mí —la besó con dulzura en los labios.

Por desgracia, un mal presentimiento se anidó en su pecho.

Y una sospecha.

# 15

La siguiente semana fue una prueba de fuego para el autocontrol de Martín. Una de sus principales virtudes era la paciencia, pero, desde que había conocido a Helena, hacía ya cuatro meses, dicha virtud se había visto alterada más que en toda su vida, y ya le resultaba agotador para su equilibrio mental.

E, inevitablemente, estalló.

—Hemos cambiado los frascos cuatro veces en cinco días —le dijo su hermano en el laboratorio, con los brazos en jarras y la frente arrugada—. Son las ocho de la tarde y el pedido no hay que enviarlo hasta dentro de dos semanas. Es tarde. Me voy a casa —se giró y caminó hacia la puerta—. Y tú deberías hacer lo mismo. ¿No salía Helena de trabajar los viernes a las tres?

—Precisamente hoy, no —gruñó él, guardando los frascos de cristal en sus respectivas cajas, pero con tanta rabia que se le cayeron dos al suelo y se rompieron en infinitos trozos.

Pedro se dio la vuelta, se acercó y se agachó para ayudarlo, pero Martín volvió a gruñir.

—Menuda semana llevas, tío —protestó su hermano—. Estás insoportable. No he querido decírtelo, pero me estás hartando —lo señaló con el dedo índice, enfadado—. Cinco días rumiando, cinco días con cara de perro furioso, cinco días contestando mal. ¿Se puede saber qué coño te pasa?

—Nada —recogió el estropicio.

—No me lo creo. ¿Tiene que ver con Helena? ¿Habéis discutido otra vez?

—No te importa —se colocó la chaqueta del traje que colgaba del perchero.

—No debería importarme —lo corrigió en un suspiro dramático—, pero

me importa; primero, porque, en el fondo, muy en el fondo, siento un poquito de cariño hacia ti, pero tampoco te lo creas mucho —realizó un cómico ademán que Martín ignoró—, y, segundo, porque normalmente los viernes te apresuras a salir pronto para estar con ella, a no ser que tengamos un pedido urgente, y hoy no es el caso. Sigues aquí —recostó las caderas en un taburete giratorio y se cruzó de brazos—. Vamos, Martincito, soy todo oídos.

—Como me vuelvas a llamar...

Pedro levantó las manos en son de paz.

—No he visto a Helena desde el domingo —confesó Martín en un tono afilado—. Ha estado quedándose en la universidad hasta muy tarde todos los días de esta semana.

—¿Tanto trabajo tiene? ¿Alguna investigación?

—Se supone que debería tener menos trabajo —masculló, apretando la mandíbula—, pero ha estado enseñando cosas a... —se mordió la lengua un instante— a su ayudante y parece ser que el tío es imbécil —gesticuló, más enojado a cada segundo—, porque, según Helena, todavía no controla lo que tiene que hacer, por eso se ha quedado hoy también con él. ¿En cinco días no es capaz de aprender el oficio de ayudante, joder?

—Y tú estás celoso perdido, claro.

—¡Claro que sí! —explotó, incorporándose de un salto—. ¿Cómo no lo voy a estar, si están todo el jodido día juntos? —enumeró con los dedos para añadir—: Comen juntos, pasan horas y horas en su despacho juntos, dan clases juntos, se ríen juntos, hablan juntos...

—¿Cómo sabes que se ríen? —curioso, y hasta divertido por verlo en ese estado de desasosiego, se golpeó el mentón con los dedos—. Y eso de que dan clases, pasan horas en el despacho de Helena y hablan es totalmente normal. Es lo que hacen los compañeros de trabajo, por si no lo sabías.

Él le dedicó una mirada furtiva.

—Sé que se ríen porque ella me lo cuenta todas las noches por teléfono, de lo que hablan y dejan de hablar. No quiero tus bromas, Pedro, hoy, no.

Su hermano se puso en pie y asintió.

—Perdona, Martín, solo intentaba que te relajaras —comentó con sinceridad—. No te queda otra opción que aguantarte. Helena y Guillermo estarán codo con codo de lunes a viernes hasta junio. Y si le montas otra escena de celos... —chasqueó la lengua—. Tú mismo me dijiste el domingo por la noche que había sido horrible la discusión. ¿Todavía sigues sintiéndote

culpable?

Martín suspiró con pesar y se derrumbó en el asiento. El domingo, cuando se había marchado de casa de su novia, había estado un rato en el piso de Pedro, charlando sobre el fin de semana, sobre la discusión y sobre la fiesta de las dos golfas.

—Helena está como siempre: dulce y cariñosa —se lamentó él—. Pero le hice mucho daño, Pedro. Cuando la vi llorando en su cuarto... —se aflojó el nudo de la corbata, se asfixiaba al recordarlo—. Me comporté como un imbécil.

—En eso estamos de acuerdo. Y, precisamente, por lo que pasó, Helena no puede verte como estás ahora, si no, podría pensar que no confías en ella.

—Llevo toda la semana mordiéndome la lengua y fingiendo que estoy bien con que trabaje con ese dichoso explorador, pero no lo soporto... —se revolvió el pelo—. Esto es una mierda, Pedro. Los celos son un asco. Confío en ella, pero no en él. Todo es muy raro.

—Raro, ¿por qué? —arrugó la frente, extrañado.

—Se trata de Guillermo Ruiz —se rio sin humor—. Ese tío es multimillonario y se pasa toda la vida viajando, ¿y, de repente, quiere parar su vida y sus viajes durante ocho meses para ser el ayudante de una doctora desconocida en Historia Antigua? —resopló—. ¡Venga ya, Pedro! No me lo trago. Helena es muy buena en su trabajo, fue la primera de su promoción en el doctorado, pero no es famosa ni frecuenta ningún círculo de la alta sociedad, lo contrario a Guillermo Ruiz.

—¿En qué estás pensando?

Martín suspiró de nuevo, aunque en esta ocasión fue de ligero pánico.

—¿Y si está papá detrás de todo esto?

Su hermano parpadeó, atónito.

—¿De verdad crees que papá ha contactado con un explorador para darte celos a ti con respecto a Helena y provocar que discutáis o que tú estés así? —realizó una mueca—. Eso es demasiado retorcido, incluso para papá. Los celos te han vuelto loco, Martín. Desvarías.

—¿Y lo de Laura en casa de Lucía?, ¿también crees que es retorcido?

Pedro abrió la boca para rebatir dicha cuestión, pero la cerró.

—Desde que Laura y yo rompimos —se cruzó de brazos—, no nos hemos visto un solo minuto en los últimos dos años, pero, desde que papá conoció a Helena, ya la he visto tres veces. Además, ¿qué pinta Laura con

gente como Lucía? Laura es una snob. Las personas como Helena o como Lucía son para ella como mendigos, y si se junta con gente así es porque hay un objetivo concreto que quiere alcanzar. ¡Si hasta mi moto la veía de pobres!

—Tienes razón. Es ambiciosa e interesada, pero lo esconde bien.

—Porque la educaron bien —bufó él—, es igualita que su padre.

—Odio a Gonzalo.

—Ya somos tres, mamá tampoco le soporta, aunque no lo reconozca en voz alta.

Permanecieron en silencio un largo minuto, pensativos.

—La única manera de quitarme esta sensación es hablando con papá — declaró Martín, incorporándose.

—¿Y qué crees que te va a decir? —inquirió su hermano, que meneó la cabeza—. Si papá está detrás de Laura y de Guillermo Ruiz, te aseguro que nunca lo admitirá.

—Contigo lo admitió —pronunció en un tono delicado—. Reconoció que le había ofrecido dinero a Dafne.

—Sí, pero porque me vio borracho y eso es algo que papá no puede aguantar, que un hombre de su familia sea débil, y el alcohol me hizo débil esa noche —musitó Pedro con el semblante cruzado por el dolor y el resentimiento.

Helena estaba en lo cierto. Su hermano aún sufría por Dafne.

—Si lo hubiera sabido... —comenzó Martín.

—Ya no sirve de nada —lo cortó Pedro, ofreciéndole el perfil. Observaba la noche madrileña a través de una ventana de la estancia—. Por una parte, me alegro de lo que pasó. Jamás se lo agradeceré a papá, pero gracias a él no cometí el mayor error de mi vida casándome con una mujer que no me correspondía, que me mentía diciéndome que me amaba cuando...

—¿Ca...? ¿Casarte? —balbuceó él, pasmado por la noticia.

—Sí —lo miró—. Le compré un anillo, Martín. Lo hice el día antes de que Dafne y yo nos fuéramos a Logroño ese fin de semana al cumpleaños del abuelo, para dárselo el domingo por la noche cuando volviéramos a casa — desvió los ojos de nuevo al exterior—. Por favor... —se le quebró la voz. Se irguió, como si de ese modo, con esa postura altiva, se demostrase a sí mismo que era fuerte, que no le afectaba, aunque en el fondo los dos sabían que esa mujer lo había destrozado—. Todavía lo tengo. No me preguntes por qué.

Martín lo examinó largo rato. No comentaron nada más al respecto.

El teléfono le vibró en el bolsillo. Era su madre.

—Hola, mamá —le saludó él a través de la línea.

— *¡Hola, cariño! ¿Sigues en la oficina o interrumpo con Helena?*

Martín sonrió.

—Ya me iba a casa. Helena sigue en la Complutense. Últimamente está muy liada —volvió a gruñir.

— *¿Va todo bien, tesoro?*

—Sí, sí... —se pellizcó el puente de la nariz—. No te preocupes, mamá.

— *Te llamaba porque tu padre ha pensado en organizar una cena con nuestros amigos y familiares más allegados para presentar oficialmente a Helena como tu novia. ¿No es maravilloso, hijo?*

Que su padre había pensado... ¿qué? Se quedó estupefacto.

— *¿Martín? ¿Estás ahí?*

—Sí, mamá, perdona, es que...

— *Te sorprende* —adivinó con voz reservada—. *Hablé con él sobre lo que pasó en la gala con Helena. Lo está intentando, Martín.*

Él cerró los ojos.

—De acuerdo, mamá. ¿Cuándo sería?

— *¿Mañana es demasiado pronto?, así aprovechamos que es el cumpleaños de tu padre.*

—Tengo que decírselo a Helena, pero no creo que haya ningún problema.

— *Muy bien, cariño. Habla con ella ahora y llámame, ¿vale? Así aviso a los invitados ya. Un beso, Martín.*

—Un beso, mamá —colgó.

Fue a contarle a su hermano el plan, pero, al girarse, se topó con que no estaba. Pedro se había ido sin que se percatara, y cuando se esfumaba sin avisar, significaba que necesitaba estar solo.

Telefonó a Helena, que descolgó al instante.

— *Justo estaba a punto de llamarte yo* —anunció ella como saludo, y se rio.

Escuchar su voz lo llenó de paz y de tranquilidad. La paciencia regresó a su ser. Los celos desaparecieron. Sonrió como un bobalicón.

—Hola, angelito. ¿Sales ahora?

— *Sí. ¿Y tú?*

—Ahora mismo —apagó las luces del laboratorio y salió del edificio—. *¿Voy a buscarte?*

— *Vale. Ya entro en el coche. Estoy deseando verte...*

Aquello revolucionó sus terminaciones nerviosas.

—Y yo, Helena, no sabes cuánto... —suspiró, entrecortado—. En cinco minutos estoy en tu casa.

— *Vas a tardar menos que yo* —se carcajeó.

—Mejor, así te abro la puerta del coche y te ayudo a salir como mi damisela en apuros que eres.

Oyó cómo Helena era ahora quien suspiraba de forma irregular.

— *Mi caballero andante, ahora nos vemos...*

—Cuento los segundos...

Colgaron.

Y tal cual lo había predicho ella, su novio la estaba esperando apoyado en la moto con los dos cascos en los brazos. Él los dejó en el capó, la ayudó a descender de su Golf y, antes incluso de cerrarlo, la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca con desesperación. No hubo risas, ni bromas, se besaron de igual modo, desquiciados por los eternos días que no se habían visto, ni probado, ni besado, ni abrazado...

Entraron a trompicones en el apartamento sin parar de besarse, envueltos el uno en el otro, ansiosos por sentirse piel con piel. Se desnudaron con torpeza por las prisas mientras caminaban a ciegas hacia el dormitorio, chocándose con las paredes y con las puertas. Las prendas de ropa volaron por el espacio, aterrizando en el suelo o en algún marco colgado en la pared. Cuando se desprendieron del último obstáculo, en el pasillo, Martín la elevó por el trasero, Helena lo rodeó por la cintura y cayeron sobre la cama en un amasijo de extremidades enredadas, jadeos descontrolados, ruegos exigentes, toqueteos descoordinados y besos angustiosos. La necesidad por amarse era acuciante, ya no por alcanzar el éxtasis, sino por reencontrarse, por poseerse en todo el significado de la palabra, física y emocionalmente, por fusionarse al fin tras cinco días de interminable ausencia, que parecieron cinco años de agónica soledad...

Y los consumió la máxima potencia de la pasión. Sus cuerpos, al fin, lloraron de placer.

Permanecieron abrazados una eternidad, temblaban tanto, sus sentimientos eran tan poderosos, que se quedaron en suspenso. Se habían amado con una fuerza devastadora.

—No soporto que pase un solo día sin verte —susurró Martín sobre su

pelo—. No soporto no dormir contigo a diario. No soporto dejarte los domingos en tu casa y no poder dormir juntos hasta cinco días después. No lo soporto... Te echo tanto de menos cuando no estamos juntos... —inhaló una gran bocanada de aire. Se tumbó boca arriba en el colchón, clavó los ojos en el techo y cruzó los brazos en la nuca—. No lo soporto... —repitió en un tono inaudible.

Helena, sobrecogida por tales sentimientos, le acarició la mejilla con dedos trémulos.

—Si al menos viviéramos juntos —continuó él—, te vería cada noche antes de acostarme y también te vería al despertarme —giró la cabeza, besó sus dedos y la miró, penetrante y decidido—. Ese es el mejor regalo que puedes hacerme, Helena, que tú seas lo primero y lo último que vea cada día porque eres tan bonita que nunca me canso de mirarte. Y soy afortunado —sonrió con ternura—, porque eres mía. Eres buena, eres preciosa... —respiró hondo con suavidad, relajado—. Eres mi vida, Helena... —adoptó una expresión de gravedad. La tomó por el cuello con ambas manos—. No soy nada sin ti. Absolutamente nada. Y no sabía lo incompleto que estaba hasta que te conocí. Quiero que vivamos juntos, quiero casarme contigo y quiero una niña igualita que tú, muchas niñas como tú, tan bonitas como su mamá —sonrió—. Llámame loco, pero todo esto es cierto. No me imagino mi vida sin ti... —suspiró—. Ya no. Estoy maldito —la besó en la frente—. Te amo, te deseo, te necesito, te quiero... —la observó con el corazón en sus brillantes ojos—. Te adoro, angelito, con toda mi alma.

Ella lloraba en silencio, muda, era incapaz de decir nada. No sabía qué había hecho para merecerse a aquel hombre, pero desde luego que no iba a permitir que nada ni nadie se lo arrebatase.

Martín besó cada una de sus lágrimas con infinito mimo hasta secárselas. Besó sus párpados, su nariz, sus cejas, sus labios... Limpió su rostro con los besos más dulces que pudieran existir. Se acomodó entre sus muslos y siguió besándola en la boca mientras entrelazaba las manos con las suyas y estiraban los brazos por encima de su cabeza. Y se amaron por segunda vez, pero, en esta ocasión, casi desmayados. Se rindieron el uno al otro, dando y recibiendo en función de lo que sus cuerpos y sus corazones anhelaban y de lo que sus almas imploraban: su amor.

A la mañana siguiente, cuando Hele se despertó, lo primero que vio fue a su caballero. Sonreía, tumbado a su lado en vaqueros, descalzo y sin camisa.

En su mano portaba una flor blanca de suave aroma que ella reconoció al instante por haberla estudiado en Historia Antigua. Se le entrecortó la respiración.

—Vente a vivir conmigo —le susurró él, ronco por los nervios y por haber estado unos minutos empapándose de mirarla dormir—. Donde tú quieras. Aquí, o en mi casa, o busquemos un piso que elijamos los dos —le tendió la flor—. ¿Qué me dices?, ¿aceptas o no?

Helena comprendió que la flor era parte de su propuesta. La cogió.

—Se llama mirto o arrayán —pronunció ella en un tono apenas audible—. En la antigüedad, se la consideraba el símbolo del amor y de la belleza, ya que, junto a las rosas, era una de las plantas que cultivaban para consagrar a la diosa Afrodita —se acercó la flor a la nariz—. En la Grecia Clásica, simbolizaba la fecundidad y la fertilidad —observó a Martín, valiente, pero con las mejillas encendidas por el pudor que le suponía decir lo siguiente—: De hecho, era una de las plantas con mayor contenido erótico, pues su propio nombre, mirto, era como llamaban en Grecia al... —carraspeó—. Al clítoris de la mujer —suspiró de manera irregular. Los ojos de él chispearon—. Y, en Roma, se decía que estaba consagrada a la diosa Venus, porque las hojas de mirto brotaban de dos en dos, como el amor, que es libre y recíproco.

—Se te olvida lo más importante.

Ninguno sonreía. No inhalaban oxígeno, sino deseo y algo más profundo...

—¿El qué? —emitió ella en un tembloroso jadeo.

—La flor de mirto es el emblema del amor eterno y verdadero, el amor inmortal, y cuando un hombre le regala a una mujer esta flor significa que le está expresando la pureza de sus sentimientos.

La penetrante mirada de Martín se grabó a fuego en su alma. Y esas palabras... Esas palabras las recordaría el resto de su vida...

Helena respiró hondo. No tenía nada que pensar.

—Acepto.

Y él la besó, sellando así su futuro inminente.



—No sé qué hago aquí —le murmuró Hele a Carmen, enfadada—. He dejado

a Martín solo en mi casa, ¿por Lucía? —refunfuñó.

—Te doy la razón, Hele —gruñó Carlota—. Me apetecía tirarme todo el sábado en el sofá con Fran viendo películas y atiborrándome a palomitas y chucherías, no venir a casa de Lucía a comer, pero ya estamos aquí, de nada sirve pensarlo.

—¿A qué vendrá tanto misterio? —quiso saber Blanca, muy desconfiada—. No me fio un pelo de esas dos.

—Bueno —se encogió de hombros Carmen—, ahora lo sabremos.

Las cuatro subían en el ascensor del edificio donde vivían las dos brujas, pues Lucía les había pedido por *whatsapp* que fueran, que las invitaban a comer porque tenían algo importante que contarles.

—¡Hola! —exclamó la bruja morena—. ¡Qué bien que ya estéis aquí!

Se dieron besos en la mejilla a medida que entraban en el piso y pasaban al salón, de frente al cuadrado recibidor. A la derecha, se hallaba un pasillo que conducía a las habitaciones y al baño. Se sentaron en el sofá de cuatro plazas. Las dos brujas lo hicieron en los dos sillones individuales que lo flanqueaban en ambas esquinas. Los tres muebles, además, encerraban una mesa baja donde habían colocado un mantel y comida para picar.

Elisa, como en la fiesta de inauguración, observaba a Helena con una expresión enigmática. Estaba demasiado seria, incluso parecía nerviosa por algo. Se preocupó, a pesar de lo mal que la trataba, pero no podía evitarlo. En el fondo, creía, ingenua, que la bruja pelirroja no era tan mala como aparentaba, sino que más bien fingía, pero ¿por qué?

—¿Y la noticia? —inquirió Blanca, aún sin sonreír.

Lucía y Elisa se miraron. Sonrieron. Sin embargo, la sonrisa no alcanzó a los ojos de la pelirroja.

—¡Hemos montado nuestra propia empresa! —exclamó Lucía—. Ya tenemos oficina, nombre, logotipo, tarjetas de visita, página web... ¡De todo! Silencio.

—¿No pensáis felicitarlos?

—Claro —respondió Carlota, la primera en levantarse para abrazarlas. Sin embargo...

—¿De dónde habéis sacado el dinero? —las interrogó Blanca, entornando la mirada—. Creía que la fianza de esta casa había gastado vuestros ahorros, ¿verdad, Elisa?

—Bueno —contestó Lucía, adelantándose a Elisa—, la fianza era de seis

meses por un contrato de alquiler de un año, bastante exagerado, por cierto. Elisa se empeñó en pagarlo con sus ahorros, así que yo me he encargado de la empresa con los míos como compensación.

La pelirroja desvió los ojos a la mesa, se agachó y cogió una patata frita que se comió enseguida.

—¿Os han despedido? —preguntó Carmen con suavidad.

—¡Qué va! Dimitimos porque queríamos ser nuestras propias dueñas, ¿a que sí, Elisa?

Elisa continuó muda y sin alegría.

—Ya tenemos nuestro primer cliente —continuó la morena. Parloteaba con una ilusión increíble—. Debemos organizar una fiesta para lanzar la colección de primavera-verano del año que viene de la marca del famoso Gonzalo Guzmán. El acto será en diciembre por todo lo alto —observó a Hele con atención y una sonrisa que le produjo un escalofrío—. No te molestará que trabajemos con Laura, ¿no, Helenita? Es un encanto de mujer y le caes muy bien, ella misma me ha dicho varias veces lo contenta que está de que seas la novia de Martín.

Carmen, Carlota y Blanca despegaron los labios, atónitas por su comentario malintencionado. Al igual que Helena pensaba que Elisa no era tan mala, en cuanto a Lucía, era justo lo contrario.

—Perdona que te diga esto —añadió Carlota, seria—, pero, Lucía, para montar una empresa, y con una oficina física, si es el caso, se necesita bastante dinero, ya sea gracias a que contéis con ello o porque hayáis pedido una subvención al Estado. Y todas sabemos, porque vosotras siempre lo habéis dicho, que vuestros sueldos eran los justos para vivir y ahorrar muy poco, algunos meses directamente sin poder ahorrar —enarcó una ceja—. Repito, Lucía, perdóname, pero me cuesta creer que, de repente, de la noche a la mañana, tengáis todo lo que nos estás contando ahora. Y dudo mucho que el dinero para montar la empresa haya venido por una subvención, sencillamente porque tú odias hacer papeleo, sea del tipo que sea, y Elisa, también, y porque las subvenciones tardan bastante en concederlas, en el caso de que las concedan. Con la crisis que estamos pasando, más del cincuenta por ciento de ellas las desestiman sin ni siquiera molestarse en leerlas —se cruzó de brazos.

—¿Es que no nos crees? —inquirió Lucía, con una mueca de incredulidad.

Carlota respiró hondo. Meneó la cabeza.

—Perdonadme las dos —se pellizcó el puente de la nariz—. Serán las hormonas, no he querido decir lo que he dicho —sonrió, simulando que nada la reconcomía, pero Hele la conocía muy bien y ese brillo en sus ojos castaños era misterioso—. Me alegro muchísimo por vosotras y espero de corazón que os vaya genial. Tenéis mi apoyo.

Helena, todavía sin hablar, se sorprendió por las palabras de Carlo.

—Todavía no me has respondido, Helenita —la instó la bruja morena, sonriendo, con los ojos brillantes—. ¿Te molesta que trabajemos con Laura? Se está convirtiendo en una amiga, ¿verdad, Elisa?

La pelirroja se incorporó.

—Voy a por las bebidas, enseguida vuelvo —Elisa desapareció.

—Digo lo de Laura —insistió Lucía, que comenzó a gesticular— porque coincidirá contigo algún día, como en la fiesta de la semana pasada, y no quiero que estés incómoda, Helena —adoptó una actitud grave—. Esto también se lo comenté a ella, y no tiene ningún problema. Yo, por el contrario, en su situación —arqueó las cejas—, no sería tan... —se golpeó la barbilla, pensativa—, no tendría una mente tan abierta hacia ti.

—¿Por qué? —estalló Blanca, de pronto, enojada—, ¿porque Helena es ahora la novia de Martín y no Laura? —se puso en pie de un salto—. ¿Es que no eres capaz de ponerte ni una sola vez de parte de Helena, que es tu amiga, Lucía? ¿Ahora, de repente, te juntas con la ex de su novio? ¿Tan bajo caes que ya no sabes qué hacer para herirla? ¡Muestra al menos un poco de respeto, joder! ¡Helena nunca te ha hecho nada malo! ¡Estoy hasta las narices de ver cómo tú no paras de hacerle daño!

La aludida enrojeció, pero no replicó.

—Tranquila, Blanca —le aseguró Hele, que se levantó y agarró a su amiga del brazo para que se relajara—. Lucía no me hace daño. Si ahora quiere ser amiga de Laura, que lo sea, me da igual —sonrió con cariño—. En realidad, yo también tengo algo que anunciaros.

Carmen, Carlota y Blanca la contemplaron con expectación. Elisa se acercó con las bebidas y también la observó, esperando su noticia.

—Martín y yo nos vamos a vivir juntos —se sonrojó—. Me lo pidió esta mañana nada más despertarnos y...

Los gritos efusivos de sus tres verdaderas amigas la interrumpieron. La abrazaron y brincaron las cuatro como adolescentes, emitiendo exclamaciones de dicha y felicidad. Le pareció ver que Elisa sonreía, de verdad, pero fue tan

efímera esa sonrisa que creyó imaginársela.

—¿Cuatro meses y ya te ha propuesto vivir juntos? —elevó las cejas Lucía, poniéndose en pie—. Va más rápido contigo que con Laura —Sonrió con frialdad, irguiéndose—. A ella tardó dos años en pedirle matrimonio.

Helena se petrificó. Se le borró el color del rostro. ¿Casarse?

—Mientes... —susurró ella en un hilo de voz—. Laura nunca significó nada para Martín. Nunca estuvo enamorado de ella.

—Pues estamos en el siglo XXI, Helenita. Para comprar un anillo y proponerle matrimonio a alguien hay que estar enamorado, ¿no crees?

—¡Ya basta! —profirió Carlota—. Nos vamos, Helena. Lucía —la señaló con el dedo índice—, se acabó. Espero que te vaya bien con tu empresa y con tu vida, pero retiro lo dicho, no tienes mi apoyo porque yo también estoy harta de ti. Y a ti, Elisa —la miró con severidad—, lo mismo, ya no os aguanto más —agarró a Helena, que tragaba con dificultad el grueso nudo que se le había formado en la garganta, y se marcharon con Carmen y con Blanca.

El portazo de Carlo retumbó en todo el edificio.

—No le hagas caso —le dijo Carmen con una sonrisa triste una vez salieron a la calle—. Si Martín no estuvo enamorado de Laura, no le compraría un anillo, así que estate tranquila. Es solo una invención para ponerte nerviosa, ya sabemos todas cómo son esas dos contigo —arrugó la frente, enojada—. A mí también me tienen harta. Nunca podemos estar bien todas juntas porque siempre se están metiendo contigo, Helena.

Anduvieron por la calle hacia un bar para tomarse algo.

—Ahora lo estaremos —afirmó Blanca, solemne—. No me creo lo del dinero.

—Yo, tampoco —convino Carlota, entornando la mirada—. Siempre se han quejado del poco sueldo que ganaban.

—Sí —apuntó Carmen—, y cuando consiguieron este piso también se quejaron de que el alquiler era muy caro, pero que se sujetarían el bolsillo porque les encantaba la casa. ¿Y ahora, así como así, tienen otro piso más que les sirve de oficina para un negocio que todavía está sin estrenar y habiendo abandonado sus trabajos?

—¿De dónde habrán sacado el dinero? —se cuestionó Carlota en un murmullo al abrir la puerta del bar.

Pero Hele las detuvo.

—Lo siento, chicas, pero mejor me voy a casa, si no os importa —

retrocedió hacia el bordillo de la acera para pedir un taxi—. Ya os llamaré, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no te quedas y nos cuentas lo de Martín? —sugirió Carmen, con su característica sonrisa dulce, desterrando así lo vivido con las brujas.

Helena sonrió, obligándose a mostrarse alegre, y negó con la cabeza.

—Esta noche cenamos en casa de los padres de Martín —les explicó ella—. Es el cumpleaños de su padre y parece que va a ser una especie de presentación mía como su novia formal —les guiñó un ojo—. Necesito buscar un modelito especial.

Sus tres amigas asintieron, reticentes, y no comentaron nada al respecto, cosa que agradeció. Se despidió de ellas. Necesitaba resolver sus dudas.

Sin embargo, no pudo, porque vio inquieto a Martín al llegar a casa.

—¿Qué ocurre?

—Mi hermano no va a la cena.

—¿Por qué?

Él respiró hondo y se sentó en el sofá del salón. Estaba descalzo, en vaqueros y camiseta. Ella se quitó las zapatillas y se acomodó a su lado con las piernas en su regazo.

—Ayer estuve hablando con Pedro y salió Dafne a colación —le explicó su novio, que posó las manos en sus piernas con naturalidad—. Me contó que le había comprado un anillo antes de ir a Logroño ese fin de semana que rompieron.

—¿Un anillo? —elevó las cejas, sorprendida.

—Para pedirle que se casara con él a la vuelta de ese viaje —sus ojos se perdieron en un punto infinito en el suelo—. Le pregunté, pero no quiso hablar del tema y se fue.

—Es normal. Todavía le duele, Martín —frotó su brazo con cariño—. Me lo dijo él mismo, que cada día la amaba más, que no podía evitarlo a pesar de lo sucedido. Y... Martín.

Él la miró, serio.

—Tu madre y yo hablamos de Dafne —le confesó ella, grave—. Ninguna de las dos creemos que fuese un soborno —se arrodilló en el sofá.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que es todo muy raro, ¿no te parece? —arrugó la frente—. Si lo quería tanto, ¿lo abandona por dinero? —chasqueó la lengua—. Además, solo sabéis lo que tu padre quiso que supierais —desvió la mirada a un lado—. Lo

siento, Martín, es tu padre, pero no es una buena persona. Lo ha demostrado con Pedro y conmigo, al amenazarme en la fiesta de su jubilación.

—Helena... —la tomó de las manos—. No es malo, al menos eso quiero creer... —se le apagó la voz.

—No digo que sea malo, pero tampoco es bueno —se apartó. Se incorporó—. Entiendo que es tu padre y jamás te pondré en su contra, pero no voy a permitir que a nosotros nos haga lo que les hizo a tu hermano y a Dafne —se cruzó de brazos—. Y, también, siento decirte esto, pero no sé qué significa la cena de hoy —se giró y lo observó con fijeza—. ¿De repente, me quiere presentar a la familia como tu novia de manera oficial? —bufó—. Venga ya, Martín, no me creo sus buenas intenciones.

—No pude negarme —se levantó y acunó su rostro entre sus cálidas manos—. Me lo pidió mi madre y estaba muy ilusionada.

—Tu madre me gusta.

Helena desvió los ojos, pero Martín la obligó a mirarlo, sujetándola con más firmeza aunque con suavidad. Los dos pares de ojos chocaron y relampaguearon.

—A mí me gustas tú, angelito —le susurró él, con el corazón de pronto suspendido.

—Martín... —se sostuvo a sus hombros, acercándose. Quería hablar sobre Laura, incluso sobre Dafne, pero no pudo, quedó hechizada por sus palabras, por su presencia...

Su novio se inclinó, cerró los párpados y la besó en escalera. Apresó su labio inferior en una intensa succión que los estremeció. Un largo gemido brotó de sus gargantas.

Martín deseaba preguntarle sobre lo que acababa de decirle de Dafne, pero tenerla tan tierna entre sus brazos lo trastornó, tan solo inhalar su embrujadora fragancia natural de rosas recién cortadas nubló sus sentidos.

—Aún queda mucho para la cena —afirmó él en un trémulo suspiro, enterrando los dedos en su larga melena.

Ella asintió, incapaz de hablar.

Y se besaron.

Y se abandonaron...

Y disfrutaron de cada minuto hasta la cena.

# 16

Martín sintió que le faltaba algo nada más entrar en casa de sus padres esa noche, y ese algo era alguien, su hermano. Y se culpó. Estaba claro que hablar de Dafne hería a Pedro todavía, después de cinco años. Su hermano necesitaba cerrar la herida. Quizás, Helena tenía razón. Debía contactar con Dafne, pero ¿cómo? Ni siquiera sabía su apellido, ni dónde trabajaba, nada.

—¡Bienvenidos! —exclamó su madre, radiante. Abrazó a Hele—. Estás preciosa, cariño —la besó en la mejilla de forma sonora.

—Gracias, Sofía —correspondió ella, ruborizada y sonriendo con timidez—, tú, también.

Claro que estaba preciosa su novia, pensó él, henchido de orgullo y de admiración. Había elegido un vestido corto de fino terciopelo gris claro, sin escote, entallado a su figura y de manga estrecha hasta las muñecas, unas medias oscuras con relieves de rombos grises a juego con las bailarinas con hebilla en el lateral, también de terciopelo. Parecía más joven arreglada así, en especial por la horquilla que se había colocado en los ondulados cabellos, detalle que le encantaba.

—¿Qué tal, hijo? —le saludó Sofía tras besarle en la mejilla—. Ya están todos aquí.

—¿A quiénes invitasteis?

—Somos treinta.

—¡Treinta! —repitió la pareja al unísono, pasmada.

—¿Eso es una reunión íntima, mamá? —inquirió Martín.

—Ha sido cosa de tu padre —sonrió—. Vamos, niños, que nos esperan.

Atravesaron el *hall* hacia el salón, justo enfrente de la puerta principal, detrás de la escalera de mármol que conducía a los pisos superiores. El jaleo,

cada vez más cercano, inquietó a Helena, que se retorció los dedos en el regazo en un acto inconsciente. Su novio entrelazó una mano con la suya al percatarse de su estado, sonrió y la besó en el dorso, infundiéndole ánimos.

—Estaban en la fiesta de jubilación de mi padre —le indicó él al oído—. Y... —pero se detuvo al entrar en la estancia y toparse frente a frente con Laura.

A Hele se le desvanecieron los nervios de un plumazo. Recordó lo que Lucía le había contado hacía unas horas. Se soltó de Martín, cuadró los hombros y dibujó una educada sonrisa en la cara.

—Hola, Laura.

—Hola, Helena —se besaron las mejillas—. Siempre es un placer volver a verte.

—Lo mismo digo.

—Helena —la llamó su suegro, aproximándose con una gran sonrisa—. Estás guapísima —sus ojos poseían un brillo enigmático—. Déjame que te presente a un gran amigo mío —la agarró del brazo y la condujo hacia un hombre muy alto—. Gonzalo, esta encantadora niña es la novia de Martín, Helena.

—Tú lo has dicho —convino Gonzalo—. Yo soy Gonzalo Guzmán, el padre de Laura, a quien ya conoces. Te vi en la fiesta, pero no nos presentaron, por desgracia para mí —la tomó de la mano y besó sus nudillos—. Es un verdadero placer, Helena —su oscura mirada chispeó, ligeramente entornada. Su gélida sonrisa le erizó la piel—. No me extraña que hayas encandilado a Martín, eres una niña... —la repasó de la cabeza a los pies y viceversa con tenebrosa lentitud, relamiéndose los labios aunque con discreción, pero no la suficiente como para que ella no se diera cuenta, o quizás lo hizo adrede para que ella lo supiera—. Demasiado hermosa.

Aquel hombre le produjo un escalofrío muy desagradable. El pelo negro con leves entradas lo llevaba engominado hacia atrás. Sus recónditos ojos casi negros transmitían una aterradora seguridad, le recordaron a las turbias aguas de un pantano. Y era grande, de hombros estirados, mentón alzado y actitud autoritaria. De hecho, el señor Echevarría parecía encogido a su lado.

—Hola, Gonzalo —dijo Martín, que posó una palma abierta en el final de la espalda de Helena, notando su rigidez.

No le extrañó. En cuanto vio a su padre arrastrarla hacia Guzmán, le dedicó un escueto saludo a Laura y acudió en su rescate. Y cuando se fijó en el

lascivo escrutinio que le realizó, se tensó hasta lo infinito.

—¿Qué tal, Martín? —correspondió Gonzalo sin perder su sonrisa de superioridad.

Se estrecharon la mano con cortesía.

—Muy bien —respondió él antes de inclinarse y besarle la sien a su novia en un gesto posesivo al tiempo que la atraía más hacia su costado, lanzándole una directa advertencia a Guzmán de que era suya y, por tanto, intocable.

Dos camareras servían copas de vino tinto y vino blanco en bandejas de plata.

—¿Tinto o blanco, Helena? —le ofreció Gonzalo, llamando a una de las sirvientas con el dedo—. O ¿un refresco sin alcohol? No sé cuántos años tienes, pero pareces bastante joven.

—Tiene la edad suficiente para beber alcohol —contestó Martín, seco. Cogió dos copas de vino tinto y le entregó una a su ángel.

—Martín... —lo reprendió su padre, enfadado por sus palabras.

Guzmán se rio.

—Tranquilo —le aseguró Gonzalo, palmeando la espalda de su amigo—, que tu hijo solo ha hecho lo que haría cualquier hombre en su situación. Con una novia tan guapa es normal desconfiar de cualquiera —le guiñó un ojo a Hele, alterándola más si cabía—. ¿Y a qué te dedicas, Helena? —dio un sorbo a su vino—. ¿Eres profesora de universidad, me han dicho?

—Sí, de Historia Antigua —asintió ella, reconfortada por la mano de su novio en su cintura—. En la Complutense.

—Es doctora —anunció su suegro, sonriendo.

—Tengo curiosidad por tu edad —insistió Guzmán, ladeando la cabeza—. Los doctores suelen tener treinta años, como mínimo, y tú pareces haber cumplido los veinte.

Martín apretó la mandíbula, apuró su copa de un trago y cogió otra.

—Tiene veintisiete —respondió su padre al instante—. Su tesis fue la mejor del doctorado de su promoción —sonrió—. Es muy culta y trabaja con Guillermo Ruiz, ese explorador tan famoso. Es tu ayudante, ¿no, Helena?

¿Cómo demonios sabía todo eso?, ¿todavía la investigaba?

—Sí —afirmó Hele, que se obligó a mantener la calma a pesar de que en su interior corría una manada de elefantes asustados.

—¿Guillermo Ruiz es tu ayudante? —se interesó Gonzalo—. Es amigo

mío, aunque no lo veo desde verano. Me acercaré un día a la Complutense a saludarle y a decirle que se porte bien contigo, Helena —emitió una carcajada—. Guille es... especial, por decirlo de un modo sutil —miró a Martín—. Con él sí que deberías tener cuidado. Su pasión es la Historia y todo lo que se relacione con la misma —levantó su vino en un brindis silencioso—, incluidas bellas doctoras de Historia Antigua de veintisiete años —terminó su copa, se giró con su amigo y se metieron en una conversación con otros hombres.

—¿Qué ha querido decir con eso? —le susurró Hele, alarmada.

—No lo sé —masculló él, rechinando los dientes—, pero pienso averiguarlo.

—No me gusta Gonzalo —padeció un segundo escalofrío.

—A mí, tampoco —rodeó sus hombros con un brazo—, evítalo cuanto puedas —sonrió, fingiendo tranquilidad—. Y ahora dame un beso, angelito.

—¿Aquí? —observó la sala, atestada de gente que no les quitaba los ojos de encima.

—Aquí —se inclinó, ya más relajado.

—Creía que no eras de demostraciones públicas —ocultó una sonrisa, con esfuerzo.

—Con la mujer adecuada, sí —sonrió con ternura, rozándole la mejilla con el dedo índice.

—¿Y yo lo soy?

—¿No te lo he demostrado suficientes veces hoy?

Ella se sonrojó hasta lo inimaginable.

—Eres un descarado —se rio, cubriéndose la boca.

Martín experimentó un regocijo increíble en el estómago, pero se quedaron sin beso.

—La cena se servirá en breve —anunció Sofia, interrumpiéndolos—. ¿Nos sentamos?

Habían dispuesto cuatro tableros rectangulares en forma de cuadrado en el centro de la gran sala para que los comensales pudiesen charlar entre ellos. Una enorme lámpara de araña de numerosos y pequeños cristales a modo de collares ocupaba el hueco libre que creaba el cuadrado. Cada asiento poseía una tarjeta blanca con el nombre del invitado en cuestión. La joven pareja se acomodó entre los señores Echevarría; Helena, a la derecha de su suegro y su novio, a la izquierda de su madre.

La cena consistió en un menú formado por tres platos a compartir que

repartieron cinco camareras a lo largo de los tableros. A continuación, sirvieron una suave crema de puerros, y para finalizar, pescado a la sal. Delicioso. Ella disfrutó, no solo de la comida. El gran señor Echevarría se comportó como un suegro atento y cariñoso, transmitiendo a sus amigos el orgullo que, supuestamente, sentía hacia la doctora de Historia que era la novia de su hijo mayor. Demasiado atento y demasiado cariñoso, en realidad. No se fiaba, pero decidió concederle una oportunidad, al fin y al cabo, era el padre del hombre al que amaba.

La que también se mostraba demasiado atenta y demasiado cariñosa era Laura, pero no hacia Helena, sino hacia Martín. A pesar de separarlos dos comensales, Laura no dudó en centrar todas las conversaciones en él. De hecho, Hele y Martín apenas intercambiaron palabra.

Antes de degustar el postre, tarta de queso casera, Helena se disculpó para acercarse al baño.

—Te acompaño y así no te... —comenzó su novio, incorporándose.

—No te molestes, Martín —le cortó Laura, que se levantó y acudió a Hele—. Yo le indico —se colgó del brazo de ella—. Vamos, Helena.

Él apretó la mandíbula por enésima vez esa noche al contemplar cómo Laura tiraba de Helena como si fuera su íntima amiga y como si se tratase de su propia casa. No podía ser más falsa... ¿Y por qué tanta atención hacia ella? No le gustaba ese trato hacia su ángel.

Hacía dos años que habían roto su relación y habían terminado bien, sin discusiones, ni rencores ni dolor, incluso Martín llegó a pensar que su ex tampoco había estado enamorada, igual que él. Todo estaba bien. No se habían vuelto a ver hasta la fiesta de jubilación de su padre y, de repente, ahora la encontraba en todos los eventos, ya fueran del círculo social de su familia o de las dos brujas amigas de su novia, si es que se podían llamar así. Y en las pocas ocasiones en que Laura había charlado con Helena, había sido para recordarle su antigua relación. ¿Por qué?, se repitió sin cesar, ¿por qué actuaba de ese modo?, ¿qué pretendía Laura?

La tensión alcanzó cotas extremas cuando volvió su ex, sola, y Gonzalo se puso en pie y salió de la sala en dirección al baño. A Martín se le aceleraron las pulsaciones.

Por su parte, Helena cerró la puerta del servicio y recorrió el corto y tenue pasillo que conducía al *hall*. Antes de pisar el vestíbulo, se chocó con el frío y duro torso de Guzmán, que la sujetó de inmediato por la cintura para

evitar que se cayera.

—Perdona —se disculpó ella, cuyo corazón se precipitó a las alturas de manera alarmante.

—No, Helena —sonrió Gonzalo. Se humedeció los labios—, perdóname tú a mí. ¿Estás bien? —Abrió las palmas en la parte baja de su espalda.

—Sí, yo... —retrocedió, pero no la soltó—. Estoy bien. Gracias —con delicadeza, lo tomó de los brazos para empujarlo, pero aquel hombre le dedicó una mirada refulgente, en exceso siniestra, que la paralizó.

—Tu suegro es muy afortunado por tenerte de nuera —le indicó en un tono bajo, inclinándose ligeramente—. Yo lo sería.

—Gracias... ¿Te importaría...?

—Helena —la llamó una voz masculina desde el *hall*.

Guzmán se apartó con pesadez y sonrió al recién llegado.

—Nos hemos chocado, pero tu novia está bien, por suerte no se ha caído, la he cogido a tiempo.

Ella rodeó a Gonzalo y aceptó la mano que le tendía su novio, rígido como una estatua de hielo.

—Vamos, que ya han servido el postre —le señaló Martín a Hele, ignorando a Guzmán adrede, aunque no pudo evitar envolver los hombros de Helena con el otro brazo y rozarle la boca con la suya en una caricia lenta y posesiva—. Te gustará la tarta de queso —añadió con una leve ronquera.

A ella se le entrecortó el aliento, se olvidó por completo de Gonzalo y se centró en su atractivo caballero andante, que la guio hacia el salón con tanta premura que casi corrió para seguirlo.

Él se había controlado lo inhumano para no estrangular a Guzmán, pero le resultó muy complicado mientras degustaban la exquisita tarta de queso.

Para las copas, tras el café, todos se relajaron en sus asientos, formándose tres círculos pegados entre sí. Las camareras procedieron a retirar tres de los cuatro tableros y se escuchó música clásica alegre a través de los altavoces del techo. Las bromas y las risas se sucedían, pero Martín se obligaba a sonreír. Al menos, su padre se estaba comportando de manera impecable para con Helena, cosa que agradeció en silencio.

—Es toda una muñequita —le indicó Laura, que acababa de cambiar su sitio por el de Sofia. Sonreía—. Es muy guapa —apoyó una mano en su muslo con una confianza que él no le había otorgado—. Me alegro mucho por ti.

—No lo es —contestó Martín, rotundo. Contempló a su novia con el

corazón apresado en un puño—. No es una muñequita, tampoco es muy guapa, sencillamente porque es un ángel, aunque dudo mucho que tú sepas lo que es eso.

Laura retiró la mano de su pierna al instante, con una expresión de insulto que duró tan poco tiempo, un segundo escaso, que cualquiera no se hubiera percatado, cualquiera que no fuera él. La miró.

—¿De verdad que te alegras, Laura? —examinó la frialdad que se apoderó de esa mujer.

—Por supuesto —posó una palma en su pecho como una auténtica actriz—. Me alegro mucho —ladeó la cabeza—. Helena ha conseguido lo que yo no pude. A ella la besas, la acaricias y la abrazas delante de todo el mundo, y te deshaces en atenciones, estás continuamente pendiente de ella y te la llevas a cualquier evento, demostrando así cuánto significa para ti. Y todo esto lo veo desde que la conocí, en la fiesta de jubilación de tu padre. Confieso que estoy algo celosa —realizó un coqueto mohín con los labios—. Te has enamorado de Helena, al contrario que de mí. Nunca me quisiste. Nunca me miraste como la miras a ella. Nunca íbamos juntos a actos sociales, fueran fiestas o no, si yo no insistía. Y nunca me rozaste un solo pelo delante de nadie.

¿A qué venía todo esto? Martín se quedó boquiabierto. Algunas invitadas cotilleaban. No era difícil, pues Laura hablaba en un tono normal, no escondía lo que decía. Se enfureció. Murmuró una disculpa y, escopeteado, salió del salón en dirección al baño, pero, para su completo horror, su ex lo interceptó antes de que entrara y lo agarró del brazo, frenándolo en seco.

—¿Qué coño pretendes? —explotó él. Se desenganchó de un brusco tirón—. ¿A qué viene todo eso y, encima, con Helena al lado y delante de mi familia? ¡En mi propia casa, joder!

Laura se hizo la sorprendida, pero no lo engañaba, ahora menos que nunca.

—Disculpa, Martín, lo último que quiero es crearte un problema con Helena y...

—Ten por seguro que no tendré un problema con ella por tu culpa porque no significas nada para mí —la cortó, pasmado por haber pronunciado aquello.

—No hace falta ser tan grosero —replicó Laura con la frente arrugada y los dedos entrelazados en el regazo—. Y no he dicho más que la verdad.

—¿Ahora, Laura? —se cruzó de brazos en el pecho—. ¿Me dices la

verdad ahora y precisamente hoy, en la cena en la que mis padres presentan a Helena como mi novia ante sus mejores amigos? ¿Te crees que soy idiota? — se inclinó, entrecerrando los ojos—. Sé lo que le dijiste en la fiesta de jubilación de mi padre y también, en la boda de Dani. Y que no se me olvide —soltó una carcajada irónica— que ahora te codeas con Lucía y con Elisa cuando tú jamás te relacionas con nadie que no tenga tu misma posición social, eres así de elitista. Repito: ¿qué pretendes?

—No te pienses cosas raras —enarcó una ceja, prepotente—. Tengo pareja, Martín, aunque no es oficial, ni siquiera lo saben mis padres todavía, así que, relájate. No pretendo nada malo, solo quería retomar nuestra amistad y ayudar a Helena. Es un pececito en un mar de tiburones y ballenas, así es la gente con la que tú y yo nos relacionamos, un mundo ajeno a ella. No quiero que alguien se la coma porque tú me...

—Tú y yo nunca fuimos amigos —la cortó, rabioso. Se sintió manipulado—. Tú eras amiga de Olivia y yo, de Dani. Gracias a ellos, tú y yo empezamos a salir, pero nuestra relación se terminó hace más de dos años, Laura. Si querías ser mi amiga, hábrmelo dicho en su momento cuando rompimos, no ahora, pero ni antes ni ahora me interesa tu amistad.

—Hablas como si yo hubiera sido un mero entretenimiento —musitó su ex, una vena de su cuello se hinchó y su semblante se crispó—. Te recuerdo que hicimos planes de boda.

—Nunca hicimos planes de boda —realizó una mueca—. Sí hablamos de casarnos, pero como algo lejano.

—Si te hace sentir mejor, tú mismo, pero estuviste a punto de comprarme un anillo, ¿o ya no te acuerdas? —su mirada se tornó más glacial que nunca.

—Pero no lo hice —rechinó los dientes—. ¿Y me explicas a qué viene todo esto?

—¿Te crees que no lo sabía? —ignoró su pregunta, transmitiendo en su voz un claro resentimiento hacia él—. Te recuerdo que fui yo quien te dejó porque no te decidías con nada, no tenías iniciativa conmigo, no te apetecía hacer nada juntos y...

—Ya basta, Laura —la cogió de la muñeca y la empujó hacia el vestíbulo—. No quiero seguir hablando de algo que está más que muerto y olvidado. Por respeto a mis padres, te trataré con educación cuando coincidamos, pero que te quede una cosa bien clara: sé perfectamente cómo eres; puede que engañes a los demás con tu sonrisa y con tu educación, pero a

mí, no —la señaló con el dedo índice—. Helena no te necesita para nada. No te acerques más a ella, no le recuerdes lo que alguna vez hubo entre tú y yo, no le des consejos sobre mí, tampoco la amenaces, y ni se te ocurra volver a tratarla en esta casa, la de mi familia —posó una palma en el pecho—, que no la tuya, como si tuvieras más derecho que ella a estar aquí, sencillamente porque tú no tienes un solo derecho y, en cambio, ella sí porque ahora es mi novia y mañana será mi mujer —se irguió, sosegado, escondiendo la irritación—. ¿Entendido?

Silencio.

Su ex lo observaba con un odio atroz que no se molestó en ocultar. Al fin, su fachada políticamente correcta mostraba sus verdaderos y nefastos sentimientos.

—¿Entendido, Laura? —le advirtió Martín en un tono afilado.

—¿Sabes? —sonrió con satisfacción, de pronto—. Va a ser bastante complicado no acercarme a Helena en cuanto haga oficial mi relación. Y no quería hacerlo aún —acortó la distancia como lo haría una serpiente—, pero acabas de darme la excusa perfecta. Además, Helena debería preguntarles a Elisa y a Lucía de dónde han sacado tanto dinero para montar su negocio. Son peores que yo —se puso de puntillas y lo besó en el cuello sin previo aviso.

Él retrocedió por instinto, asqueado. Y se sintió aún peor cuando Helena surgió ante ellos en ese momento, deteniéndose de golpe por la escena.

—No te preocupes, Helena —le dijo Laura con una risita—, pretendía que fuera en la mejilla, pero no he llegado. Solo es un beso de despedida, aunque nos veremos bastante más a menudo y antes de lo que Martín se cree y querría —y desapareció de su vista.

—Helena, yo... —comenzó Martín, aturdido, sin saber qué decir y aterrado por las consecuencias de tal beso—. Yo no...

Ella lo tomó de la mano y lo condujo hacia el servicio en silencio. Lo soltó junto a los dos lavabos, frente a la puerta que habían entornado, no cerrado. Cogió una toalla pequeña de una esquina del mármol beis y la mojó. Se acercó a su novio, muy preocupada y alarmada, a pesar de transmitir solo seriedad, y le limpió la marca de pintalabios. Le enseñó la mancha de carmín en la toalla.

—Mírame —le rogó él en un susurro ahogado.

Pero Hele no lo hizo, sino que procedió a frotar la toalla con jabón líquido para quitar la mancha de la misma, manteniéndose ocupada.

—Angelito...

Su apodo la estremeció, pero continuó a lo suyo. Las lágrimas estaban a punto de desbordarse. Dolía demasiado como para restarle importancia al asunto. Lo intentó. No pudo. Imposible.

—Mírame —le ordenó ahora Martín, que apagó el grifo sin delicadeza, le arrebató la toalla empapada y la arrojó al otro lavabo—. Helena.

—Cuando he ido esta mañana a casa de Lucía y Elisa, les he contado a todas que nos vamos a vivir juntos, que me lo habías pedido —comenzó ella en un hilo de voz—. ¿Sabes qué me ha dicho Lucía?

—Nada bueno —gruñó.

No se tocaban. Estaban casi pegados, no se rozaban y, aún así, Hele se sentía magnetizada por él, como un imán, incapaz de alejarse, y conteniéndose con un esfuerzo indescriptible para no lanzarse a sus brazos. Necesitaba su contacto como el oxígeno para vivir; el beso de Laura acababa de destrozarla y sumirla en el pánico a perderlo, aunque no dudaba de los sentimientos de Martín.

—Me ha dicho que vas más rápido conmigo que con Laura —respondió ella, ahora observándolo sin pestañear y suplicándole a través de los ojos que negara la mentira de Lucía—, que, a los cuatro meses, a mí ya me has pedido vivir juntos y que a ella tardaste dos años en proponerle matrimonio.

Silencio.

A él se le cortó la respiración. Palideció.

Helena, al ver su reacción, se derrumbó. Se le escapó un sollozo. Se cubrió la boca con la mano y, temblorosa, retrocedió hacia la puerta, pero Martín la sujetó de la muñeca para evitar que huyera.

—No le pedí que se casara conmigo —declaró él, firme y tajante—. Hablamos una vez de una posible boda, pero porque no parábamos de escuchárselo a mi padre, que yo ya tenía treinta y dos años y que él, a mi edad, ya nos había tenido a Pedro y a mí, que Laura y yo debíamos casarnos porque ya éramos adultos y nuestra relación era formal. Pero te prometo que nunca se lo pedí, ni le compré un anillo, aunque sí pensé en comprárselo, la verdad —admitió al fin—. Nunca me enamoré de Laura, ni de ella ni de ninguna hasta que te conocí. Puede que te cueste creer esto cuando vivimos en una época donde nadie obliga a nadie a contraer matrimonio, pero... —la soltó. Ella le ofreció la espalda—. Siento no habértelo dicho, pero no quería que pareciera lo que parece, porque no es así. Nunca la quise, ni siquiera le tuve cariño, solo

nos... —detuvo sus palabras al percatarse de lo que había estado a punto de decir, que solo se acostaba con Laura la única vez al mes que se veían, más que nada, porque su ex había vivido siempre entre Logroño y Madrid—. Helena... —se revolvió el pelo, desesperado por su silencio—. Pensé en una boda con ella por presión de mi familia, pero no porque yo quisiera casarme con ella, aunque fuera mi novia. ¿Me crees?

Permanecieron callados una eternidad.

Martín dejó caer los hombros y la cabeza y cerró los párpados, derrotado. Entonces, unas suaves y cálidas manos femeninas le acariciaron el rostro.

—Mi ángel... —susurró él, virando la cara en busca de más mimos a la par que sujetaba a Hele por la cintura para atraerla hacia su torso—. ¿Me crees? —insistió, aún sin abrir los ojos y embriagándose por su único y especial aroma a rosas frescas recién cortadas.

—Sí... —pronunció ella con voz apenas audible, bajando también los párpados, incapaz de mantenerlos abiertos un instante más, como incapaz era ya de mantenerse alejada de su caballero andante—. Te creo... Te amo...

Sus cuerpos se adhirieron y sus labios se buscaron a ciegas hasta prenderse en llamas con el beso más impresionante que se habían regalado hasta ahora, un beso ácido, un beso maldito, como malditos estaban ellos, malditos por la locura de amarse como se amaban.

Abrieron sus bocas para darse la bienvenida al fin. La amargura, el miedo y el dolor se desvanecieron en cuanto sus lenguas conectaron, y sus gargantas exhalaban un largo y bronco gemido de escalofriante placer.

—Te amo... —murmuró Martín entre besos a cada segundo más febriles—. Estoy loco por ti, Helena —ascendió las palmas por sus curvas hasta apresarle los cabellos en dos puños—. Moriría por ti... —descendió los labios hacia su cuello y lo degustó con un ansia violenta—. Por nadie más. Ni ayer, ni hoy ni mañana. Nunca lo dudes, angelito, nunca...

Helena se derritió, tanto por sus palabras como por sus húmedas y ardientes caricias. Las piernas se le doblaron. Le clavó las uñas en los hombros. Y, cuando creía que iba a desplomarse en el suelo, él la mordió, succionando su piel detrás de la oreja hasta hacerla gritar, mezcla de placer y de dolor.

Se miraron, asombrados los dos. Martín acababa de marcarla, la mancha violácea de su cuello así lo demostraba, y no se arrepentía lo más mínimo.

Nunca se había comportado de ese modo, jamás le había hecho un chupetón a ninguna mujer, pero con ninguna había experimentado tal pertenencia.

—¿Qué has hecho? —le recriminó ella, furiosa, de pronto. Se aproximó al espejo, colgado en la pared, encima de los lavabos—. ¡Eres un animal! —jadeó, atónita porque la mancha no era pequeña—. ¡Nos esperan treinta personas a dos metros de distancia, por Dios, tus padres son los anfitriones, ¿y se te ocurre hacerme un chupetón?!

—Te lo tapa el pelo, por eso te lo he hecho detrás de la oreja —expresó con una calma alucinante, sin alterarse—. Ven aquí.

Helena gruñó. Se giró, pero no se movió.

—Ven aquí —repitió su novio, erguido, orgulloso y reflejando una seguridad implacable en su soberbio semblante—. Helena.

—Martín —colocó los puños en la cintura.

—Ven aquí.

Ella entornó la mirada. Lo deseaba con una locura extrema, pero tal locura y tal deseo rivalizaban con su repentino enfado.

—Si se me ve, quedaré como una... ¡como una cualquiera, maldita sea, Martín! —elevó los brazos al techo—. ¿En qué estabas pensando?

—Nunca serás una cualquiera. Ven aquí.

Hele respiró hondo sonoramente y obedeció, matando elefantes con los pies en lugar de andar con tranquilidad. Él se agachó, ofreciéndole el cuello.

—Házmelo tú a mí.

—¡Estás loco! —se echó hacia atrás y emitió una carcajada de incredulidad.

—Sí, ya lo sabes —la observó, implacable—. Y ahora, hazme tú uno.

—Pero... —nerviosa, se retorció los dedos en el regazo—. Tú no tienes el pelo largo, a ti se te verá.

—Es lo que pretendo. Soy tuyo, Helena, y quiero que todo el mundo lo sepa.

Aquello la dejó boquiabierta y con el corazón en suspenso.

—Martín...

Su novio la alzó por las caderas y la sentó en el mármol, entre los dos lavabos, quedando los rostros a la misma altura. Le subió el vestido por encima del trasero para poder acomodarse entre sus muslos, que lo abrazaron en un acto reflejo. Ambos gimieron al juntarse a pesar de las capas de ropa. Y, por segunda vez, Martín ladeó la cabeza y le ofreció su cuello.

—Nunca he hecho uno —confesó Hele con timidez, sus mejillas ardían sobremanera.

—Solo tienes que dejarte llevar —le susurró él, áspero y experimentando tal dureza en su anatomía que casi no inhalaba—. Bésame, succiona con fuerza, muérdeme, si quieres, pero cuidado con los dientes. —Se rieron, nerviosos—. Márcame... —le rogó su novio, cuyos pómulos se tiñeron de un exquisito rubor.

Ella suspiró, irregular. Posó los brazos en sus hombros, se inclinó y besó su mandíbula con labios húmedos y calientes, vibrantes también, como si fuera la primera ocasión en que lo besaba. Automáticamente, los dos resoplaron de placer, Helena, por tocarlo con la boca y Martín, por ser tocado por su boca. Los párpados de ambos se cerraron, pesados.

—¿Me deseas? —le preguntó él en su oído para ayudarle a quitarse la vergüenza que sabía que sentía.

—Sí... —respondió sin dudar.

—¿Cuánto?

—Tanto que me quema... —tragó saliva.

—¿Cuánto? —reclamó, enloquecido.

—Tanto que me deja sin respiración... —tragó de nuevo, hundiéndole las uñas—. Pero no me importa no respirar, no lo necesito, ¿sabes por qué?

—¿Por qué? —articuló Martín en un hilo de voz.

—Porque solo te necesito a ti.

Él gimió al escucharla.

—Demuéstramelo...

Helena se volvió loca. Lo hizo. Se lo demostró, aunque nada de lo que hiciera fuese suficiente... Lo tomó por el cuello con las manos, se arqueó y succionó su piel con fuerza, pero también con todo el inconcebible apetito que profesaba al hombre más maravilloso que había conocido en su vida. Lo marcó, enardecida.

Y Martín sollozó, deshecho por completo. Le quitó las bailarinas de terciopelo, introdujo las manos por debajo del vestido y le bajó las medias de un tirón, sin dejar de comérsela con los ojos fijos en los suyos, hambrientos como los suyos. Se desabrochó el pantalón y los dos botones de los calzoncillos, ni siquiera se bajó la ropa. Le apresó las nalgas desnudas, la situó en el borde del mármol, también de un tirón, y se sumergió en su codiciado interior de una embestida extenuante, apreciando cada centímetro a una lentitud

atormentada, pero exigida, notando cada contracción involuntaria de ella al absorberlo con egoísmo, como egoísta se sentía él. Se retiró muy despacio y la penetró de nuevo, un poco más rápido y con un golpe seco al final, arrancándoles un grito de pura euforia.

Se olvidaron de dónde se encontraban, si era de día o de noche, si alguien los oía o no. No fue un acto de amor, tampoco fue lascivo, solo posesión, pura necesidad de marcarse el uno al otro. Helena chupó su cuello por segunda vez y Martín perdió lo poco que le restaba de cordura.

Más intenso.

Más rápido.

Más intenso.

Más rápido.

Más...

Un brillo extraño captó su atención, pero no se paró. No habían cerrado la puerta, un descuido. Unos ojos oscuros, que reconoció al instante, destellaron, siniestros y lujuriosos, hacia ellos a través del espejo. Unos ojos que chocaron con los suyos. Unos ojos que lo retaron a que se detuviera, a que silenciara los gemidos descontrolados de su ángel, a que la escondiera para ocultarla de ese hombre aunque ella estuviera vestida; precisamente de ese hombre...

Helena era ajena a su presencia, desde su posición, aunque estuviera frente a la puerta entornada del servicio, solo Martín lo veía.

No se detuvo, la apretó contra sí, obligándola a arquearse más, se sumergió todavía más en su interior, la embistió con autoridad, con dominio, pero no hacia ella, sino hacia esos ojos oscuros, un mensaje explícito de que Helena Amaya era suya y jamás sería de nadie más.

Helena experimentó un cambio extraordinario en Martín. Su manera de sujetarla, de entrar y de salir de su cuerpo, de guiarla... Hasta hacía unos segundos la había arrastrado por el infierno y le había arrebatado casi la consciencia, pero ahora... Ahora estaba a punto de desmayarse de placer. A punto. Se entregó por entera. Proyectó la cabeza hacia atrás, se curvó hasta el infinito, cerró los dedos entre sus mechones y...

—Soy... tuya...

Él rugió al escucharla y, de inmediato, fueron consumidos por un clímax tan agresivo que, por un momento, perdieron el sentido, desplomados Martín sobre Helena y ella, sobre el mármol.

Cuando él, con un esfuerzo hercúleo, regresó a la realidad unos segundos después, aturdido, desorientado, alzó el rostro para buscar esos ojos oscuros a través del espejo, pero ya no estaban.

Los ojos de Gonzalo Guzmán.

Helena vivía en una nube desde aquel escarceo salvaje que habían mantenido en casa de sus suegros. Estaba distraída. Su cuerpo sufría temblores, su corazón se hallaba en un constante estado de taquicardia y su piel se incendiaba en cuanto lo recordaba. Guillermo se había reído en más de una ocasión a lo largo de la semana por sus continuos despistes, pero ella no podía prestar atención a nada. Su mente rememoraba una y otra vez aquella pasión tan insólita que les había poseído, hasta el punto de olvidarse de todo excepto de sentir, de sentir y de solo sentirse el uno al otro...

Habían cenado a diario en su apartamento o en el de su caballero andante, no habían dormido juntos y tampoco habían hablado de cuándo mudarse y adónde. Apenas habían charlado sobre cosas trascendentales, nada sobre su relación, nada sobre sus sentimientos y nada sobre lo acontecido en el baño de los Echevarría, y los besos que se habían dado habían sido escasos, breves y castos. Sin embargo, no estaba preocupada, porque las miradas que se dedicaban eran suficientes para gritarse cuánto se amaban, cuánto se deseaban y cuánto se reprimían.

Sí, se reprimían. El escarceo salvaje los había cambiado, los había inmerso en una fase desconocida que ansiaban descubrir, pero sabían que, en el momento en que se adentrasen en ella, se extraviarían a una pasión desbocada imposible de parar. Y para eso necesitaban más que unas pocas horas, ¡días enteros perdidos en el tiempo!

Y ese tiempo llegó.

El viernes, cuando a las tres en punto de la tarde recibió un *whatsapp* de Martín indicándole que la estaba esperando en la puerta de la Complutense, se le aceleraron las pulsaciones, por enésima vez aquella semana, a un ritmo

desmedido. Recogió todo deprisa y, tras murmurar una despedida ausente a su ayudante, salió de manera precipitada del despacho. No corrió, pero poco le faltó. Entonces, al poner un pie fuera del edificio, una mano aferró su brazo de pronto, asustándola, y la empujó contra los ladrillos, mientras la otra mano la sostenía por detrás de la cabeza para evitar un golpe. Al instante, una boca feroz se adueñó de la suya.

No fue un beso breve.

Ni casto.

Solo un hombre era capaz de disolverla en menos de un segundo.

Solo uno.

—Martín... —se fijó en la casi inexistente mancha que aún tenía en el cuello. La rozó con dedos trémulos, mordiéndose el labio inferior con saña porque, para su completa locura, quería señalársela de nuevo.

—He venido en taxi —le indicó él en un ronco y alterado suspiro. Observaba sus labios como si quisiera comérselos de un bocado. Se dio cuenta de lo que su novia estaba pensando, de lo que deseaban... los dos—. Dame las llaves de tu coche —le exigió antes de lamerle la boca de extremo a extremo con deliberada lentitud—. Angelito... —gimió y la besó, aplastándola con toda su llameante anatomía. No podía estar más acelerado, más excitado y más demente por poseerla hasta la eternidad.

Ella se alzó de puntillas, le enroscó los brazos en la nuca y lo correspondió de igual modo, urgente y frenético. Más que un beso, resultó una lucha por ver quién devoraba más a quién. No obstante, se detuvieron enseguida, en cuanto escucharon a unos estudiantes silbar entre bromas por la escena que protagonizaban en plena calle.

—Vámonos ya —gruñó su novio, que la agarró de la muñeca y tiró hasta llevarla al aparcamiento de los profesores—. Las llaves.

Hele, atontada, le entregó las llaves del Golf tras tres intentos, porque se le caían al suelo tres veces por culpa de los nervios que la asaltaban.

En silencio, Martín condujo al piso de Helena. En silencio, aparcó. En silencio, la guio hacia su propia casa. En silencio, cogió su bolsa de equipaje y se la tendió. En silencio, con los brazos cruzados al pecho, contempló cómo ella llenaba su pequeña maleta con manos convulsas. Estaba harto de esperar toda la semana a tenerla entera más de cuatro horas seguidas.

—Anoche fue la última que dormiste sin mí —sentenció él, inclinado sobre su oído—. Espero que la disfrutases porque no habrá más, ¿te ha

quedado claro?

—Sí... —tragó saliva con dificultad.

—Bien. Ya vendremos el lunes a por más cosas y hablarás con tu casero. Vámonos.

Sin darle opción a nada más, ni siquiera a guardar el neceser, la sacó del piso como la había metido unos minutos antes. Y, en silencio también, condujo hacia el *loft*.

Y el silencio desapareció en cuanto entraron en el apartamento.

Martín cerró de un portazo, le arrebató el equipaje, lo lanzó sin miramientos al suelo, acertó la distancia, la elevó por el trasero y abrasó su boca el instante previo a tirarla a la cama. Las prendas de ropa volaron en desorden, su sujetador y sus braguitas, rasgados, él tenía demasiada prisa por tocarla. Los gritos y los rugidos de desesperación podían escucharse en todo el bloque de pisos, pero nada les importó salvo saciar su eterno deseo.

Esa primera vez, Martín encima de Helena, se amaron con fuerza, vertiginosos, fieros... Apenas un par de minutos después, alcanzaron la gloria, que los dejó tiritando. No hubo palabras ni promesas, cariñosas o pervertidas, no pararon de besarse, tomaron oxígeno de sus bocas, no despegaron sus labios, hablar era impensable.

Pero no fue suficiente...

La segunda vez, ni siquiera esperaron a calmarse de la primera, ella a horcajadas sobre él, tumbado en la colcha arrugada. Se amaron muy despacio, en esta ocasión sin besarse, pero sin apartar la mirada de la del otro. Sus corazones se ralentizaron hasta apagarse cuando el clímax los venció de manera repentina, debilitándoles. Helena, agotada, se derrumbó sobre Martín, que la envolvió entre sus brazos, temblando ambos descontrolados.

Pero tampoco fue suficiente...

Él no le permitió tranquilizarse. Seguía sediento de ella. Estaba hechizado. La tendió sobre el lecho, se arrodilló entre sus muslos y besó la punta de su nariz. Besó sus párpados. Besó sus mejillas. Besó las comisuras de su boca. Besó su mandíbula. Besó su cuello. Besó sus orejas. Besó su clavícula. Besó su escote. Besó sus hombros. Besó sus pechos. Besó su estómago. Besó su vientre. Besó sus piernas, una a una. Besó sus pies. Besó el interior de sus muslos. Y finalmente besó su intimidad... Pausado. Agónico.

Martín jadeó al saborearla. Era exquisita, lo más dulce que había probado en su vida. Le arrancó un estremecimiento tan violento que temió

desmayarse. Sus roncosp gemidos se unieron al compás de los sollozos entrecortados de su ángel, creando una canción tan sensual, tan carnal, tan erótica... que tuvo que dominarse a sí mismo para no consumirse antes que ella; el placer de Helena estaría siempre por delante del suyo, Helena Amaya estaría siempre por delante de cualquier cosa o persona. Siempre. Sin excepción.

—Martín... —le enredó los dedos de una mano en el pelo—. Por favor... —tiró de sus mechones. Se arqueó—. Me quema... No puedo... No puedo más... Es... demasiado...

Él no se compadeció, sino que continuó atacándola sin piedad, notando cómo se acercaba a su tercer éxtasis, cómo le suplicaba que no parase... Su orgulloso interior clamaba porque aquello ocurriese en su boca y gracias a la suya propia. Padeció una sacudida tras otra ante tal pensamiento por culpa del néctar tan delicioso que estaba degustando, el de su mujer. Suya.

—Mi ángel... —susurró su caballero sobre su intimidad, rozándosela con los labios húmedos, irguiéndole la tez y lanzando su corazón hacia las alturas—. Yo te sostengo. Mi ángel... Déjate llevar... Estoy aquí y lo estaré siempre.

Aquella promesa hizo que ella creyera morir. Se retorció de manera descontrolada. Martín la sujetó por las nalgas para mantenerla quieta y le abrió más las piernas con los hombros para seguir torturándola. Absorbió su intimidad en un último beso pecaminoso, prohibido, tremendamente indecente, que la extinguió en las llamas del fuego eterno.

Helena gritó y cayó en la cama como un trapo. Él gruñó de satisfacción y se incorporó de inmediato, no malgastó un solo segundo, no podía hacerlo, su cuerpo imploraba más... De rodillas, la tomó por las caderas y la penetró de una despiadada embestida. Permaneció quieto, adrede, para apreciar las contracciones internas que todavía sufría su ángel. Y así, sin moverse, se derramó en su interior, gimiendo, sintiéndose el más perverso de los hombres y el más afortunado a la vez.

Y todavía no era suficiente...

Jamás sería suficiente.

Pero sus cuerpos desmadejados, sudorosos y debilitados se entrelazaron con fatiga y necesitados de conectar al máximo cada centímetro de piel. A ciegas y con desmaña, se abrazaron, y el sueño los atrapó, concediéndoles unas horas de descanso, que iban a necesitar para vivir el fin de semana que Martín tenía planeado, un fin de semana que sabía que Helena aceptaría y, si

no, estaba más que dispuesto a convencerla...



Hele se levantó de la cama en cuanto el aroma del chocolate la despertó. Era medianoche. Agarró la enorme colcha y se cubrió como si se tratase de una toalla gigante, arrastrándola por el suelo en su caminar. La luz de la cocina la guio hasta Martín, que movía una espátula de madera dentro de una cacerola donde estaba preparando chocolate.

Desnudo. Memorablemente desnudo.

Sigilosa, se aproximó mientras admiraba sus piernas largas y atléticas, su trasero más que succulento, la anchura de su magnífica espalda, sus brazos fuertes, su cuello esbelto y su oscuro pelo revuelto. Intimidaba. Impresionaba. Recordó que, al conocerlo, no le había parecido guapo, había pensado que poseía un rostro corriente, pero se había equivocado un segundo más tarde al contemplarlo entero. Y cuando le sonreía, ya fuera porque se riera de una broma, por un gesto de cariño o porque quisiera seducirla, no importaba la razón, y le mostraba esos hoyuelos, o la miraba como si fuera la mujer más bella del planeta, su atractivo aumentaba hasta cegarla.

Alargó las manos y rodeó su cintura desde atrás. Él dio un respingo, pues no la esperaba ni la había oído arrimarse. Ella lo besó entre los omoplatos.

—Huele muy bien —suspiró Helena sobre su cálida piel.

—Mejor sabrá —se giró y acunó su rostro entre las manos. Sus ojos castaños brillaron, parpadeantes—. ¿Te gusta el chocolate caliente? Es lo único que sé hacer —sonrió, travieso—. Y huevos fritos, nada más. Ah, y café.

En condiciones normales, es decir, vestidos y tranquilos, Hele se hubiera reído y hubieran bromeado al respecto. Sin embargo, estaba fascinada por su caballero y, de nuevo, como ya se había convertido en un hábito, magnetizada, subyugada por su presencia.

—Sí —contestó ella. Se aferró a sus muñecas—. Me encanta... —se elevó de puntillas y le ofreció la boca en un ruego silencioso.

Martín resolló antes de besarla, muy lento, enfermizo incluso. Apoyó los labios sobre los suyos un instante y, al siguiente, se los acarició con la boca entreabierta, de un lado a otro. Se tomó su tiempo para recrearse en la magia en la que aquella mujer lo había esclavizado, sin pretenderlo, desde su primer

encuentro en Formentera.

Suspiraron, intermitentes, sobrecogidos por tal arrumaco celestial. Estaban apresados el uno por el otro, sus intensos sentimientos eran correspondidos en igual medida, se amaban de tal forma que les parecía irreal. ¿Estaba sucediendo de verdad?, se cuestionaban en su interior, ¿algo tan profundo, tan puro y tan irracional existía de verdad?

—Angelito... —retiró la cazuela del fuego con torpeza y apagó la vitrocerámica. La atrajo por las caderas—. ¿Quieres... una taza de chocolate? —le costaba hilar las palabras.

—Ahora no... —susurró Helena en un tono apenas audible.

—Ahora no... —parpadeó para enfocar la visión—. ¿Qué quieres ahora?

—Te quiero a ti.

Él ahogó un jadeo por su firme respuesta. Le quitó la colcha del cuerpo, la dobló y la colocó en el suelo, entre la isla y la encimera. La pisaron y se situaron en el centro de la misma. La sujetó por las mejillas ruborizadas y se besaron, tiernos, muy tiernos... Sus labios temblaron. Sus lenguas se mimaron entre suspiros desfallecidos.

—Te amo, mi preciosa maldita —declaró su novio en un hilo de voz mientras le echaba hacia atrás los mechones, mientras arrullaba su rostro con un cariño sublime, mientras la contemplaba con un amor únicamente comparable al que sentía ella por él—. Eres lo más hermoso que jamás he tenido.

A Helena se le escapó un sollozo, emocionada por tal confesión, la más especial que había recibido jamás y del hombre más especial que había conocido jamás. Una lágrima descendió por su cara, lágrima a la que siguió otra... Y otra... Y otra... Lágrimas que su caballero besó hasta que desaparecieron. Acudieron el uno al otro con los labios separados y las lenguas preparadas para unirse en el baile más conmovedor, al son de los latidos de sus corazones, que palpitaban al unísono, relajados, estables...

Ella voló cuando él descendió las manos por los laterales de su cuerpo, rozándolos con las yemas de los dedos, inflamando su tez, avivándola, hasta descansarlas en sus nalgas, que veneró también sin apresurarse. La alzó despacio y sin esfuerzo; Helena le ciñó la cintura con las piernas. Gimieron al sentirse tan excitados, pero sin detener el beso, sin apartar una lengua de otra, sin dejar de adorarse con la boca, eso era adoración...

Martín se arrodilló sobre la colcha, quedando ella sentada en su

regazo a horcajadas. La elevó unos centímetros y, con una delicadeza dolorosa, se hundió en lo más profundo de su ser. Sus extremidades se afianzaron. Se apretaron con fiereza. El abrazo y el beso se tornaron angustiosos. Se sujetaron de los cabellos, ambos, y se encontraron a mitad de camino de cada reclamada embestida. El oxígeno, poco a poco, los abandonó, hasta el punto de necesitar gritar para expulsar así la ansiedad que se había adueñado de ellos. Se amaron por cuarta vez como los amantes malditos que eran.

Y no salieron del apartamento el resto del fin de semana...

Hicieron el amor tantas veces que perdieron la cuenta. Apenas comieron. Apenas durmieron, ya fuera de día, de noche o de madrugada. La despertaba él cada pocas horas para amarla de nuevo. Lo despertaba ella cada pocas horas para amarlo de nuevo. En el sofá... En la ducha... En la isla de la cocina... En la cama... En el suelo... Pegados a la cristalera con las impresionantes vistas de Madrid... Estuvieron desnudos las más de cuarenta y ocho horas que vivieron en una burbuja llena de auténtico amor e inconfesable pasión. Y no hablaron, salvo para repetirse cuánto se querían, cuánto se adoraban, cuánto se deseaban, cuánto...

Sin embargo, las seis y media de la mañana del lunes llegaron demasiado rápido.

Con los semblantes cruzados por tener que separarse para regresar a la vida real, se ducharon, se vistieron y desayunaron en silencio. Martín la acompañó hasta la misma puerta de su despacho en la universidad, a las ocho en punto.

—Esta tarde vengo a recogerte y hacemos cajas para la mudanza —le sugirió su novio antes de besarla en la sien, envuelta entre sus brazos—. Voy a ir mirando pisos, ¿vale? Por si, a lo mejor, no quieres quedarte en el mío.

Helena sonrió.

—Me encanta tu casa, Martín, y reconozco que la mía es enana para dos personas, sobre todo para ti porque eres grande —se rio, divertida—. No busques otro piso, pero sí busca a alguien con furgoneta para cargar mis cosas. Los muebles son míos y, aunque algunos los venderé, hay otros a los que les tengo cariño —frunció el ceño—. Mi casa no pega con la tuya.

—Pues vendemos todo, lo mío y lo tuyo, y la decoramos desde cero, así deja de ser mía en sentido literal y pasa a ser nuestra —sonrió, embelesado—. En vez de hacer cajas hoy, nos vamos de compras y encargamos los muebles

nuevos, ¿qué te parece?

—Me parece perfecto —le devolvió el gesto, poniéndose de puntillas y rodeándolo por el cuello—. Mi caballero andante de brillante armadura, siempre tan atento a mis necesidades.

—Eso no lo dudes nunca —la besó en los labios—. Te amo... —añadió en un ronco susurro.

—Y yo a ti...

Ambos se estremecieron.

—Me voy ya —anunció él, con voz áspera y nada convincente—. Llámame cuando vayas a terminar y así no te hago esperar.

—Vale —contestó Hele, autómatas, observando su boca como si se tratase del elixir de la inmortalidad, que lo era, al menos de su inmortalidad.

—Joder, Helena... —masculló Martín antes de tomarla por la nuca y besarla salvaje, agresivo y autoritario, robándole un grito que quedó amortiguado bajo sus labios—. No me sacio de ti, angelito, no me...

No terminó la frase porque ella se abalanzó sobre sus labios. Un jadeo de sorpresa y de euforia brotó de la garganta de su soberbio caballero, que la abrazó con fuerza. No fue un beso, sino otra lucha, encrespada, torpe, incluso.

—Ejem, ejem... —carraspeó una voz masculina a su espalda.

La joven pareja se apartó, a regañadientes, para descubrir a Guillermo Ruiz.

—Un buen fin de semana, por lo que veo —murmuró su ayudante, enarcando las cejas—, aunque deberíais controlaros fuera de... —carraspeó, ocultando una sonrisa—. En el trabajo.

Su novio inhaló una profunda bocanada de aire y la expulsó de manera contenida. Se puso rígido y apretó la mandíbula.

—Muy bueno, en realidad —inquirió Martín, furioso aunque demostrando seriedad—, ¿algún problema con eso?

Guillermo señaló una cámara de seguridad que estaba clavada en una esquina del techo y que los apuntaba a ellos.

—Conmigo no hay ningún problema —contestó el explorador con gélida serenidad—, pero tu novia es doctora en esta universidad. Que se esté besuqueando como una adolescente en la puerta de su despacho no es una opción, por mucho que sea con su novio y por mucho que ese novio no pertenezca a la universidad, pero —alzó las manos en son de paz— solo es mi opinión.

—Opinión que nadie te ha pedido —farfulló él, cerrando las manos en dos puños.

Ella, asustada de pronto por la negra actitud de Martín, lo agarró del brazo y lo arrastró hacia las escaleras.

—No pasa nada, Martín —restó importancia con una sonrisa—. Nos vemos esta tarde y nos recorreremos todas las tiendas de muebles de Madrid, ¿vale?

Él se tragó una sarta de insultos. No le quitaba los ojos a Guillermo Ruiz, que no dejaba de contemplarlos con un brillo extraño en su imperturbable mirada azul. Martín estaba rabioso y muy celoso, y ya no lo escondió. Sujetó a su ángel de la nuca y la besó sin apartar los ojos del explorador. Guillermo se dio cuenta de lo que pretendía y le dedicó una sonrisa enigmática. Ahora más que nunca, pensó, no se fiaba de ese millonario aburrido.

Helena vio cómo su novio se perdía escaleras abajo. Tragó saliva, nerviosa. Se acercó a su despacho y lo abrió con la llave.

—Eso sobraba —le advirtió ella al quitarse el abrigo y colgarlo en el perchero, a la izquierda de la puerta.

—¿El qué? —preguntó su ayudante con fingida indiferencia. También colgó su abrigo.

—Lo que le has dicho a Martín —se giró y se cruzó de brazos, seria—. Sabes perfectamente que esa cámara de seguridad es de la alarma del complejo, es decir, que solo está activa cuando no queda nadie en este pabellón, y se desactiva a las ocho en punto de lunes a viernes.

—Ha sido una broma —se encogió de hombros y se acomodó en su silla, frente al escritorio, al otro lado de la silla de Hele, como cada día.

—No me gustan esas bromas.

Mucho menos le gustaban si aquello pudiese desembocar en una discusión como la única que habían tenido y que les había provocado dolor y pánico de perderse.

—De acuerdo —accedió Guille. Posó una palma en su pecho con dramatismo—. No picaré más al celoso de tu novio.

—Martín no está celoso de ti —mintió. Sonrojada, desvió los ojos hacia el ordenador y lo encendió para empezar a trabajar.

—Lo está. Es normal —se recostó en el respaldo, sonriendo—. Soy guapo, millonario y, según la prensa, soltero. Y, lo más importante —se inclinó

sobre la mesa hasta quedar a escasos centímetros de su rostro—, trabajo contigo a diario ocho horas, a veces más, en un espacio de dos metros cuadrados —observó su boca—. Comemos juntos de lunes a viernes y, a veces, cenamos, aunque sea aquí. Esos son motivos para estar celoso y Martín lo está. Repito: algo totalmente normal. Yo lo estaría si fuera él —añadió en un tono bajo.

El pulso de Helena se aceleró. ¿A qué venía esa actitud?

En las pocas semanas que hacía que trabajaban juntos se había establecido una buena relación de compañerismo entre los dos. Hablaban de tonterías en sus ratos de descanso, se reían, bromeaban y trabajaban en armonía. Incluso había creído que esa frialdad que lo caracterizaba era simple fachada. No eran amigos y pertenecían a dos mundos por completo diferentes, no se contaban confidencias, ni siquiera charlaban sobre Martín, pero se llevaban muy bien y se compenetraban.

Entonces, ¿por qué ahora estaba tan próximo a ella, invadiendo su espacio personal? ¿Por qué le parecía que le estaba comiendo los labios con una mirada que, por primera vez desde que lo conocía, se había vuelto templada, que no helada, como era su costumbre?

—¿Te importaría... —comenzó Hele y carraspeó—, echarte hacia atrás?

—Claro, perdona —se le borró la sonrisa y obedeció, aunque lentamente—. Tu novio tiene suerte, y lo sabe.

—¿Sabe el qué?

—Que es afortunado por tenerte a ti. Claro que lo sabe —asintió, entornando su mirada—. Eres preciosa, Helena, aparentas menos edad de la que tienes, y ya eres bastante joven; gritas inocencia por los cuatro costados y siempre cuentas con una sonrisa dulce en la cara. Esas cuatro cualidades ya son suficientes para que cualquier hombre se fije en ti. Eres un pedacito de cielo, Helena, ¿y quién no querría comerse un trozo de cielo? —observó, de nuevo, sus labios—. Hasta el que parece más frío de los hombres te devoraría sin piedad. Y digo parece porque ninguno somos fríos, la sangre arde dentro de nuestro cuerpo.

Ella se quedó atónita. Paralizada. Apenas respiraba.

Guillermo arqueó las cejas y sonrió, sin humor.

—¿Empezamos el día, jefa?

Helena tragó saliva y se centró en lo que tenía apuntado en la agenda de su correo electrónico de la universidad para ese día.

Pero no se calmó.

Almorzaron en la cafetería en perpetuo silencio, no como siempre, que charlaban sobre cosas relacionadas con la Historia. Por la tarde tampoco se relajó. Se sentía incómoda en presencia del explorador, cosa que nunca le había sucedido con él. Hasta ahora.

—Helena —la llamó Guille al recoger sus pertenencias para marcharse. Ella lo ignoró y se acercó a por su abrigo.

—Lo siento —se disculpó él a su espalda. La agarró del hombro para detener sus movimientos—. Siento lo que te dije esta mañana. No pensé que fuera a afectarte tanto y tan mal. Era un comentario sano. Llevas todo el día sin mirarme.

Helena se soltó con delicadeza y se ajustó la bufanda al cuello.

—Tengo novia —anunció su ayudante, sorprendiéndola.

Ella lo miró.

—No es oficial todavía —continuó Guille—, pero salimos desde hace un tiempo. No soy de hablar de mi vida privada con nadie, haya confianza o no, pero te lo cuento a ti para que te quedes tranquila conmigo —sonrió—. No soy ciego, eres muy guapa, pero me gusta mi novia —le tendió la mano—. ¿Compañeros otra vez?

Helena sonrió con timidez, sintiéndose estúpida. Le estrechó la mano.

—Compañeros otra vez.

Se rieron, desvaneciéndose la tensión al fin.

En ese momento, Martín abrió la puerta del despacho y se fijó en la escena que tenía ante sus ojos: Guillermo y su ángel cogidos de la mano, sonriéndose, ella ruborizada y el explorador con un brillo insólito en sus ojos. Los celos lo machacaron.

—¡Hola! —exclamó su ángel con una refrescante sonrisa—. Apago el ordenador y cojo el bolso.

—Yo ya me voy —les informó Guillermo—. Hasta mañana, Helena. Martín —asintió y salió.

—Te espero fuera —le avisó Martín a Helena antes de seguir al explorador—. A mí no me engañas.

Guillermo Ruiz frenó al pie de la escalera. Volvió los hombros y la cabeza.

—A mí no me engañas —insistió Martín, aproximándose con paso lento y amenazante. Sería capaz de estrangularlo—. Te has dedicado toda tu vida a

realizar expediciones por todo el mundo, a viajar, a ser un nómada, si prefieres llamarlo así, ¿y, de repente, paras todo para trabajar como el ayudante de una doctora de Historia totalmente desconocida y que no frecuenta tu círculo de amistades? —bufó.

El explorador emitió una suave carcajada. La frialdad de su semblante se transformó en satisfacción.

—Tengo novia, Martín. De hecho, fue por mi novia por lo que decidí asentarme en Madrid, al menos una temporada.

No se lo creyó, ni por asomo.

—Pagaste una cifra bastante golosa a la universidad para trabajar como ayudante de Helena —le recordó Martín, clavándose las uñas en las palmas.

—No te debo ninguna explicación —le contestó, con una serenidad admirable—. Lo que yo haga o deje de hacer con mi vida es asunto mío, de nadie más.

—Cuando tu vida se mete en la de mi novia, se convierte en asunto mío —rechinó los dientes.

—Reconozco que Helena me cae muy bien. Es muy buena como profesora, como doctora y como persona —chasqueó la lengua—, quizás demasiado buena, demasiado... —se inclinó— inocente —se irguió con naturalidad—. Pero no tengo ningún interés en ella más allá de lo profesional.

—La gente como tú basa todos los aspectos de su vida en un contrato, en lo profesional.

Guillermo le dedicó una lenta y estudiada sonrisa.

—¿Sabes, Martín? —ladeó la cabeza—. Deberías aprender a controlar tus emociones, porque siendo tan transparente resultas muy fácil de golpear por el enemigo.

—¿Es otra de tus opiniones? —se burló. Cerró las manos en dos puños.

—No —amplió la sonrisa—. Es solo un consejo.

—No lo necesito, soy adulto.

—Un adulto no hace lo que estás haciendo tú —soltó una risotada—. Un adulto no provoca a otro adulto, ni aprieta los puños ansiando una mínima oportunidad para pegarlo —señaló sus manos—. Me estás provocando y, lo siento, no me vas a encontrar —se giró, pero antes de descender el primer escalón, agregó—: Hagamos una cosa: cenemos este viernes los cuatro, así fumamos la pipa de la paz.

—¿Qué cuatro? —realizó una mueca.

—Helena, tú, mi novia y yo.

—¿Ocurre algo? —se preocupó Helena al echar la llave del despacho y verlos hablando, aunque se imaginó que hablar no era lo que hacían.

—Le decía a tu novio que quedásemos los cuatro para cenar el viernes —respondió su ayudante—, con mi novia, me refiero.

Ella parpadeó, no se lo esperaba, y enseguida creyó que, tal vez, fuese una gran idea para limar asperezas con Martín y que se relajara en cuanto a los celos, que conociera a la novia del explorador y desapareciese su miedo a perder a Hele.

—Me parece bien.

Su novio apretó la mandíbula, pero Guillermo asintió, se despidió y se alejó.

—¿Nos vamos? —sugirió Helena, tomando de la mano a Martín.

Él se desenganchó y emprendió la marcha a paso rápido.

—¿Qué te pasa? —se preocupó ella al alcanzar su Golf en el aparcamiento de los profesores.

—No pienso cenar con ese gilipollas.

—Martín, creo que...

—¿Qué?!

Helena dio un respingo ante su brusquedad.

—Perdona... —masculló él a regañadientes. Le arrebató las llaves del coche y le abrió la puerta del copiloto—. Mejor, vámonos —estaba a punto de explotar de furia y lo mejor, en efecto, era serenarse, ¿cómo?, comprando los muebles de su nueva vida juntos.

Pero no compraron ninguno. Tampoco los encargaron. Martín, además, no se calmó. No la rozó. Se mantuvo en tensión. Pensó sin cesar en el condenado explorador y en la extraña conversación que habían mantenido. Luego, al ver que no se ponían de acuerdo en nada, se acercaron al piso de Helena para que hiciera otra maleta con lo indispensable para unos días. Acordaron que la mudanza sería durante el fin de semana. Después, cenaron en el *loft*. Ella preparó una tortilla de patatas y una ensalada, pero él continuó viéndolo todo rojo, callado y quieto, como un volcán previo a erupcionar, y prefirió no pronunciar una sola palabra por miedo a discutir.

Por desgracia, el resto de la semana fue más de lo mismo. Cero comunicación entre ambos, excepto lo indispensable. Cero caricias. Cero besos, salvo los de rigor, el de buenos días y el de buenas noches. Cero

cariño.

Helena telefoneó a Carlota el viernes al terminar de trabajar. Necesitaba urgentemente a sus amigas. Carmen y Blanca se apuntaron y las cuatro tomaron una cerveza por la tarde en un bar cerca de la casa de Carlo.

—Al final no hay cena con Guillermo y su novia —afirmó Blanca antes de dar un trago a su jarra, de tamaño mediano como la de las demás; la de Carlota era sin alcohol.

—No —contestó Helena, hundiendo los hombros. Tenían un grupo de *whatsapp* las cuatro y les había contado lo sucedido a lo largo de la semana—. Le dije hoy que no podíamos.

—Le mentiste —indicó Carmen con gravedad.

—Claro que le mentí. ¿Mejor le digo la verdad? —arrugó la frente—, ¿que Martín no me mira ni me habla desde el lunes por él, que por eso he preferido cancelar la cena? —resopló.

—Se lo conté a Fran —confesó Carlo, cuyo semblante revelaba seriedad—. Cree que si Martín está tan callado es porque teme que discutáis como la otra vez, por cierto —alzó una mano para enfatizar—, por Guillermo, igual que ahora.

—No es bueno guardarse las cosas malas —negó Blanca, que chasqueó la lengua—, porque luego salen de la peor manera. Martín está muy celoso de Guillermo y los celos lo están matando.

—Y con razón —señaló Carmen, enarcando las cejas.

—¿Con razón? —repitió Hele, alucinada—. ¡Yo no he hecho nada!

—No, pero a Guillermo le gustas, te lo dejó cristalino el lunes, por mucho que digas.

—Sí —convinieron las otras.

—Y eso te va a perjudicar con Martín —añadió Carmen— hasta que Guillermo se marche de tu vida. Y todavía quedan siete meses.

—Eso si no decide ampliar su contrato de ayudante a un año académico más junto a Helena —agregó Blanca en un siseo.

Helena suspiró. Se frotó la cara.

—No huyas más, Hele —la regañó Carlota. Puso una mano en su hombro—. Estás huyendo. Tú tampoco te has acercado a Martín.

Ella suspiró de nuevo, derrotada.

—Me da miedo discutir...

—Pues tendrás que afrontar ese miedo porque no será la última

discusión que tendréis. Se supone que vivís juntos. Eso se llama compromiso. Eso se llama madurar —la golpeó con suavidad—. Madura, Hele, afronta la realidad. Arregla las cosas con Martín. Habla con él —elevó su cerveza sin alcohol y la inclinó hacia Helena—. Pero ya, ¿estamos?

No le quedó más remedio que aceptar.

Sin embargo, cuando llegó a su nueva casa, se encontró con que su novio y sus suegros la esperaban. La conversación, o discusión, debía esperar.

Martín y su novia cenaron con sus padres en un restaurante asiático cerca del *loft*. El matrimonio Echevarría se deshizo en atenciones y cariños para con Helena. Él respiró, aliviado, al apreciar el buen trato de su padre hacia ella. Por segunda vez, lo agradeció en silencio y rezó para que nada lo estropeará. Incluso había empezado a sonreír debido, precisamente, a eso.

Tras una semana horrible por culpa de los celos, por culpa del pánico que lo asaltaba a que alguien, o, mejor dicho, cierto explorador millonario, le arrebatase a su ángel, la había ignorado, no la había rozado siquiera y se había sumido en una seca y aciaga actitud.

Y sabía que Helena estaba sufriendo por su culpa. Solo bastaba fijarse un instante en ella para darse cuenta de que temía tocarlo por si discutían de nuevo y le estaba concediendo el espacio que necesitaba para asimilar todo lo acontecido relacionado con Guillermo Ruiz. Eso provocaba que la culpabilidad se acrecentase, pero le resultaba tan complicado obviar el asunto... Confiaba en su novia, por supuesto, no dudaba de sus sentimientos ni un ápice, pero era muy inocente, mucho más en el mundo de Guillermo, un mundo repleto de personas como Gonzalo Guzmán. Si a eso se le sumaba que aquellos dos hombres eran amigos...

Un mal presentimiento lo asfixiaba desde hacía semanas, en concreto desde que su novia había conocido a su ayudante, presentimiento que se había intensificado a raíz de que Gonzalo conociera a Helena.

La miró, desesperado en su interior. Se sintió estúpido. ¿Cómo se había alejado esta semana cuando lo que requería para no perderla era cuidarla? ¡¿Cómo?! ¡Imbécil!

Entonces, cuando les sirvieron el postre, Martín llenó una cuchara

pequeña de helado de menta y se la ofreció con una tímida sonrisa y los pómulos teñidos de rubor. Era su manera de pedirle perdón.

Su ángel le dedicó la misma sonrisa, cerró la mano sobre la suya y se comió la porción de helado. Se relamió los labios y gimió de deleite. Y él no lo soportó más, la sujetó por la nuca con la mano libre y la besó, casto y prolongado.

—Angelito... —le susurró, abatido.

Helena le sonrió con dulzura y lo besó en la mejilla con infinito cariño. Sus ojos marrones con motas verdes resplandecieron de amor.

—¿Estáis bien? —se preocupó su madre.

—Están perfectamente, ¿no, niños? —respondió su padre, sonriendo—. Son jóvenes y acaban de iniciar una nueva fase en su relación —rodeó los hombros de su esposa—. Están llenos de pajaritos y mariposas, cielo, y tienen las emociones tan a flor de piel que se olvidan de que están cenando con dos viejos y se besan si les apetece —les guiñó un ojo.

Los cuatro se rieron.

—¿Cuándo conoceremos a tus padres, cariño? —le preguntó Sofía a Helena—. Les invitamos a cenar a nuestra casa cuando quieran, que ya es hora, estáis viviendo juntos.

—Cuando me digáis —sonrió, relajada.

—Perfecto, pues...

—Buenas noches, Helena y compañía —los interrumpió una voz masculina a su izquierda.

Cuando Martín elevó el rostro, se paralizó.

El maldito explorador...

¿Casualidad?

—Hola, Guille —le saludó ella, rígida, de pronto, aunque se incorporó, como los señores Echevarría.

¿Guille? Él se enrabetó. Decidió no ser el único que permaneciera sentado y se levantó, por cortesía, nada más.

—Buenas noches —dijo Guillermo, inclinándose para besar el rostro de la señora Echevarría y tenderle la mano a su marido—. Es un placer conocerlos. He oído hablar de vosotros por Gonzalo. Martín y Sofía, ¿verdad?

A Sofía se le congeló la sonrisa en el rostro al escuchar el nombre de Guzmán.

—Un placer —murmuró su madre.

—Martín —agregó el explorador con su sonrisa de satisfacción—, me alegro de verte, aunque pensé que cenaríamos juntos hoy.

Martín le mostró una educada sonrisa, escondiendo las inmensas ganas de estrangularlo por enésima vez en su vida.

—Yo también me alegro —mintió él, abrazando a su ángel por la cintura—. Qué coincidencia más... grata.

—Pues sí. Me acompaña mi novia. Ya la conocéis, por cierto. De hecho, ha sido ella quien os ha visto. ¿Laura? —la llamó, girando el cuello.

Martín y Helena se quedaron boquiabiertos al descubrir a Laura Guzmán ante ellos.

¿Laura era la novia de Guillermo? ¿Laura Guzmán? ¿Su ex?

—Hola, familia —les saludó Laura con su característica sonrisa perfecta. Abrazó a los señores Echevarría—. Helena, Martín, qué placer tan inesperado. Creía que no os vería esta noche, pero el destino ha decidido concederme el deseo, pues ya tenía ganas de que supierais que Guille y yo estamos juntos —se rio, colgándose del brazo del explorador—. Llevo semanas oyendo a Guille hablar de Helena.

—Lo tenías bien calladito —comentó Sofía, sonriendo—. Creía que no había ningún hombre en tu vida, Laura.

—Llevamos poco tiempo, apenas un par de meses, y ya se sabe que no es oficial hasta que no se presenta a la familia como tal —mostró su perfecta sonrisa.

Sus suegros, Guillermo y Laura emitieron una suave carcajada. Hele y su novio, en cambio, se miraron entre sí y se obligaron a sonreír. ¿Por qué todo parecía tan raro?

—Bueno, os dejamos terminar —concluyó el explorador—. Buenas noches a todos. Nos vemos el lunes, Helena.

—Sí —convino la aludida—. Hasta el lunes, Guille.

Martín creyó que si volvía a escuchar a su ángel repetir el diminutivo de ese imbécil, el volcán echaría lava durante meses.

Guillermo y compañía se marcharon del restaurante.

—¡Qué casualidad! —expresó su padre, sonriendo muy alegre—. El mundo es un pañuelo.

Martín no creía en las casualidades. La situación se enredaba más. Necesitaba a su hermano.

Terminaron la cena y se despidieron de sus padres en la misma puerta

del local, pues el chófer los esperaba aparcado en doble fila. Normalmente conducía él, pero los fines de semana prescindía de ello, Sofia también lo prefería, y los llevaba un chófer que habían contratado al mudarse a Madrid.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Helena. Lo cogió de la mano—. Me ha escrito Carlo, que están...

—Quiero ver a mi hermano, si no te importa —la cortó. Se apartó con delicadeza. Procuraba ocultar su furia, sus celos, su impotencia, pero no lo consiguió—. Necesito preguntarle una cosa.

—Vale —agachó la cabeza, hundió los hombros y precedió la vuelta a casa sin esperarlo.

Martín quiso golpearse a sí mismo por permitir que un imbécil los alejase, pero su enfado había sobrepasado el límite.

Cuando alcanzaron el apartamento, ella se metió en el *loft* sin pronunciar palabra. Él se quedó contemplando la puerta cerrada, apretando los puños en los costados.

—¿Piensas dormir aquí en el descansillo? —inquirió Pedro a su espalda—. He oído el ascensor y por la mirilla he visto que Helena entraba, pero tú, no.

Martín inhaló una fuerte bocanada de aire y se giró mientras la expulsaba de forma sonora y con gruñidos de por medio. Se metió en el piso de su hermano, se quitó el abrigo y lo arrojó de malas maneras al sofá tras haberlo arrugado unas mil veces y mascullado incoherencias malsonantes.

—¿Sabes? —dijo Pedro con una sonrisa pícaro—, creo que el abrigo no tiene la culpa de lo celoso que sigues sin motivo.

Su hermano estaba al tanto de todo, menos de lo que había sucedido en el restaurante.

—No me toques las narices, Pedro —le ordenó él—. ¡Ahora, no! ¡Y por supuesto que estoy celoso con motivo, joder!

Pedro dio un respingo por su grito. Arqueó las cejas.

—¿Se puede saber qué te pasa? —quiso saber su hermano, pasmado por su arrebató—. Eres tú el paciente, el que habla bien y el que no discute —se cruzó de brazos en el pecho, sobre la camiseta blanca que utilizaba como parte de arriba de pijama—. Has estado toda la semana con cara de perro, pero callado, ausente, dándole vueltas en la cabeza a tus celos, repito —se inclinó para recalcar—, sin motivo porque Helena te adora. Y llegas de cenar con papá y mamá, Helena entra sola en tu casa y tú entras en la mía

y te pones a soltar tacos, a pelearte con el abrigo y a gritarme —suspiró, sosegado—. Has tardado en explotar. Seis días. Sabía que más temprano que tarde lo harías. ¿Qué ha pasado ahora?

—¿Que el jodido explorador estaba en el restaurante cenando con su novia! —realizó aspavientos—. ¡Con Laura!

—¿Laura es la novia de Guillermo Ruiz? —pronunció Pedro, atónito, con los ojos muy abiertos—. ¿Laura, tu ex?

—¡Sí, joder! —respiró hondo, pero solo le sirvió para bajar el tono de voz—. ¿Te imaginas cómo me he quedado al verla allí cuando nos la ha presentado ese gilipollas como su novia? Y, según ha dicho ella, llevan juntos un par de meses.

—Joder... —se frotó la cara. Se sentó en el sofá.

—Sí. Joder —lo imitó, a su derecha—. Y papá, tan feliz.

Se miraron de un modo bastante significativo.

—¿Me vas a volver a decir que es todo demasiado retorcido como para que papá esté detrás? —le cuestionó Martín con voz baja y afilada—. ¡Venga ya! De repente, se convierte en el suegro más cariñoso del mundo. ¡De repente! ¡Después de investigarla —enumeró con los dedos—, de amenazarla, de mentirme a mí y de intentar manipularme en su contra!

Su hermano no respondió, tampoco hizo falta. Se mantuvieron en silencio varios minutos.

—Tienes que hablar con Helena —le aconsejó Pedro. Se recostó en el respaldo—. Debe saber a qué atenerse.

—Pedro... —Su hermano lo observó con la frente arrugada—. Hace unos días, Helena y yo hablamos sobre... —tragó saliva, nervioso, pero se armó de valor para abordar el tema—. De Dafne. Helena está convencida de que no fue un soborno y quiere hablar con ella, pero ninguno sabemos cómo contactarla. Mamá también está de acuerdo con Helena, piensa igual que ella.

—¿Hablar con Dafne? —se incorporó de un salto, pálido de pronto—. Pero...

—Pedro —Se levantó y lo sujetó de los hombros—. Siento mucho recordarte lo que te pasó, de verdad que lo siento, pero... —entornó los ojos — ¿y si Helena tiene razón? ¿Y si Dafne huyó de ti porque se vio obligada a ello, pero no por dinero, no porque no te amara? ¿Y si Helena es la siguiente, Pedro? ¿Y si papá pretende algo peor en contra de Helena? —un sudor frío perló los cuerpos de ambos—. Pedro... Al menos, piénsatelo. Todos

sabríamos la verdad completa, tú cerrarías tu herida y yo evitaría un mal mayor.

Pedro caminó por el espacio, inmerso en ese pasado que todavía le dolía tanto, un pasado que lo había marcado, un pasado que los salpicaba a todos, o eso sospechaban. Paró en la cocina y apoyó las palmas abiertas en la isla central. Lo contempló, grave, unos segundos antes de hablar:

—Lo haré por Helena, no por mí, no por cerrar mi herida.

Él asintió, experimentando un resquicio de esperanza.

—Pero —añadió su hermano— no quiero ver a Dafne ni hablar con ella. La buscaré y, cuando la encuentre, os pasaré la dirección o el teléfono. No me pidáis más.

Martín asintió de nuevo. Pedro suspiró con pesadez.

—Martín, habla con Helena —le aconsejó su hermano—. No os merecéis sufrir por culpa de terceras personas, mucho menos ahora que acabáis de empezar a vivir juntos. Céntrate en ella, en vuestra nueva vida. Olvídate de Guillermo y de Laura. No des importancia a lo que no tiene importancia o crearás un problema porque somos nosotros, las personas, quienes damos importancia a las cosas, quienes complicamos la vida.

Él asintió por tercera vez, cogió el abrigo y palmeó la espalda de su hermano antes de marcharse a su casa.

El *loft* se hallaba a oscuras, excepto por la televisión encendida. Helena dormía en el sofá, descalza y todavía vestida. Martín guardó el abrigo en el armario de la entrada sin hacer ruido, acortó la distancia y se arrodilló en la alfombra, pegado al sillón. Le retiró un mechón que le caía por la mejilla. Se le oprimió el pecho. La inocencia y la paz que desprendía lo rebasaron de amor.

—Pedro tiene razón —murmuró para sí mismo—. He permitido que los celos me guíen cuando no hay motivos, pero... —le rozó la mandíbula con un dedo—. Tengo tanto miedo de perderte, tanto miedo...

—Y yo a ti... —susurró ella, que elevó los párpados, demostrando que no estaba dormida—. Martín... —le acarició la cara. Suspiró, aliviada—. Te echo de menos...

A él se le cortó el aliento. Sus ojos se cerraron. Se agachó y la besó con ternura.

—Y yo a ti, angelito, pero mucho. Perdóname.

Se miraron con ojos resplandecientes, emocionados. Martín se tumbó

detrás de Helena. La abrazó. La besó en la cabeza. Ella, de espaldas a él, se amoldó a su cuerpo, encogiendo las piernas y aferrándose a sus brazos.

A continuación, Hele escuchó la confesión de su novio. Martín se sinceró con ella. Estaba aterrado por discutir de nuevo.

—Vamos a discutir, Martín —declaró Helena, tranquila y con los párpados bajados, reconfortada, segura y protegida.

—No, si puedo evitarlo —se negó en rotundo.

Silencio.

Ella tampoco quería discutir, pero sus amigas tenían razón. Y como deseaba cuanto antes desterrar lo malo, le expuso lo primero que se le ocurrió:

—Cuando te dejes la taza del váter subida, o los platos sin recoger, o pongas un vaso en la mesa sin cuidado dejando la marca; la primera vez no discutiremos, la segunda, tampoco, pero la tercera, sí. Soy muy ordenada y una maniática de la limpieza.

—Las mujeres sois quejicas por naturaleza. Estoy preparado.

—¡Oye! —le pellizcó el brazo.

—¡Ay! —se rio sobre su pelo—. Es la verdad.

—¿Soy quejica?

—Bueno, el miércoles me dijiste que se me había olvidado apagar la televisión cuando me fui a dormir el martes por la noche.

—Eso fue un comentario, no una queja —sonrió, aunque fingió indiferencia—. Y ni siquiera fue un comentario, solo —se encogió de hombros— una observación.

—Sí, angelito, lo que tú digas, pero se convierte en queja cuando escuchas ese mismo comentario tres días seguidos, ¿no te parece? —introdujo la mano por dentro de su vestido de seda vaporoso y le hundió los dedos en la cintura.

Helena chilló por las cosquillas y saltó del sofá.

—Si hubieras apagado la televisión el miércoles por la noche y no me la hubiera encontrado encendida el jueves por la mañana, no te hubiera recordado —enfaticó adrede— el comentario —se irguió, orgullosa.

—Y la tercera vez, que ha sido esta mañana —se incorporó hasta quedar sentado—, ¿denominarías a tu tercer comentario como segundo recordatorio? —escondió una sonrisa de satisfacción al ver su creciente irritación.

A ella se le incendiaron las mejillas por la indignación.

—No era un segundo recordatorio, sino... —pensó durante unos segundos

para agregar—: la constatación de un error.

—¿Un aviso, quizás —se levantó y se aproximó lentamente—, de que si hay una cuarta vez me pondrás un negativo que me influirá en mi nota final de convivencia con mi novia, profesora?

—¡Oh! —boquiabierta, se paralizó.

—Digas lo que digas —rodeó sus caderas con las manos y se inclinó—, es una queja.

Fue a besarla, pero Hele, enojada a un nivel alarmante, retrocedió y se soltó, arrancándole una carcajada a su novio.

—No soy ninguna quejica —se defendió ella, ofreciéndole el perfil, cruzada de brazos y golpeando el suelo con el pie de forma constante y rápida —, lo que pasa es que eres un pasota. Todos los hombres sois unos pasotas. Si no os apetece algo, no lo hacéis y punto. Eso no está mal porque no tiene importancia, ¿verdad? —ironizó—. Pero sí está mal que nos quej... —se detuvo para corregirse—. Pero sí está mal que os lo comentemos, porque son comentarios, no quejas.

—A mí me apetece todo estando contigo —le dedicó una lenta sonrisa seductora que le aceleró las pulsaciones—, absolutamente todo —la repasó de la cabeza a los pies con una mirada más que lujuriosa—. Yo no paso de mi angelito.

—No me mires así —gruñó. Se sentía contrariada porque no era ninguna quejica y quería quitarle tal idea machista de la cabeza, pero su cuerpo se acababa de prender al instante por culpa de esos ojos castaños hambrientos, de su cercanía, de su magnetismo.

—No te miro mal —escondió la sonrisa.

—Sí que lo haces —desvió la mirada, nerviosa.

—¿Es otra queja? ¡Ah, no! —levantó una mano—. Perdona... ¿Es otro comentario, angelito?

—¡Que no soy una quejica! —realizó aspavientos con los brazos—. ¡Y no me llames *angelito* ahora mismo!

—Eres mi angelito —se mordió el labio inferior para evitar la risa—. Mi angelito quejica.

Helena enrojeció de impotencia y de rabia. Se acercó al sofá, agarró un cojín y lo elevó por encima de la cabeza como amenaza.

—Retira que soy una quejica y no sucederá nada que lamentar —lo avisó ella.

—¿Usarás el cojín contra mí si vuelvo a llamarte quejica o antes de usarlo me recordarás tu comentario?

—¡Que no lo soy, jolines!

—¿*Jolines*? —Martín no lo resistió más y estalló en carcajadas.

Y, tras un gruñido femenino, el cojín se estrelló contra su cara, lo que le provocó más carcajadas que enervaron tanto a Hele que le lanzó todos los cojines de la casa, los del sillón y los de la cama. Él intentó sortearlos, pero se reía tanto, más a cada instante, que los recibió casi todos en el rostro o en el torso.

En un descuido, Helena, como iba descalza, se resbaló al arrojarle el último cojín y se cayó sobre su trasero en la tarima en una postura ridícula.

—¿Estás bien? —quiso saber Martín, aunque regalándole una gran sonrisa.

—¡Vete a freír espárragos, jolines! —lo empujó y se puso en pie, mascullando incoherencias.

Él volvió a explotar en carcajadas. Fue inevitable. Se le doblaron las piernas, acabó sentado en la cama. Observó, entre risas, cómo su ángel, furioso, comenzaba a desnudarse. Su ropa voló por los aires mientras caminaba hacia el baño. Estaba tan enfadada, murmurando jolines una y otra vez, que no se percataba del espectáculo tan erótico que estaba protagonizando. Ajena por completo, accionó la ducha y esperó a que saliera el agua caliente con los puños en las caderas, no le importaba que fueran las tres de la madrugada.

A Martín se le esfumó la diversión de golpe. En trance, babeando, se quitó su propia ropa a medida que avanzaba hacia ella. Justo antes de que Helena se metiera en el cubículo rectangular, él la abrazó por la cintura con manos temblorosas, cerró los ojos y la besó en el cuello con la punta de la lengua.

Ella dio un brinco del susto.

—¡Quita, jolines! —se quejó, retorciéndose—. Si crees que soy una quejica, entonces...

—No lo eres —la giró entre sus brazos, se inclinó y lamió su boca de una comisura a otra—. Dios... —gimió. La estrechó contra sí—. No lo eres...

—¿No lo soy? —pronunció en un hilo de voz, estremecida.

—No, angelito... —la tomó por la nuca y la obligó a retroceder para meterse en la ducha.

Helena se percató, a pesar de vibrar sin cesar y procurar esconderlo, de que tenía a su caballero andante a su merced. Ella también lo estaba a la suya, pero se dominó para conseguir lo que deseaba.

—¿No me lo dices por decir? —insistió Hele, que le enroscó los brazos en el cuello mientras se alzaba de puntillas, frotándose cuanto podía, enloqueciéndolo y enloqueciéndose ella por igual.

—No... —se mareó al sentir sus erectos senos contra su torso.

—¿Seguro? —lo besó debajo de la mandíbula y, al instante siguiente, succionó con fuerza.

Martín emitió un jadeo espontáneo por la excitación tan grande que sintió.

—Seguro...

—Martín —sus ojos centellearon al fijarse en sus labios. El poco control que tenía comenzó a resquebrajarse.

Él descendió las manos hacia sus nalgas, abstraído en la sensualidad de su belleza, en el constante contacto de sus cuerpos, en los alientos discontinuos mezclándose, en sus bocas rozándose por sus alteradas respiraciones, en el agua ardiente que llovía sobre ellos, mojándolos, avivándolos hacia el horizonte, sin final. Masajeó su trasero, muy despacio. Se mareó por segunda vez por el placer que le sobrevino al apreciarla tan suave, tan femenina, tan dispuesta a dejarse acariciar por Martín. Experimentó un intenso escalofrío que transmitió a Helena.

—Dime, angelito —apenas contaba con voz, mucho menos con voluntad.

—No me... —se humedeció los labios. Notaba la garganta seca, el corazón trepidando para escapar hacia el firmamento—. No me quejo, solo... —se le nubló la vista— comento y... observo... y... —ya no supo qué decía.

—Sí, angelito... —no se contuvo, le mordisqueó el labio inferior, lo chupó y lo soltó, emitiendo un gemido largo y ronco que nació en lo más profundo de su alma.

—Oh, Dios... —suspiró Helena, cuya cabeza cayó hacia atrás. Su mínimo control se evaporó junto al vapor de la ducha y, necesitada, claudicó—. Me da igual... Soy una quejica... —se incorporó y lo observó, famélica solo de él—. Dime lo que quieras... Piensa lo que quieras... —acortó la distancia, cerrando los ojos y sujetándose a sus cabellos empapados—. Soy...

Y la besó. Interrumpió su frase porque no aguantaba un segundo más sin probarla. Y la pasión se desató.

El agua de la ducha se internaba en sus bocas entreabiertas, en el baile licencioso de sus lenguas. Sus manos resbalaron sin orden por sus cuerpos. Arriba... Abajo... En los costados... En las curvas... Por delante... Por detrás...

Ella, impaciente y propasada de ansia por cederse a él, le apresó las nalgas, le clavó las uñas, chocó las caderas contra las suyas y le suplicó en un sollozo que la hiciera suya. Martín perdió su último resquicio de razón al escuchar su ruego, la empotró contra los azulejos, la levantó a pulso por el trasero y la penetró con rudeza una sola vez. Ambos gritaron de placer. Detuvieron el beso de golpe. Martín enterró la cara entre sus cabellos, la ciñó por la cintura con fuerza y se amaron, atropellados, violentos... Helena enredó los dedos en su pelo y tiró en cada salvaje embestida, se arqueó tanto, lo absorbió en su interior con desesperación, se ofreció sin ningún pudor, le pidió más...

El poderoso éxtasis los alcanzó de forma súbita y fulminante. Fue tal el goce que sus fuerzas desaparecieron y se derrumbaron en el suelo aunque continuaron moviéndose más y más lentos a cada segundo hasta parar e intentar recuperar la estabilidad, física y emocional. Se miraron, tiritando en los brazos del otro. Ninguno sonrió. Ninguno pudo pronunciar palabra, ni siquiera apartarse. Durante unos minutos, no hicieron nada, excepto permitir que sus ojos expresasen lo que sus corazones gritaban.



Al día siguiente, comieron con Carlota y Francisco en un restaurante italiano ubicado entre la casa de sus amigos y la suya.

—¿No vais a hacer una fiesta de inauguración? —les sugirió Carlo al servirles las bebidas.

—Todavía no tenemos los muebles nuevos —contestó Hele, reservada, al recordar lo mala que había sido la semana—. Tampoco los encargamos. No nos poníamos de acuerdo.

—Ahora vamos a por ellos, ¿te apetece? —le indicó Martín al oído antes de regalarle un dulce beso debajo de la oreja.

—Sí —le sonrió, acalorada y embelesada por su gesto—, me apetece mucho.

Su amiga le arrojó una servilleta de tela a la cara para que reaccionara,

provocando que todos, menos Helena, se rieran.

—Os acompañamos —les indicó Fran, rodeando los hombros de su mujer—, así os ayudamos a poneros de acuerdo —les guiñó un ojo.

Los cuatro soltaron una carcajada y ella y su novio aceptaron.

Después del postre, pagaron la cuenta y caminaron por las calles de Madrid en busca de tiendas de muebles, aunque Hele quería ir a dos en concreto que le encantaban: Becara y Kenay Home. Tuvieron que utilizar el coche porque estaban bastante separadas entre sí.

A las ocho de la tarde, y gracias a las ideas que aportaron Francisco y Carlota, tenían encargada la decoración de su nuevo *loft* al completo, incluidos unos estores plegables de color beis muy claros para tapar la cristalera en cuatro tramos.

Se despidieron de sus amigos, agotados los cuatro, y se marcharon a casa.

Fue una noche tranquila. Helena preparó unos sándwiches calientes y luego comieron palomitas abrazados en el sofá mientras veían una película de suspense, el género favorito de Martín; el de ella era el de aventuras e Indiana Jones, su favorita, como era natural apasionándole tanto la Historia.

El domingo fue apacible. Por la mañana, se despertaron tarde, remolonearon en la cama todo lo que les apeteció, se besaron y se acariciaron cuanto quisieron, bromearon también con comentarios, que no quejas. Por la tarde, quedaron con el casero de Helena para finiquitar su contrato de alquiler. En quince días, Hele debía abandonar su piso y dejarlo vacío, por lo que antes de que anocheciera hicieron fotos con el móvil a todos sus muebles para venderlos por internet.

Los días transcurrieron de forma tan rápida debido a las mariposas y a los pajaritos que invadía a la pareja por lo felices que estaban en su nueva etapa que, sin darse cuenta, llegó diciembre.

El mismo sábado que Martín entregó el último mueble de soltero, la mesa de la televisión, a una pareja joven recién casada, recibieron la nueva decoración completa del *loft*. Estuvieron el resto del día colocando muebles y distribuyendo los espacios de una nueva forma.

El baño permaneció intacto, aunque añadieron una estantería abierta para uso de Helena; en una esquina, un cesto de mimbre de color blanco con una tela beis en el interior para la ropa sucia; otra estantería, rectangular y de madera clara, también abierta, con dos repisas, que colocaron debajo de los

lavabos para las toallas limpias; y algún detalle más que a Martín no se le había ocurrido en los dos años y medio que había estado viviendo solo, como un cuenco para el jabón de manos a juego con un recipiente para los cepillos de dientes. El biombo había sido reemplazado por uno de madera blanca, cerrado y plegable, más práctico y acorde con la estancia en sí.

De la cocina, tampoco cambiaron nada en cuanto al exterior; el interior de cada armario, en cambio, fue vaciado para ordenarlo de otra manera, más funcional. Habían comprado tarros de vidrio con las tapas de diferentes colores donde organizaron las legumbres, el arroz, el pan rallado, la pasta... Más detalles que lo emocionaron porque aportaban vida a la casa. Sin pretenderlo, pues lo hacía todo de manera muy concentrada, Helena estaba convirtiendo un piso en un hogar. Su hogar, el de los dos.

Cuando terminaron, descalzos y agotados, se sentaron en el suelo con la espalda en la puerta principal y las manos entrelazadas. Observaron el espacio y sonrieron, cada uno absorto en sus propios pensamientos, que convergían en un punto común: eran felices.

Al pasar la cocina y el baño, uno se metía directamente en el salón. Antes, estaba distribuido de modo perpendicular a la entrada, ocupando la mitad derecha del apartamento y, la otra mitad, había correspondido a la habitación, frente al mismo. Sin embargo, ahora el salón se disponía de un extremo a otro de la vivienda, a lo ancho. El mullido sofá beis muy claro ahora poseía dos *chaise longues* circulares en los laterales, no uno recto como antes, y era de seis plazas en total. Entre los *chaise longues* había una mesa baja de madera clara sobre una alfombra de pelo blanco roto y, frente a ella, un armario rectangular y bajo, donde reposaban la enorme televisión ultraplana, la play station y la minicadena, con los altavoces a ambos lados de la tele, y donde habían guardado los CDs de música, las películas, los juegos y el portátil de Hele. Además, dos cestas blancas se situaban a los lados del sofá, para las revistas, periódicos y demás publicaciones en papel, como los sudokus que ella hacía cuando necesitaba aclarar la mente por alguna de sus investigaciones de la universidad. Los cojines eran de las principales capitales del mundo y sus colores correspondían a los de sus respectivas banderas: Nueva York, Londres, Roma, Buenos Aires, Tokio, París...

A continuación, dos biombos plegables de bambú con tela blanca cercaban el dormitorio junto a la pared de ladrillos donde descansaba el cabecero de la cama, de tamaño king, y la cristalera, ya cubierta con dos de los

cuatro estores. De ese modo, la habitación permanecía en la intimidad. Y enfrente y por último, se hallaban el despacho y la biblioteca, lo único que él no había vendido.

Los tonos claros de los muebles aportaban albor y frescura. Una maceta con crisantemos en la esquina del estudio, entre la cristalera y la estantería, otorgaba bienestar a la casa. Las habían escogido entre los dos, pues Helena también adoraba las plantas. Junto al televisor, había un cactus pequeño, esencial para eliminar la carga electrostática; en las mesitas de noche, jazmín, perfecto para eliminar la ansiedad y el estrés; en el baño, entre los dos lavabos, otra maceta con una planta de aloe vera, medicinal, cálida, natural y muy beneficiosa para la piel; y en la cocina, colgaba del techo una pecera de cristal abierta en un lateral y de la que salían ramas de lavanda, cuyo suave aroma daba la bienvenida al *loft*. En las paredes de ladrillos, habían colgado láminas en lápiz y a color de plantas como parte de la decoración.

Se respiraba vida, una vida que acababa de empezar: el inicio del resto de sus días.

—Nuestro hogar —murmuró Martín. Besó el dorso de su mano.

Se sonrieron con los ojos brillantes de felicidad.

En ese momento, el timbre sonó. Se pusieron en pie. Él abrió.

Era su hermano, que abrió la boca, alucinado por el cambio.

—Madre mía... —musitó Pedro, maravillado.

—¿Te gusta? —le preguntó Hele, tímida y nerviosa.

—Sí —se fijó en las macetas y en las láminas de plantas. Le dedicó una sonrisa preciosa—. Eres su alma gemela —se aproximó a ella y la abrazó con cariño—. Y no te imaginas cuánto me alegro —le susurró al oído.

La emoción que sentía Martín se incrementó al oír tales palabras de su hermano pequeño. Parpadeó para aclarar la vista. Carraspeó.

—Toma —le dijo Pedro al entregarle un papel doblado. Su semblante se crispó por la gravedad, pero también por el dolor—. No quiero saber nada —y se fue.

—¿Qué es eso? —se preocupó Helena, tras cerrarse la puerta de un golpe seco y fuerte.

Él desplegó la hoja y descubrió el nombre de una empresa y la dirección de la misma.

—Le pedí hace unas semanas el contacto de Dafne —confesó Martín, serio—. Helena —la tomó de la mano y la condujo hacia el despacho donde se

encontraba su portátil, descansando apagado en el tablero. Lo encendió. La miró—. Después de la fiesta de jubilación de mi padre, al día siguiente, ¿recuerdas que yo entraba en casa cuando te despertaste? —se sentó en el taburete y la acomodó en su regazo.

—Sí —asintió.

—Venía de casa de mis padres. Discutí con mi padre. —realizó un ademán restando importancia a aquella conversación—. Después, fui a ver a Pedro. Me contó que Laura se acercó a ti y que se presentó. Supuestamente, no sabía quién eras y mi madre no te la presentó en la fiesta —suspiró, intranquilo—. Desde entonces, tengo la extraña sensación de que Laura ya sabía de ti, que alguien le había hablado de ti por algún propósito. Pensé que fue mi padre para hacerte daño, como hizo con Dafne —frunció el ceño—. Mi hermano me quitó la idea de la cabeza, me dijo que eso era demasiado retorcido hasta para tratarse de mi padre, pero... —chasqueó la lengua—. Está demasiado cariñoso contigo últimamente, y en el restaurante asiático no pareció sorprendido cuando Guillermo nos presentó a Laura como su novia —respiró hondo—. No me fío de él, todo me parece muy raro, así que le pedí a Pedro que contactara con Dafne. No creo que...

—Lo que pasó con Dafne me puede pasar a mí.

No contestó, no hizo falta, pero un escalofrío desagradable los recorrió por igual.

Dafne Sánchez Vera era la directora ejecutiva de una multinacional dedicada al sector de la publicidad, especializada en las grandes marcas de moda. La sede central de la empresa se ubicaba a las afueras de Madrid, en la Ciudad de la imagen. Frente al imponente y brillante edificio de cristal negro opaco, se encontraba Helena el lunes a las seis de la tarde. Había acordado con su novio en que iría sola, porque, seguramente, si Dafne viese a Martín, huiría. Habían pasado cinco años y medio desde que había desaparecido de la vida de la familia Echevarría, de la vida de Pedro.

Le escribió un *whatsapp* a su novio para avisarle de que iba a entrar. Este le respondió que le telefonara en cuanto terminase. También envió un mensaje al grupo de *whatsapp* de sus amigas. Carmen, Blanca y Carlota estaban expectantes por lo que pudiera suceder.

Los nervios crecieron a un ritmo vertiginoso, revolviéndole el estómago.

Martín se la había descrito como una mujer de piel tan pálida como la suya, de cabellos largos, lisos y negros como el carbón, más alta y más delgada que ella y cuyo rostro recordaba al de la actriz Marion Cotillard. Podía haber cambiado con el transcurso del tiempo, pero había un añadido que la hacía tan diferente como llamativa: poseía unos ojos azules que parecían transparentes.

Inhaló una gran bocanada de aire y la expulsó, despacio, pero irregular. Caminó hacia la puerta giratoria y entró. El pulcro vestíbulo era negro, como el resto de la construcción. Había dos vigilantes de seguridad uniformados en las dos esquinas del fondo, detrás de la mesa de recepción y delante de los cuatro ascensores, dos a cada lado.

—Buenas tardes —saludó Hele a las mujeres que tecleaban y hablaban

por un pinganillo en el oído.

Una de ellas le sonrió con amabilidad.

—¿Desea algo, señorita?

—Venía a ver a Dafne Sánchez, por favor.

—¿Tenía cita? Su nombre, por favor.

—Soy Helena. No tenía cita. Soy... —carraspeó, ruborizándose—. Soy una vieja amiga.

—¿Su apellido, por favor?

—Amaya, Helena Amaya.

—Un momento, por favor. Puede esperar en esos sillones —le indicó unos asientos que formaban un saloncito a la izquierda.

—Gracias.

Se sentó y esperó diez largos minutos, hasta que la recepcionista le indicó que subiera a la penúltima planta, la número catorce, que la señorita Sánchez la atendería en su despacho. Obedeció. Aferrada al asa de su bolso bandolera de piel, ascendió al piso catorce. La secretaria de Dafne la acompañó hasta la puerta correspondiente, la abrió, le permitió el paso y cerró, dejándolas a solas.

Al fondo, junto a la ventana, de espaldas a Helena, había una mujer de pelo negro, ondulado y que alcanzaba su nuca, con los hombros estirados, cruzada de brazos, cuyo esbelto cuerpo estaba cubierto por un vestido de seda negra, ajustado con elegancia hasta las rodillas, y sus pies estaban enfundados en unos desorbitados tacones de Louis Vuitton negros con la suela roja. No se giró y, aún sin verle la cara, la intimidó.

—Eres la última persona con la que pensé cruzar una palabra en toda mi vida —comenzó Dafne con una voz delicada y extremadamente suave, que contrarrestaba con su fachada de mujer letal de negocios—, aunque, conociendo al gran señor Echevarría como, por desgracia, lo conozco —pronunció con hastío—, me imagino por qué has venido y por qué te has hecho pasar por una vieja amiga. He tenido que comprobar la cámara de seguridad de la recepción para ver quién eras —se volvió al fin.

Helena se quedó estupefacta. Era guapísima... Llevaba los labios, un ápice gruesos, pintados de carmín. Sus facciones eran perfectas, muy femeninas, le recordó a las esculturas griegas que representaban la eterna juventud y, por consiguiente, la eterna belleza. El corte de pelo, estilo midi, muy actual, aumentaba su atractivo hasta el punto de convertirla en una mujer

seductora aunque no fuera esa su intención. No le extrañó que Pedro continuase enamorado, si solo con su aspecto conseguiría que cualquiera se apocase, hombre o mujer, sin excepción. Era una auténtica beldad. Y esos ojos, en efecto, resultaban transparentes por el color tan claro. Les faltaba brillo y desprendían altivez, aunque sospechó que era pura fachada, una fachada dura, demasiado para alguien cuya voz recordaba a la de una niña dulce, sin maldad.

—Has durado menos con Martín que yo con Pedro —agregó Dafne, dejando caer los brazos y los hombros.

—¿Me conoces? —arrugó la frente, extrañada.

—Te conozco desde hace tres meses, cuando salió en la prensa un reportaje sobre la fiesta de jubilación de Martín Echevarría. Acudiste acompañada de sus hijos. Se te fotografió con ellos antes de entrar en el hotel Ritz. Y, el mes pasado, se anunció que Helena Amaya, una desconocida, pero brillante doctora de Historia Antigua de la Complutense, era la pareja oficial del primogénito del gran señor Echevarría —lo citó como si acabara de leerlo—. Supongo que la prensa no tardará en hacerse eco de vuestra ruptura.

—¿Qué ruptura? —parpadeó, confusa.

—Martín y tú. Por eso estás aquí, ¿no? —dudó, enarcando una ceja.

—Martín y yo no hemos roto —sonrió sin poder evitarlo—. Estamos viviendo juntos. Llevamos cinco meses de relación, si contamos desde el día que nos conocimos —se ruborizó.

Ahora quien parpadeó fue la señorita Sánchez.

—¿Y qué haces aquí, Helena?

Ella respiró hondo.

—Necesito saber qué paso.

Dafne cruzó los brazos en el pecho en actitud defensiva y la desconfianza cruzó su semblante.

—¿Por qué?

—Porque no me creo que te sobornara con dinero.

—Perdona, ¿qué has dicho? —realizó una mueca—. ¿Un soborno? ¿Dinero? —soltó una risa carente de humor. Se pellizcó el puente de la nariz—. No sé por qué me sorprende...

—Cuando tú desapareciste, Pedro se hundió —le relató Helena, grave. Unió las manos en el regazo—. Una noche, su padre lo descubrió borracho y le

contó que la única razón por la que tú lo habías abandonado era porque él te había ofrecido dinero a cambio de que salieras de su vida. Y que tú aceptaste.

—Eso no es verdad —no se alteró. Transmitía una férrea y estudiada calma—. No fue por dinero —dio media vuelta, ofreciéndole la espalda, de nuevo—. Ya puedo contarlo. Hasta hace un año no podía, pero ya, sí —suspiró. Clavó los ojos en el exterior, a través de la ventana—. Mi padre perdió el trabajo unos meses antes de que Pedro y yo empezásemos a salir juntos. Le dio por beber, hasta convertirse en alcohólico —el tono se apagó, pero no transmitió tristeza, sino conformismo, quizás—. No era violento. Jamás le levantó la mano a nadie —volvió a suspirar—. La noche que Pedro y yo nos besamos por primera vez, Pedro insistió en acompañarme a mi piso.

»Cuando nos estábamos despidiendo en el portal, mi madre me llamó al móvil. Era muy tarde, así que descolgué, me preocupé. Me dijo que mi padre había tenido un accidente con el coche y que estaban en el hospital. Pedro me llevó y se quedó con mi madre, con mis hermanos y conmigo hasta que le dieron el alta a mi padre unas horas después. Triplicaba la tasa de alcoholemia cuando lo ingresaron. Tenía una ceja partida y necesitó llevar un collarín durante dos semanas. No comentó nada de lo ocurrido, ni siquiera con mi madre. Absolutamente nada —giró la cabeza en su dirección—. No volvió a probar el alcohol. Todos creímos que el susto que se llevó fue tan grande que por eso dejó la bebida.

Helena se alarmó. Sospechaba un pero.

—La última vez que estuve con Pedro —continuó la señorita Sánchez— fue un fin de semana en Logroño, como supongo que ya sabes. El sábado por la noche, durante el cumpleaños de su abuelo, Martín, su padre, me pidió que lo acompañase a la biblioteca porque tenía una sorpresa para mí —tragó saliva, vulnerable un segundo. Enseguida se recompuso—. Su portátil estaba encendido, mostraba un video en pausa. Le dio al *play* y lo vi —desvió la mirada hacia la ventana otra vez. Se rodeó los brazos, como si se protegiera a sí misma—. El video pertenecía a una cámara de tráfico de Madrid ubicada en un semáforo. Salía mi padre conduciendo un tramo de la calle desierta, haciendo eses, sin control ninguno por el alcohol que había ingerido. Un hombre con su perro se dispuso a cruzar un paso de peatones, creyendo que mi padre frenaría a tiempo, pero...

—¡No! —exclamó Hele, tapándose la boca con ambas manos.

—Pero no frenó y los atropelló —alzó el mentón. Se giró y la observó

unos segundos—. Mi padre, entonces, frenó de golpe. Salió del coche dando tumbos. Se acercó, pero se asustó tanto que huyó —cerró los ojos con fuerza. Los abrió para añadir—: No llamó pidiendo auxilio, sino que se marchó directamente al hospital con un ataque de ansiedad y de pánico. Les dijo a los médicos que se había chocado contra una columna, que no recordaba dónde, pero que le dolía el cuello.

—Dios mío... —suspiró, entrecortada.

—El perro murió y el hombre atropellado estuvo en coma tres meses. Despertó, pero sin sensibilidad en las piernas. Es parálítico. Todo esto lo sé porque tu querido suegro —arqueó las cejas— me investigó, como supongo que ha hecho ya contigo, si no, no estarías aquí. Contrató a un detective para buscar cualquier mínimo trapo sucio relacionado conmigo. Investigó el accidente de mi padre a conciencia y descubrió el video —la frialdad cruzó su semblante—. Me amenazó, me dijo que, si no desaparecía de la vida de Pedro, le enviaría el video con los datos de contacto de mi padre al hombre al que atropelló. Yo me asusté. Recordé que mi padre esa noche triplicaba la tasa de alcoholemia, lo que significaba que podría acabar en la cárcel si lo denunciaban.

—Dios mío... —repitió Helena, horrorizada. Un sudor frío la recorrió entera.

—No tuve que pensarlo mucho. Desaparecí de la vida de Pedro.

—¿Y tu padre?

—Al día siguiente de la fiesta, regresamos a Madrid. Pedro me dejó en mi piso y se fue. Yo cogí mi coche y conduje hasta casa de mis padres. Mi madre y mis hermanos estaban dormidos cuando llegué, pero mi padre veía la televisión en el salón. Nada más entrar, le pedí que me acompañara un momento al coche. Eché los seguros y... —se le aceleró la respiración—. Me eché a llorar. Le golpeé. Le grité. Le insulté. Le culpé de mi infelicidad —se humedeció los labios y tragó saliva. La vulnerabilidad apareció de nuevo—. Él acabó llorando y gritando también. Me repitió mil veces que se entregaría a la policía, que no dejara a Pedro, que sabía que estábamos locos el uno por el otro —se irguió—. Me negué. Si mi padre hubiera acabado en la cárcel, mi madre se hubiera muerto en vida —su mirada se tornó vacía y ausente—. Le dije que saliera del coche. Le entregué una carta para que se la diera a Pedro si venía a buscarme allí. También le dije que no quería volver a verlo nunca más. Volví a mi piso, llené una maleta con lo indispensable, llamé a un taxi y

me fui al aeropuerto. Me compré un billete a Milán. Una amiga de la facultad vivía y trabajaba allí. Me presenté en su casa y, al final, me quedé a vivir allí con ella hasta hace un año.

—¿Qué pasó hace un año?

Dafne la miró. El rencor, agudo y afilado, se reflejó en sus transparentes ojos azules.

—Que mi padre murió. Tras mi partida, mi padre empezó a beber otra vez. Tres años después, lo ingresaron por coma etílico y descubrieron que tenía el hígado hecho polvo. Los médicos le ordenaron que no consumiera una sola gota más de alcohol. Mi madre lo convenció para que se desintoxicara. Pero duró quince días. Siguió bebiendo. Cada vez más. Hasta que su cuerpo no lo resistió y murió. Fue entonces cuando decidí regresar a España. Mi jefe me promocionó para el puesto de directiva ejecutiva de esta empresa, que es de un amigo suyo. Acepté. Y aquí sigo.

—¿Por qué no se lo contaste a Pedro? —inquirió Hele, enfadada a un nivel descomunal hacia su suegro.

—Porque Pedro odiaba a su padre con toda su alma. Desde que tenía uso de razón. Y le encantaba su trabajo en *Echevarría & Co*, al menos hasta hace cinco años y medio. Si le hubiese contado esto, hubiera montado una guerra, hubiera dimitido de la empresa que tanto adoraba, se hubiera distanciado de su familia y ni su madre ni su hermano, mucho menos Pedro, se merecían algo así.

—¿Y tú, sí? —la señaló con el dedo, aguantándose las furiosas lágrimas que estaba a punto de derramar.

—El error fue de mi padre —entornó la mirada—. Y yo soy cómplice porque encubrí ese error, un delito muy grave. Oculté el secreto. No lo denuncié porque era mi padre, ni permití que tu suegro —recalcó con repugnancia— lo denunciara, precisamente, porque era mi padre —se inclinó—. Me convertí en su cómplice. ¿Pedro se merecía estar con una chica así? —se irguió otra vez—. No, Helena, por supuesto que no.

—¿Te avergüenzas de tu padre? —se atrevió Helena a preguntar, más serena.

—Nunca —negó con la cabeza, ferviente—, pero lo culpé por destruir mi vida. Y todavía lo culpo, a pesar de que muriese hace un año —sonrió sin alegría—. Qué tontería, ¿no?

—No, Dafne —la observó unos segundos callada, analizándola—. Le sigues culpando porque sigues enamorada de Pedro.

La señorita Sánchez contuvo el aliento. Y, por primera vez, su perfecto rostro se sonrojó, transformándose en una simple mortal, como lo era la propia Helena.

—Y seguirás culpando a tu padre hasta que no te sinceres con Pedro — agregó Hele en voz baja—. Y si no lo haces, no podrás reconciliarte con tu padre ni contigo misma —sacó una de sus tarjetas de visita de la Complutense que guardaba en el monedero, donde aparecía su nombre, su especialidad y la extensión del teléfono de su despacho. Apuntó su móvil. Se la entregó—. Gracias, Dafne. Siento mucho lo de tu padre. Todo.

Dafne aceptó la tarjeta y Helena se fue.

En cuanto salió a la calle, rompió a llorar. Temblando, alcanzó el coche, se metió y condujo hacia el *loft* sin poder tranquilizarse. Entró en su casa, vio a Martín sentado en el sofá, corrió hacia él y se arrojó a sus brazos en llanto.

—¡Helena! —se asustó su novio, sujetándola por los hombros—. Dime qué ha pasado.

Ella se le contó, no omitió detalle, absolutamente todo salió de su boca entre lágrimas e hipidos irregulares.

Martín permaneció callado, imperturbable, hasta que Hele terminó. A continuación, se levantó, salió del apartamento y cerró de un portazo. Helena, aterrada, lo siguió, pero él corrió escaleras abajo hacia el garaje subterráneo, se montó en la moto sin el casco, sin la chaqueta, y se marchó.

Martín dejó a su ángel ahí parado sin ninguna explicación, pero la realidad era que la rabia lo consumía por momentos. Partió rumbo a la casa de sus padres. Aparcó de cualquier manera y tocó el timbre de forma insistente hasta que su madre abrió.

—¿Qué pasa, hijo, por Dios?

—¿Dónde está? —le exigió él, acercándose a la escalera—. ¡Papá! ¡PAPÁ!

—¿Qué son esas voces? —inquirió su padre al descender los escalones.

Los sirvientes se asomaron al *hall* por el alboroto.

—¿Cómo pudiste ser tan ruin? —profirió Martín. Agarró al señor Echevarría por el cuello de la camisa y lo zarandeó—. ¿Cómo pudiste hacerle eso a Dafne? ¡¿Cómo?! —lo soltó con brusquedad, provocando que se tambalease.

—¡Hijo, por el amor de Dios! —gritó Sofía, sujetándolo del brazo para separarlo de su marido.

Su padre entrecerró los ojos. No dijo nada, pero supo a qué se refería.

—¡Aléjate de mí, ¿me oyes?! —le advirtió Martín, apuntándolo con el dedo. Las lágrimas bañaban sus mejillas—. ¡Y a Helena no se te ocurra ni mirarla!

—Martín... —le rogó su madre. Le acarició la cara—, por favor, dime qué sucede.

—¡Que tu marido es un...! —pero no lo dijo. Se guardó el insulto. Retrocedió un par de pasos. Se revolvió el pelo con saña, furioso, dolido, asqueado...—. Lo que pasa, mamá —añadió, mirando a su padre— es que el padre de Dafne era alcohólico y una noche cogió el coche bebido y atropelló a un hombre, que quedó en silla de ruedas. Huyó. No pidió auxilio. Papá lo descubrió cuando contrató a un detective para que investigara a Dafne —apretó la mandíbula, más calmado, pero sus ojos continuaban destilando un odio desconocido hasta ahora—. Amenazó a Dafne con contárselo a la policía si no rompía con Pedro. Y Dafne se vio obligada a abandonarlo para que su padre no fuera a la cárcel. ¡Eso pasa! ¡Eres un monstruo, papá!

—Dios mío, Martín... —sollozó Sofia, contemplando a su marido como si se tratase de un desconocido—. Pero ¿qué hiciste, Dios mío?

—Hice lo que tenía que hacer —pronunció su padre al fin, seguro de sí mismo—. Nunca tuve la intención de denunciar a su padre, ni lo hubiera hecho. Lo único que pretendía era ver su reacción, que se enfrentara a mí, pero Dafne no lo hizo, se murió de miedo.

—¡Era su padre! —exclamó él, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Qué pretendías que hiciera? ¡Joder!

—Una mujer así no era para Pedro —insistió—. Era demasiado débil para mi hijo —se golpeó el pecho con el puño—. Él se merecía una mujer de verdad, que lo convirtiera en un hombre de verdad, ¡porque nunca se ha comportado como un hombre! ¡Jamás! —miró a su esposa—. ¡Le has consentido todo lo que has querido! ¡Lo has mimado demasiado, Sofia! ¡Y la culpa fue mía porque te permití hacerlo!

—¡Mentira! —clamó ella—. Lo que tú llamas mimar y consentir es amar. Te obsesionaste con Martín. Ignoraste a Pedro desde el día en que nació, ¡maldita sea! —gesticulaba mientras se desahogaba—. ¡Yo le di el cariño que necesitaba multiplicado por dos porque siempre le faltó el tuyo! ¡Y la culpa es de Gonzalo! ¡Te ha manipulado toda la vida! ¡El mismo día que nació Pedro, Gonzalo empezó a llenarte la cabeza de maldad! —respiró hondo con fuerza

—. Su mujer se quedó estéril por problemas en el parto de Laura, no pudieron concebir más hijos, mucho menos un varón, que era lo que él quería, y, cuando Gonzalo vino al hospital a darnos la enhorabuena y vio que era otro niño, no una niña, le quemaron los celos. ¡No te atrevas a negarlo!

Martín se paralizó al oír la declaración de su madre.

Los sirvientes, entre murmullos, abandonaron la sala con rapidez.

El señor Echevarría enrojeció de vergüenza y de indignación.

—Gonzalo no es la mala persona que tú crees, Sofía, Gonzalo no es...

Pero Sofía elevó una mano para mandarle callar.

—Arregla lo de Pedro y Dafne —le ordenó a su marido—. Haz lo imposible. Si de verdad te importo, si de verdad me quieres, solúcionalo —se detuvo. Se tapó la boca por culpa de otro sollozo—. Tú y yo hemos terminado, Martín. Pediré los papeles del divorcio a nuestro abogado mañana mismo. ¿Cómo has podido hacer algo así, Martín? ¡A tu propio hijo! ¡¿Cómo?! —y subió la escalera corriendo hasta perderse de vista.

—¡Sofía! —el supuesto *gran* señor Echevarría salió precipitado detrás de su mujer.

Martín se quedó atónito ante el giro de los acontecimientos. Fue Inés, la cocinera, quien lo había visto nacer y crecer, la que lo sacó del estupor.

—Niño, ¿Pedro ya lo sabe? —se interesó la mujer.

—Todavía no.

—No lo postergues —le cogió la mano y se la apretó con cariño. Sonrió con tristeza—. Tu padre quiere a Pedro, niño, claro que lo quiere, pero tu madre tiene razón —se le borró la sonrisa—. Ese Guzmán... —chasqueó la lengua—. Es peor que un demonio, y todo viene porque está obsesionado con tu madre. Desde siempre.

—¿Con mi madre? —su corazón frenó en seco.

—La mira como mira a esas jovencitas que tanto le gustan —realizó una mueca de asco—. Igual que mira a tu angelito, niño. Lo siento, pero es verdad.

Eso él ya lo sabía, había sido testigo de ello.

—Muerto el perro, se acabó la rabia —anunció Martín, observando los vacíos escalones.

—Sí, ¿pero cómo vas a alejar a Guzmán de tu padre?

—No lo sé, pero lo haré —entrecerró los ojos y se dirigió a la puerta.

—Niño, ten cuidado —se agitó Inés, retorciéndose las manos—, no te

enfrentes a Guzmán.

Él no contestó, la besó en la mejilla y se fue.

Encontró a Helena en el *loft*, con Pedro, sentados ambos en el sofá. Se pusieron en pie en cuanto entró en el apartamento.

—¿Se lo has contado? —quiso saber Martín.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —le exigió su hermano, desconfiado, arqueando las cejas—. ¿Y se puede saber qué mosca te ha picado para largarte como lo has hecho y a saber adónde?

Él inhaló una gran bocanada de aire y la expulsó sonoramente.

La siguiente media hora, que fue lo que tardó la joven pareja en confesarle a Pedro la verdad de su pasado, este mantuvo una actitud seria, no los interrumpió. Después, se levantó.

—Os he escuchado por respeto, pero te dije, Martín, que no quería saber nada —se giró y se aproximó a la puerta.

Tal reacción los sorprendió.

—Ya lo sabías... —murmuró Martín, pensativo.

Pedro paró. Se dio la vuelta.

—Sí —los contempló una eternidad—. Emilio, el padre de Dafne, se presentó en la oficina dos meses después de que ella volara a Milán. Yo no quise verlo, no quería saber nada relacionado con Dafne, pero él estaba desesperado, así que lo recibí. Me contó todo lo que vosotros me acabáis de contar, la versión de Dafne. Me dijo que no podía con los remordimientos, que llevaba dos meses sin dormir, que no se acordaba del accidente, solo de chocarse contra una columna, pero que se entregaría a la policía, que le había destruido la vida a un hombre, a su hija y a mí. Yo me negué, igual que Dafne lo hizo en su momento. Lo convencí para que no se entregara.

—Por eso, todavía guardas el anillo de compromiso... —susurró Hele, con una mano en el pecho a la altura del corazón.

Pedro agachó la cabeza en señal de derrota.

—Porque la estás esperando —continuó Helena, avanzando despacio hacia él—, porque al contarte Emilio lo sucedido te diste cuenta de que Dafne sí te amaba, de que estaba asustada en Milán. Esperabas, y aún lo haces, a que ella te buscara y te lo contara.

—Eso hice, hasta hace un año —confesó él, en un hilo de voz, temblando.

—Hasta que murió Emilio.

—Estuve con él cuando murió. Jamás dejé de preocuparme por Emilio, aunque sin que Dafne lo supiera. Le pedí a Manuela, su madre, que nunca le dijera nada de mí a su hija. Le permití espacio a Dafne, todo lo que necesitase, quería que recurriese a mí, por sí sola, sin presiones, sin amenazas, sin miedos —los observó con los ojos anegados en lágrimas—. Pero Emilio murió, Dafne regresó a España y...

—No has sabido nada de ella, no se ha acercado a ti —adivinó Martín, cuyo pecho se oprimió en un puño cruel.

—Ha pasado un año —se secó las lágrimas de un manotazo, erguido como un guerrero—. Ya he perdido la esperanza.

—No —negó él—, no la has perdido, porque sigues teniendo el anillo de compromiso guardado. No mientas, Pedro, no te mientas a ti mismo —permaneció unos segundos callado—. Lo que no entiendo es por qué no te enfrentaste a papá —arrugó la frente, rabioso de nuevo—. Si él le llega a hacer algo así a Helena, yo...

Ella lo abrazó y lo besó en el hombro.

—Vi el video —les confesó Pedro—. Me presenté en Logroño el siguiente fin de semana tras hablar con Emilio. Le revolví el despacho entero hasta que encontré el video. Lo vi. Y no me enfrenté a él, porque pensé que, si había sido capaz de amenazarla, con lo mal que me llevaba yo con él, sería capaz de denunciar a Emilio. No quise hacerle más daño a Dafne —suspiró, tranquilo—. Emilio era una buena persona que se equivocó. Su error le costó a un hombre acabar en silla de ruedas, pero los remordimientos que sufrió Emilio, no solo por el accidente, sino también por haber perdido a su hija, por haberla herido, porque no lo perdonaba, no quería saber nada de él... lo mataron poco a poco hasta que ya no lo resistió más. Intenté que dejara de beber, me volqué en ayudarlo —dejó caer los hombros—, pero no conseguí nada.

La joven pareja estaba conmocionada. Martín, además, tenía otra sospecha.

—No ha habido otras —afirmó él—. No has estado con ninguna mujer desde Dafne. Todo eran cuentos.

—No ha habido ninguna —reconoció en un susurro ronco—, porque ninguna es Dafne.

Hele emitió un débil sollozo, impactada por la última frase,

percatándose de que el dolor de su cuñado era aún más agudo de lo que había creído hasta ahora. Cinco años y medio sufriendo sin descanso... Y por culpa de su padre. ¿Qué clase de padre le hacía algo así a su propio hijo?

Pedro se acercó a ella. Sonrió con tristeza. La besó en la mejilla, palmeó la espalda de su hermano y se marchó.

Ni siquiera cenaron. Tampoco comentaron nada.

Al día siguiente, Hele trabajó de un modo mecánico, su mente estaba sumida en los últimos acontecimientos. Guillermo intentó animarla al verla tan ausente y alicaída, pero no lo logró. Procuró sonsacarle información para que se desahogara, pero en vano.

Por la tarde, cuando llegó al *loft*, se topó con su cuñado y Martín hablando en voz baja. Ambos seguían con los trajes y las corbatas puestos. Se preocupó.

—Tranquila —le dijo su novio con una sonrisa apagada al adivinar su repentina ansiedad. La rodeó por la cintura para abrazarla. La besó en los labios—. Mi madre está en casa de Pedro. Se ha presentado hace una hora y le ha pedido quedarse con él durante una temporada.

—Voy a verla y... —comenzó Helena.

—Mejor que hoy, no —la cortó Pedro, pellizcándole la mejilla con cariño—. Se ha tumbado en la cama y me ha pedido que, por favor, no la molestemos.

Ella se sintió culpable. Si no hubiera alentado a Martín a descubrir la verdad, nada de aquello hubiera sucedido y su suegra no estaría en esta situación, tampoco su cuñado habría recordado el daño que atenazaba su corazón, aunque sospechaba que ya se había acostumbrado a vivir con ello.

La semana transcurrió sin cambios.

Y la siguiente.

Lo único que rompió esa triste monotonía fue que los amigos de su novio de Logroño, los que había conocido en Formentera, les llamaron para avisarles de que irían a Madrid el fin de semana. Y, el día antes de aquello, Sofía se presentó en su despacho de la Complutense a la hora del almuerzo. Saludó con fría cortesía a Guille y le preguntó a Helena si le apetecía que comieran juntas.

—¡Claro! —exclamó ella con una sonrisa de alivio por verla fuera de la casa de su hijo y con ganas de hacer algo, en especial si la incluía.

Se despidió de su ayudante y se dirigió con su suegra a una cafetería

cerca de la facultad, pues solo contaba con dos horas libres y ninguna de las dos deseaba desperdiciar el tiempo.

Cuando esperaban sentadas a que les trajeran los menús que habían elegido, se fijó en las ojeras que el maquillaje no había logrado ocultar en la cara de Sofía, un rostro cargado de tristeza que tampoco se molestó en esconder. Sus ojos, además, empezaron a brillar más y más hasta que un sollozo brotó de su garganta. Helena se cambió de silla al instante, a su lado, y la envolvió entre sus brazos para ofrecerle el consuelo que necesitaba, controlando sus propios temblores por la impotencia que la asolaba al ver así a una buena y gran mujer sin merecerlo.

—Lo siento —se disculpó su suegra. Se secó las lágrimas con un pañuelo que sacó del bolso.

—No tengo nada que perdonar —le sonrió con dulzura. La cogió de la mano y se la apretó con suavidad—. Aquí estoy.

—Gracias, Helena —le acarició la cara con una pequeña sonrisa—. Amo a mi marido —agachó la cabeza—. Lo adoro. Es bueno, Helena, te prometo que lo es —la observó, aterrada—. No quiero perderlo. Estas dos semanas han sido un tormento. Lo echo tanto de menos... —se tragó otro sollozo—. Pero Gonzalo es una serpiente. Le clavó los dientes hace mucho tiempo y el veneno ha ido propagándose poco a poco. No puedo perdonar lo que le ha hecho a Pedro. No puedo —negó con la cabeza—. La culpa es de Gonzalo, pero mi marido es lo suficientemente mayorcito como para no dejarse manipular. Y lo ha hecho, ¡maldita sea! —golpeó la mesa con la palma abierta.

Helena se quedó pensativa unos segundos, los que tardó el camarero en traerles los primeros platos a cada una.

—Quizás me arrepienta de lo que voy a decirte, Sofía —comenzó ella, seria—, pero creo que no debes abandonar a tu marido. No te divorcies.

Su suegra parpadeó, confundida por sus palabras.

—Adoras a Martín y sé que él siente lo mismo por ti —continuó Hele sin variar su semblante—. Me lo dijo.

—¿Cómo? —frunció el ceño—. No te entiendo.

—En la fiesta de jubilación, él y yo bailamos, ¿recuerdas?

—Sí —flexionó los codos en la mesa, juntó las manos y apoyó la barbilla en ellas—. Cuando te amenazó —bufó con indignación.

—Me dijo que se me notaba que yo estaba enamorada de Martín y que

había sido muy fácil enamorarme porque a él le había pasado lo mismo contigo, Martín es tu calco.

Sofía tragó saliva. Su rostro transmitió un intenso anhelo.

—Si Gonzalo es una serpiente venenosa —concluyó Helena, tomándola de la mano de nuevo—, si tu marido es tan bueno como dices, pero las veces que se... —pensó en la palabra acertada—, pero las ocasiones en que se ha desviado del camino, por llamarlo de algún modo —arqueó las cejas—, han sido por culpa de Gonzalo, y si a eso se le suma que tu marido te ama como tú lo amas a él —sonrió con ternura—, debes estar a su lado para sacarle el veneno —se tornó grave—, para sacar a Gonzalo de su vida.

—Eso es imposible. Tienen negocios juntos, inversiones, desde hace años.

—Sofía —arrugó la frente aún más—. Hay que eliminar a Gonzalo de vuestra vida. Ya.

—¿Tú también crees lo mismo que mi hijo? —su cara reflejó incertidumbre y miedo a partes iguales—. He estado antes en el laboratorio. Martín me ha dicho que tanto Pedro como él creen que tu ayudante no es mera casualidad —probó su copa de vino tinto—. Y después de las cosas que he oído de Guillermo Ruiz entre mis amigos, a mí tampoco me parece una casualidad. Es amigo de Gonzalo —chasqueó la lengua—. Pero ¿cómo puede influir eso en tu contra? Si, precisamente, poniéndote un ayudante, tienes menos presión en el trabajo —se recostó en el respaldo—. No sé qué creer. Me parece muy enrevesado si se trata de un plan para quitarte de en medio de la vida de Martín.

—Mis amigas creen que le gusto a Guille —se sonrojó—, y Martín opina igual.

Su suegra entrecerró los ojos.

—¿Y tú qué crees, Helena?

Silencio.

—Cariño —le dijo Sofía con una dulce sonrisa—, estoy aquí y no me iré, no me asustará nada de lo que me digas, tampoco pensaré mal de ti. Nunca.

—No lo sé, Sofía... —confesó Hele al fin, nerviosa. Arrugaba la servilleta en el regazo—. El mes pasado me dijo que yo le gustaba, pero que tenía novia, que podía quedarme tranquila. Y también me dijo que Martín tenía motivos para estar celoso porque él y yo estamos todo el día juntos, y más

cosas —realizó un ademán para restar importancia.

—Está muy celoso —recalcó sin una pizca de alegría—. No puede soportar que pases tanto tiempo con él, pero porque tiene pánico de perderte, cree que tienes muchas más cosas en común con Guillermo que con él. Y jamás te pedirá que renuncies a tu ayudante; primero, porque sabe que no te puedes negar y segundo, porque Martín nunca te daría a elegir con nada ni con nadie. Eso es mío —se rio—. Los dos somos de la misma manera de pensar: si alguien te da a elegir, sale perdiendo.

Pero Helena no se rio.

—Tuvimos una discusión muy fuerte cuando se enteró de que Guillermo Ruiz era mi ayudante, cinco minutos después de enterarme yo. El mes pasado, Guille lo picó y Martín pasó una semana sin mirarme ni hablarme por miedo a discutir. Sofía... —la miró—. Yo también tengo mucho miedo de perderlo. Laura está por todas partes.

—También me lo ha contado Martín —le acarició el brazo—. Helena, no permitas que os separe una tercera persona. Si el destino dicta que no debéis estar juntos, que sea únicamente por vosotros dos, porque hayáis dejado de amaros, pero no por alguien más porque, entonces, vuestro corazón siempre estará roto y nunca sanará. Mira a Pedro y a Dafne.

—Supongo que este consejo te lo debes aplicar a ti, ¿no?

Se observaron un instante y, al siguiente, estallaron en carcajadas.

Por la tarde, Martín fue a recogerla a la universidad y, cuando llegaron al *loft*, se encontraron con Sofía y con Pedro, que cargaba la maleta de su madre, esperando el ascensor. Y ella supo, por el guiño que su suegra le dedicó, que aquella mujer haría lo imposible por recuperar a su marido. Y, aunque se tratase del malvado Martín Echevarría, Helena se alegró.

Quizás ahora empezaban todos a respirar.

## 20

Pablo, Lucas, Álvaro y Raúl se abalanzaron sobre Martín en cuanto lo vieron esperándolos en la puerta de llegadas del aeropuerto de Barajas. Como niños, en lugar de cinco adultos de treinta y seis años, saltaron sobre sus pies en un abrazo tan ruidoso que Seguridad les llamó la atención.

Caminaron hacia el parking exterior donde él había aparcado el Audi y los condujo hacia el pequeño hotel en el que se hospedarían sus cuatro amigos ese fin de semana, ubicado a dos manzanas de su casa. Les dieron las llaves electrónicas de las dos habitaciones, dejaron su equipaje y se marcharon al *loft*.

—¿Y este cambio? —se impresionó Álvaro—. No recordaba tu casa así.

Martín les dirigió una gran sonrisa. Con las manos en los bolsillos del pantalón del traje, pues no había tenido tiempo para cambiarse de ropa, se balanceó sobre sus pies sin percatarse de que lo hacía.

—Helena y yo vivimos juntos desde hace un mes. Vendí lo que había y compramos todo lo que veis al gusto de los dos —notó cómo se le chamuscaban los pómulos.

Sus amigos se miraron entre sí y corrieron hacia él. Lo agarraron entre los cuatro y lo levantaron hacia el techo varias veces.

—¡Vale, joder! —se quejó entre carcajadas.

La puerta principal se cerró en ese momento. Lo bajaron al suelo ante la sonrisa divertida de la recién llegada. Martín experimentó un regocijo en el estómago, el mismo regocijo que lo poseía al despertarse cada mañana a su lado.

Ese día se había puesto muy celoso cuando ella se había presentado en la cocina para preparar el desayuno, arreglada ya y, para completo horror de él,

demasiado atractiva. Había elegido un vestido camisero vaquero claro hasta la mitad de los muslos, ceñido a sus pechos y a su cintura, donde se había colocado un cinturón de piel marrón, a juego con sus botines planos. Las medias eran marrones, el amplio y suave fular, en tonos granates, y la gabardina, pues llovía, la clásica de color beis. Además, se había recogido los cabellos castaños en una trenza de espiga lateral y se había colocado un sombrero en la cabeza.

Cualquiera podría tacharla de sencilla, pero la realidad era que esa mujer cada día estaba más guapa, cada día lo cegaba más, y que el imbécil del explorador pudiera contemplarla así arreglada durante ocho horas había ennegrecido su humor, aunque no lo había demostrado.

Era tarde para sus costumbres. Los viernes salía a las tres de la tarde y eran las seis, pero había estado en una reunión con otros profesores y la decana de su facultad con motivo de la cena de Navidad del profesorado de la Complutense.

—Traed un cubo —anunció Raúl, palmeándole el hombro—, pero para todos, no solo para Eche —se aproximó a Helena y la cogió de las manos—. Helena —realizó una dramática reverencia, arrancándoles risas a los presentes, en especial a ella, que se ruborizó—, ¿no tendrás alguna hermana que se parezca a ti?

Hele, avergonzada y encantada a la par, negó con la cabeza.

—Lamentándolo mucho, soy hija única —se quitó el sombrero y la gabardina.

Raúl chasqueó la lengua y se golpeó el pecho como si le acabasen de clavar un puñal en el corazón. Helena se carcajeó y besó a sus nuevos amigos en las mejillas.

—Hola, belleza —la saludó Álvaro antes de abrazarla con fuerza y confianza—. Siempre es un placer volver a verte, aunque sea de tanto en tanto.

Ella le sonrió y correspondió el gesto cariñoso.

—¿A mí no me dices nada? —inquirió Martín. Fingió enfadarse por haberlo dejado el último—. Llevo desde las ocho de la mañana sin verte.

—¡Oh! —se burlaron los otros cuatro.

—Hola, mi querido loco —su sonrisa se tornó tímida.

—Hola, mi preciosa maldita —la agarró de la cintura, la pegó a su cuerpo de un tirón, provocándole un jadeo, y la besó en la boca, ansioso. Muy ansioso.

Sus amigos silbaron y los ovacionaron.

—Por favor, un respeto a los que están a dos velas —los regañó Álvaro antes de propinarle una colleja a Raúl, que hacía un año que no ligaba.

Todos se rieron. Raúl le golpeó a su amigo en el estómago, de broma.

El telefonillo del apartamento los interrumpió.

—Seguramente sean Carlota, Blanca y Carmen —anunció Helena, corriendo hacia la entrada para abrirles—. ¿Les digo que bajamos ya?

—Sí... —respondió Martín, en trance, hipnotizado con su trasero, con sus caderas, con sus curvas...

Pablo lo dio un codazo. Él se frotó la cara para, en efecto, espabilarse. Se cambió el traje por unos vaqueros, camisa, jersey y *Converse*. Se abrigaron y bajaron en el ascensor.

—¡Hola! —exclamaron las tres chicas en la calle al unísono, muy contentas de reencontrarse con sus amigos de Logroño.

—No nos vemos desde Formentera —les recordó Carlota, acariciándose el abultado vientre.

—La próxima vez venís vosotras a Logroño y antes de que nazca el bebé —las invitó Álvaro, guiñándoles un ojo.

Se besaron en las mejillas y se marcharon todos en busca de cerveza. Se decantaron por una taberna, se acomodaron en varias mesas que juntaron y, entre risas, bromas, anécdotas, cerveza y tapas, disfrutaron como si hubieran retrocedido en el tiempo y se hallasen en la isla de Formentera.

Para la cena, se decantaron por una tasca madrileña, donde Fran, Manuel y Jorge se les unieron.

—Podíais hacer la fiesta de inauguración del piso mañana, aprovechando que estamos los dos grupos reunidos este fin de semana —comentó Carlo.

—¡Sí! —gritaron a coro los de Logroño con sus jarras de cerveza en alto.

Helena y Martín se miraron y, sonriendo, asintieron.

La diversión y la confianza continuaron. Se dirigieron a una discoteca con música de todo tipo a tomarse unas copas. Estaban todos demasiado alegres, menos la embarazada que no podía beber alcohol. Bailaron y disfrutaron como si hiciera siglos que no lo hacían. Sin embargo, Jorge no parecía muy animado, permanecía callado y se obligaba a sonreír. Y a Blanca, ni la rozaba. En un momento que Hele y su novio se acercaron a la barra a

pedir otra copa, Martín le preguntó al respecto:

—¿Qué les pasa a Blanca y a Jorge? —la tenía abrazada por la cintura mientras la camarera les servía las dos consumiciones.

Ella soltó una carcajada, tapándose la boca. Él le hundió los dedos en el costado, arrancándole un grito por las cosquillas.

—¡Vale, vale! —se rindió Helena—. Ya sabes que Jorge es muy tímido. Pues, verás, resulta que Blanca le dijo la semana pasada que por qué no buscaban fecha ya.

—¿Para casarse?

—Sí —lo besó en el cuello con la punta de la lengua.

—Angelito... —se estremeció—. Sigue.

—¿Besándote?

—No... —carraspeó—. Sí... Me refiero a lo de Blanca y Jorge.

Ella lo besó de nuevo debajo de la oreja. Martín se removió, inquieto, y le clavó un bulto considerable en la parte baja de su espalda. Helena gimió, maravillada, y rodó entre sus brazos.

—Mejor deja los besos para luego —la reprendió su novio sin convicción. Resbaló las manos hacia su trasero y se lo aplastó.

—La cuestión es que Jorge le contestó que vale, que está de acuerdo, que también quiere casarse y que el día que ella quiera van al juzgado y se casan.

Él enarcó las cejas, sorprendido.

—No parece que quiera, con esa respuesta.

—Exacto —convino ella, asintiendo despacio—. Eso es lo que puede parecer, que no quiere, pero, en realidad, es porque Jorge es muy tímido.

—No te entiendo —arrugó la frente.

—Discutieron —realizó un ademán—. Blanca le gritó que quería una boda en condiciones, por la Iglesia, banquete, baile, damas de honor y muchos invitados. Jorge le dijo que ni hablar. Le cuesta mucho relacionarse con la gente y suele huir de las reuniones numerosas, si puede escaquearse —posó las palmas en su torso duro y cálido—. Y Blanca no le habla desde entonces, excepto lo imprescindible.

—Uf...

—Sí. Uf —frunció los labios en un coqueto mohín que le alteró las pulsaciones—. El problema es que Blanca hoy ha decidido que Jorge se va a enterar.

—¿Cómo que se va a enterar?

—Pues que le va a hacer sufrir con tus amigos para que espabile —sonrió con malicia.

Martín se echó a reír.

—Pobre Jorge —murmuró él, con una sonrisa traviesa—. Raúl, Pablo, Lucas y Álvaro, sobre todo, Álvaro, estarán encantados de ayudarla. ¡Menudos son!

—¡Cuéntaselo! ¡Claro! —le estampó un beso sonoro en la boca—. De aquí al domingo haremos que Jorge cambie de opinión, ¿qué me dices, colega? —levantó una mano.

—Cuenta conmigo, colega —se la chocó entre carcajadas.

Se besaron de nuevo y regresaron con los demás. Martín habló con sus amigos para pedirles el favor de que ayudasen a Blanca. Encantados, aceptaron, como había pronosticado.

Y eso hicieron el resto de la noche. Los de Logroño, uno a uno, charlaron y tontearon con la morena de ojos chocolate sin cortarse un pelo delante de su novio, lo ignoraron adrede y actuaron como si estuviera soltera. Blanca se percató de que algo raro sucedía, por tantas atenciones como recibía, y le preguntó a Helena si les había contado lo que ocurría con Jorge. Ella asintió con una sonrisa ladina. La morena le regaló una sonrisa de satisfacción y la abrazó.

—Te quiero mucho, Hele —declaró en su oído—. Gracias. Esperemos que salga bien.

—Y yo a ti, Blanquita. Saldrá bien, ya verás.

Se volvieron a abrazar. Se emocionaron, influyó el alcohol, pero también la felicidad que las rodeaba, menos el pequeñito problema de Jorge, problema que se solucionaría, estaba segura de ello.

A las siete de la madrugada, amaneciendo, Martín y Helena entraban en el *loft* a trompicones y riéndose como dos niños que hubieran hecho una trastada, se sentían así. Sin embargo, en cuanto él cerró la puerta, la diversión se esfumó al sujetarla del brazo y apoyarla contra la pared. Sin esperar un solo segundo, le quitó el cinturón, agarró el borde de su vestido en el cuello y lo abrió entero de golpe, gracias a los botones de imán. A Hele se le cortó el aliento.

—Llevo queriendo hacer esto desde que te he visto esta mañana así vestida —gruñó Martín. Se arrodilló y la descalzó con torpeza, en varios intentos. No estaban en sus mejores condiciones, pero el deseo se masticaba y

la tensión sexual era demasiado intensa como para ignorarla—. Angelito... —silbó al contemplar su sujetador de encaje y transparencias granate—. Qué buena que estás, joder...

Intentó quitarle las medias, pero se le trabaron los dedos con las prisas, por lo que las rajó en varios tramos hasta que terminaron hechas jirones. Ella fue a reírse, pero él, sin incorporarse, la abrazó con fuerza y le mordió un seno, chupando el encaje, bañándola de exaltación. Le nubló el raciocinio. La debilitó hasta asfixiarla de placer.

—Mi loco... —jadeó Helena, arqueándose cual felina hambrienta de apetito carnal.

Martín se descontroló al observarla en ropa interior, el vestido abierto y suplicándole que hiciera lo que quisiera con ella.

Oh... Esa frase era un peligro.

Pero decidió ser temerario. Se levantó y la cargó en brazos hasta el dormitorio.

La casa estaba a oscuras, los estores cubrían la cristalera y se chocó con todos los muebles. Con todos. Profirió incoherencias malsonantes, se enfureció. Y chocó contra los biombos de bambú que delimitaban la habitación, cayendo al suelo en una postura más que ridícula.

—¡Ay! —gritó Hele al golpearse el trasero con una esquina de la cama.

—¿Estás bien? —se asustó su novio, que empezó a tocarla por todas partes por si se había roto algo.

—Estoy bien —se tapó la boca y ahogó una carcajada. No era el momento de reírse.

Martín la alzó con cuidado y la tumbó en la cama. Sin embargo, cuando él se dedicó a colocar los biombos, que por suerte no se habían estropeado ni rajado, no pudo plegarlos bien y empezó a luchar contra ellos mascullando insultos. Solo le faltó atizarles puñetazos... Helena no lo resistió más y estalló en carcajadas.

—¡No me hace ni puta gracia, joder! —exclamó su novio—. ¿Cómo coño se colocan? Esto me pasa por hacerte caso y tapar la jodida habitación —continuó luchando con los biombos, a cada instante más rabioso—. Mañana cambiamos otra vez el salón, ¡está en medio de toda la casa, me he llevado por delante todos los muebles, joder! ¡Así es imposible llevarte a la cama como un caballero! —gruñó—. Mañana voy a estar lleno de cardenales... ¡Deja de reírte, joder! —rugió—. ¡A la mierda! —lanzó los biombos a la tarima—.

¡Colócalos tú! —y se fue al salón.

Ella se rio más fuerte, doblándose por el estómago. Las lágrimas mojaban su cara como dos cataratas. Respiró hondo repetidas veces hasta que logró serenarse, pero no perdió la sonrisa. Se deshizo del vestido y caminó hacia el sofá, donde se había tumbado Martín dándole la espalda, cruzado de brazos.

—Martín.

—Déjame en paz.

Helena se tragó una carcajada.

—Martín, vámonos a dormir, anda, que ya casi es de día.

—Yo me quedo aquí, tú puedes seguir riéndote.

A ella la invadió la ternura al escuchar el tono infantil que empleó, sintió su corazón explotarle en el pecho. Era un hombre adulto, un verdadero hombre, pero ahora estaba aflorando el niño necesitado de un abrazo, de una tirita invisible y de una nana por haberse caído de la bicicleta.

Acortó la distancia y posó una mano en su hombro. Lo giró sin esfuerzo, él se dejó hacer. Le tendió las manos. Martín las aceptó con un bufido, aún molesto; deseaba lanzarse a su ángel y que lo protegiese con sus preciosas alas, pero su orgullo pesaba.

Helena lo guio al dormitorio, lo instó a que se sentara en el borde del lecho y le quitó las zapatillas. A continuación, sin perder esa sonrisa tan dulce y el brillo fascinante de sus ojos claros, impresionantes, tiró con suavidad para que se pusiera en pie. Lo desnudó entero, menos los calzoncillos, despacio, regalándole tiernos besos por su cuerpo. No había lujuria, sino cariño, un cariño abrumador que le comprimió el corazón por enésima vez aquel día.

Ella se soltó el sujetador en la espalda y lo guardó en su mesita de noche. Tomó a Martín de la mano y se metieron en la cama. Lo besó en los pectorales, entrelazó las piernas con las suyas, lo abrazó con todo su cuerpo, descansó la mejilla en su torso y susurró:

—Mi niño...

A él se le cortó el oxígeno. Su corazón se suspendió. Nunca pensó que unas palabras tan sencillas como esas, mi niño, poseyeran un poder tal que consiguiera matarlo.

Matarlo de amor.

—Dulces sueños, mi ángel —la envolvió entre sus brazos, la besó en el

pelo y se quedaron dormidos.

No podían ser más felices.



Helena estuvo toda la tarde preparando unas tapas para picar en la fiesta y unos cuencos con ositos de gominola, conguitos y frutos secos para acompañar las copas y el baile. Quería que todo saliera perfecto. Estaba muy nerviosa, no se reconocía a sí misma.

A pesar de llevar ya un mes viviendo con su caballero andante, sentía que esa noche era la primera de su vida en común, como dos novios el día de su boda. Por eso, se esmeró y pobló la isla de la cocina de numerosos y diversos platos: patatas bravas, un recipiente de barro con carcamusas, una bola de queso con tiras de zanahoria para comerlo, piruletas de tortas enrolladas de salmón ahumado, vasitos de suave crema de puerros fría... entre muchos otros. Platos que sabía eran para todos los gustos. Incluso preparó una tarta de chocolate para cortarla como símbolo del inicio de su nueva etapa en pareja. Cocinó demasiado, pero prefirió prevenir, por si acaso en la madrugada les entraba el hambre.

Martín se aproximó para avisarla de que debían ir arreglándose, y alucinó. Había estado adormilado en el sofá tras comprar la bebida mientras Hele cocinaba. Se había prestado a ayudarla, pero le había echado.

—¿Te das cuenta de que seremos catorce personas como mucho, contando a tus padres y a mi madre? —sonrió él—. Has hecho comida para un ejército, angelito.

—Me he pasado, ¿verdad? —se rascó la coronilla.

Ambos se rieron.

—Voy a ducharme —le avisó ella, corriendo hacia el baño—. ¡No me da tiempo! ¡Es tardísimo! ¿Qué me pongo? ¡Ay, Dios!

Martín volvió a reírse. Se inclinó sobre la isla para robar una zanahoria con queso.

—¡Ni se te ocurra! —le gritó su novia desde la ducha.

Él obedeció, a regañadientes.

Una hora después, llegaron los padres de Helena, Lorenzo y María, acompañados de Carlota y de Francisco; se sirvieron una copa de vino tinto,

Fran optó por un botellín de cerveza y Carlo, por una fanta de naranja.

Martín había coincidido poco con sus suegros y, quitando el día en que los había conocido, porque mejor era no recordarlo, estaba muy cómodo con ellos. Lorenzo ya no se comportaba como si fuera la Inquisición, sino que se interesaba por su trabajo en *Echevarría & Co*, entre otras cosas, y siempre contaba con un tema de conversación que, por muy aburrido que fuese, convertía en ameno y atrayente. Era un hombre serio, quizás demasiado, sonreía poco, pero su carácter era amable, campechano y modesto. En realidad, Lorenzo Amaya era muy culto, un sabio no reconocido que no alardeaba. Había leído y seguía leyendo mucho sobre todo, y su esposa, igual. Martín era afortunado. Les admiraba y le infundían respeto, precisamente, por haber conocido tanto mundo y tener tantos conocimientos.

—¡Hola! —les saludó Helena con una sonrisa radiante.

Había elegido, después de probarse el armario al completo en tiempo récord, un vestido corto azul marino estilo kimono, medias azules tupidas y sus botas mosqueteras ajustadas de ante azul, su última adquisición. Se había recogido el pelo en un moño bajo y lo había acompañado con una diadema a modo de trenza.

Él se derritió de lo sexy y bonita que estaba. Sonrió, embelesado.

Martín había optado por vaqueros claros, *Converse* y camisa azul marino por fuera de los pantalones, muy informal en comparación con ella, pero tal pensamiento lo desterró en cuanto su novia le susurró al oído lo guapo que estaba y le confesó que había escogido el azul marino para ir los dos a juego. Él acunó su precioso rostro entre las manos y la besó con extrema dulzura. Ambos cerraron los ojos un segundo por la magia que prendió sus cuerpos.

—Por cierto, hemos avisado a unos amigos —les dijo Fran—, ¿os importa? Tú ya los conoces, Martín, son del cole mayor. Los vi esta tarde y se me ocurrió que podría ser un reencuentro.

Sonrió. Hacía mucho que no veía a algunos de los que habían sido sus amigos en su época universitaria.

—Pedro también vendrá acompañado de unos amigos —les indicó Helena.

Tres horas más tarde, no cabían en el apartamento...

Se juntaron más de cuarenta personas: unos, jugaban a la play station, otros, bailaban, otros, cantaban, otros, charlaban y otros, bromeaban. Había

un gran jaleo, pero solazado y muy alegre. Ella estaba histérica por que a nadie le faltara de nada, se acercaba a unos y a otros, pero sin pararse a hablar con ninguno más de una frase. Por suerte, había hecho mucha comida, que prácticamente voló en las primeras dos horas. Lorenzo, María y Sofia se marcharon para permitir a los jóvenes disfrutar sin padres de por medio, como explicaron entre risas.

Apenas había coincidido Hele con su novio y ya llegó el momento de partir la tarta, pero le resultó imposible saber dónde estaba. Con aplomo y valentía, se impulsó en un hueco libre de la isla y se subió con cuidado. Sus amigas apagaron la minicadena y silenciaron la televisión al darse cuenta de lo que pretendía. Algunos se quejaron, pero les mandó callar al gritar el nombre de Martín.

—¡Martín! —se ruborizó al ser el centro de atención.

Él, al fondo, caminó decidido mientras la gente le dibujaba un sendero recto hacia ella.

—¿Mi damisela en apuros me necesita? —le preguntó con una sonrisa lobuna que le irguió la piel.

—¡Oh! —clamaron los demás.

Helena sonrió, tímida.

—Tenemos que partir la tarta, loco —apoyó las manos en sus hombros.

—Por supuesto, maldita —le guiñó un ojo y la tomó en brazos como su damisela que era, para mayor diversión de los presentes, que silbaron.

Y partieron la tarta, agarrando los dos el cuchillo como recién casados. Martín soltó el cubierto, cogió un pedazo pequeño de tarta, se lo colocó en la boca y, de inmediato, la besó con pasión, devorando tanto el postre como a ella, que, entre risas entrecortadas, lo correspondió, arrojándose a su cuello. Los aplausos y las ovaciones los dejaron sordos.

—¡Vivan los novios!

—¡VIVAN!

Y la fiesta continuó con música, con baile, con copas y con carcajadas.

Cuando Hele fue a despedir a Carlo y a Francisco en la puerta, pues su amiga estaba muy cansada, se toparon con cuatro personas que estaban a punto de tocar el timbre. Cuatro personas que no eran bienvenidas.

—¿Qué hacéis aquí? —inquirió Carlota, entornando la mirada hacia Elisa y Lucía.

Las dos brujas.

—Bueno, Laura se enteró de que hacíais fiesta de inauguración — contestó la bruja morena mirando a Helena con una sonrisa de satisfacción— y me preguntó si me apetecía venir. Y aquí estamos —entró sin ser invitada, empujando a Helena en el hombro para que se apartara.

Sí, Laura Guzmán también estaba allí. Y de la mano de su novio.

—Hola, Helena —cumplió Guille antes de inclinarse y besar sus mejillas.

Ella estaba paralizada. No respondió al saludo.

—Hubiera preferido que me invitaras tú —bromeó el explorador—, pero supongo que todavía no hay confianza más allá del compañerismo.

Los cuatro se perdieron entre la muchedumbre. Laura, además, la ignoró de manera deliberada.

—Reacciona, Helena —le ordenó Carlo, rabiosa, propinándole un golpecito en el brazo—. Ya no nos vamos, Fran.

—En cuanto Martín los vea, se va a liar —pronosticó Francisco, muy serio.

Helena permaneció unos segundos en trance. De repente, un montón de recuerdos de los últimos años inundaron su mente, malos recuerdos relacionados con la bruja de Lucía porque, en realidad, se dio cuenta en ese instante, era quien manejaba a Elisa. Había estado demasiado tiempo aguantando, huyendo de los problemas, no afrontando la realidad y permitiendo que otros la defendieran. Siempre. Y eso debía terminar.

—Se acabó.

Frunció el ceño. Avanzó hacia Laura y la agarró del brazo sin delicadeza ninguna. Carmen y Blanca se les unieron, de brazos cruzados, dispuestas a sacar las uñas.

—Lo siento por ti, Guille —pronunció Hele con una frialdad que hasta la sorprendió—, pero es una fiesta privada y ninguno de los cuatro estáis invitados, mucho menos tú —observó a la odiosa Guzmán—, ¿o acaso querías venir para darle a mi novio otro beso de despedida?

Guillermo arqueó las cejas, pasmado por su última frase, su semblante se tornó gélido y se apartó de Laura, aunque mudo, no opinó al respecto.

—¿Tan poco confías en Martín, Helenita? —escupió Lucía, colocando las manos en la cintura—, ¿o habla tu miedo porque Laura es una verdadera mujer, al contrario que tú? —la repasó de los pies a la cabeza—. Una cría, mema y llorica. ¿Te presto un pañuelo? ¡Ah, no! —alzó una mano—. Yo no

tengo pañuelos porque yo no lloro todo el tiempo como una puta cría inmadura, como tú —emitió una carcajada desdeñosa—. Y si quieres que nos vayamos —se inclinó—, atrévete a echarnos —volvió a reírse con malicia—. Siempre tan cobarde. Siempre a la sombra de todo el mundo. Primero, Carlota, Blanca y Carmen y ahora, Martín.

—Esto no ha sido buena idea —masculló Elisa, grave—. Ya te lo avisé, Lucía, que...

—Tú, cállate, Elisa —le exigió la bruja morena—. Últimamente estás insoportable. No sé cómo te aguanto —chasqueó la lengua—. Mejor, vete tú.

—Sí, mejor me voy —y se marchó con la cabeza agachada y con una expresión de dolor que Hele solo le había visto en el entierro de su madre.

—¿Qué te apetece de beber, Lau? —convidó Lucía a su nueva amiguita.

—De eso nada —se negó Helena en rotundo. No se alteró—. No sois bienvenidas. Fuera.

—Repito, Helenita —se burló la bruja—, atrévete a echarnos.

Pero no se movió.

—¿Lo ves? —añadió Lucía—, no vales una puta mierda. Martín, más temprano que tarde, se dará cuenta. Solo es cuestión de tiempo —y se giró.

Jorge, Manuel y Francisco sujetaron a sus mujeres con esfuerzo cuando iban a abalanzarse sobre la bruja, pero Hele, para regocijo de sus verdaderas amigas, hizo lo que tenía que haber hecho mucho tiempo atrás.

—¡Lucía! —la llamó con voz tan fuerte que los presentes callaron y pararon la música.

La aludida se dio la vuelta con una sonrisa de superioridad.

—¿Quieres algo, Helenita?

Y Helenita respondió: se acercó, le lanzó el líquido de su copa de cristal a la cara, seguidamente le entregó la copa a Carlo. Lucía y Laura emitieron un chillido. Carlota, Blanca y Carmen estallaron en carcajadas.

—Esa es la única copa que te mereces en mi casa —pronunció Helena en un tono serenamente gélido, más que antes. A continuación, le cruzó la cara de un soberbio bofetón con la mano abierta—. Esto es por todas las veces que me has hecho daño injustificado y sin merecerlo —le cruzó la cara otra vez hacia el otro lado—. Esto, para que te enteres de una santa vez de que odio que me llamen Helenita —la agarró del pelo negro teñido y tiró hasta sacarla de la casa, provocando que se cayera al suelo junto al ascensor. Laura corrió en su auxilio—. Y esto es para que te quede bien claro que no eres bienvenida, ni en

mi casa ni en mi vida. ¿Necesitas que me atreva a más, bruja? —estiró los hombros y el cuello, cruzó los brazos en el pecho y sonrió desde arriba, llena de una maravillosa adrenalina.

Silencio sepulcral.

Martín alcanzó al fin a su ángel. Había presenciado todo y se había quedado traspuesto como el resto al apreciar la valentía, la seguridad y la escalofriante calma que había demostrado aquella verdadera mujer.

—¿No la habéis oído? —inquirió él. Observaba a Lucía y a Laura, atónitas; una, tirada en el suelo con las manos en las magulladas mejillas y la otra, arrodillada a su lado, muerta de miedo—. Largo de aquí.

El explorador, con el semblante cruzado por la ira y por la vergüenza, las agarró y, de muy malas maneras, las levantó y las empujó hacia el interior del ascensor. Se fueron. Por fin.

Carmen, Blanca y Carlota gritaron y se lanzaron sobre Hele, obligándola a saltar con ellas. Los invitados de la fiesta aplaudieron por segunda vez esa noche en su honor, aplausos que se incrementaron cuando su caballero andante la besó con ardor.

—No te imaginas lo orgulloso que estoy de ti —le susurró al oído.

Helena le sonrió con dulzura, ruborizada. Lo abrazó, temblando, expulsando los nervios que había mantenido ocultos hasta el momento.

—Eres mi heroína —le expresó Jorge a Hele con una sonrisa enorme.

—Pues a ver si se te pega algo de su valentía —apostilló Blanca, entornando los ojos—, aunque dudo mucho que sepas lo que es eso en toda tu vida —agarró a Álvaro—. ¿Bailamos?

—Claro, preciosa —concedió el rubio, que la condujo hacia el salón.

—¡BASTA! —vociferó Jorge, colérico. Acortó la distancia con su novia y le pegó un puñetazo a Álvaro en la mandíbula.

—¡Dios mío! —exclamaron las chicas, tapándose la boca. Algunas acudieron al rubio.

Álvaro se rio y le guiñó un ojo a Blanca, para que no se preocupara.

—¡Es mía, joder! —explotó Jorge, rodeando la cintura de su morena de ojos chocolate con fuerza—. ¡Para ya de tontear con todos e ignorarme! ¡Eres mía, joder! ¡Y nos casaremos como te dé la jodida gana! —respiraba como un toro a punto de embestir. Y agregó, más sereno, pero sin variar su ceño fruncido—: Será lo que tú quieras porque tú eres lo que más quiero y querré el resto de mi vida —cerró los párpados—. Te amo...

Blanca emitió un sollozo irregular y lo besó, para tranquilidad de su prometido... y de todos.

Más aplausos.

Hele, Carlo y Carmen lloraron de la emoción.

—Menuda fiesta de inauguración —comentó Pedro, sonriendo con picardía.

Ellas se rieron.

Y la fiesta duró hasta el amanecer. Fue una noche digna de recordar.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, las amigas de Helena y sus parejas, la propia Helena y Martín acompañaron en varios coches a los cuatro de Logroño al aeropuerto, prometiendo celebrar los carnavales en casa de Álvaro. Jorge y él no se guardaban ningún rencor por lo sucedido, los dos se despidieron con un abrazo muy varonil y risas por parte de los demás.

Y el lunes, nada más entrar en su despacho de la universidad, donde ya la esperaba su ayudante, decidió abordar la situación que, estaba convencida, se convertiría en un problema si no lo zanjaba cuanto antes.

Los dos estaban muy serios. Guillermo, además, parecía más frío que de costumbre.

—Tenemos que hablar —anunció ella al acomodarse en su silla.

—Sé lo que me vas a decir —arrugó la frente—. Te pido disculpas. Yo no sabía de quién era la casa cuando Laura me dijo que iríamos a una fiesta de inauguración.

—¿De verdad? —enarcó una ceja—. Hay muchas cosas raras relacionadas con Laura, y tú eres una de ellas. No me tomes por tonta, Guille —se enfadó—. Aunque lo parezca, no lo soy, que os quede bien claro a todos. Ya basta, ¿entendido? Se acabó. Me he cansado de todo.

—Nunca he pensado que fueses tonta —se irguió en su asiento como si se sintiera ofendido—. Eres una brillante doctora de Historia, eso es...

—¿Por qué? —lo cortó, inclinándose sobre la mesa—. ¿Por qué me escogiste, precisamente, a mí, para parar tu vida de viajes y lujos?

Se miraron, Hele, con desconfianza y su ayudante, imperturbable.

—Me hablaron de ti.

—¿Quién?

Silencio.

—¿Quién, Guille? —se levantó de un salto—. Dime quién te pidió que pagaras esa cifra a la universidad para tenerme controlada —entornó la

mirada. Se acabaron los juegos—. Repito, no soy tonta.

Pero Guillermo no pudo responder porque en ese momento entró la decana para avisarles de que la cena de Navidad del profesorado se llevaría a cabo en cinco días. Susana se tomó un café con ellos hasta que tuvieron que marcharse a dar una clase, por lo que la conversación no se terminó.

No obstante, cuando estaban recogiendo al finalizar la jornada laboral, Hele no pudo evitar sincerarse.

—No tengo nada en tu contra, Guille. De hecho, no te conozco —respiró hondo—, pero no sé si no me fío de ti por lo extraño de tu situación hacia mí, o no me fío de ti porque eres el novio de Laura y amigo de Gonzalo. En cualquier caso, a Martín nunca le gustaste, y yo estoy empezando a plantearme que si el río suena es porque agua lleva.

# 21

Helena necesitaba quitarse el desasosiego que la consumía desde aquella conversación con Guillermo. ¿Quién le había hablado al explorador de Helena Amaya? Pero su ayudante no había contestado a la pregunta. Apenas se dirigieron la palabra los siguientes cinco días, excepto lo indispensable por trabajo.

Llegó la cena de Navidad el sábado y Hele continuaba sumida en sus pensamientos. Su novio estaba preocupado, lo sabía. Le había insistido en varias ocasiones en que la notaba extraña, pero ella había preferido mantener la boca cerrada para no alterarlo, aunque estaba consiguiendo justo lo contrario.

—¿Quieres que te lleve? —se interesó Martín, sentado en el borde de la cama, mientras Helena se terminaba de arreglar.

—No hace falta —sonrió. Se aplicó un brillo natural en los labios y se acercó para darle un beso en la mejilla—. Tienes que descansar, que llevas una semana de mucho trabajo.

—Helena —la tomó de la mano. Se levantó, serio—. Por favor, dime qué te pasa. Llevas toda la semana dándome besos en la mejilla —se ruborizó como un quinceañero.

En otras circunstancias, Hele se habría reído, pero, en ese momento, no lo hizo. Se alzó de puntillas y lo besó en la boca, pero fue un beso demasiado corto y casi obligado. Se fue sin mirar atrás.

La cena fue más de lo mismo. Normalmente, disfrutaba al charlar con sus compañeros de profesión porque los temas eran siempre de Historia, su pasión, pero esa noche no estaba atenta a nada, y tener a Guille a escasos centímetros no la ayudaba. Las tres horas que duró se le pasaron tan despacio

que le resultó una tortura. Tampoco quiso la copa de rigor, prefería irse a casa.

—Tenemos que hablar, Helena —le pidió Guillermo cuando se despidieron todos a la salida del restaurante.

Ella lo ignoró.

—Helena, por favor —insistió.

La siguió hasta su coche, aparcado en la esquina. Entonces, antes de abrir la puerta, él la agarró del brazo con suavidad. Lo miró. Se enfadó. Se soltó con brusquedad.

—Si vas a responder a la pregunta que te hice el lunes, hablaremos —sentenció Hele—, si no, adiós, Guillermo.

Pero él no tuvo tiempo de pronunciarse al respecto porque alguien los interrumpió.

—¡Qué grata casualidad! —exclamó una voz masculina a su espalda.

Cuando ella giró la cabeza, se le heló la sangre.

Gonzalo Guzmán.

—Es un auténtico placer verte, Helena —le aseguró Guzmán, que acortó la distancia, la sujetó por los hombros con excesiva firmeza y le dio un beso en cada mejilla, más prolongados de lo habitual. Iba trajeado y con la corbata floja, sus ojos oscuros estaban enrojecidos y desprendía un ligero aliento a alcohol—. Guille, ¿qué tal? Por fin, coincidimos. Hace mucho que no nos vemos —le tendió la mano.

Guille, rígido, se la estrechó.

—¿Qué tal, Gonzalo? —correspondió, aunque a Hele le sonó a cortesía forzada.

—No tan bien como tú —repassó a Helena con descaro—. Muy bien acompañado te veo, menos mal que mi hija no es celosa, cosa que no ha heredado de mí. ¿Habéis terminado ya? Me comentó Laura que hoy teníais la cena de Navidad de la universidad. Os invito a una copa.

Ella empezó a sudar. Retrocedió un paso por puro instinto.

—Martín me está esperando —se disculpó con una sonrisa de fingida alegría.

—Son las dos de la madrugada —ladeó la cabeza Gonzalo, aproximándose—, tu novio estará en el quinto sueño. Vamos, Helena, una sola copa. No se rechaza una invitación, mucho menos una que venga de mí —agregó en un tono ronco.

—Es muy tarde —comentó Guillermo, de inmediato. Despacio, se

interpuso entre ellos. Sonrió—. Y Helena no se encuentra bien, no ha probado bocado en la cena.

Guzmán entornó los ojos y asintió.

—Pues el lunes os invito a comer. Iré a buscaros —levantó una mano y detuvo un taxi—. Buenas noches, Helena —la repasó por segunda vez, pero, en esta ocasión, se relamió los labios—, como siempre, es un verdadero placer verte —se metió en el coche y se marchó.

Helena se dejó caer en el lateral de su Golf, temblando. Guille la tocó en el brazo y ella se sobresaltó, se había olvidado de él.

—Gracias —musitó Hele.

—Fue Laura —respiró profundamente—, la persona que me convenció de que dejara de viajar por un tiempo. Coincidimos en una subasta benéfica en agosto y, desde esa noche, empezamos a vernos a diario. No niego que me sorprendió su repentino interés en mí. Siempre me gustó, desde que me la presentó Gonzalo hace siete años, aunque la veía inalcanzable porque siempre tenía a Martín Echevarría en la boca —apretó la mandíbula.

Ella permaneció callada, más tranquila.

—Fue idea mía asentarme en Madrid —continuó Guillermo, que introdujo las manos en los bolsillos del abrigo—. No quería que Laura se me escapara. Le comenté que quería intentar algo serio con ella, aceptó y me habló de ti.

—¿Qué te dijo?

—Que se había enterado de que había una nueva doctora de Historia Antigua que era muy buena, que un amigo suyo se lo había dicho y que podía ser una opción para mí ser tu ayudante y así no me aburriría al no viajar.

—¿Qué amigo? —se alarmó.

Silencio.

—¿Qué amigo, Guille?

—Martín Echevarría —no dudó—. Padre.

No le sorprendió escuchar el nombre de su suegro. Las fechas coincidían con la investigación a la que la había sometido.

—¿Y Gonzalo? —quiso saber ella, que dejó de apreciar el frío por los nervios que la asaltaron—. Le has mentado antes. Le has dicho que me encontraba mal porque te has dado cuenta de...

—De cómo te ha mirado —frunció el ceño—. Gonzalo no es mi amigo, Helena. Nunca lo ha sido. Él cree que sí, pero, por mi parte, solo es fachada.

En el mundo en el que me muevo, debes tener amigos hasta en el infierno. Gonzalo es una basura de hombre, lo sé, mantente alejada de él. Siempre ha habido rumores sobre lo mucho que le gustan las veinteañeras tímidas e inocentes, niñas como tú, y, como bien me dijiste el otro día, cuando el río suena es que agua lleva. Y digo que lo sé porque he visto de lo que es capaz, cosas que es mejor que no sepas y en lugares que es mejor que no frecuentes.

—No tengo ninguna intención —convino Helena, sintiendo un escalofrío—. Gracias por contarme esto, pero, si sabías desde el principio quién era yo, ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque eres la novia de Martín y, lo siento por ti, pero él no es santo de mi devoción. Me venía bien trabajar contigo, Laura me dio una excusa —se encogió de hombros—. Pensé que podría darle celos, pero ya has oído a Gonzalo: su hija no es celosa.

Guillermo estaba enamorado de Laura, pero esta lo estaba de Martín. Por eso no era celosa en relación a Guille. Y eso suponía un problema. Para todos.

—Y no pensaba decírtelo —agregó él, tranquilo—, pero, si te soy sincero, desde la fiesta de inauguración de tu casa, empiezo a creer que hay cosas raras relacionadas contigo y conmigo. Y te he cogido cariño —hizo un amago de sonrisa—. Eres buena, Helena.

—Me caes bien, Guille —le confesó Hele, sin sonreír—. Tú también eres un buen hombre. Gracias otra vez por contármelo. Nos vemos el lunes —fue a meterse en el coche, pero se lo pensó mejor—. Sé que no somos amigos, que las circunstancias no ayudan a que lo seamos porque siento que hay más detrás de todo esto, pero me gustaría preguntarte una cosa más.

—Dime —asintió.

—Yo estoy segura de los sentimientos de Martín hacia mí, ¿y tú, Guille?, ¿puedes decir lo mismo de Laura?

—Creo que ya sabes la respuesta —contestó él sin variar su expresión, demostrando que compartían la misma opinión. Un tenue rubor se anidó en sus pómulos.

—¿Y por qué sigues con ella?

—Porque, de momento, es suficiente para mí.

—¿Qué harás cuando ya no sea suficiente?

—Viajaré, como he hecho siempre. Buenas noches, Helena. Esperaré a que te vayas.

Helena condujo de regreso al *loft* con un sentimiento de pesar en su

interior. Guillermo no era malo, nunca lo había sido, solo se trataba de un hombre hermético y frío en el exterior que se había enamorado de la persona equivocada. Y recordó en ese momento lo afortunada que era ella.

Se descalzó antes de entrar en el apartamento para no hacer ruido por si Martín dormía. Entró, sigilosa, a oscuras. Encendió la linterna del móvil y caminó hacia el baño. Se limpió la cara, se lavó los dientes, se desnudó y se colocó una camiseta vieja de su novio que utilizaba de pijama. Se introdujo entre las sábanas y se pegó a su espalda desnuda. Él murmuró una serie de incoherencias, se giró, la estrechó entre sus brazos sin apenas fuerzas, sumido en sus propios sueños, y entrelazó las piernas a las de ella de forma inconsciente.

Helena sonrió. Lo besó en el pecho, caliente, atrayente, acogedor. Sí, era afortunada.

Martín pensó igual cuando se despertó a la mañana siguiente y lo primero que vio fue el rostro de su ángel. Sí, era afortunado. Su mano derecha se encontraba en la curva de su cintura por debajo de la camiseta, tocaba su piel, ardiente y suave como ninguna. Sus cuerpos estaban pegados casi por entero, uno frente al otro. Tuvo miedo de moverse, hasta de inhalar aire. No quería molestarla, tampoco desprenderse de su calor tan embriagador, era como una droga que lo atraía y lo atraía y lo atraía y...

Como si le hubiera sentido, ella dibujó una dulce sonrisa en su boca y, despacio, abrió los párpados. La sonrisa se desvaneció en cuanto sus miradas chocaron. Lentamente, como dos imanes, disminuyeron la distancia y se besaron, castos, prolongados... Se les escapó un suspiro largo y entrecortado a los dos. Volvieron a mirarse. Él tembló al atisbar ese brillo especial en los ojos de Helena que tanto había echado de menos en los últimos días. Por fin. Su Helena de Troya había regresado.

No pronunciaron palabra. Se acercaron de nuevo. Se besaron de nuevo, en esta ocasión con los labios separados y húmedos. Martín se tumbó despacio encima de ella, que lo abrazó con las piernas y le acarició las mejillas sin dejar de mimarse con las bocas. Las sábanas se enredaron a los pies de la cama. Las escasas ropas que cubrían sus anatomías empezaron a volar, también muy despacio, mientras se besaban con intensidad... Mientras sus manos se unían por encima de sus cabezas y se apretaban más y más a cada segundo... Mientras sus corazones se precipitaban hacia el horizonte... Mientras los gemidos aumentaban en número... Mientras se arqueaban el uno

hacia el otro... Mientras comenzaban a hacer el amor como si necesitasen sellar a fuego en su piel cada milímetro de su unión... Mientras la intensidad crecía a un nivel angustioso... Mientras se abandonaban al mero placer de saciar sus anhelos más primitivos...

Las embestidas eran profundas, agudas... Los besos, sonoros, muy jugosos... Los jadeos, desbocados... Las ganas, infinitas... Sexo y amor, una mezcla extraordinaria. Extremado. Tórrido. Fue impresionante. El éxtasis los consumió de manera tan repentina que no pudieron alargar más la agonía. Desnudos, sudorosos y aún en llamas, se quedaron dormidos casi de inmediato, desplomados en la cama.



Helena pasó toda la mañana del lunes con una sonrisa en el rostro, sonrisa sobre la que bromeó Guille cada poco.

—Hoy como con Laura, ¿te importa? —le avisó él, que se aproximó al perchero para ponerse el abrigo—. Me ha escrito un mensaje. Tiene un rato libre y parece que quiere decirme algo importante.

—Claro —asintió sin variar la sonrisa de enamorada—. Tómame el tiempo que quieras, no pasa nada si llegas tarde, esta semana es horario flexible.

Guillermo le guiñó un ojo y se marchó. Ella se quedó en las nubes. Se dejó caer en la silla y suspiró. Las mariposas en su estómago estaban frenéticas desde la madrugada del domingo. Se recostó en el respaldo y cerró los ojos. Recordó el día tan maravilloso que había pasado con su novio, encerrados en el *loft*, acariciándose y besándose sin apenas descansar. Estaban locos, ya lo sabían, ¡y qué bien sentaba la locura cuando era correspondida! Además, Martín no había parado de enviarle *whatsapps* durante toda la mañana, mensajes preciosos en los que le había repetido sin cesar lo mucho que la amaba y lo feliz que era desde que vivían juntos.

—¿Nos vamos? —pronunció una voz un ápice ronca desde la puerta.

Helena dio un respingo y abrió los párpados de golpe por aquella intrusión. Se incorporó. Los escalofríos comenzaron a importunarla de una manera más que desagradable. Se había olvidado de Gonzalo Guzmán... Tragó saliva. Se le aceleraron las pulsaciones. Permaneció detrás de la mesa, como

si se tratase de su defensa, pero el despacho era muy pequeño y la presencia de aquel indeseable prácticamente lo ocupaba entero.

—¿Se te había olvidado? —sonrió Gonzalo—. Habíamos quedado para comer.

—Es que... —carraspeó—. No puedo. Estoy preparando los exámenes y...

—Solo una hora, Helena —no perdió la sonrisa en ningún momento—. He visto a Guille montarse en un taxi, doy por hecho que él no viene. Mejor —acortó la distancia, se inclinó y la besó en las mejillas.

Ella retrocedió y se chocó con la silla. Volvió a carraspear.

—No puedo, Gonzalo. Te lo agradezco, pero...

—Helena —la tomó de las manos—, no me como a nadie —se rio, malicioso. La soltó, pero no se apartó—. He reservado en un restaurante asiático delicioso.

—No me gusta la comida asiática, y ya te he dicho que...

—Y yo te dije que a mí nadie me rechaza —la cortó, de repente, serio, bien erguido.

A Helena empezó a costarle respirar por el miedo que experimentó ante tal cambio de actitud. Estuvo a punto de echar a correr, pero desestimó tal idea porque él la atraparía antes de poder salir de aquel espacio tan diminuto que estaba asfixiándola.

Entonces, Guzmán, muy despacio, la acorraló contra la pared.

—Mira, Helena —se inclinó sobre su oído—, te voy a...

Pero alguien entró en el despacho.

—Se me olvidó el... —empezó Guillermo, pero se detuvo al ver la escena.

Gonzalo enseguida reculó y sonrió con rigidez al recién llegado.

—¿No comías con mi hija?

—Sí, pero se me olvidó el móvil —observaba a Helena, no a Guzmán—. Helena, me he cruzado con Susana, me ha dicho que vayas a su despacho. Dice que es importante.

—¿A...? ¿Ahora? —tartamudeó, aún aterrada—. Voy —agarró su bolso y se marchó, escopeteada.

Pero no se dirigió al despacho de la decana, sino que se encerró en el baño de los profesores. Estaba vacío. Se metió en uno de los apartados, echó el pestillo, se sentó en la taza del retrete, se abrazó las piernas y, vibrando sin

control, lloró sin emitir ruido, en silencio.

La puerta abriéndose la alertó. Comprimió el bolso contra su pecho. Se le paró el corazón.

—Jefa.

Ella sollozó de alivio al escuchar la voz de Guille. Él la escuchó y se colocó junto a su apartado. Le vio los zapatos.

—¿Puedo?

Helena no paraba de llorar y de temblar, pero quitó el pestillo. Guillermo se arrodilló frente a ella. No sonreía, pero sus ojos azules transmitían cariño. Helena sollozó con más fuerza, incapaz de calmarse, hasta que él la abrazó y le confesó que lo que le había dicho de Susana era mentira, no había visto a la decana, lo que le arrancó más lágrimas, esta vez de agradecimiento.

—Esta semana ya no hay clases, los alumnos están de vacaciones o estudiando en la biblioteca, y los profesores no tienen horario fijo estos días —le susurró Guille, confortándola como lo haría un amigo de verdad—, ¿y si nos tomamos la tarde libre? Quiero ir al museo.

—¿Y Laura? —se separó y se secó la cara con papel higiénico—. Te estará esperando, vete con ella. Yo estoy bien.

—Ve con Martín —salió a los lavabos para permitirle espacio—, cuéntale lo que ha pasado.

—Es que no ha pasado nada —se refrescó el rostro y la nuca—. Solo ha sido...

—Un ataque de ansiedad. Nada, claro —bufó, molesto—, provocado por un hijo de puta, tampoco es nada.

—No ha pasado nada —insistió, enfadada.

—Perfecto, no quieres irte con Martín —la cogió del brazo y la arrastró hacia fuera—, pues tú y yo nos vamos al museo. Hay una exposición en el Reina Sofía que tengo muchas ganas de ver.

Helena suspiró y aceptó, a regañadientes.

—¿Y Laura? —repitió Hele, caminando uno al lado del otro hacia la calle.

—Casualmente, me ha escrito un *whatsapp* hace cinco minutos para decirme que le ha surgido una reunión y que no puede comer conmigo.

—Casualmente —los escalofríos regresaron.

—Exacto, casualmente.

Se marcharon en taxi, ella no estaba en condiciones para conducir y Guille nunca iba a trabajar en coche.

Dos horas después, tomaban un café a la vuelta del museo tras haber visitado una exposición de fotografías en blanco y negro realizadas en los años sesenta por autores anónimos.

—Así que te gusta mucho la fotografía —afirmó Hele, sonriendo.

—Me hubiera dedicado a la fotografía, pero me gustaba más la arqueología —se encogió de hombros—. Mis padres murieron cuando yo tenía dieciséis años. Mi padre era abogado, dueño de su propio bufete, y mi madre era cirujana, pero lo ejerció muy poco tiempo y se dedicó a causas benéficas relacionadas con investigaciones de salud. Mi tío, el hermano de mi padre, se hizo cargo de mí. Es fotógrafo. Se ha dedicado toda su vida a recorrer el mundo para fotografiarlo todo. Me enseñó a utilizar una cámara nada más morir mis padres.

—Una especie de terapia —se tornó seria, muy apenada por la historia—. Siento mucho lo de tus padres —tenía las manos en torno a su taza caliente—. ¿Qué les pasó?

—Accidente de avioneta. Mi padre tenía una, le encantaba pilotarla y a mi madre, acompañarlo —estaba cruzado de brazos en la mesa—. Se estrellaron. Murieron en el acto.

Helena alargó el brazo y le apretó el suyo. Guillermo, al fin, sonrió, aunque sin alegría.

—En realidad, no sé nada de ti —comentó ella para desterrar la pena—, y creo que ya va siendo hora.

—A Martín no le va a gustar que seamos amigos —enarcó una ceja con su característica frialdad.

—Con Martín tendré que hablar, pero no hoy —frunció el ceño, agachando la cabeza—. Quiero mantenerlo al margen. Antes, hablaré con su padre. A Laura, en cambio —alzó la vista, contuvo la rabia que la asaltó en ese instante—, le encantará que tú y yo seamos amigos.

Guillermo se mantuvo en silencio unos segundos eternos, hasta que musitó:

—Quiero ayudarte, Helena, pero creo que deberíamos contarnos todo.

—¿Puedo confiar en ti?

—¿Puedes? —un atisbo de tristeza cruzó su semblante.

—Creo que sí, siento que sí puedo, Guille, pero sigues siendo el novio

de Laura. La amas. Y eso no sé si me perjudicará en algún momento.

De nuevo, el silencio reinó entre ellos.

—No obstante —añadió Hele en un suspiro—, cada vez tengo más claro que tú eres un peón.

Él emitió una risita sin humor.

—Ya somos dos —masculló Guille, molesto.

Y hablaron.

Helena se lo contó todo, desde que vio a Laura Guzmán por primera vez, en la fiesta de jubilación de Martín Echevarría, incluso le relató lo de Dafne. Se dieron cuenta de que en todo surgía el nombre de Gonzalo Guzmán.

Perdieron la noción del tiempo y, hasta que el camarero no les solicitó que pagasen la cuenta porque iban a cerrar, no se percataron de que eran las diez de la noche.

—¡Madre mía! —exclamó Helena al comprobar el móvil y descubrir cinco llamadas perdidas y ocho *whatsapps* de su novio.

Pagaron y se fueron en taxi a la universidad para que ella recogiera su Golf. Una vez sola, telefoneó a Martín mientras se metía en su coche.

— *¡Helena! ¡Joder! ¿Dónde estás? ¿Estás bien?*

—Perdóname, Martín... —estaba nerviosa por su preocupación—. Es que me fui al museo con Guille y se nos fue la hora y...

— *¿Cómo?* —el tono de su voz se afiló—. *¿Estabas con el explorador de visita en el museo? Los museos cierran a las ocho, Helena, son casi las diez y media. ¿Y por qué no estabas en la universidad?*

—Tuve un problema en el despacho y a Guille se le ocurrió que el museo me animaría —se golpeó la frente. Él estaba en su derecho a enfadarse—. Luego nos tomamos un café y se nos fue el santo al cielo. Lo siento, Martín. Tenía el móvil en vibrador en el bolso y no me...

— *¿Y ya has acabado tu cita con Guille?*

—Martín, no es lo que...

— *¿Has acabado o no?* —volvió a cortarla.

—Sí... —le tembló la voz, casi apagada—. Ya estoy en el coche voy para...

— *Pues ahora nos vemos* —y colgó.



Martín no podía creerse lo que Helena le había dicho... Él, muerto de preocupación y ella, tomándose un café con el dichoso explorador...

Enrojeció de rabia a un nivel descomunal.

—Martín, respira hondo antes de... —comenzó Pedro, a su lado, en su piso, adonde había ido para saber si conocía el paradero de Helena hacía ya más de dos horas.

—¡Y una mierda! —explotó, y se fue a su *loft* de un portazo que retumbó en todo el edificio.

Su novia llegó veinte minutos después. Martín se encontraba en la cocina, de brazos cruzados, con las caderas apoyadas en la isla, los ojos clavados en los pies y a oscuras. Ella encendió la luz y se sobresaltó al verlo.

—Lo siento... —emitió Helena en un susurro ahogado.

—No me vale —la observó. No escondió los celos ni la rabia que sentía—. ¡No me vale, joder! —comenzó a gritar y a gesticular como un poseso—. ¡Me he estado aguantando estos meses, desde que discutimos por culpa de ese gilipollas! ¡Me he callado porque te hice daño, se me fue la lengua, pero se acabó! ¡No lo soporto! —se tiró del pelo—. ¡No soporto a ese imbécil, como tampoco soporto que trabaje contigo todas las semanas de lunes a viernes, que estés con él en un despacho enano a solas, que te rías con él, que comas con él! ¡No lo soporto! —se tiró del pelo otra vez—. ¿Y ahora también te vas a tomar cafés y a visitar exposiciones con él? ¿Ahora os saltáis horas de trabajo para estar juntos fuera del trabajo? ¿Por qué conmigo no has ido todavía al museo? ¿Por qué conmigo no te has pedido un día libre aún? ¡¿Por qué?! —suspiró con excesiva fuerza—. Yo te lo diré... —se golpeó en el pecho—. ¡Porque tú y yo no tenemos nada en común, por eso! ¡Y ya me harté de ese jodido explorador de mierda!

—Martín, por favor, cálmate, no es lo que crees —temblaba de miedo por el rumbo que podía tomar la discusión—. Por favor, Martín, solo...

—¡Soy tu novio! ¡Yo, joder, no él, y él pasa más tiempo contigo que yo! ¡Y tú se lo permites sabiendo como sabes lo mal que me sienta, joder! —le quemaba la garganta y sabía que así no solucionarían nada, pero en ese momento no quería solucionar, quería gritar, desahogarse y que ella lo eligiera a él. Se sentía perdido, estúpido y enfurecido—. No vas a volver a verle, ¿te queda claro?

—No puedo, es mi ayudante, yo no lo decidí, ya lo sabes, y...

Pero él no permaneció un segundo más en su presencia. No podía escucharla, ni siquiera mirarla. Agarró de malas maneras la chaqueta que utilizaba para la moto y se largó, de otro portazo que también retumbó en el edificio. Se imaginaba tantas escenas de Guillermo y Helena compartiendo sonrisas y conocimientos en un museo, compartiendo miradas cómplices tomándose ocho cafés, compartiendo alguna caricia furtiva y compartiendo una despedida con beso incluido... Se volvió loco.

Helena lo esperó sentada en el sofá hasta que regresó, al amanecer. La ignoró. Se duchó, se vistió de traje y corbata, como cada día, y se marchó a trabajar sin pronunciar palabra, aunque en esta ocasión sin portazo. Y ella hizo lo mismo.

Guillermo analizó su expresión largo rato antes de darle los buenos días. Entraron en el despacho.

—¿Quieres que hable con él? —sugirió Guille, adivinando lo que había ocurrido.

Helena soltó una carcajada carente de humor como respuesta que su ayudante comprendió a la perfección.

A la hora de comer, no lo soportó más y se despidió de Guillermo. Necesitaba arreglar las cosas con su novio y esa semana contaba con horario flexible, por lo que se dirigió a *Echevarría & Co*. La recepcionista, que la conocía, le sonrió y le indicó que Martín se hallaba en el laboratorio.

—Hola, cuñadita —la saludó Pedro al cruzarse en los ascensores. Sonrió con ánimo—. Está solo. Se ha ido todo el mundo a comer —la besó en la frente—. Va a salir todo bien, lo sé.

Ella hizo un amago de sonrisa y asintió como agradecimiento.

En el laboratorio, en efecto, Martín se encontraba solo. Observaba el exterior a través del ventanal, a la derecha. No usaba la bata ni la chaqueta.

—Podría reconocerte con los ojos vendados —murmuró él, sin mirarla, serio; su corazón había dejado de funcionar al percibir su aroma—. Rosas frescas recién cortadas...

Helena se acercó, despacio.

—Al terminar la cena de Navidad de la universidad —comenzó ella en voz baja, temblando ya—, Guille me acompañó al coche y apareció Gonzalo.

Martín oyó ese nombre y giró el rostro hacia Helena.

—Quiso invitarnos a los dos a una copa, pero yo me negué y Guille me ayudó porque Gonzalo se puso pesado —continuó Hele, retorciéndose los

dedos en el regazo—. Nos dijo que el lunes, o sea, ayer, nos invitaría a comer. A mí se me olvidó —desvió los ojos hacia el suelo, asustada al recordar lo acontecido—, me tiré toda la mañana pensando en el día tan bonito que había pasado contigo y... —tragó saliva con esfuerzo. Se le formó un grueso nudo en la garganta—. Guille se fue porque había quedado para comer con Laura y yo me quedé sola en mi despacho y... —volvió a tragar—. Gonzalo apareció y... —se rodeó a sí misma. Cerró los párpados con fuerza—. Le dije que no podía ir a comer con él, pero insistió y... —las lágrimas descendieron por sus mejillas.

—Helena... —la estrechó contra su pecho, vibrando igual—. Dime que no te hizo nada.

—Se enfadó, me dijo que nadie lo rechazaba y me acorraló contra la pared, pero justo entonces entró Guille porque se le había olvidado el móvil y me ayudó a salir de allí. Por eso, me fui al museo con él —se le escapó un sollozo esporádico—. Lo siento, Martín... —le clavó las uñas, le arrugó la camisa—. No quería preocuparte, no...

—Ya, angelito... —la besó en la cabeza—. Tranquila... —la besó repetidas veces en el pelo, abrazándola con más y más fuerza.

Cuando ella se serenó un poco, se sentaron en dos taburetes giratorios con las manos entrelazadas y le relató lo que Guillermo le había contado. Martín escuchó, no la interrumpió.

—Tengo el día tranquilo —le comentó él cuando terminó, sonriendo, fingiendo una calma que no sentía—, ¿qué te apetece hacer?

Helena se levantó y se acomodó en sus piernas hecha un ovillo.

—Quiero solucionar esto, Martín.

—Pues hablaremos con mi padre.

Pero no pudieron. Cuando entraron en el, Inés les explicó que habían tomado un vuelo esa misma mañana a París, que estarían fuera hasta el cinco de enero y que había sido algo repentino. No les extrañó a ninguno de los dos, Sofía y su marido deseaban darle una oportunidad a su matrimonio.

Y como Hele estaba tan nerviosa, Martín la acompañó a la universidad para que hablara con la decana y se cogiera vacaciones. Avisó a Guillermo, le llamó por teléfono, para que no acudiera a la Complutense hasta el siete de enero; él aceptó y le deseó unas felices Navidades. Ya tenía preparados los exámenes, los repasaría en casa y se alejaría tres semanas de todo, justo lo que necesitaba. Martín, que se hallaba incluso más alterado que ella, muy

callado y sin apenas sonreír, se cogió vacaciones y preparó, además, un viaje sorpresa para animarla.

Tres días después, volaban a Formentera.

—¡No me lo creo! —chillaba Helena cada cinco segundos en el avión, en sus asientos de primera clase, abrazada a su cuello como un koala. Se olvidó de su pánico a volar.

—Te dije que mi familia tenía una casa allí, ¿recuerdas? —Ella asintió, sonriendo, radiante—. Pensé que sería buena idea volver adonde nos conocimos —se tornó serio—. Últimamente siempre pasa algo que nos distancia, ya sea por mis celos —desvió la mirada hacia la ventanilla, avergonzado— o por una tercera persona: Laura, mi padre o Gonzalo. Creo que necesitamos desconectar —la observó con un brillo especial en sus preciosos ojos castaños—. En Formentera, nos enamoramos —le acarició la mejilla con el dedo índice—. Fue rápido, fue intenso, fue un flechazo, fue una locura... Pero sé que fue amor.

—Lo fue, lo es y lo será —sonrió, dulce. Recostó la cara en su pecho. Él la estrechó entre sus brazos y la besó en el pelo—. Te amo, Martín, nunca lo dudes, por favor...

—No quiero perderte, Helena. Yo también te amo. Mucho...

Se miraron y se besaron con labios temblorosos.



Formentera fue mágico, más, incluso, que la primera vez. Estuvieron en una nube de ensueño con los teléfonos apagados, desligados del mundo, abstraídos de la realidad, sumidos únicamente en ellos mismos.

A veinte grados de temperatura y con un sol deslumbrante, disfrutaron de las Navidades más especiales que habían vivido jamás. Se despertaban tarde, daban largos paseos por la playa, contemplaban los atardeceres sentados en la arena blanca y fina, se besaban y se acariciaban constantemente, demostrándose el cariño y el deseo inmensos que se profesaban, hacían el amor cada día, más de una vez, incapaces de refrenarse... Soñaron de nuevo con ese viaje de un año que ella quería hacer con él, ese viaje que parecía improbable, pero que, gracias a Martín, daba la sensación de que sí lo llevarían a cabo. Se entregaron por completo, en cuerpo y alma, el uno al otro.

Desnudaron sus corazones. La timidez y la vergüenza desaparecieron. La confianza se consolidó. Desterraron lo malo. Se olvidaron de todo, excepto de su amor.

La última noche, mientras se amaban entre las sábanas, tumbados de perfil, ella delante de él moviéndose con pesadez, profundo, muy profundo, Martín se volvió más loco todavía de lo que ya estaba...

—Cásate conmigo —le susurró al oído en un jadeo ronco.

A Helena se le cortó el poco aliento que le quedaba.

—No digo ahora —intentó convencerla él, de pronto, nervioso por haberse precipitado—. Dentro de cinco años, si quieres, o de diez, solo dime que te casarás conmigo algún día.

Ella no reaccionaba.

—Helena... —le vibró la voz a Martín. El miedo lo devoró.

—Estás loco... —dijo Hele al fin en un tono apenas audible. Las lágrimas humedecían ya su rostro—. Pero yo, también... —giró la cara en su dirección, hacia atrás y le sonrió—. Sí, me casaré contigo algún día.

Él expulsó el aire que había retenido y, eufórico, le comió la boca y acabaron lo que habían dejado a medias. Quiso matarla por esa manía que tenía de dejarle siempre en ascuas, sin saber qué haría o qué diría, era imprevisible hasta traspasar el límite. Y lo hizo, la mató, pero de placer. Y Martín se suicidó un instante después.

Sonrieron y se besaron, sellando así su promesa. Cupido les había lanzado a cada uno una flecha dorada en aquella isla, y aquella isla acababa de ser testigo de la promesa de su enlace, dentro de cinco años.

O de diez.

## 22

La vuelta a la rutina fue horrible. Ni siquiera merendar con sus amigas el día de Reyes, una tradición que jamás habían roto, animó a Helena a enfrentar el nuevo año, aunque le encantó reunirse con ellas y, durante un rato, se olvidó de lo malo. En casa de Carlota, se repartieron los regalos del amigo invisible y charlaron sobre las vacaciones navideñas, centrándose casi por completo en el viaje a Formentera.

—¡Ya tenemos fecha! —exclamó, de pronto, Blanca con una sonrisa inmensa.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? —le recriminaron las demás antes de abalanzarse sobre la futura novia y chillar, locas de contentas.

—Nos casamos el último sábado de septiembre —estaba ruborizada y le brillaban los ojos de la emoción. Era la más seria y la más reservada, pero llevaba todo el mes exultando felicidad—. La misa será en Santa Bárbara, en Las Salesas. El banquete, todavía no nos hemos decidido, ya os diré. El fin de semana que viene iremos a varios sitios. Y estas vacaciones he estado mirando tiendas de vestidos. Llamaré mañana para pedir cita. Cuento con vosotras, ¿no?

—¿Acaso lo dudabas, guapa? —inquirió Carlo con fingido enfado, irguiéndose en el sofá con dramatismo.

Se rieron todas y prometieron quedar más a menudo porque, en las últimas semanas, apenas se habían visto. Se escribían a diario en su grupo de *whatsapp*, pero estaban muy ocupadas con sus respectivos trabajos o con asuntos personales.

El resto de la tarde la pasó Helena con su novio, tirados en el sofá, viendo una película detrás de otra, comiendo chucherías y palomitas hasta que se quedaron dormidos. No se hicieron regalos de Reyes porque habían

decidido que Formentera era suficiente, pero aquella mañana del seis de enero Hele se había despertado en la cama con un precioso ramo de ocho rosas, una de cada color: rosa, roja, verde, amarilla, naranja, azul, morada y blanca. Precioso...

Al día siguiente, Martín la acompañó hasta la misma puerta de su despacho en la Complutense. Guillermo ya estaba esperándola, recostado en la pared. Ella miró a su novio y este se acercó al explorador y le tendió la mano.

—¿Sigue en pie firmar la pipa de la paz? —le preguntó Martín a regañadientes.

Guille le estrechó la mano. Se apretaron con excesiva fuerza, como dos colegiales que medían lo hombres que eran. Helena meneó la cabeza, escondiendo una risita.

—No me gustas y yo a ti tampoco —respondió Guillermo, tan serio como el otro—, pero Helena es buena, no se merece sufrir y tú y yo queremos lo que quiere ella: averiguar la verdad.

—No me fío de ti, pero tienes razón.

—No te fías porque Laura es mi novia.

—No es un dato muy alentador, dadas las circunstancias —se cruzó de brazos.

—Bueno, resulta que mi novia está obsesionada contigo, y yo estoy convencido de que por eso es mi novia, así que para mí tampoco es alentador confiar en ti —transmitió su frialdad característica.

Helena carraspeó, molesta por el comentario tan certero de su ayudante; besó a Martín para finalizar las pullas, y él se marchó. Ellos se metieron en el despacho y se centraron en el trabajo.

Fue un día agotador. A ambos les costó retomar el ritmo. Ni siquiera salieron de aquel cubículo, salvo para dar las clases del final del semestre, que terminaba ese mes de enero. Las dos semanas que restaban de clases, Hele había decidido dedicarlas a repaso y a dudas, pues había terminado de dar el temario antes de Navidad. Los exámenes, que se llevarían a cabo la última semana de enero y la primera de febrero, estaban preparados, pero había que revisarlos y corregir los trabajos de los alumnos correspondientes al final del semestre, una pequeña investigación de tema libre, trabajos que ese lunes, último día de entrega, habían recogido Guillermo y ella.

A las diez de la noche, no sabían quién de los dos ganaba en bostezos. Recogieron sus pertenencias, cerraron el despacho con llave y salieron del

edificio. Helena estaba tan agotada que arrastraba los pies y le costaba enfocar la vista, por lo que se chocó con Guille porque no se percató de que este, de repente, había frenado en seco al alcanzar la acera, dispuesto a telefonar a un taxi, como era su costumbre.

—Oye... —carraspeó él—, ¿te importa llevarme a mi casa? No tiene pérdida, yo te indicaré.

—Claro —asintió con una sonrisa—. Vamos.

En cuanto dejaron atrás su facultad y se detuvieron ante un semáforo en rojo, Guillermo dijo:

—Fíjate en el coche de atrás a través del retrovisor, pero que el conductor no se dé cuenta.

Ella arrugó la frente, extrañada, y obedeció. Era un Mercedes negro con las lunas traseras tintadas. No entendía de automóviles, pero le pareció que era un coche grande y lujoso. Solo se veía al conductor, un hombre de mediana edad, de traje y corbata negros y camisa blanca.

—Estaba aparcado en la puerta de nuestro edificio —anunció Guille en un tono bajo—. Me sonaba el coche y, al ver ahora al conductor, acabo de confirmar de quién es.

Un presentimiento encogió el estómago de Hele. Miró a Guillermo, y los ojos azules de él le confirmaron lo que sospechaba, pero fue el nombre que escuchó a continuación lo que le provocó un horrible escalofrío:

—Es Gonzalo. El que conduce es su chófer.

—¿Y por qué nos sigue? —pronunció en un hilo de voz.

El semáforo se puso en verde, pero ella no aceleró. Guille le apretó la mano y le dedicó un amago de sonrisa.

—No va a pasar nada. Estás conmigo. Demos una vuelta por Madrid, pero no vayas a lugares que sueles frecuentar.

—Por eso me has pedido que te lleve a casa. Es la primera vez que lo haces.

No contestó, y el silencio le otorgó la verdad.

Durante los siguientes cuarenta minutos, los más largos de su vida, condujo por la ciudad a poca velocidad. Cualquiera hubiera pensado que estaban paseando. Era lunes siete de enero a las once de la noche, las calles se hallaban desiertas prácticamente. Al fin, Guzmán se desvió y se alejó. Helena temblaba tanto que tuvo que parar en doble fila, frente a una galería de arte que se llamaba Galería Gazzola, y respirar hondo. Guillermo le pidió que le

cambiara el asiento para que se tranquilizara, y la llevó hacia el *loft*. La acompañó hasta la puerta de su casa y se marchó sin decir nada más.

No se lo contó a Martín, prefirió esperar por si había sido un hecho aislado. Enseguida se metió en la cama, alegando que estaba muerta de cansancio, cuando, en realidad, estaba muerta de miedo; el agotamiento físico de su cuerpo lo había aniquilado Gonzalo hacía un buen rato.

Pero resultó no ser un hecho aislado.

Todas las noches de aquella semana, no importaba la hora, el coche de Guzmán estaba estacionado en la puerta de su facultad. Todas las noches de aquella semana, Guille se montaba con ella en el Golf. Todas las noches de aquella semana, paseaban por las calles de Madrid hasta que el Mercedes se cansaba de seguirlos. Todas las noches de aquella semana, Hele no durmió más de una hora por el pánico que la poseía.



Martín se desquició el domingo por la mañana. Formentera había sido mágico. En la isla, habían prometido no volver a ocultarse nada más, apoyarse y resolver las cosas de manera conjunta, como el equipo que eran. Sin embargo, su novia estaba más rara que nunca, muy callada, despistada y con una expresión de inquietud constante. El sábado habían estado en El Retiro, como solían hacer casi todos los fines de semana, y ella no había dejado de mirar a su alrededor cada dos segundos, como si sintiese que alguien los estaba vigilando, incluso se había asustado ante las bocinas de algunos coches.

Habían terminado de desayunar y fue a interrogarla, o, más bien, a exigirle que le contara lo que le sucedía, pero el timbre los interrumpió.

—¡Hola! —exclamó su madre tras abrir la puerta. Se arrojó a los brazos de su hijo—. ¡Cuánto os hemos echado de menos! —lo besó repetidas veces en la cara, arrancándole una carcajada tras otra. Se apartó y corrió hacia Helena, a la que saludó de igual forma—. ¿Habéis desayunado ya?

—Ahora mismo —respondió su nuera con una sonrisa tensa tras observar unos segundos al gran señor Echevarría—. ¿Qué tal el viaje?

—Oh... —suspiró Sofia, soñadora—. ¡Maravilloso! —le dedicó a su marido una mirada chispeante que fue correspondida.

Martín comprendió la repentina rigidez de Helena, sencillamente, porque

él la experimentó también al ver a su padre después de tantos días, después de saber lo de Guillermo Ruiz.

—Pues veníamos a invitaros a desayunar —les explicó su madre, que se colgó del brazo de su nuera—. Pedro está durmiendo, ni siquiera nos ha abierto la puerta —se rio.

Estaba feliz, radiante. Estaba más guapa de lo normal, y Sofía Echevarría era una auténtica belleza. eso se debía al amor.

—Queríamos hablar con vosotros de algo muy importante —anunció su madre, cuya expresión se tornó seria. Se acomodaron los cuatro en el sofá—. ¿Martín, cariño? —avisó a su marido—. Haz los honores.

—El abogado de la familia ya ha empezado a iniciar los trámites para desvincularnos completamente de Gonzalo —les informó su padre, grave—. No va a ser fácil ni rápido. Voy a tener que vender mis acciones de todas las inversiones que tengo con él, pero debo hacerlo sin que se entere hasta que ya estén vendidas, Gonzalo conoce a demasiada gente, cualquiera podría darle el soplo.

Tanto Helena como Martín se quedaron pasmados. Ninguno se lo esperaba, no tan pronto, al menos.

—Es digno de celebrar, ¿verdad? —comentó Sofía, feliz. Posó una mano en el muslo de su marido y les regaló una sonrisa más deslumbrante que las anteriores.

La mirada que compartió la joven pareja fue tan transparente que el matrimonio se alarmó.

—¿Qué ocurre? —les instó su madre.

—Es papá quien debería hablar —escupió Martín, que se cruzó de brazos. Estaba enfadado, claro que sí, y llevaba demasiados días deseando esa conversación—. Desde el principio, si no es mucha molestia —ironizó.

—No sé de qué me hablas, hijo —su padre arrugó la frente, preocupado.

—Te hablo de que recurriste a Laura para que Helena tuviera un ayudante, y no uno cualquiera, sino Guillermo Ruiz, curiosamente, el amigo de Gonzalo. De eso te hablo. Lo hiciste para provocar problemas entre ella y yo.

Sofía no se sorprendió, lo que significaba que ya estaba al tanto de la historia. Y tal hecho enfureció a Martín. Se incorporó y comenzó a gritar, expulsando el miedo que no abandonaba su cuerpo desde septiembre, un miedo que crecía a diario, más ahora al notar a su novia tan extraña esa semana.

Sus padres esperaron a que se calmara y, cuando se serenó, se fijó en que Helena se secaba las lágrimas que había estado derramando sin haberse percatado él. Se sentó junto a ella y la abrazó contra el pecho.

Entonces, sin esperarlo ninguno, su novia les confesó:

—Lleva toda la semana aparcado en la puerta de la facultad y siguiéndonos con el coche un buen rato hasta que se cansa y se va. Guille se dio cuenta la primera noche, el lunes, y ha estado acompañándome a casa.

Sofía se tapó la boca.

—Todo esto es por mi culpa... —se lamentó su marido, con la cabeza entre las manos.

Martín sintió lástima por él. Jamás lo había visto en aquella actitud de vergüenza y de derrota. Era un hombre frío, orgulloso y clasista, pero, en el fondo, solo era un ser humano que había confiado en la persona equivocada.

—Contacté con Gonzalo antes de mudarnos mamá y yo a Madrid —empezó su padre con los ojos perdidos en un punto infinito de la cristalera, cuyo estor estaba subido—. No conocía a Helena, como tampoco conocía a Dafne en su momento. Creí lo mismo de las dos, que eran unas interesadas en el prestigio y en el dinero de nuestra familia —respiró hondo—. Con Dafne, Gonzalo insistió en ayudarme, me dijo que conocía a un detective privado que podría investigarla sin que nadie lo supiera porque era muy discreto, el resto ya lo sabéis. Con Helena no fue así —inhaló una gran bocanada de aire y la expulsó, despacio.

»Le comenté a Gonzalo por teléfono que habías conocido a una chica en Formentera, una profesora de Historia Antigua en la Complutense. Fue una conversación normal entre dos amigos que se cuentan que uno de sus hijos está viéndose con alguien después de dos años soltero; repito, algo normal. Él y yo siempre quisimos que Laura y tú os casarais y unir las dos familias, y me pareció lógico comentarle que eso ya no era probable porque parecía que te habías enamorado, y esta vez de verdad —observó a su hijo con una sonrisa triste—. Sé que nunca quisiste a Laura, lo supe en el mismo momento en que me enseñaste esa foto de Helena en casa, en Logroño, después de la boda de tu amigo Fran.

—¿Hizo lo mismo que con Dafne? —quiso saber Martín.

—Sí, el informe me lo proporcionó él. Siempre recurre al mismo detective cuando quiere descubrir posibles trapos sucios de las personas con las que va a hacer negocios. Es muy desconfiado. Con respecto a ti, Helena —

la miró con pesar—, me dijo que no había nada raro, pero que era evidente lo que buscabas en Martín, y me aseguró que me ayudaría a que tú solita demostrases la clase de mujer que eras.

—Y le pidió ayuda a su hija —adivinó Hele, que apenas respiraba porque estaba deseando saber la verdad.

—Laura me llamó un día y me dijo que no me preocupara, que tú no pegabas para nada con Martín y que sabía qué hacer para alejarte de él —se encogió de hombros—. Me habló de Guillermo Ruiz. Un par de semanas después, Guillermo ingresó una buena suma de dinero para ayudar en las investigaciones de la universidad relacionadas con tu departamento, Historia. Según Laura, no tuvo que convencerle. Es un apasionado de ese campo y, como no viajaría durante un tiempo, le pareció muy buena idea invertir dinero y trabajar junto a una profesora que había sido el número uno de su promoción del doctorado. Guillermo conoce a mucha gente, el director de la Complutense es amigo de su tío.

—¿Por qué? —le exigió Martín, furioso de nuevo.

—Ya lo sabes, hijo —se levantó y se acercó a la cristalera—. Nunca te había visto tan protector con una mujer como con Helena, evitabas hablarnos de ella, no contestabas a mis preguntas y, las dos veces que coincidimos con vosotros dos, no podías dejar de tocarla o de besarla. Se lo conté a Gonzalo, y a Laura se le ocurrió que la mejor manera de alejaros era que sufrieras celos de Guillermo, un hombre que tiene casi todo en común con Helena, un hombre con más dinero que nosotros y que se dedica a viajar por descubrimientos arqueológicos, un hombre que bien podría llevarse a Helena lejos de ti y ella, si tan interesada era, tendría dinero e Historia con él, no contigo.

Silencio.

Mucho silencio.

—¿Te arrepientes? —le preguntó Hele en un susurro ahogado. No podía creerse aquello, digno culebrón con maldad real incluida.

—Sí —contestó su suegro, que se giró y la contempló con sinceridad—. Me arrepentí cuando descubriste la verdad de Dafne; ahí me di cuenta de que, si fueras una interesada, no te habría preocupado averiguar lo que de verdad pasó con Pedro por miedo a que yo te separase de Martín. Tu miedo me lo demostró —sonrió con amargura—. En la fiesta de mi jubilación, supe que estabas enamorada de él, te lo dije, pero continuaba sin fiarme.

—Porque Gonzalo y Laura maldaban —escupió Martín, comprimiendo los puños a ambos lados de su cuerpo—. No puedo perdonarte.

—Martín, por favor... —Helena se aproximó y lo agarró de la mano para que se relajara, pero estaba frío como el hielo—. Tu padre solo ha hecho lo que haría cualquier padre, intentar proteger a sus hijos —frunció el ceño—, aunque confiando en la persona equivocada, pero...

—¡No! —la cortó él. Se soltó. Apuntó a su padre con el dedo—. ¡Tu manera de protegernos a Pedro y a mí ha sido hacernos sufrir! ¡Claro que no te perdono, ¿me oyes?! ¡Fuera de mi casa! ¡No quiero volver a verte!

—¡Martín! —exclamaron suegra y nuera al unísono.

—¡Fuera!

El gran señor Echevarría agachó la cabeza y hundió los hombros por primera vez en su vida. Caminó hacia la puerta.

—Lo siento, hijo... —susurró, con la voz rota, antes de marcharse.

Sofía, que procuraba no llorar, le acarició la mejilla a su hijo.

—Yo le he perdonado —le confesó su madre— porque el culpable es Gonzalo, y no por decir esto estoy justificándolo, pero, hijo, por favor, es tu padre.

—Un padre que hirió a su hijo pequeño y lo intentó con el mayor solo porque sus novias no tenían el mismo poder adquisitivo que él —tragó el grueso nudo de su garganta—. Es igual que Gonzalo.

—Dale una segunda oportunidad, por favor...

—Ahora no —se dio la vuelta cruzado de brazos—. Hasta que no saque a Gonzalo de esta familia, no quiero saber nada de él y después, ya veremos.

Helena acompañó a su suegra hasta la puerta y cerró con suavidad. Su novio y ella se miraron. Entonces, él se tapó la cara y cayó de rodillas a la alfombra del salón. Helena acortó la distancia con rapidez y lo acunó como si fuera un niño pequeño. Lo besó en el pelo en infinidad de ocasiones, permitiendo que descargase el dolor que sentía. Y supo, no lo dudó, cuál era ese dolor.

—Perdonar a tu padre no significa que Pedro o yo pensemos mal de ti, Martín. Pedro te adora y daría la vida por ti, al igual que yo —le mimó la cara, limpiando la humedad que habían provocado las lágrimas—. Y tu padre ya ha empezado a solucionar las cosas —sonrió con dulzura—. Todos merecemos una segunda oportunidad.

—¿Cómo puedes ser tan buena? —le retiró los mechones hacia atrás y la

besó en los labios entreabiertos.

Ella tembló.

Él tembló.

—No quiero perderte, Helena... Eso es lo que más me duele de todo, que Gonzalo ahora te acosa, que Guillermo continúa siendo tu ayudante y...

Helena lo besó en la boca, acallando sus miedos. Martín gimió y la estrechó contra su cuerpo. Y, de pronto, todo se descontroló. El pánico era de los dos, no solo de él. Estaban aterrados porque había gente que hacía lo imposible por separarlos, pero se amaban tanto que necesitaron demostrárselo, más que nunca, en aquel momento.

Se quitaron la ropa a manotazos. Se besaron con desazón, jadeando en lugar de respirar. Ella se colocó a horcajadas en su regazo cuando se desnudaron y Martín la penetró de un rudo empujón. No pararon unos segundos para acostumbrarse, no, sino que ambos, a la par, comenzaron una vertiginosa carrera hacia el infierno. El sudor bañó rápidamente la piel de los dos, volviéndose resbaladizos, algo que los enloqueció todavía más. Helena le clavó las uñas en la espalda y él, los dedos en sus nalgas. Cabalgaron a cada segundo más deprisa, más fuerte, de manera más indomable... Eran dos salvajes guiados por lo que clamaba lo más profundo de su ser: posesión. Nadie, jamás, los alejaría.

Los sentimientos nacían del corazón, el corazón estaba unido a la carne y el alma, al cuerpo. Cuando dos personas se encontraban porque el destino así lo había decidido, con algo tan hermoso como su amor, tan visceral como su deseo y tan fascinante como la mezcla de ambos, solo podían caminar en una única dirección: la pasión era solo el principio. No todo el mundo tenía la suerte de vivirlo, pero Helena y Martín, sí, y juraron en silencio, entre espasmos incontenibles de placer, ganarle la batalla a cualquiera que osara rozarles siquiera.

Cuando el clímax los dejó desmadejados en el suelo y recuperaron la normalidad, la tristeza y el pavor regresaron a los ojos castaños de su novio. Estuvieron el resto del día callados y apagados. Sofía telefoneó varias veces, pero él no quiso hablar y terminó por apagar el móvil.

El lunes, Martín insistió en llevarla en moto al trabajo y recogerla cuando terminara, a última hora de la tarde, para comprobar si Guzmán seguía acosándola.

Por desgracia, así fue... A las ocho, paró la moto en la acera junto al

Mercedes negro de Gonzalo. Sin quitarse el casco y sin apagar el motor, golpeó con los nudillos enguantados la ventanilla tintada trasera. La sonrisa de suficiencia de aquel hombre le dio la bienvenida.

—Te largas ahora mismo de aquí y no vuelves a acercarte a ella a menos de un kilómetro —sentenció Martín en un tono afilado—, o te denuncio por acoso y saco a la luz tus trapos sucios. No eres el único que tiene contactos.

La expresión de Guzmán se tornó sombría.

—¿Es una amenaza? —se burló Gonzalo, ahora sin sonreír.

—No —sonrió con frialdad—, es una realidad —apagó la moto, puso la pata de cabra y sacó el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta—. ¿Llamo ya a la policía? —se quitó el casco con la otra mano.

—Eres un niño que no sabe dónde se ha metido —subió la ventanilla, el coche arrancó y se perdió de vista.

Su novia y Guillermo salían en ese momento del edificio. Se acercaron a él. Los dos hombres se estrecharon la mano, aunque el rencor se atisbaba aún en los dos pares de ojos. Martín creyó, convencido, que jamás se llevarían bien, pero ambos estaban dispuestos a mantener la tregua por el bien de Helena, que era lo que importaba.

Ella le rodeó el cuello con las manos y lo besó en los labios. Él la apretó de un tirón contra su cuerpo y le comió la boca unos segundos, como un auténtico cavernícola.

El explorador meneó la cabeza.

—Qué machito... —bufó Guillermo, divertido—. ¿También vas a subirla a tu hombro y a hacer el grito de apareamiento para que me quede más claro?

—¿Cómo? —pronunció Hele, confusa por aquella pregunta, pues no se había enterado de nada.

Martín gruñó, pero no replicó.

Esperaron a que el explorador se montara en un taxi y se marchara.

—Hace mucho frío —protestó Helena con un mohín infantil que le robó una sonrisa—, podías haber traído el coche.

—Creía que te gustaba la moto —la apresó entre sus brazos y la besó en la nariz.

—Me encanta tu moto —sonrió, ruborizada, encantada de recibir cariño—, pero en invierno me gusta más el coche.

—Mañana vendré en coche, todo sea por el bien de mi damisela en apuros.

Se besaron entre risas. Ella, además, experimentó un regocijo maravilloso en el estómago al percibir a su novio alegre, bromista y tierno, no como el día anterior. Se colocaron los cascos, Hele lo abrazó con fuerza con todo el cuerpo y partieron rumbo a casa.

No obstante, el viaje se truncó... En cuanto alcanzaron la Castellana y pararon ante un semáforo en rojo, de pronto, un todoterreno negro no frenó a tiempo y se chocó contra ellos.

Eso fue lo que creyeron...

—¿Estás bien? —se preocupó Martín, que se giró para comprobar que ella estuviera bien.

Helena asintió. Se le había acelerado el corazón por el susto, pero el coche había golpeado la maleta de la moto, no a ella directamente. Su novio fue a decirle unas cuantas cosas al conductor del coche, pero este retrocedió con rapidez y aceleró, chirriando las ruedas, hacia ellos...

Martín, asustado, también aceleró, saltándose el semáforo para huir del todoterreno.

—¡Agárrate! —le gritó a su novia.

Ella obedeció de inmediato y, con gran experiencia, él sorteó los coches y continuó saltándose semáforos. Aún así, el todoterreno no se dio por vencido. Martín se olvidó del *loft*, solo pensaba en escapar de aquel loco, por lo que atravesó Plaza de Castilla por el túnel y se incorporó a la A1. Puso la moto a más de la velocidad permitida y, en una curva, el coche fue más listo y más rápido, les cerró el paso y perdieron el control de la moto.

Helena chilló su nombre, al igual que él el suyo, antes de caer en la inconsciencia por el impacto que recibieron del quitamiedos.



Helena parpadeó repetidas veces hasta que consiguió enfocar la visión. Lo primero que vio fue la cara de Martín a su izquierda; la de su madre, a la derecha y de frente, la de sus suegros. Todos le sonreían, María y Sofía lo hacían llorando y su novio, con los ojos brillando en exceso.

—¡Doctor! —la voz de su padre retumbó en aquel espacio—. ¡Se despertó ya!

—¿Qué tal estás, cariño? —quiso saber María, antes de inclinarse para

besarla en la cara con cuidado.

—¿Dónde...? —empezó ella.

—Estás bien —afirmó Martín, que la tomó de la mano y se la besó.

En ese momento, se percató de la venda que cubría el dorso de su mano. Observó a su alrededor. Estaba en una cama de hospital vestida con un camisón blanco, pero se encontraba bien, aunque la cabeza le dolía un poco.

Y recordó el accidente... Y comenzó a costarle respirar.

—¡Martín! —le apretó la mano, aterrada—. ¿Estás bien?

El médico entró, un hombre mayor que cojeaba ligeramente y sonreía de un modo amable, se acercó a ella y se acomodó en el borde del lateral del colchón para auscultarla, hacerle las preguntas de rigor y contarle lo sucedido.

Por suerte, no hubo nada que lamentar, salvo el susto. Les dolería la cabeza y el cuerpo a los dos durante un par de días, la ropa había quedado para tirar y tenían algunas heridas superficiales en los brazos y en las piernas por haberse quemado con el asfalto, pero nada grave. Reposo y descanso. Una hora más tarde, recibía el alta, pues Martín había despertado antes que ella y ya contaba con los papeles para cuando Hele había abierto los ojos, y le había dado tiempo ir a casa a por unos vaqueros, un jersey y unas zapatillas para ella.

—No me gustan las motos —farfulló Lorenzo, enfadado, al salir del hospital—. No vas a volver a subirte a una, ¿me oyes? Me da igual que sea la tuya, Martín. ¡Podía haber sido peor, maldita sea!

Helena abrazó a su padre para calmarlo. Lorenzo permaneció unos segundos rígido, orgulloso, enojado, muerto de miedo... La estrechó, temblando los dos y lloró por el hecho de casi perder a su única hija.

Los dos matrimonios los acompañaron al *loft*; ellos viajaron en el coche de los Echevarría y sus padres los siguieron. Era la una de la madrugada, pero Sofía les preparó la cama y María, la cena, mientras Lorenzo y Martín-padre charlaban en voz baja en los sofás.

—Vaya manera de conocerse —le comentó Hele a su novio en el baño. Se desnudó para ponerse una camiseta y unos calzoncillos de él.

Era la primera ocasión en que coincidían los consuegros. Entre unas cosas y otras, no se habían conocido aún.

—Sí —asintió Martín, riéndose. La rodeó por la cintura desde atrás y se observaron a través del espejo del lavabo. La sonrisa desapareció—. Lo siento, Helena —se fijó en las rozaduras que salpicaban sus brazos. Tenía una

costra encima del seno izquierdo—. Perdí el control. Fue mi...

—Ni se te ocurra —sentenció ella, furiosa, de repente. Se giró entre sus brazos y lo tomó de las mejillas—. Precisamente por ti, estamos bien. No se te ocurra culparte porque el único culpable es... —suspiró con fuerza—. Tuvo que ser él.

—Mi padre ha contactado con un amigo que es detective de la policía. Recordé la matrícula y se la dije —comenzó a acariciarla en la parte baja de la espalda de manera distraída—. El todoterreno pertenece a Gonzalo, pero Gonzalo asegura que se lo robaron.

—¿Existe denuncia de ese robo?

—Por desgracia, sí. La denuncia está fechada en diciembre.

—Fue él —entornó la mirada.

—Dice mi padre que es imposible culpar a Gonzalo por lo bien que tiene todo atado.

—Y... ¿qué tal con tu padre? —se atrevió ella a preguntar.

Martín se encogió de hombros.

—Poco a poco —añadió Hele con una sonrisa dulce.

—Todavía no le he perdonado —refunfuñó, apartándose y cruzándose de brazos, como lo haría un niño.

Helena silenció una carcajada, acertó la distancia, le cogió las manos y le obligó a que la abrazase por la cintura. Se puso de puntillas y se colgó de su cuello.

—¿Sabes? —le dijo ella muy cerca de sus labios—, he estado todo el día pensando que tu padre no lo ha hecho del todo mal.

—¿Estás justificando...?

—Calla —posó el dedo índice en su boca, alterándose las pulsaciones de ambos, aunque Hele no lo demostró—. Gracias a tu padre, estamos más unidos, ¿no crees?

—Sí... —Martín se desequilibró. Embobado, contemplaba los labios de su angelito sexy, que permanecía en sujetador y braguitas todavía.

—Martín.

—Sí... —no reaccionaba.

—Él se arrepiente y yo sé, tú también, que se ha llevado el mismo susto que mi padre. ¿Por qué no, mejor que estar separados, le perdonas y le ayudas a alejarse de Gonzalo? Pedro no querrá, pero tú sí puedes hacerlo.

—Helena, no pue...

Ella volvió a interrumpirlo, pero en esta ocasión le chupó lentamente el labio inferior.

—Joder... —jadeó su novio—. Creía que te dolía la cabeza... A mí ahora mismo se me han ido todos los dolores...

—El amor es curativo —sonrió con travesura.

—¿Niños? Está lista vuestra cena —les anunció María desde detrás del biombo.

—Joder... Ya sé por qué me independicé... —masculló Martín, que se apartó de Helena, se despojó de la ropa y se metió en la ducha sin esperar a que saliera el agua caliente.

Ella suspiró, irregular, al verlo desnudo. Las heridas, el dolor de cabeza, el accidente, Gonzalo, Laura... ¡Qué mas daba todo aquello cuando tenía a su hombre desnudo! Y qué hombre... Tuvo que morderse la lengua para no gemir. Se controló, aunque con un esfuerzo sobrehumano, se colocó el pijama y se reunió con su madre y con su suegra.

No salieron de casa el resto de la semana, a pesar de que los dos deseaban volver a sus trabajos porque era una época de bastante lío tanto en la universidad como para *Echevarría & Co*.

El sábado, después de comer, Carlota, Blanca, Carmen, Manu, Jorge y Fran fueron al *loft* a tomarse un café con ellos y animarles por lo del accidente.

—¿El lunes os incorporáis? —se interesó Carlo.

Las chicas se encontraban en la cocina preparando el café y algo dulce de picar, ellos estaban en el salón jugando a la Play Station de Martín.

—Casi no tengo heridas ya —les sonrió Hele— y... —pero no pudo continuar la frase porque alguien tocó el timbre.

Con el ceño fruncido, se acercó a la puerta y, extrañada porque no esperaban a nadie, abrió. Su corazón se encogió al descubrir a Elisa frente a ella. En ese instante, la asaltaron un sinfín de recuerdos dolorosos, relacionados todos con Elisa.

—Hele, ¿quién...? —comenzó Carmen, pero también se detuvo y arqueó las cejas, más que sorprendida.

Su pelo ya no era pelirrojo teñido ni largo, sino que había vuelto a su color natural, marrón chocolate, y se lo había capeado a la altura de los hombros. No iba vestida *pidiendo guerra*, sino que llevaba unos vaqueros ajustados con rotos, unas *Converse* grises, un jersey ancho y grueso de lana,

un abrigo de corte masculino y un bolso bandolera de piel. No iba maquillada, excepto por una fina línea gris oscura en los párpados que acentuaba el precioso azul de sus ojos. Estaba muy guapa, a pesar de la expresión de preocupación que cruzaba su semblante. De hecho, pensó que jamás la había visto tan guapa.

Elisa y Helena se observaron con fijeza a los ojos unos segundos eternos, la una rogándole perdón y la otra... Helena la perdonó sin dudar. Todo el mundo se merecía una segunda oportunidad y más si la bruja, al fin, se había convertido en el cisne que en verdad siempre había sido.

## 23

Transcurrió un mes desde el accidente, un mes tranquilo, sin sustos, sin acosos, sin noticias de Gonzalo ni de Laura. Bueno, de Laura, sí.

Elisa le había contado que se había enterado del accidente por Lucía, que se lo había contado entre carcajadas, y ya no había podido aguantar tanta maldad gratuita. Evidentemente, la bruja morena, ahora la única bruja, había sido informada por Laura, aunque la familia Guzmán había negado cualquier tipo de acusación al respecto, familia que ya evitaba a los Echevarría.

Elisa, además, les había confesado a sus amigas que ese negocio que había montado con Lucía había sido gracias al dinero que Laura les había prestado. En cuanto descubrió que su ex novio, el grandísimo amor de su vida, se había enamorado de una profesora, había hecho lo imposible por averiguar cualquier mínima cosa sobre ella, o sea, sobre Helena Amaya, lo que incluía meterse en su círculo y hacerse amiga de la persona que más la odiaba, para controlar a Helena y a Martín.

También les contó que, tras la fiesta de inauguración del *loft*, cuando Hele había abofeteado a Lucía, Eli había empezado a desvincularse de la bruja y, ese mismo día, después de saber lo del accidente, había hecho las maletas y se había largado del piso que compartían, hasta de la empresa.

En cuanto a la boda de Blanca, ya habían acudido como damas de honor a la primera prueba de su vestido de novia, en la que le habían enseñado el boceto del futuro traje acorde a sus gustos. Todas, incluida Eli, se habían emocionado al ver el dibujo.

Y, a finales de febrero, llegó una noticia que Hele esperaba, aunque no tan pronto.

—No terminaré el curso académico —le anunció Guillermo una tarde al

finalizar la jornada laboral.

—¿Cómo? —estaba de pie con el bolso en las manos, guardando el móvil y la agenda. Arrugó la frente.

—Vuelvo a viajar —le aclaró Guille, frente a ella, con una sonrisa triste.

—¿Y Laura? —se atrevió a preguntar.

Él negó con la cabeza.

—Se acabó. Ayer. No podía seguir comportándome como si nada y la encaré. Le exigí explicaciones sobre Martín —desvió los ojos a la mesa. Su semblante transmitía tanto dolor que Hele sintió un escalofrío—. Me reconoció que yo jamás le había gustado, me dijo que soy aburrido y muy frío y que, si se había acercado a mí, había sido para separaros a vosotros y que, así, Martín volvería con ella; que esos dos años sin él habían sido los peores de su vida, que le había concedido ese tiempo para que reaccionara porque eran la pareja perfecta y que, como él no reaccionaba, no le había quedado más remedio que mover ficha al enterarse de tu existencia.

Helena se aproximó y lo tomó de la mano. Experimentó una mezcla de pena, de rabia y de frustración. Guillermo Ruiz era un gran hombre, frío en fachada, pero no en su interior.

—Lo siento mucho, Guille. Sé que la amas.

—Salir de España, volver a mi rutina, a mi vida, me vendrá bien —le acarició la mano y la soltó. Se colocó el abrigo.

—¿Cuándo te irás?

—Seguramente, la semana que viene. He quedado con un amigo ahora para que me hable sobre una excavación que va a hacer en Egipto, no sé nada más. Te diría que me acompañaras, pero Martín me mataría.

Se rieron.

—¿Te importa si me voy ya? —le pidió él.

—Claro —asintió—. Me queda apagar el ordenador y me voy a casa. Me traje el coche hoy, por fin convencí a Martín de que ya no hace falta que me traiga y me recoja —agitó la mano como despedida—. ¡Cuéntamelo todo mañana! —sonrió con entusiasmo.

—Helena, Martín es afortunado —sonrió con cariño— y tú, también.

Ella le devolvió el gesto.

Cinco minutos después, con la gabardina, la bufanda y el bolso colgados de su brazo, apagó la luz del despacho y salió para cerrarlo. Eran las nueve y, a esa hora, casi no había nadie.

—Por fin, sola... —susurró una voz ronca a su espalda—. La larga espera ha merecido la pena, sin duda.

Helena se giró y descubrió a Gonzalo Guzmán. El brillo siniestro en su oscura y fría mirada la paralizó. La agarró de malas maneras del brazo y la metió en el despacho de un empujón. Ella trastabilló, sus pertenencias aterrizaron en desorden en el suelo y se cayó hacia atrás. Él no perdió el tiempo, se echó encima, la inmovilizó con su robusto cuerpo que apestaba a alcohol.

—¡AYUDA! —chilló Hele tan alto como pudo, pataleando y removiéndose, frenética. El pánico apenas le permitía respirar, pero también la incitaba a huir.

Gonzalo le tapó la boca con una mano sudorosa y, con la otra, le sujetó los brazos por encima de la cabeza. Ella continuó gritando, pero de nada le sirvió. Ese pabellón estaba vacío y su despacho se hallaba lejos de otros; además, él había cerrado la puerta de una patada al entrar. El pavor que la invadió no le permitió llorar, sino luchar, como si su cuerpo reaccionara con valentía. Sin embargo, él pesaba demasiado y era mucho más fuerte. La batalla estaba perdida.

—Te voy a contar algo —le dijo al oído antes de lamérselo con lascivia—, pero debes guardarme el secreto —soltó una carcajada maliciosa—. Dafne tuvo su merecido por rechazarme, me rechazó, como tú. Me vengué. El dinero lo compra todo, Helena —volvió a reírse—. ¿Sabías que se puede manipular un video de tráfico? El dinero lo compra todo, hasta el miedo de las personas —más carcajadas—. Qué puta era esa muñequita... —le desgarró el escote abotonado del vestido que llevaba—. Tuvo su merecido. No quiso follar conmigo, pero yo estaba preparado. Y tú eres igual. Contigo no manipularé ningún video, contigo me voy a divertir. Y lo disfru...

Pero no terminó la frase. De pronto, Helena pudo respirar... Sin aquel odioso hombre encima, se incorporó a una velocidad pasmosa y reuló hasta chocarse con espalda apoyada en la pared. Se deslizó lentamente hacia la tarima, flexionó las piernas contra el pecho y se las abrazó, rígida como una estatua.

Guillermo le asestaba un puñetazo detrás de otro a Guzmán, que intentaba defenderse, en vano.

—¡FUERA! —vociferó Guille, empujándolo hacia las escaleras del pasillo—. ¡Te enviaré a mis abogados! ¡Pagarás por esto, hijo de puta!

Gonzalo resbaló y descendió rodando.

—¡Helena! —su amigo corrió hacia ella, se arrodilló y la apretó contra su cuerpo—. Me pareció ver su coche y tuve un presentimiento. Siento mucho haber tardado tanto... Por favor, dime que no te ha llegado a hacer nada...

Pero Hele no reaccionaba. Una frase se repetía en su mente. Apenas parpadeaba.

—¡Helena! —la zarandéo por los hombros.

Unos minutos más tarde, apareció Martín. La encontró como si estuviera ida, y eso lo asustó más.

—¡Helena! —exclamó su novio antes de abrazarla con una fuerza desorbitada.

—Martín...

Y comenzó a llorar. Se tapó la boca, horrorizada.

—Dios mío... —pronunció ella una y otra vez—. Dios mío... Dios mío...

—Ya pasó, angelito... —le acarició las mejillas, secándole las lágrimas. La besó en la frente—. Ya pasó... Mi angelito... Nadie te tocará más, te lo juro.

Martín había volado hacia la universidad en cuanto Guillermo le había telefonado desde el móvil de Helena para contarle lo que había sucedido. Una ira inhumana lo devoraba con crueldad. Mataría a Gonzalo Guzmán con sus propias manos.

Observó al explorador y le agradeció en silencio lo que había hecho. Le estaría eternamente agradecido.

—Te... Tengo que... que... —balbuceó ella.

—Tranquila, nos vamos a casa —le indicó él con dulzura.

Se levantaron los tres del suelo.

—¡No! —gritó Helena, negando con la cabeza de manera ferviente—. Vamos a casa de tus padres. Llama a Pedro, que vaya también.

Martín no entendió nada, pero obedeció. Se despidieron de Guillermo en la calle, que se marchó con una congoja no disimulada, muy preocupado por ella.

Cuando alcanzaron la casa de sus padres en La Moraleja, Sofía y su marido se extrañaron al verlos allí. Él no se calló, y les gritó lo que le había pasado a Helena. Su madre rompió a llorar, abrazada a ella como si se tratase de su propia hija. Su padre se quedó pálido, pero lo que los dejó atónitos fue la confesión de Helena cuando llegó el pequeño de los Echevarría...

—¿Có...? ¿Cómo? —tartamudeó Pedro, a quien le costaba respirar. Tuvo

que apoyarse en la pared del recibidor, pues no se habían movido de allí—. ¿Intentó...?, ¿a mi Dafi? —cayó de rodillas al suelo—. ¿El video estaba manipulado? ¿Su padre no...? Dios... —se cubrió la cara y estalló en llanto...

Martín recordó que *Dafi* era como su hermano apodaba a Dafne de forma cariñosa, como él hacía con Helena cuando la llamaba angelito. Se arrodilló también y le rodeó los hombros. Pedro se aferró a él y, rugiendo, más que llorando, descargó el dolor tan grande que sentía, la rabia, la impotencia, la amargura, la infelicidad... Los últimos cinco años de su vida.

—Lo siento tanto... —se lamentó su padre, también entre lágrimas. Se mordió el puño, desesperado como jamás lo habían visto ninguno de los presentes—. Pedro... Acabaré con Gonzalo. Por vosotros. Lo haré. Os lo prometo —permaneció unos segundos callado—. Y sé cómo hacerlo. Te necesito, Sofía.

—¿Qué tengo que hacer?



La noche siguiente, Martín, Pedro, su padre y Helena esperaban en la pequeña biblioteca del chalé, una estancia contigua al salón, en silencio, aguantando incluso la respiración, y a oscuras, pegados a la puerta. Le habían pedido a Inés que los sirvientes no salieran de sus habitaciones escuchasen lo que escuchasen.

El timbre principal sonó. Los tacones suaves de Sofía se alejaron, para acercarse a continuación junto a otros pasos más largos, masculinos, acompañados de la voz de Gonzalo Guzmán.

—Pero ¿qué te ha pasado, por el amor de Dios, Gonzalo? —preguntó ella—. ¿Te han atracado?

—Un accidente con el coche, querida Sofía. Disculpa mi aspecto.

—¿Necesitas un hospital? Te acompaño, por supuesto. Pobrecillo...

Sofía era una verdadera actriz.

—Ya fui al hospital, tranquila —le aseguró Guzmán—, pero ¿te importa si nos sentamos? Me duele bastante el costado.

—¡Claro!

—Y, cuéntame, Sofía, me has asustado con tu llamada. ¿Dónde está Martín?

—Pues... Es que... —emitió un sollozo falso—. ¡No le quiero, Gonzalo! —estalló—. ¡Ya no podía seguir más con él! —suspiró para fingir calmarse—. Mi abogado le envió los papeles del divorcio ayer. El viaje de Navidad fue... ¡horrible! —otro sollozo falso—. He aguantado muchos años por mis hijos, por intentar ser una familia, pero Martín es... ¡es débil! No puedo seguir al lado de un hombre tan débil como él y... —bajó el tono de voz— me siento tan sola... Mis hijos hacen su vida, como es normal, pero creo que soy una mujer en la flor de la vida que necesita disfrutar, precisamente, de la vida. Ni siquiera Martín y Pedro saben lo del divorcio. Llevo planeándolo desde la vuelta del viaje.

—Por supuesto, mi querida Sofía, y aquí me tienes. No estás sola.

—Gonzalo...

—Dime —su voz era ansiosa.

—¿Tú...? Nada, olvídale.

—No, Sofía, no tengas miedo de decirme cualquier cosa.

—Es que... —chasqueó la lengua—. Lo que me ha hecho decidirme por el divorcio ha sido la última discusión que tuvimos. Fue en el viaje. Estábamos en París y, no sé por qué, salió Dafne en una conversación. ¿Sabes de quién te hablo?

—No... —carraspeó—. La verdad es que no. ¿Dafne? No me suena —carraspeó por segunda vez.

—Fue una novia que tuvo Pedro, una idiota, rastrera e interesada. Solo quería el dinero de esta familia. En su momento, le dije a Martín que debíamos hacer algo con ella, no podíamos permitir que una chica como Dafne se metiera en la familia. ¡Hubiese sido una vergüenza! —respiró hondo—. Él me aseguró que no me preocupara, que se encargaría de ello. ¡Y el muy idiota me mintió! —se levantó y paseó sin control por la estancia—. ¡Ha estado los últimos cinco años mintiéndome!

—¿Qué pasó, Sofía? —también se levantó y acudió a ella.

—¡Es un cobarde! ¡Y no me mientas tú también! ¡En el viaje me confesó que fuiste tú quien nos la quitó de encima, no él! ¡Un cobarde! ¡Yo creyendo que me había casado con un verdadero hombre y ni siquiera puede llamarse así, porque un verdadero hombre eres tú, Gonzalo, no es él! ¡Tú, solo tú!

Silencio.

Eterno silencio.

—He estado tan equivocada... —gimoteó Sofía—. He estado tan ciega...

Siempre has sido tú, Gonzalo, solo tú... Tú siempre nos has ayudado en todo, nos has quitado los problemas de encima. Primero, Dafne y luego, esa doctorcita de pacotilla de Historia —emitió con burla—. Gonzalo, necesito tu ayuda, por favor... Helena es otra interesada. ¡Y no lo soporto! ¡Y mi marido es un blando en todo lo referente a Martín y está de parte de Helena! ¡Tenemos que hacer algo! ¡Te lo compensaré! Por favor... ayúdame a limpiar... Quiero la basura lejos. Te necesito... —su tono varió a seductor—. Tú eres el hombre que necesito... Siempre has sido tú y no lo he visto hasta ahora... ¡Dios mío! —dijo, de pronto—. Perdóname, Gonzalo, por favor... Estás felizmente casado y...

—No, mi querida Sofía —su voz era asquerosamente melosa—. Jamás he sido feliz con Alejandra porque siempre he estado loco por ti. Sofía... Mi Sofía... Yo te cuidaré, solo yo... Y por Helena no te preocupes, que ayer le di un buen susto. La eliminaré de tu vida, Sofía, mi amor...

—¿Lo de tu cara...?

—Ha sido por ella, sí, pero la próxima vez terminaré lo que empecé ayer. Lo haré por ti.

—No quiero que te pase nada malo, Gonzalo. Te necesito conmigo.

En la biblioteca, los hermanos Echevarría tuvieron que sujetar con fuerza a su padre, que estaba a punto de echar la puerta abajo y arrancarle la cabeza a Guzmán.

—El dinero lo compra todo —repitió Gonzalo desde el salón—. Estate tranquila, Sofía, que con Dafne lo conseguí y con Helena no será diferente. También me ocuparé de mi mujer. Estaremos juntos para siempre, mi querida Sofía, mi amor...

—Fue suerte lo de Dafne —le corrigió Sofía, entre risitas sugerentes—. Su padre atropelló a un hombre y a un perro.

—No, no fue suerte. Pagué para que manipularan el video en el que el padre de Dafne se estrellaba contra una columna por haber bebido más de la cuenta. Nunca mató a ningún perro ni dejó a nadie en una silla de ruedas. Dafne era una zorra —masculló entre dientes—. Me calentó, Sofía, en el cumpleaños de tu suegro hace cinco años. Tengo que decírtelo porque no quiero tener secretos contigo. Y te juro que yo no quería nada con ella, pero no dejé de insinuarse y...

—Creía que no recordabas a Dafne —su voz cambió. Ahora era dura—. Suficiente, Martín.

Automáticamente, tras oír el Ya, Martín, los cuatro que estaban escondidos salieron de la biblioteca. Pedro corrió hacia Gonzalo.

—¡HIJO DE PUTA! —lo agarró de la chaqueta—. ¡¿Qué le hiciste a Dafne?! ¡Monstruo! ¡Intentaste violarla! ¡Te voy a matar!

Guzmán estaba paralizado, pero no solo eso... Su piel empezó a blanquearse, sus ojos perdieron el brillo, sus pupilas se dilataron, su respiración se fatigó y sus piernas se doblaron hasta que aterrizó en el suelo.

—Ayu... Ayuda... Ayu... —decía en un hilo de voz, agarrándose el brazo y palpándose el pecho con torpeza.

Estaba sufriendo un infarto, no había duda.

Martín se adelantó para auxiliarlo, pero su madre lo agarró del brazo, frenándolo en seco. Todos la miraron, sorprendidos. Sofía, bella y erguida cual diosa, se acercó despacio al miserable que se hallaba al borde de la muerte.

—Esperaremos dos minutos y llamaremos a Emergencias —les ordenó con frialdad—. Hierba mala nunca muere, así que estate tranquilo, Gonzalo, que dos minutos de agonía, en comparación al daño que le has hecho a mi familia, es una mínima parte de lo que te mereces —se inclinó y lo abofeteó, arañándolo—. Jamás, óyeme bien, jamás sería capaz de abandonar a mi marido, y mucho menos por alguien como tú. Quien se mete con mi familia, lo paga. Y tú llevas treinta y seis años, casi treinta y siete, haciéndolo, así que imagínate lo que te espera. Esto es solo el principio, mi amor. Los dos minutos cuentan a partir de ya.

Gonzalo desorbitó los ojos, nunca lo habían visto tan asustado.

Y a los dos minutos exactos, telefonaron al 112.

Fue la noche más larga que habían vivido hasta entonces, los cinco.

Dos agentes de la policía custodiaron el box de la UCI donde ingresaron a Guzmán, arrestado. En cuanto saliera del hospital, se iniciarían las denuncias en su contra. Guillermo, a quien Helena llamó al móvil esa misma noche para contarle lo sucedido y pedirle ayuda, se ofreció a buscar pruebas en contra de Gonzalo que facilitasen su encarcelamiento, incluso desmantelar el video manipulado del padre de Dafne, pues conocía a la perfección el círculo de Guzmán, incluida la gente malsana con la que llevaba a cabo sus trapos sucios.

Los siguientes días también fueron largos, muy largos.

Gonzalo Guzmán obtuvo arresto domiciliario a la espera de juicio. Con el testimonio de Guille, que había retrasado su viaje, y las pruebas que logró

reunir en su contra, todo conducía a que el acusado pasaría muchos años en prisión. Fraude, estafa, extorsión, chantaje, amenazas, acoso, manipulación de videos, intento de violación a Dafne Sánchez y a Helena Amaya, intento de homicidio a Martín Echevarría y a Helena Amaya... Hasta se le relacionó con drogas, pero nunca supieron si eso eran rumores o no.

No pasaron ni veinticuatro horas cuando los telediarios se hicieron eco de la verdad que escondía el nombre del importante empresario textil Gonzalo Guzmán. Y los medios de comunicación se cebaron sin descanso sacando a la luz testimonios de gente que había padecido la maldad de aquella sanguijuela, gente de la alta sociedad que se había visto obligada a ceder gran parte de su patrimonio a Guzmán, bajo amenazas de muerte.

Laura y su madre, Alejandra, también fueron arrestadas. Se descubrió que algunas sedes de Europa de la empresa Guzmán eran tapaderas para blanquear dinero. Y con Laura, se relacionó a Lucía. La bruja había sido tan estúpida que había confiado ciegamente en ella creyendo que, de ese modo, podría entrar en el círculo millonario de los Guzmán. Laura había heredado las artimañas de su padre, había engañado a Lucía y ese supuesto negocio de organización de eventos era, en realidad, otra tapadera para blanquear dinero. Se lo tenía merecido, como todos los Guzmán, aunque a Hele le dio un poco de pena. Solo un poco. Y esa pena le duró cinco segundos.

Por fin, podían respirar.



—Gracias por todo, Guille —le dijo Helena en tono tembloroso debido a la tristeza—. Si no fuera por ti... —se sorbió la nariz—. Te voy a echar de menos.

—Que no te oiga Martín —se burló Guillermo.

Le habían acompañado al aeropuerto ella y su novio, como mínimo agradecimiento por cuanto había hecho por ellos. Si no hubiera sido por Guille, Gonzalo Guzmán no estaría pagando por el paquete completo de maldades y fechorías.

—No, si al final termino dándote el puñetazo que nunca te he dado y que bien te mereces por ser un tocapelotas —gruñó el propio Martín, cruzado de brazos.

Guillermo se rio, meneando la cabeza. Le tendió la mano y él se la estrechó. Se dedicaron una sonrisa sincera.

—Tienes mi móvil —le recordó Guille a Hele—, para lo que quieras, jefa —le guiñó un ojo—. Eres la mejor historiadora que he conocido, Helena. Sigue así y llegarás tan lejos como tú quieras.

Helena, llorando ya, se arrojó a su cuello, de puntillas, y lo abrazó con fuerza, un abrazo que fue correspondido de igual modo hasta que Martín carraspeó, molesto. Ella y Guillermo soltaron una carcajada.

Y se fue rumbo a Egipto sin billete de vuelta.

—¿Volveremos a verlo? —quiso saber Hele, de regreso al coche, en el parking subterráneo, cogidos de la mano.

—Espero que no...

—¡Oye! —le golpeó el hombro—. Reconoce que te cae bien.

Él gruñó de nuevo y murmuró un vale, sincero, aunque fuera a regañadientes por su orgullo. Ella lo besó en la mejilla con adoración, entre risas por lo celoso que era.

—Por cierto, ¿sigues sin saber nada de tu hermano?

Martín suspiró con pesar como respuesta. Se metieron en el Audi y se dirigieron hacia el *loft*. Eran las cuatro de la tarde del viernes, él se lo había tomado libre y su novia no trabajaba los viernes a partir de las tres.

Ya estaban a finales de marzo y, desde que Pedro se había enterado de lo de Dafne, se había encerrado en sí mismo. Acudía a trabajar de forma mecánica. No hablaba de nada. No lo veían fuera de la empresa. No abría la puerta de su casa. No contestaba los *whatsapps* ni devolvía las llamadas. Había pasado un mes y su hermano cada día estaba más ausente, distante, ido... No era el mismo, sino una sombra. Las bromas habían desaparecido. Su padre acudía a diario a su apartamento, pero jamás lo recibía. Aún así, el gran señor Echevarría no cejaba en su empeño de conseguir el perdón de su hijo pequeño.

Le echaba demasiado de menos.

—Tenemos que hacer algo, Martín, y ya. Dafne merece saber la verdad y los dos merecen ser felices. Llevan más de cinco años sufriendo y la verdad ha salido a la luz, por fin.

—Pedro no quiere contárselo, ya lo sabes, por la posible reacción de ella.

—Lo siento, Martín, pero yo no soy Pedro —sentenció Hele, decidida—. Desvíate. Vamos a Ciudad de la Imagen.

Martín la observó un segundo de incertidumbre.

—¿Estás segura? Algo así la puede hundir.

—La va a hundir —lo corrigió ella—. Martín... —sonrió con tristeza—. Dafne sigue sufriendo. Lo supe en cuanto la vi. Necesita cerrar heridas, aunque vaya a sufrir ahora mucho más que antes, pero será temporal. Todavía no ha perdonado a su padre y hace más de un año que murió.

Aquello terminó por convencerlo.

Aparcaron frente al edificio de cristal opaco en el que trabajaba Dafne. De la mano, caminaron hacia el interior. Esperaron unos minutos en la recepción, unos minutos que se les hicieron eternos, temerosos de que no les recibiera.

Pero les recibió.

En cuanto entraron en su magnífico despacho, Martín y Dafne se dedicaron una sonrisa y se abrazaron. Se conocían desde que ella había estudiado con Pedro en la universidad, años antes de que iniciaran la relación.

—Estás preciosa, Daf —le obsequió él.

Era cierto. En el pasado, sus cabellos negros eran largos, y sus zapatillas y sus vaqueros viejos, su vestimenta característica. Ahora, no. Aquellos tacones, aquel vestido ajustado y aquel carmín acentuaban su atractivo, convirtiéndola en otra belleza, como Sofía y como Helena, aunque cada una en su estilo: su madre, una belleza elegante y majestuosa; su novia, una belleza angelical, pura e inocente; y su cuñada, una belleza dulce y sexy a la par. Los tres hombres Echevarría poseían un gusto excelente.

—Tú tampoco estás mal, el amor te sienta bien —bromeó Daf—. Hola, Helena —se dieron dos besos.

—Bueno, ¿y esta visita? —les indicó que se acomodaran en las dos sillas que flanqueaban el escritorio, frente al asiento de piel en el que ella los imitó.

Silencio.

Helena y Martín se miraron. Tragaron saliva.

—Lo sabéis —afirmó Dafne, grave.

—Le hizo lo mismo a ella —le contó él con el ceño fruncido y todavía sintiendo rabia al recordarlo—. Mientras intentaba violarla, inmovilizada contra el suelo, le dijo que contigo había hecho igual, por eso lo sabemos.

Daf, pasmada por tal revelación, entreabrió los labios.

—Hay más —añadió Martín, abatido por lo que estaba a punto de

revelarle. Helena le apretó la mano para infundirle ánimos—. Dafne... No sé cómo decirte esto...

—No se lo digas, muéstraselo —le aconsejó Hele, tan nerviosa que no supo cómo le salieron las palabras de la garganta.

Él se sacó el móvil del bolsillo del pantalón del traje y buscó el *e-mail* que Guillermo les había enviado con el verdadero video del padre de Dafne. Lo encontró y, con dedos temblorosos, se lo entregó.

—¿Qué es...? —comenzó Daf, pero se paralizó al reproducirlo. La palidez que la asaltó al principio se transformó en una expresión de desconcierto—. No lo entiendo.

—Ese es tu padre —le explicó Helena con extrema delicadeza—, la noche que se emborrachó. Te dijo que recordaba haberse estrellado contra una columna.

—Sí.

—Nunca te mintió, pero había bebido tanto que no recordaba bien lo ocurrido.

—Pero... Esto no fue lo que...

—Sí —la cortó Martín, poniéndose en pie—. Tu padre nunca te mintió —repitió—. El video que tienes ahí es el verdadero. El que te enseñó mi padre fue uno que manipuló Gonzalo Guzmán. Tu padre nunca mató a ningún perro ni dejó en silla de ruedas a nadie.

A Dafne se le escapó un gemido estrangulado. Se levantó, tambaleándose, y se volvió loca... Gritando, comenzó a tirar todo lo que había en la mesa, algunas cosas se rompieron. Él corrió hacia ella y la atrapó entre sus brazos desde atrás. Chilló y pataleó, pero Martín no la soltó.

—¿Por qué?! ¿POR QUÉ?!

Poco a poco, se fue calmando. Continuó llorando, abrazada a él con desesperación. Ninguno se movió, ni siquiera Helena, que también lloraba, pero en silencio.

—Sacadme de aquí, por favor... —les rogó Daf, secándose la cara con un pañuelo que le prestó Hele—. Quiero saberlo todo.

Se la llevaron al *loft*, no se les ocurrió otro lugar en el que pudieran estar tranquilos y sin interrupciones.

Era tarde cuando Dafne decidió marcharse. Prometió hundir a Gonzalo, testificando en el juicio. Había asesinado a su padre, sí, porque había muerto por culpa de esa supuesta negligencia que había cometido. Jamás se lo

perdonaría, lo sabían todos, pero Helena supo, al observarla a los ojos cuando abrió la puerta, que ya, por fin, el pesar de Daf empezaba a desvanecerse.

—Gracias por... —pero no pudo terminar porque la puerta del piso de enfrente también se abrió...

Pedro y Dafne contuvieron el aliento en cuanto sus miradas chocaron.

El tiempo se congeló.

Nadie se movió.

Entonces, segundos interminables después, ella se tapó la boca y rompió a llorar antes de lanzarse a los brazos del hombre al que nunca había dejado de amar... un hombre que la acogió con los ojos cerrados y susurró:

—Mi Dafi... Por fin...

Martín y su novia retrocedieron despacio y sin hacer ruido hacia el *loft*; Hele, entre lágrimas de felicidad y él, con los ojos brillando resplandecientes. Se sujetaron el uno al otro por la nuca y se besaron, eufóricos, pero ese beso, como era su costumbre, se volvió... maldito...



*6 meses después...*

Helena se estaba retocando el maquillaje en el baño, ya arreglada para la boda de Blanca y Jorge, solo le quedaba calzarse, pero los tacones eran tan altos que no se los pondría hasta que salieran de casa. El rostro de su caballero andante surgió frente al espejo, detrás de ella. No sonreía, pero su mirada era intensa y relampagueaba.

—Cierra los ojos —le pidió él en un susurro ronco.

Hele, nerviosa, tragó saliva y obedeció. Algo mojó su piel detrás de la oreja, desnuda porque se había recogido los cabellos en una trenza de espiga, igual que en la boda de Carlota. Dio un brinco.

Martín, seguro de sí mismo, rodeó lentamente su cintura con un brazo, se inclinó e inhaló el aroma.

Y gimió.

—Por fin...

Lo había conseguido. Había creado el perfume perfecto: el perfume de

Helena de Troya.

—¿Cuál era el secreto? —pronunció ella en un hilo de voz al adivinar lo que era.

—Rosas...

La besó con la punta de la lengua mientras resbalaba la mano por su costado, encima del vestido largo de color coral de dama de honor. No se apresuró. Adrede, cuando alcanzó el muslo, fue subiendo la seda, también muy despacio, hasta que tocó su tez y deslizó la mano hacia...

—Martín... —jadeó, entrecortada, en cuanto esos dedos encontraron su intimidad.

—Y esto —añadió—. Tu esencia.

—Pero... ¿Cómo...?

—Es solo para mí —continuó mimándola con desmayo—. No se venderá.

—Pero...

—Cuando estemos solos, te echaré el perfume en cada centímetro de tu cuerpo para que tu olor sea más intenso, para volverme más loco de lo que estoy por ti... Helena... —y gimió, no pudo evitarlo porque aquella mujer abrió más sus piernas.

—Martín... —su cabeza cayó hacia atrás y aterrizó en su pecho—. Estamos... —se arqueó, alzó una mano y enterró los dedos en su pelo—, malditos... Martín... Llámalo así... El perfume... —le miró a través del espejo—. Malditas las rosas...

Martín dibujó una sonrisa tan fascinante en su rostro que Helena se giró entre sus brazos y buscó su boca con desesperación...

No llegaron tarde a la boda, pero su vestido terminó con algunas arrugas debido a la locura que los poseyó en el lavabo. Su maldita locura.

Antes de salir de casa, ambos observaron las maletas preparadas que había junto al armario del recibidor. Se apretaron la mano. Al fin, Hele se había decidido. Había pedido una excedencia en la universidad para realizar aquel viaje con el que soñaba desde hacía años, un viaje que haría con su caballero andante.

Dafne había dimitido de su trabajo y había entrado a formar parte de *Echevarría & Co*. La empresa, con Pedro y su mujer al frente, pues se habían casado en el juzgado en un arrebato, a escondidas, dos meses atrás, se quedaba en las mejores manos, de tal modo que Martín podía desvincularse

durante los siguientes doce meses.

Partirían al día siguiente, tras la boda de su amiga Blanca. Además, quince días atrás, habían asistido al bautizo del hijo de Carlo y Fran, un niño precioso que se llamaba Gabriel y que había nacido el día cuatro del pasado mayo, dos semanas antes de que la mamá hubiera salido de cuentas, fue toda una sorpresa, la verdad, ¡la mejor!

No se perderían nada importante y todo se había solucionado, incluida la familia Echevarría. Martín-padre fue perdonado por su hijo pequeño, y hasta por la propia Dafne. Las buenas personas se equivocaban, eran humanas, y se merecían una segunda oportunidad.

Sí. Estaban preparados. Podían irse. Vivirían la aventura de sus vidas. Para todo había un momento, y ese era el suyo.

—He estado pensando —le comentó él con fingida tranquilidad porque, en el fondo, estaba muerto de miedo por lo que estaba a punto de decir—. Siendo una apasionada de la Historia Antigua como eres, creo que te haría ilusión que nos casáramos en Egipto. Será nuestra última parada del viaje y Guillermo podría ayudarnos —carraspeó—. No tiene ninguna intención de moverse de allí en el próximo año, ya he hablado con él.

Ella tragó saliva.

—Creía que nos casaríamos dentro de cinco años, o de diez —volvió a tragar—. Eso fue lo que dijiste.

—También dije *algún día* —frunció el ceño—, pero, si no quieres, no... Helena le cubrió los labios con dedos temblorosos.

—Sí... —le vibró la voz por tanta emoción—. Nos casaremos en Egipto. Dentro de un año.

Martín expulsó el aire que había retenido. Apoyó la frente en la suya.

—¿Segura?

Ella sonrió y le acarició la mejilla.

—¿Estoy loca?

—Helena... —la estrechó contra su cuerpo antes de inclinarse—. Sí tú estás loca, yo, también.

—Buena respuesta...

—Buena pregunta...



# NOTA DE LA AUTORA

Querido lector:

Gracias por confiar en mí, por darme una oportunidad y por leer este libro, sin ti, esto no sería posible.

*Malditas las rosas* tendrá segunda parte, la historia de uno de sus personajes secundarios, ¿lo adivinas?

Si quieres saber más sobre mí o mi pluma, visítame aquí:

-Web: <https://cultura-te.com/>

-Blog: <https://elcodicedesofia.wordpress.com/>

-Instagram: sofia\_ortegam

-Twitter: @SofiaOrtegaM

-Facebook: Sofía Ortega

-Perfil Amazon: <https://www.amazon.es/Sofia-Ortega-Medina/e/B071D49KTK>

Espero que te haya gustado, para mí fue un verdadero placer escribirlo... Y, si te animas, déjame una opinión en Amazon, me encantará saber lo que te ha parecido.

¡Un beso enorme!

Sofía